BOLÍVAR

EL HOMBRE CRUCIFICADO

MARIO H. PERICO RAMÍREZ

MARIO H. PERICO RAMÍREZ

BOLÍVAR

EL HOMBRE CRUCIFICADO



ISBN: 958-9228-64-X

Primera edición: 1976
Segunda edición: 1979
Tercera edición: 1983
Cuarta edición: 2003
Edición digital: 2013
Correo Electrónico: mariohperico@gmail.com

Autor: MARIO H. PERICO RAMÍREZ

Editor: EDITORIAL CÓDICE LTDA.

Diagramación e impresión:
EDITORIAL CÓDICE LTDA.
Carrera 15 Nº 53-86 Int. 1
Tels.: 2494992 - 2177010
casaeditorial@007mundo.com
Bogotá, D. C.

Contenido

Pág.

Prólogo 5

Capítulo I 7

Capítulo II 37

Capítulo III 53

Capítulo IV 79

Capítulo V 106

Capítulo VI 134

Capítulo VII 161

Capítulo VIII 188

Capítulo IX 221

Capítulo X 250

Capítulo XI 280

Capítulo XII 306

Capítulo XIII 330

Prólogo

Mi tarea sicológica histórica ha sido la de humanizar a los héroes. Así nacieron, mis biografías de MOSQUERA, SANTANDER, REYES, NÚÑEZ, JUAN VICENTE GÓMEZ, MANUELA SÁENZ, JUAN DOMINGO PERÓN, EL FARSANTE, VARGAS VILA, FRANCISCO FRANCO Y BAHAMONDE, BOLÍVAR: EL HÉROE MALDITO. Esta palabra "MALDITO" me sonó mal y a muchos también. La borro en este libro. Y tomo en carne viva al "HOMBRE". Y le quito el tufo del hechizo, del encantamiento, del exorcismo. Y lo dejo como fue: un ser humano crucificado. Crucificado, pero no por las brujerías y los conjuros. Crucificado por la cobardía, el miedo a su genio, el despecho de los ambiciosos, la ignorancia del pueblo, el afán de lucro, la envidia, las pasiones oscuras de los mediocres, los manejos tortuosos de los leguleyos, las rebeldías y debilidades de algunos de sus generales, almirantes y mariscales y en grado sumo de las roscas políticas, económicas y sociales que se formaron en torno a ellos. Y no hay que olvidar la zorrería de los alcahuetes y de los codiciosos, que se empeñaron con sevicia en clavar los clavos envenenados con su saliva, en la cruz de su tormento, en su absurda y solitaria agonía final, donde el eco del insidioso insulto: "Longaniza, longaniza", fue el que acabó de quebrar su cuerpo e inmortalizar su nombre.

El autor

http://mariohpericoramirez.blogspot.com/

mariohperico@gmail.com

Capítulo I

Las chicharras mastican la oscuridad como si fuera una masa gelatinosa y ácida. La esparcen por todos los contornos, acumulando su dimensión en el follaje de los árboles, en el entrepecho de las ventanas, en la esquina de la pared donde yo me reclino. Las chicharras me desintegran a mí también. Y no se dan cuenta de que un ser humano está pendiente de su estridencia, como si el tenue hilo que apenas lo une a la vida se le fuera a romper al término de sus chirridos.

Un viento fresco y mocetón se descuelga por la sierra samaria con negligencia. Pasa y repasa mi piel, sin percatarse de que su caricia me pone de puntillas porque incita a mi memoria a recordar las múltiples manos que se doblaron sobre mi rostro para darle alivio a su quebranto.

Son las once de la noche del 6 de diciembre de 1830. Estoy en la finca de San Pedro Alejandrino, propiedad de don Joaquín de Mier y Benítez, un español americanizado que me ofreció su asilo. Sabe que carezco de techo y de ropa. Seguramente me admiraba desde que a sus hermanos de raza los hice desandar en el mar a empellones. Hoy debe compadecerse, me lo demuestra con su inaudita obsequiosidad. Tuve que aceptar la ofrenda porque no tenía otro recurso. Cómo me duele este obsequio.

Cómo me encona verme sometido a estas dádivas. Se me esponja la conciencia al saber que soy un mendigo con las solemnidades de un señor. Esa entidad abscóndita que nombramos dignidad se me retuerce entre las vísceras, desde las fronteras del instinto y el espíritu y trato de acallarla con tapones en sus grietas para que al menos me deje

tranquilo sufrir esta nueva afrenta que sólo yo la siento y sólo yo la consiento.

Son las once de la noche y la naturaleza se encuentra en su apogeo. El cielo de verano se desliza indiferente sobre mi cabeza. Una que otra nube lo empaña. Pero él permanece intacto en su grandeza. La tierra se desvela con la algarabía de sus habitantes. Árboles y abrojos se organizan para liberar su fuerza apocanada. La vida se deshilvana en la voz de los pájaros, en el susurro de las hojas vacilantes, en el fluir de las resinas que gotean sobre los cuerpos vegetales, en la ebullición de las criaturas nocturnas que se afilian a la eternidad momentánea de su libertad.

Abro bien los ojos y dejo que por mis poros penetren estas sales marinas que vienen a oleadas desde la cercana costa. Oigo la batalla de las olas mugir entre las sombras. Abro bien mis ojos y respiro y suspiro para que entre uno y otro movimiento se me alcance la virginal solicitud del agua del Caribe y se tienda como un perro mitológico debajo de mis piernas.

Me levanto con trabajo y acomodo el taburete contra la pared, en forma tal que pueda recostarme más livianamente. Me siento de nuevo y al hacer esta operación tan simple, una llamarada de dolor me asciende del estómago a la frente. Me quedo inmóvil para dejarla pasar. Cuando al cabo de algunos segundos desaparece, me sorprendo de oírme reír con una risa trunca, y me desconozco y me asqueo ante el designio de aceptar este deshecho humano de mi cuerpo, este casi esqueleto ululante en que me he convertido. Y la risa se me asfixia a flor de labio para transformarse en un gemido animal que me empavorece.

Procuro sosegarme. Mientras tanto mis pupilas se detienen en mis manos y allí se quedan hipnotizadas. No quieren mirar nada distinto. Recorren mis puños decrépitos. Mis articulaciones cansadas, la transparencia de mi piel, la flojedad de mis músculos. Y como criaturas con vida propia exploran más allá de lo visible para prenderse con avidez a este amasijo de nervios inertes, de líneas desteñidas, de callosidades

desnudas que forman todo mi ser. Son insaciables para encontrarle defectos y rugosidades con perfidia. Son torvas y obscenas porque me desnudan con la sola contemplación de lo que yo tanto amé y cuidé: mis manos.

Acabo por aceptar el reto de mis ojos. Quizás sea el último que se me formula. Y está bien que sea yo mismo quien me violente, quien dé la cara a mi vanidad, quien le ponga los cuernos a mi orgullo. Levanto mis manos poco a poco, las acerco a mis pupilas, les doy vuelta para que nada de ellas se quede sin el examen microscópico a que yo mismo me estoy sometiendo. Las empuño, las abro, las estrecho y las pongo de pantalla como solía hacerlo de niño frente a un ataque de quimeras, de fantasmas, de ilusiones.

Así, con las manos, protegiéndome, siento que mi cuerpo se levita y se aquieta, y que una voz cariñosa y gorda, como sólo la tenía mi madre Hipólita, La Negra, me llama por mi nombre desde algún sitio de mi conciencia.

"Simón, Simoncito, ¿dónde te has metido, endino? Diablito burlón, negro motoso, bribón. Sal de tu escondite. Mira que ya no aguanto más, que si te encuentro te voy a dar unos azotes que te pinten de rojo nalgas y mejillas".

Hipólita estaba con rabia. Dejé de reírme y me preocupé. Escondido como me encontraba entre unas madreselvas y mirando a menos de tres metros de distancia los vaivenes de los grandes senos de mi madre, la preocupación se me tornó en susto, ese pequeño miedo que suele acometer a los infantes, y que los desmadeja como si por dentro no tuvieran hueso sino lana.

"Simón, cuento hasta tres, y si no sales de tu escondite te dejo esta noche aquí en el solar. Y te dejo para que el Mandingas te lleve y las ánimas benditas te empeloten y las brujas te pongan los cachos de un cabro, grande y chiverudo. Simón, ya me has oído. Uno, dos,..." Las visiones más aterradoras se acumularon en mi mente mientras Hipólita contaba. Y di un berrido que se debió oír a cuatro cuadras a la redonda, y me precipité como un animalito herido entre los tiernos brazos

de mi nodriza, que soltó la carcajada y me levantó entre caricias y apretones, como si todavía fuera el niño chiquito que mordía sus pezones cuando necesitaba alimento.

"Simón, Simoncito querido...: ¿Qué diablos se te mete en el cuerpo para hacerme sufrir tanto? Si es por las mañanas, me rindes persiguiéndote para vestirte. Y vestido y arreglado a la media hora estás que pareces un cochero. Si es a medio día, las rabietas que tengo que sufrir para darte el almuerzo no tienen igual, y si es por la tarde, ya lo estás viendo, escondido entre esta selva llena, de hortigas y de bichos. Y me fatigo para llevarte a la cama, hecho una bola de mugre".

Me quedé mirando la cara de Hipólita. Dos lágrimas se me fueron escurriendo sobre las mejillas. Sentí deseos inmensos de gritarle que me apretara más hasta hacerme doler el cuerpo, dándome besos; que me arrullara como cuándo estaba pequeño. Me contuve y enjugué los lagrimones y en cambio de hablarle le saqué la lengua.

Hipólita me conocía y no me hizo caso. Me revolvió el pelo y, tomándome de la mano, me llevó a mi pieza para cambiarme de ropa.

Seis años atrás, en un julio, por más veras y en el año de 1783, fui bautizado con toda la pompa y el lujo que los venezolanos ricos y empingorotados usaban para crismar a sus descendientes. La escena me la había contado varias veces Hipólita. El caserón del coronel Juan Vicente Bolívar y Ponte estaba de fiesta. Un tufo de especias, de vinos y de perfumes llenaba sus corredores y alcobas. Los negros esclavos, con sus libreas recién planchadas, sonreían de oreja a oreja, ofreciendo a los convidados dulces, bizcochuelos y confites, En el patio, los mejores músicos de Caracas tocaban, muy serios, minuetos y contradanzas. Sala y corredores estaban repletos de faldas, de botas lustrosas y camisas de piqué. El centro de la reunión era la alcoba de mi madre, quien todavía guardaba la cuarentena del puerperio. Levantada por los almohadones, la cabeza de doña María Concepción Palacios semejaba una máscara de blancura. Con los afeites, las cremas y menjurjes que le habían untado parecía una santa después del martirio. Sus rasgos afila-

dos y duros le daban a su semblante una edad que no tenía. Finos los labios y anchas las ojeras, doña María se daba trazas para que la admiración de sus amistades no decayera. Con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, se dejaba piropear de los señores y compadecer de las señoras. Por fuera estaba radiante, por dentro apesadumbrada, un hijo más, y un hijo moreno, feo y cabezón, como decían que era yo al nacer, no le debía caer muy bien a su estrecho sentido de la belleza. Mis hermanos mayores, Juana y Juan Vicente, habían nacido rubios y ojiazules, yo, en cambio, aparecía entre la cuna abotagado y repelente, con cuatro motas oscuras en la cabeza y un colorcillo cetrino y agridulce, que a mis padres no les debió gustar mucho. Mi hermana María Antonia, quemadita como yo, fue el primer anuncio de que otras sangres no tan claras ni tan nobles como las de los Bolívar y los Palacios se estaban haciendo presentes para reclamar sus derechos y, sobre todo, para que recordaran, así fuera a la fuerza, a cierto mestizo Francisco Fajardo, que se columpiaba entre las ramas del árbol genealógico de nuestros antepasados como una amenaza morena y lejana, o, por qué no decirlo también, a mi tatarabuela María Josefa de Ponte, hija de María Petronila de Ponte y de Juan de Bolívar, nacida allá por los mediados del siglo XVIII.

Doña María de la Concepción Palacios y don Juan Vicente Bolívar y Ponte estaban en mi bautizo sobre ascuas. Los Ponte, los Zambrano, los Sojo, los Arístigueta se pavoneaban por su casa, husmeando los cuadros, los tapetes, las vitelas, las cortinas, los damascos y cuantos muebles, finos o no, forman parte del ajuar familiar. Miraban y remiraban los objetos de lujo para compararlos mentalmente con los que adornaban sus mansiones. Los mantuanos caraqueños tenían una inmisericorde manía de establecer entre ellos una prepotencia envidiosa, para luego darse el postín de apostar quién o quiénes eran los mejores.

El mito de la sangre azul tenía, tiene y tendrá en esta América mestiza una repercusión ridícula y hasta cierto punto simpática. El español inyectó en las venas de esta sociedad la más pretenciosa e inútil de las leyendas: la de la nobleza y por ser noble y para ser noble se sacrificaban todas las dignidades humanas y divinas. Desde el más botarate de

los segundones hasta el más humilde campesino de Castilla, de Andalucía, de Vasconia, el mito de la nobleza se erguía entre ellos como una pared de calicanto. La sangre pesaba en las conciencias con el tremendo peso del hierro, del plomo o del oro. Sus gotas, que por una rara teoría de los colores se decían azules, cuando pertenecían a algún miembro de la nobleza, se contabilizaban con el impudor avaro del que cuenta sus morrocotas y doblones. Y se guardaban y se distribuían solamente entre sí, entre los familiares, entre los íntimos, entre aquellos que no la fueran a desperdiciar. Esta manía debió tener origen en los mismos dogmas de la religión católica mal entendida. Los padres de la Iglesia autorizaban y patrocinaban a los pintores de santos y de santas, mientras cumplieran con la liturgia de pintar a esos seres inmaculados bajo los auspicios de la belleza y de la blancura. Hasta el momento no conozco a ningún santo morenito. En su gran mayoría son rubios, bebecos, de grandes y bíblicas barbas de trigo y ojos claros. La costumbre se hizo ley y se estableció que la blancura era el signo predilecto de la nobleza, y así se quedó esa tontería, convertida en norma por los siglos de los siglos.

Doña María y don Juan Vicente, decía yo, estaban sobre ascuas, porque ya era la segunda vez que les nacía un hijo de color más que tostado. Eso para ellos era una afrenta ignominiosa, porque los colocaba en entredicho entre sus parientes y allegados. El esplendor de mi bautizo, creo que se proyectó así de ostentoso para disfrazar la pifia de sus genes y dorar la píldora de mi color cetrino y hermoso, hermoso para quien siempre, como yo, ha preferido lo moreno a lo blancuzco.

Cuando el obispo de Caracas me empapó del agua, del aceite y de la sal para hacerme entrar al reino de la cristiandad, no fue mi madre, ni mi padre, ni mis padrinos quienes me tomaron en brazos, fue doña Inés Mancebo de Mijares la que delicadamente ofreció a su ilustrísima mi cabeza y mi pecho para que los ungiera.

Doña Inés también fue la encargada "de hacerme las entrañas", frase que significaba, sencillamente, darme de mamar. A mi madre legítima, me decía Hipólita, "le faltaron alientos" para cumplir con ese

deber. Yo siempre me he sonreído ante la disculpa y la he aceptado por no estar en condiciones de rechazarla.

A las 12:30 o cerca de la una de la madrugada, los invitados iniciaron el desfile hacia sus casas. Hipólita me muestra los dientes cuando recuerda esa marcha. Y fue precisamente su sonrisa la que me despertó la curiosidad. Algún día le pregunté por qué ella, entre misteriosa y solapada, me hizo esa confesión, la de que mi padre esa misma hora había desaparecido del hogar por más de veinte días. La negra, mansamente, me dijo: "Las revelaciones deben ser así, y a usted, Simón, le corresponde juzgarlas". En verdad, el coronel se esfumó en esa fecha. No dejó rastros tras de sí. Por un esclavo se supo que tenía lista una cabalgadura en la pesebrera. Y llegó el tiempo en que a esta revelación le di su peso y le medí su anchura entre mi madre y la negra Hipólita existía una animadversión soterrada.

Doña Concepción trataba a Hipólita con más dureza que a cualquier otro servidor o servidora, y la negra, sensitiva como la que más, le correspondía con la misma moneda, pero como en su respuesta no podía ofender a la ama, se guardaba su repulsión y la hacía viva y ostensible amparando la conducta de mi padre en sus escapadas, en sus jugarretas y en sus infidelidades.

Caracas, después de mi bautizo, siguió igual que antes. Pueblo grande, religioso, farisaico, fanático, sumiso, no cambiaba su rutina de siglos por cualquier aspaviento social. Misas, procesiones y de cuando en cuando un baile daban la pauta a una sociedad envejecida y estrecha, que se debatía entre el pecado y el escándalo, con la indiferencia de las almas habituadas al ocio y a la pereza, por la falta real de ocupaciones. Nada ni nadie quebraba sus costumbres. La mañana, la tarde y la noche formaban en Caracas la trilogía gloriosa de los desamparados, que bajo, la protección de los seres invisibles y divinos, vivían una vida chata y horizontal, sin pensar en un mañana o en un pequeño cambio de sus rutinarios movimientos.

Doña Inés Mancebo de Mijares bien pronto se cansó de amamantarme. Durante unos días se buscó inútilmente reemplazo. De

pronto advirtieron mis padres y mis familiares que la negra Hipólita podía ocupar el sitio abandonado por la aristocrática venezolana. La previsión de mi padre en este caso no falló. Conocedor de la débil naturaleza de mi madre, nueve meses antes había encerrado a la negra Hipólita durante tres días con un mocetón fornido y atlético para que al tiempo con mi madre quedara embarazada. Y así sucedió. Hipólita me recogió de los brazos de doña Inés y me apretó entre los suyos como si fuera su propio hijo. El hijo de sus entrañas pasó a formar parte, sin saberse dónde, del ejército de esclavos de mis familiares.

Pocos seres pueden decir como yo que mis recuerdos parten de los tres años o menos de mi vida. No son brumas de la memoria, son evocaciones lúcidas de hechos tremendos que se me quedaron grabados desde tan corta edad. Son hechos violentos o que encerraban una violencia latente, episodios amargos o que podrían significar amargura, reproducidos en mi mente con minuciosa exactitud, y que mancillaron mi existencia con un mosto burbujeante de inseguridad y de angustia.

Tres años escasos tendría yo cuando el coronel Juan Vicente, mi padre, desapareció de este mundo. Podrían ser las seis de la tarde, según el testimonio de Hipólita. Yo estaba despierto y escuchando. El silencio rodeaba mi cuna. Desde allí me di cuenta de todo. Mi cuarto estaba en el primer patio, sobre el ala derecha del corredor. En el costado izquierdo, el cuarto de mis padres, cerrado siempre, me sugería una peña sin musgo. Las puertas, a esa hora, comenzaron a abrirse y a cerrarse con el estrépito silencioso a que se ven forzadas las cosas cuando las manejan los seres apresurados. Hipólita, estaba a mi lado. Me acarició la cabeza como lo hacia con frecuencia para darme a entender que ya era hora de dormir. Me mantuve despierto y agucé mis oídos. Los susurros reemplazaron el abrir y cerrar de las puertas y al cabo de un rato la negra entró de nuevo a mi cuarto, me levantó en brazos y me apretó contra ella como si temiera perderme.

Yo supe, en ese mismo instante, que mi padre había muerto y me dormí tranquilo.

El reino de los odios, de los amores, de las antipatías y de las simpatías, no comienza, como muchos creen, cuando se penetra en la lucha vital de la existencia. No, este reino se inicia con el primer latigazo de la luz en nuestros ojos. Se inicia por intuición, por el orden natural de los sucesos y de la creación, por la más sencilla de las expresiones: la vida. La vida lo engendra todo, lo bueno y lo malo, lo regular y lo pasable. Yo tuve vida desde el vientre materno, y desde allí me preparé para amar y para odiar, para entender y para repeler, para satisfacer y calmar mis apetitos. Cuando, la comadrona me dio la palmada usual, grité porque no podía defenderme, y grité de dolor y de furia. Era un ser inútil, pero un ser pensante.

El caminar, el correr y botar piedras a los pájaros y a las personas fue todo un descubrimiento para mí. Corría y gritaba para desahogarme. Lanzaba las piedras para que me volvieran a mirar y además para darme el placer de leer en los ojos de mi víctima el más vivo deseo de estrangularme, o de hacerme desaparecer como por encanto de este mundo.

Cinco años, seis años, y la libertad de no contar con nadie para que me controlara. Cinco años, seis años, y el gozo de perderme desde las primeras horas de la mañana por las callejuelas caraqueñas, rebuscando algo o alguien con quien estar. Cinco años, seis años, y el martirio de la noche que me obligaba a recluirme en una casa donde nada pasaba, donde a las seis y media de la tarde se prendían las velas en los corredores y en las alcobas y la danza de las sombras se paseaba de un sitio a otro, como si una macabra procesión se instalara en los techos y en las paredes, sin darse prisa para terminar.

Mis hermanos y yo nada en común teníamos. Vicente, Juana y María Antonia recorrían mi mundo con los pies descalzos, no llegaban a mí, no se me acercaban siquiera, permanecían atónitos observando al benjamín de la familia hacer diabluras, vociferar y manotear, sin preocuparles qué me podía suceder por dentro, sin darle importancia a mis arrebatos de violencia, sin tampoco violar mi soledad.

Esta actitud expectante y perezosa por parte de ellos me hacía sufrir y desbaratar cuanto encontrara a mi paso. ¿Hermanos? ¿Herma-

nos esos bultos de carne fría que se apresuraban a cumplir las órdenes de mi madre, con una rapidez de micos y una precisión de relojes? ¿Hermano Juan Vicente? Blanco y pálido, rubio y ojizarco, me mostraba con su sola presencia el defecto de los aislados, de los asustados. Se sonreía conmigo de vez en cuando, como si un mandato interior le dijera la hora y el momento. Me veía jugar con mis juguetes infantiles y no se le ocurría agacharse junto a mí para participar del juego. Cuando lograba sonreír muy ufano se perdía por los corredores o se ocultaba detrás de una Biblia o de un libro santo, no sé qué sería ese armatoste lleno de vitelas y de colores que embargaba toda su atención y todo su tiempo. El cuento es que el bendito libro apareció un día destrozado, desbaratado con sevicia, con todo el dolor contenido que pueden guardar las almas sensibles para tomar venganza. Nadie supo jamás quién fue el animal perverso que llevó a cabo esa tarea.

A doña María de la Concepción, mi madre, me la encontraba por casualidad cada ocho o diez días. Y digo, por casualidad, porque yo a la casualidad la busco, la persigo, la mortifico, hasta que la apaño y la encuentro.

Doña María me sentaba en un sillón grandote frente a ella. Las piernas me quedaban colgando, así que las movía como un títere con peluca. Los brazos, aprisionados por la suntuosidad del mueble, no sabía dónde colocarlos, lo único que me restaba hacer era mover los ojos para todos los lados, sintiéndome asustado y ridículo en esa falsa posición.

–Simón, mírame...
Simón la miraba.
–Simón, óyeme.
Y Simón la oía.

Doña María tomaba, entonces, un rosario entre sus dedos largos y afilados. El repasar las cuentas de ese rosario duraba un largo rato. Doña María dejaba el rosario y se colocaba frente a mí, quejándose y soltando plegarias a media voz igual que un gorrión picotea piedras y granos.

Simón, me decía, me tienes loca. No sé qué hacer contigo. Eres insoportable. Estas frases doña María las gesticulaba con meticulosidad soberana. Sus labios se alargaban como cuerdas flexibles y maduraban las palabras hasta convertirlas en frutas sin cáscara.

Nada más me decía, nada más me agregaba. La sesión quincenal de entendimiento y de diálogo con doña María estaba terminada.

Doña María tomaba otra vez el rosario y yo me dejaba caer de la silla y con pasos tímidos y cortos me iba alejando del butacón, de la víctima, de mis perdularios procederes.

Mis relaciones con doña María no podían ser más heladas ni más escalofriantes, porque ella así las quería. Su constitución interior le organizaba ese tipo de comportamiento para con sus hijos. Ella lo cumplía al pie de la letra. Aún no he podido desentrañar la impresión que pudo causarles a mis hermanas y a mi hermano. Jamás lo comentamos. De mí, sé decir que doña María me dejaba en un estado cataléptico cuando me la encontraba o cuando tenía que sostener con ella este diálogo tan útil.

¿La odiaba? ¿La amaba? ¿La admiraba? ¿La compadecía? Una mezcla de todas estas sensaciones que tomaba por el pelo para conducirme a un amargo recodo de repulsión.

Personalmente yo no tenía la culpa de todos sus padeceres y angustias que debían ser muchos. Amargada y seca, así se comportaba. ¿Qué fue el matrimonio de mis padres? ¿Un negocio? ¿Una solución?

El apellido Bolívar era tan antiguo, como su estirpe vasca. Las provincias vascongadas ya lo pronunciaban allá por el año de 1574. Los Bolívares con B y con V se sucedían como relámpagos. Yo pertenezco a los Bolívares con ve chiquita, malhaya la ortografía que me pone frente al desequilibrio de las letras. Es seguro que fueron nobles y más seguro aún que se arruinaron y que América les brindó una mejor plaza para sus cuitas monetarias. Hacia acá, pues, torcieron mis antepasados y se instalaron primero en la isla de Santo Domingo, y de allí

saltaron a Caracas envueltos en la toga de los funcionarios probos, íntegros y religiosos. Pasados los años de burócratas se convirtieron en propietarios, y de propietarios, en señores mantuanos, y permanecieron rígidos en ese estado por el temor a subir más o a descender algo. Mi línea paterna no incluye conquistadores, los excluye porque el aristócrata es un anticonquistador, es una negación de cuero para adentro y cuero para afuera, de todo lo que signifique posesión y dominio, en virtud de que jamás sus agallas se prestaron para darles a sus talones la voluntad de un trepador de horizontes.

Mi padre recibió en herencia cuantiosos bienes y un arca de pergaminos que lo enloqueció de contento cuando pudo darse cuenta de lo que representaban para el futuro esos papeles. El dinero lo conservó, lo incrementó y el poder de mandar sobre los suyos le dio una forma arbitraria y feroz y que lo mantuvo erecto y con vigor la mayor parte de sus mejores años.

El coronel Juan Vicente, que así le gustaba que lo llamaran, fue uno de los suscriptores de una carta que le fue enviada al general Miranda en el año de 1781. En esa carta, en unión con otros amigos, le decía al militar, en forma de queja, cuáles eran las condiciones vividas y sufridas por los criollos en la capitanía venezolana. En esa carta se mostraba revoltoso y amigo de la transformación, porque sabia que detrás de su firma estaban los ojos de la corona española y pretendía darse un tono de audaz y de valiente. Sus andanzas revolucionarias se quedaron exhaustas dentro de los parágrafos de esa célebre misiva. Tal vez Miranda desde esos años se sintió interesado en darle respuesta y solución a tantas y tantas angustias de los criollos ricos. Él, como buen aventurero, pudo leer entre líneas lo que en verdad significaba el mensaje: la rabia y el dolor de los mantuanos por no gozar a plenitud y sin cortapisa del poder en todos sus aspectos. Esa salida de mi progenitor causó sorpresa y miedo en los de su clase. Los suyos se apresuraron a llamarlo al orden y el coronel tuvo el cuidado de dedicarse desde esa fecha con más ahinco a las labores del campo. Su vida se centró en la hacienda de San Mateo, y su vida interior surgió a la luz de sus pasiones, con la furia del averno y el olor a azufre de los diablos. Violador de doncellas y de vírgenes; violador a la fuerza y a la brava; violador

con el rebenque del amo y los apetitos del señor feudal que conquistaba a una mujer, sin los mimos, ni las caricias, ni las palabras, sino con el revés de su guantelete y la amenaza de su venganza. Ese fue mi padre y sus hechos y sus hazañas están consignados en los archivos de la diócesis de Caracas, en donde el mismo señor don Diego Antonio Diez Madroñedo, obispo del lugar, las conoció por actas, por declaraciones y por juramentos.

Esta imagen oscura de don Juan Vicente la vine a conocer pasados muchos años. La imagen pura, la convencional, la que se sentaba en los salones y aparecía cubierta de óleo en los retratos fue la que se me amontonó en mis pupilas apenas las abrí. Y allí la tuve danzando la danza macabra de la mentira, instalada como un buen peregrino con su barba blanca y suave de molinero querendón para que mis afectos no se dislocaran y mis amores paternos no se dañaran. Terrible infamia la que cometen los padres, la sociedad y la familia, al dejar que la imaginación del niño supla las deficiencias reales de sus genes paternos o maternos. Terrible infamia porque con ella se quiere cicatrizar una herida, herida que con el paso de los años, al no drenar la mala sangre, se corrompe y se convierte en pústula, y de pústula degenera en cáncer incurable.

Yo nunca he sido casto. Para ser sincero, jamás he aceptado la castidad. La figura del virtuoso en esa materia me conmueve y me apena. Soy y he sido un hombre con amor a la carne y a sus placeres. No me asustaron ni me asustan los mal llamados pecados de la carne, antes bien, me complacen y me solazan, me ayudan a convivir con ese hermoso animal, a quien le damos el apelativo de instinto, que todos llevamos por dentro. De modo, pues, que esa cara siniestra y secreta de mi padre no me aterraba, la esperaba ver tal como era. La esperaba intuyéndola y esa intuición me trepanó los nervios y malgastó mis ansias de perfección. Esa intuición me luxó íntimamente porque al asegurar mi visión interior perjudicó los resortes de mi educación primaria hasta hacerlos saltar de sus bisagras y de sus posiciones. Quiero explicarme mejor: de niño, mi madre, mis tíos, mis familiares y la sociedad a que yo pertenecía me quisieron presentar a mi padre como a un gran hombre. Yo les creí. Y construí sobre

esta mentira todas las potencias de mi ser, para que en el futuro él se sintiera orgulloso de mis hazañas y desde el otro mundo se mostrara satisfecho de mis conquistas. Pero aun de niño no me dejé engaitar del todo y aparté en mi conciencia un gran hueco de duda en relación con lo que había sido don Juan Vicente. Algo dentro de mí me decía que tanta perfección humana no era posible encontrarla en una sola persona. Esa duda la tuve latente, dormida y, sin embargo, lista a despertarse en cualquier momento. Al fin se dio la claridad en mi espíritu y se dio porque así lo quise, porque violenté mis poderes de raciocinio hasta encontrar la verdad. Y con esto me salvé de llevar a cuestas la imagen mentirosa de mi padre, gracias a que derroté su hechicería, a su debido tiempo.

Como decía, el coronel Juan Vicente era todo un oligarca. Un oligarca rico, mal educado y bárbaro, y además admirable administrador de sus bienes terrenales. En sus manos el dinero y las tierras de sus abuelos y padres crecieron y se multiplicaron como por encanto. De dos fincas que heredó al morir figuraban cuatro, y eso mismo sucedió con los esclavos y con las morrocotas. En el libro de los bienes mostrencos, el número de esclavos se doblaba casi desde su nacimiento hasta su desaparición. Confundidos con los cuernos de los toros y con las cabezas de las vacas, los esclavos y las esclavas, de propiedad de don Juan Vicente, se igualaban con las hileras de doblones, que admirablemente distribuidos se acumulaban rectos y brillantes en los baúles destinados al tesoro familiar.

Así, pues, cuando a don Juan Vicente le dio la ventolera de casarse con una mocita que estaba en días de cumplir los 14 años, los padres de esa mocita, los señores Palacios, se frotaron las manos con satisfacción y dieron su bendición anticipada antes de que el Coronel formalmente se la solicitara. El bienaventurado don Feliciano Palacios, al enterarse de que el señor Bolívar solterón y millonario se interesaba legalmente por su adorada hija, se apresuró a dar su consentimiento. Los Palacios no ocuparon, como se ha creído, el mismo renglón de los Bolívar dentro de la escala social. Estaban más abajo, quizás dos o tres escalones, menos ricos, menos poderosos y menos acatados y conocidos. Se contentaban con posar de buena gente y con mantener, mal

que bien, dentro de la organización social de los mantuanos, un equilibrio decoroso y prudente.

Doña María Concepción, mi madre, huérfana de madre desde muy niña, nació y vivió sus cortos años de soltería aferrada a los pantalones de mi abuelo materno. Él la educó, él le enseñó a leer, él le compró el primer rosario, él le adornó las sienes en su primera comunión, Él la montó a caballo, él le dictó los primeros renglones del código de la administración casera. Él y sólo él, se situó cerca de su mente y de su corazón en forma tal que para doña María su padre se convirtió en un arcángel, venido a menos, que tenía la expresa tarea de darle educación, vestuario y fuera de eso las reglas de conducta para que no se equivocara jamás.

El matrimonio de don Juan Vicente y de doña María, arreglado y compuesto por su padre, a doña María no le causó ninguna impresión, hasta que se vino a dar cuenta de que su marido no era la prolongación de su papá ni siquiera su sombra protectora. Su marido poseía por fuera las virtudes de un gran señor, pero en la intimidad estaba cargado y recargado de tensiones sexuales, dejaba entrever un fondo de angustia y de desasosiego poco común, que al darle escape en la persona más inmediata, su esposa, la asustaba de una manera tan completa que la dejaba mustia, amargada, marchita y asqueada en sus funciones de mujer. Y todo esto, porque el hombre que le tocó como esposo carecía del más mínimo tacto, del amoroso desvelo, de la suave ternura, indispensable para entonarla, para hacerla cantar el himno de los satisfechos o la oración de los completos. Mi madre, doña María Concepción, se amargó desde el primer día de su luna de miel. Y se quedó amargada para toda su vida. Los hijos le llegaron por las buenas o por las malas y en ellos encontraba, queriéndolo o no, la prolongación viva del carácter antipático de su esposo, y en cambio de hacerse a ellos con las manos ungidas de dulzura, procuró alejarlos de su seno y una vez desaparecido su marido, los alejó de su amor y de su confianza para no tener que aumentar su pena y su decepción más allá de lo normal.

Estas dos personas sin adornos y sin misterios fueron mis padres, y el hogar que ellos formaron me correspondió en herencia física y

mental. Y recibí el caudal de sus desesperaciones y la coyunda de sus enfermedades. Don Juan Vicente, meses antes de su muerte, se acobardó de su pasado, renegó de él, intentó borrar con el codo lo que con su mano de violento había escrito. Se curvó y se envejeció aún más. Se destempló como un acero oxidado, se arrugó como un cuero de res mal curtido, se llenó el cuello de medallas, de amuletos, de imágenes santas, con el fin de que le perdonaran sus arranques y sus pecados. Tomó el camino de la culpa con la pasión de un criminal asustado por sus depredaciones y dictó un testamento lastimoso y débil, donde se ve de cuerpo entero al animal tembloroso que mira su final con los párpados húmedos de terror y de lágrimas. Don Juan Vicente reculó. Y no tuvo la suficiente hombría para plantarse ante su destino y decirle con la misma voz de trueno que usaba para tratar a sus esclavos y para lanzar maldiciones y denuestos: "Yo muero como fui". No tuvo la berraquera de agarrarse los cojones con las manos y de anunciarse a sí mismo el término de su peregrinaje. Don Juan Vicente se amilanó. Y lo que debió ser la rubricación de una vida de macho fue apenas la línea tenue de su pavor puesta al servicio febril y movedizo de su pensamiento con relación al más allá. Al coronel le salió al paso el turbulento destino de todos los españoles en presencia del tribunal supremo. Destino de acoquinamiento que los marca y los identifica en cualquier parte. Destino singular el de esta raza de violadores, de atrabiliarios, de guapos, de tiernos, de amargos, que se amilanan y se petrifican cuando ven cercano el final de su sendero. Yo tengo también entre mis venas este veneno. Y lo tengo para mal de mis pesares más agudo, más filoso, más tremante, porque fuera de haber recibido indirectamente este aliento, directamente me veo sujeto y objeto de tamaña bocarada, ya que mi padre incrustó en la sangre desde mi concepción ese miedo de amargura y de arrepentimiento, que me ha mantenido en el doble filo de un cuchillo, fluctuando entre la decisión de ser y la indecisión de negar mi propia autenticidad.

Mi padre fue un atormentado sin el vigor necesario para encausar su temperamento y su carácter, sin la fibra suficiente para domeñar sus instintos sexuales y amorosos y enseñarles que el camino de la liberación de la carne no se consigue por la trocha del látigo, sino que se

desborda por el atajo de la caricia, de la palabra dicha a tiempo, de la insinuación caballeresca y rampante.

En la senilidad del coronel Juan Vicente que se inicia a los 47 años de su edad, cuando en mí la decrepitud finaliza a esa misma edad, quiso encontrar en el matrimonio la isla milagrosa para descanso y solaz de sus padeceres y en ella se topó a boca de jarro con la realidad dolorosa de una mujer, la suya, atemorizada y crujiente cada vez que se le acercaba y se supo inútil e impotente para hacer aflorar en esa criatura el amor y la pasión.

Entonces regresó a su refugio de San Mateo, al sitio donde él era el amo, el pirata sin navío, que podía darle a su alma la candela y el fuego de los atropellos para que se mantuviera en estado de merecer. En su vejez, colindante con los 60 años, se afilió a la hermandad de los arrepentidos y usando y abusando de sus bienes terrenales los hizo desfilar por delante para comprar la eternidad y la gloria a base de misas, de trisagios y de solemnidades religiosas. Así y sólo así se consideró a salvo de las consecuencias de su mala vida pasada. A su esposa le dejó la administración de sus caudales, a sus hijos no les dejó ni siquiera un recuerdo bueno y a las iglesias de todas las parroquias, la encomienda, el ruego, la petición de que rezaran, de que pidieran por su salvación eterna.

Al pie de este sujeto transcurrió la niñez y la juventud de mi madre. Doña María Concepción lo repudió desde su lecho al cabo de unos años. Si los hijos se sucedieron fueron contra su voluntad. El repudio fue más hondo, más agresivo, digno de su fortaleza de mujer y no se quedó en las ramas, se consumió dentro de su ser, para formar en él una costra de resistencias y de rechazos que le duró mientras el esposo duró. Muerto don Juan Vicente, la mujer y la esposa se emanciparon, se quitaron las cadenas que las oprimían. Se alzaron el velo de la pudibundez y se presentaron al mundo con una nueva cara, diferente, limpia de todo pasado, pero seca y fría para el porvenir, que nada les podía ofrecer sino trabajo y disciplina.

Y surgió en mi madre la gran administradora, la contabilizadora de las voluntades y de los bienes. La reformadora de las haciendas y de las

plantaciones. Su trato con los hijos se hizo apático y su trato con sus hermanos, dominante. Yo la pude ver, erguida en las madrugadas vigilar la tarea de los esclavos, que cargaban o descargaban el cacao, el añil, los frutos de las fincas. Y yo la pude ver, sin que ella se diera cuenta, cuando se le endurecían las facciones y ordenaba el castigo del revoltoso, los latigazos a la mujer perezosa y, entonces, las pupilas le brillaban con ese brillo amoroso que tienen los ojos de las mujeres en el acto sexual.

No me puedo quejar de lo que encontré en mis padres cuando nací. Y no me quejo, lo cuento. Lo cuento porque me hizo que sufriera sin poder decir nada y el contarlo me alivia y al aliviarme me entrego al placer de la recordación. Estas y otras razones todavía mas abscónditas me conformaron la hipersensibilidad que me habita. Así pues, supe, sin que nadie me lo dijera, cuándo y cómo murió mi padre. El niño de tres años, edad que yo tenía cuando esto sucedió, no estaba en condiciones de darse cuenta de este acontecimiento, pero yo sí me di completa y cabal cuenta. Sin embargo, ese padre que murió permaneció en mí, estacionado y roedor. Y me costó trabajo y esfuerzo deshacerme de él. Y cuando lo logré, surgió la sombra de mi madre, siempre cicatera y negociante, que estableció conmigo las relaciones más absurdas, más menudas, más desagradables y de nuevo me vi encarado al dominio de mis terrores infantiles y de nuevo me tuve que sobreponer a ellos y recurrí al sacrificio de todos mis segmentos interiores para alcanzar la cúspide de mi yo y encontrarme en ella.

Irascible y destructor me reconocí a los 7 años. Un oculto deseo de trasgredir lo común me aprisionaba. No quería ser dócil, ni manuable, ni corriente, quería darme la satisfacción de mi amargura y me prendí antorchas y llamaradas por mis cuatro costados. Me dormía fatigado de luchar conmigo mismo. Y también en los sueños sufría y peleaba y daba mordiscos y pescozones. Hipólita me despertaba algunas veces y me arrullaba contra ella cadenciosamente. Era la única forma de calmarme y de tranquilizarme. Al despertar, todas mis demencias se congregaban para hacerme el coro de los maldicientes y la algarabía de los inconformes.

Mi caso fue un caso difícil. Yo era el que menos lo comprendía. Mi desasosiego era tal, que ni las caricias de Hipólita, ni los consentimientos de Josefa, la hermana menor de mi madre, que prácticamente también me adoptó por hijo, lograban sedarme. Es posible que en mi cabecita de niño se formara este laberinto de contradicciones: al fin y al cabo, ¿dónde está mi madre? ¿En cuál de tantas? Doña Inés Mancebo de Mijares me dio su leche; Hipólita la reemplazó y me entregó su vocación de madre y su piel de ébano; Josefa se anticipó conmigo la maternidad y cubrió mis mejillas de miramientos y de besos, como si yo fuera en verdad el fruto de su sangre. Extraños sucesos me han rodeado. Extraños e incomprensibles. No tengo una, sino tres madres. Estas me peleaban, satisfacían mis terquedades, le daban lugar a mis malos genios y se desvelaban cuando estaba enfermo y me miraban como si tuvieran enfrente una ilusión pronta a desvanecerse. ¿Qué pasaba? ¿Qué diablos tengo para no ser normal, como fueron todas las criaturas a esa edad?

En el solar de mi casa, se levantaba un viejo samán. El árbol tenía para mí el misterio de las cosas aparte. En su tronco, los años formaron una epidermis de dureza increíble. Alto, recto, fuerte, me daba la impresión de que poseía un poder sobrenatural. Mis amores con este samán antiguo y patético me salvaron de muchas diabluras que pude cometer. Me entregaron, sin darme la posibilidad de entablar con alguien superior a mí, un diálogo interminable. En las tardes de verano, en esas tardes calurosas y secas de Caracas, en donde no corre ni el más leve viento y en las que las casas, los seres y los objetos adoptaban una hierática postura de ídolos, mi saman me ofreció, sin palabras, la máxima dádiva que le puede ser ofrecida a un hombre: la compañía. Descalzo me trepaba en sus ramas y subía por ellas como por unos miembros cariñosos y amigos y me despellejaba las manos y sudaba con ese hermoso sudor que dan los cansancios y los agotamientos aceptados de antemano. En el último ramazón me sentaba jadeante. Olía las resinas vegetales de mi amigo, me restregaba los brazos y las piernas con sus astillas y abrazado a sus ramas me sumía en un sopor rico en imágenes y denso en contenidos soñadores. Allí colgado como un cometa asistía a la llegada del viento marino que a eso de las seis de

la tarde hacia su aparición, calculada y arisca. Primero, un leve polvillo se insinuaba a lo lejos, sobre los tejados de las casas que yo podía ver. Luego, ese polvillo se levantaba airoso y comenzaba a bailar por los tejados y los caballetes, arrastrando consigo papeles, mugre, hojas, y después parecía que por solo satisfacerme a mí rompía sus quijadas sobre mi escondrijo.

Y comenzaba el más loco y silencioso de los combates, el combate del viento contra mí para hacerme caer, para que me desprendiera de mi protector, para que me estrellara diez metros abajo y conmigo se estrellaran los sueños y las visiones que llevaba arrumadas en mi cabeza, invisibles para los demás, pero ciertas para mí, puesto que las tocaba, las tomaba y me hacían estremecer con el solo hecho de apretarlas fuertemente.

Llegaron mis 7 años y no sabía leer. No me interesaba. Al alcance de mis manos tenía un torrente de estímulos, de elementos excitantes, de abecedarios maravillosos. Mientras nadie me diera órdenes, ni me fijaran un horario, ni me impusieran una disciplina, el mundo estaba a mi favor. Y lo tomaba con regocijo. Lo demás no existía. Y no podía existir dado el grado de compenetración con las cosas amenas, agradables, tangibles, con las cuales me entendía diariamente: trompos, bolas, piedras, monigotes de barro, estos si eran, mis amigos, estos constituían todo un ordenado y perfecto andamiaje para mis apetitos. Y si me hubieran dejado toda mi vida con estos elementos a mi servicio con seguridad el mundo se hubiera evitado mis locuras y mis excesos.

Comencé a notar por esos años una inquietante situación a mi alrededor. Una forma de conjura se filtraba por toda la casa contra mí. Yo la percibía en el aire, en las sonrisas fingidas de mis tíos, en el coqueteo ronroneante de Josefa Palacios y hasta en las miradas palpitantes de dulzura de Hipólita. Me di cuenta de ella y me preparé a recibirla. En efecto, a los pocos días de tantas reuniones y conciliábulos de mi familia, mi madre me llamó a su alcoba con gran sigilo. Pensé que la escena, repetida tantas veces entre nosotros dos, se volvería a sostener, pero estaba equivocado. Una sonrisa dialéctica me recibió en

los labios de doña María y la sonrisa se hizo risa cuando me observó en los ojos la prevención que yo llevaba. Me hizo sentar, relajar y cosa insoportable me ofreció unos merengues que se derretían sin más sobre una bandeja. Los puse entre mi boca y los dejé que se derritieran con parsimonia, me pasé la lengua por los labios y lamí el resto de azúcar que quedaba en ellos. Me trepé con más fuerza en el sillón y en cambio de sentirme acusado me convertí en acusador y esperé.

"Mira, Simón, yo como tú tengo mis manías, mis hábitos y mis modestas inquietudes. Y esas manías y esos hábitos me indican que tú no encajas en ellos. Ya tienes uso de razón y no has querido aceptar ni la escuela ni la primera comunión. No me explico por qué rechazas todo lo que te puede servir para un futuro. Tu actitud conmigo es agresiva y violenta. En verdad me preocupa esta situación. Y como es usual en mi persona, tengo que darle solución. Te guste o no te guste, he decidido que de hoy en adelante tú, Simón Antonio de la Trinidad, te vas a vivir a casa del señor Sáenz, abogado distinguido y honesto que se ha prestado para ser tu tutor y tu profesor. No te pido tu consentimiento, ni me importa, te pido únicamente que no me vayas a hacer pantomimas ni a ofrecer arrebatos porque estoy dispuesta a no tolerarte más payasadas".

Simón Antonio de la Trinidad no dijo ni mu. Quedé de una pieza. Las mandíbulas se me trabaron. Y mi lengua, que se soltaba aprisa y rápida, se mantuvo quieta y lánguida como si fuera un estropajo usado. Miré a doña María como posiblemente nadie la había mirado: larga, cuidadosamente, no se me escapó ninguna arruga ni pliegue de su cara. Le pasé con lentitud mis ojos sobre su figura y me di por satisfecho cuando apareció en su rostro una inquietud que se hizo presente en el color de sus mejillas, lo cual en su carácter anunciaba la cólera pronta a aparecer. Me bajé del sillón y sin volver atrás la cara salí de la estancia.

Me habían robado mi reino. Y mi reino era mi casa. Esa casa grande, hermosa, complicada, que también conocía. Alguien me rapó lo mío. Y me desalojó de allí. Y me botó como un bagazo fuera. Y, además, se quedó con todas mis pertenencias: con mi alcoba, con mi

cuja, con mi patio, con mi zaguán, con mi solar y mi amigo íntimo, el samán gigantesco, que ya dejaba de ser mío para continuar siendo de otros que jamás podrían comprenderlo como yo lo comprendía.

El traslado a la casa del señor Sáenz no se efectuó inmediatamente. Así, pues, tuve tiempo para despedirme de las cosas que amaba. A cada sitio le dediqué un momento. Me paraba junto a él y le hablaba pasito. No sé qué le decía. Lo que escasamente recuerdo es que un sudor de agonía me lamía los miembros y me secaba la boca. En el samán estuve encaramado toda una tarde. Los gritos de Hipólita me obligaron a bajar de mi trono Y eso a regañadientes. Cuando Hipólita me encontró estaba haciendo pucheros, la negra se derritió de pesadumbre y me llamó idiota, loco, embrollador y pronunció esas palabras con una cadencia tan dulce, que hasta yo mismo me convencí de ser todo eso que mi madre negra me indicaba. Y busqué su regazo y me calenté la cabeza entre pliegues de su carne y apreté con mis manos esos brazos carnosos y redondos, con la necesidad urgente de encontrar en ellos algo que me perteneciera por completo, que no me fuera arrebatado, que se me quedara quieto, quietecito, entre mis dedos manifestándome así su entrega.

El señor Sáenz me pareció desde la entrada a su casa un viejo pendejo y retrógrado. Al principio se quiso congraciar conmigo.Y me hablaba con una voz impostada y lánguida, esperando que yo me fuera a dar como una mansa paloma a sus mandatos. En vista de que los arrumacos no surtían efecto, cambió radicalmente. De la noche a la mañana me topé con una persona diferente. Agrio y mandón se me presentó pasados algunos días. Y daba las órdenes con un convencimiento tal, que su ridiculez se me subió de punto y en lugar de contestarle con furia, le respondía con burlas y con chacotas. El abogado Sáenz recurrió al recurso de los tontos: le dio por obligarme a que no abriera mi boca. Toda una mañana la pasé con los labios sellados y a la hora del almuerzo me senté muy compuesto y reposado en mi asiento y permanecí en él, sin mover un tendón y sin mirar a ninguna parte, como un santo de piedra. Si me hablaban, no contestaba. Si me acercaban el plato con la comida, no tomaba el tenedor ni me llevaba el alimento a la boca. Conseguí lo que me proponía, desesperar al señor

Sáenz y ponerlo al borde de un derrame cerebral. Sáenz, ante el espectáculo, se tomó las pocas mechas que le quedaban en la cabeza, se pasó las manos por las quijadas, se frotó las comisuras de los labios con la servilleta y al fin estalló. Estalló como un petardo, como un triquitraque, como un trueno de Semana Santa. Su esposa y sus hijos lo miraban con el espanto reflejado en sus pupilas y de reojo me observaban a mí como indicando que mi responsabilidad estaba manifiesta y que era inútil seguir manteniendo esa cara de bobo paralítico que yo lucía.

Al cabo del rato, el señor Sáenz, calmada la rabieta primaria, se contuvo y se dirigió a mi sitio. "Simón Antonio –Sáenz había escuchado a mi madre llamarme por mis dos nombres de pila, y le atrajo el sonsonete–. Simón Antonio, ¿por qué no comes?" La pregunta me la hice repetir varias veces y como a la quinta, solté la barrabasada: "Porque usted me ha dicho que no abra la boca, por eso".

El señor Sáenz se echó la bendición y dijo dos o tres latinajos en voz queda.

El ritmo habitual de la casa siguió adelante. Los hijos de Sáenz recibían instrucción religiosa del padre Andújar y me obligaron a entrar en la colada, es decir, a asistir a las clases.

El padre Andújar debió ser un magnífico orador, muchos años atrás y ahora se solazaba con los cuatro idiotas que le quedamos al cabo de las quinientas, para oírlo. Y antes que clase de religión, nos endilgaba unos sermones enrevesados y tronantes, que a las dos niñas de Sáenz las obligaba a soltar las lágrimas y a salir corriendo en busca de su mamá para pedirle perdón por todas las ofensas cometidas por ellas durante la semana. La esposa de Sáenz, que era una buena mujer, les daba su bendición con maternal sonrisa y las niñas regresaban a la clase, descansadas, y sin culpas, pendientes, a seguir escuchando a este Torquemada, que, sin inmutarse por la fuga de una parte de sus oyentes, seguía con nosotros la tremenda requisitoria.

Según él, Dios estaba a la diestra del rey. Entre los dos arreglaban el mundo conocido. Si alguna cosa nueva sucedía, el monarca le susurra-

ba unas palabras al Creador. Este daba su consentimiento, agachando la cabeza y entonces el monarca ordenaba por intermedio de sus obispos y de sus generales que degollaran al insurgente o que castigaran al esclavo o que le regalaran una moneda de oro al lambón que se le había ocurrido contar lo que sucedía en los predios de su majestad católica.

El padre Andújar mezclaba versos con máximas, encíclicas con responsos y avemarías con maldiciones. Pude sacar en limpio de su vida, que en su juventud había sido marinero y que la vocación de sacerdote se le apareció en medio de una gran tormenta, cuando al borde de la muerte, según su creencia, fue milagrosamente salvado por la intervención personal de la Inmaculada Concepción. Con los hábitos puestos se dedicó a salvar pecadores. Y su deseo de salvación ajena lo trajo a estas tierras dispuesto, hasta el último instante, a sostener, así le quemaran las manos, que él vio a la Inmaculada cuando daba las órdenes a las olas y a la tormenta, a fin de que el mar regresara a la paz y a la tranquilidad.

Andújar parecía un santón indio. En su hábito se arrumaban medallas y adornos sacros. La clase la dictaba paseándose y el ruido de sus pasos, acompañado del ruido de la quincallería que le colgaba de su sotana, casi ahogaba sus palabras. Ninguno de los otros le decía un acento. Yo personalmente me divertía con ese repiqueteo y cerraba los ojos, dejaba libre mi imaginación y ésta me llevaba a un gran mercado, donde se vendía toda clase de fierros y de latas y donde no había necesidad de mover estos elementos porque el aire se encargaba de soplar sobre ellos y hacerlos sonar estrepitosamente. Volvía a abrir mis ojos. El padre Andújar seguía repicando como un campanario con fantasmas y los medallones y los rosarios se le entrechocaban en sus costillas y abdomen, produciendo igual estruendo que los adminículos que me había imaginado colgados en el bazar.

Sáenz siguió conmigo y yo con él. A mi tutor se le veía a leguas que no estaba muy satisfecho con su pupilo. Es posible que, de noche y a solas con su mujer, se permitiera rechazar el encargo que doña María Concepción le había hecho. Él, Sáenz, era un hombre pacífico, adapta-

do a la vida monótona de Caracas. Nada estaba fuera de su control y la rutina de las horas y de los días y de las semanas se había visto interrumpida por el cuidado de este desgarbado infante, pretencioso y mordaz, que le quitaba el aliento y le provocaba un malestar permanente por su rebeldía y por su testarudez. Mis salidas a sus preguntas lo ponían al rojo sangre y no se explicaba como un pelafustán tan chiquito de cuerpo podía dar tanta guerra y provocar tantas reacciones.

La paz entre nosotros no cuajaba. Cada acercamiento de él degeneraba en una repostada mía. Y era lógico, Sáenz no estaba en condiciones de ser mi amigo, no tenía la categoría para ello y sus intentos de ablandamiento sobre mi persona se quedaban en el vacío, erizados y puntiagudos, como mis propias contestaciones.

Para José Miguel Sáenz y para mí la vida que llevábamos no era vida. Él estaba dispuesto a no ceder en sus posiciones arbitrarias y mandonas. Yo me encontraba parapetado en mi agresividad. El fuego y la estopa. La pólvora y la chispa. A mayor imposición de su parte mayor violencia de la mía. Nuestras trincheras estaban frente a frente y el estado de alarma cundía hasta en la tierra de nadie. Pataleta que va y castigo que viene. Dos seres humanos mostrándose los dientes durante las veinticuatro horas del día terminaban exhaustos y derrengados como terminábamos al final de la tarde, Sáenz y yo.

La mente de José Miguel Sáenz no tenía suturas en lo que se relacionaba con la educación. Era fija, sin piezas, de un solo cuerpo. Él pensaba que educar consistía en embutirle a una criatura los conocimientos, digerirlos sin discutirlos y sin ponerlos en duda. Eso se lo habían enseñado a él y él procuraba pasar la bola de mano en mano, al niño que le encargaran. Inflexible en sus principios, no cedía un ápice y, encastillado en lo que él llamaba su verdad, marchaba con la vista fija en un objetivo invisible y lejano, fijado por su propia estrechez. A pesar de ese fardo incontrolable de opiniones muertas que tenía entre ceja y ceja, José Miguel quiso conmigo ser un poco más amplio, lo reconozco, y se violentó hasta perder peso y salud y ponerle las mejillas tensas y las ojeras hondas y marcadas. Se empeñó en salir en mi compañía, cada dos o tres días, para que estas salidas relajaran un poco

nuestro mutuo distanciamiento. Claro está que yo aprovechaba estas salidas para darme un respiro al aire libre y ponerme en contacto con la naturaleza, con el sol y el viento, que tanta falta me hacían. Él se apresuraba a irse por fuera y por dentro con cuanto estorbo encontrara a su paso: zamarros, polainas, espuelas, sombrero alón, camisas estrechas, pañuelo amarrado al cuello, fusta. Y le agregaba a todas estas cosas una mochila con viandas y refrescos. Eso sólo me impedía ya entenderme con Sáenz. Eso sólo me lo ponía fuera de órbita, lejano, en un alto donde las situaciones se programan y donde se le quita el sabor y el olor al contacto con el campo, con la boñiga, con las flores, con el polvo del camino. Y volvíamos a nuestra guerra caliente.

En una de estas salidas, Sáenz resolvió franquearse conmigo. Y después de un largo silencio, por parte de él, y en donde yo me divertía mirando el vuelo de un halcón, él lo rompió carraspeando dos o tres veces y se lanzó al campo abierto de la sinceridad. "Simón Antonio, –los dos nombrecitos no me los rebajaba nunca– ya vamos para largo en una compañía forzada, ni tú me aceptas ni yo tampoco. Me considero capaz de todo menos de domar potros". Le rapé la palabra y me apresuré a decirle: "Usted no los doma, pero sí los monta, ¿no es cierto?" Una bomba que se hubiera estrellado a sus pies no le hubiera causado tanta impresión. Furioso levantó la fusta para pegarme, no sé qué vio en mi mirada que lo contuvo, y le pegó tres latigazos a su caballo y se alejó de mí.

Aquí terminaron definitivamente nuestras relaciones. Se declaró incapaz de seguir conmigo y un domingo, pasada la santa misa, a la cual también me obligaba a asistir, me tomó de la mano y marchó conmigo por las calles caraqueñas, hasta encontrarnos los dos frente a mi casa paterna. Golpeó la puerta con delicadeza y a los pocos instantes el negro Anastasio, portero perpetuo de la dinastía de los Bolívares, renqueando y jadeando, entreabrió los postigos que partían en dos el inmenso portón de la mansión. Se asomó y su cara adquirió la expresión de una gran y grata sorpresa. Los pocos dientes que le quedaban le brillaron en su boca y su voz rasposa y amable me volvió a dar en la frente como si una mano antigua y cariñosa me hubiera golpeado las mejillas.

"Niño Simón, niño Simón". Mientras repetía estas dos palabras, procuraba empujar las abras del monolítico aparato que cerraba la entrada a mi paso. Una vez que pudimos pasar, el negro me tomó las manos y me las apretó con afecto. El ama está en el patio, asoliándose, y tu madre Hipólita en el solar recogiendo yerbas -me dijo- ya sabe mi amito lo aparente que es esa mujer para curar reumas y dolores con sus menjurjes y como a mi ama le está doliendo todo el cuerpo, la negra está en ello. Siga, siga, su merced, que doña María se va a llevar una gran sorpresa". Eso yo no lo dudaba. Y la sorpresa de doña María Concepción fue de marca mayor. Reclinada en una pequeña silla y con un quitasol cubriéndola, mi madre meditaba. El ruido de nuestros pasos le hizo volver la cabeza para ver quién entraba y cuando me vio de la mano del señor Sáenz, se quedó de una pieza, mirándome fijamente, igualito a como yo la miraba. Sin suspender la insistencia de sus retinas, contemplé en el fondo de sus ojos la decepción, la indiferencia, la rabia y ese fulgor extraño que se le insinuaba siempre cerca a sus párpados cuando la soledad y el fracaso la asaltaban.

El señor Sáenz se sentó a una invitación de mi madre y, apenas ella se lo permitió, se descuajó en frases incompletas y atropelladas para describir mi pésimo comportamiento. El buen señor sudaba y padecía infernales tormentos al hablar. Su prestigio como pedagogo estaba en entredicho, pero resolvió reconocer su fracaso en relación con mi educación.

"Qué le vamos a hacer, don José Miguel", le contestó mi madre. "Yo he hecho por este joven cuanto está a mi alcance, pero tampoco estoy dispuesta a hacer milagros. Simón Antonio heredó de su padre, que en paz descanse, la terquedad y la soberbia, y lo que se hereda no se hurta. Déjelo aquí y váyase usted en paz que le estoy muy agradecida por darle clase a este muchacho. Las madres agotamos todos los recursos para educar a nuestros hijos y si ellos no los agradecen, o no les interesa cumplimos con nuestro sagrado deber".

Sus palabras me sonaron como esas calabazas vacías que sólo contienen aire. Y continuaron amagando mis entresijos y golpeándolos.

A la mañana siguiente, me vistieron de fiesta.

Yo estaba lelo y un poco sorprendido. Hipólita tenía el encargo de llevarme a la sala, en donde encontré apoltronado a un señor flaco, desgarbado y con cara de colérico que me dijo que se llamaba Pelgrón. Era mi nuevo maestro. Y mi nuevo maestro se quedó sin estrenar porque yo no lo acepté. ¿Qué iba a hacer yo en las garras de este sujeto sin gracias y apergaminado que vivía chupando un mondadientes y hurgándose las carracas con la voracidad de un mulo recién cambiado de potrero? ¿Qué iba a hacer yo con un pizco que se apellidaba Pelgrón y que olía a mico, y que tenía las solapas de la chaqueta negras de caspa y mugre? Pelgrón o no Pelgrón, me encabrité. Y mi furia no fue una furia ficticia, fue una furia real, auténtica, sin cortapisas Se me salió al rompe, puesto que me sentí terriblemente ofendido de que se recurriera a esta clase de personajes para educarme a la fuerza. Rechacé definitivamente al maestro. Los ceños, las reprensiones, las malas caras, me zumbaban por todo el cuerpo como abejas calientes.

Me dejaron suelto unos días. Y se me antojó que ya iban siendo muchos. En mi interior funciona una máquina de singular comportamiento, que me da las indicaciones de cuándo los aconteceres están dentro de la normalidad o fuera de ella. "Simón –me dije– te olvidaron por completo, estás sepultado en vida, nadie repara en ti, no te quieren, te dejan solo para evitar problemas, tu horfandad, Simón, es completa". Ese era el mensaje de mi máquina.

Yo que me conozco unas veces y otras me desconozco, le puse atención a lo que esa voz interna me decía. Y, como pude, me las ingenié para que volvieran a mirarme. Me disfracé de santo, de arrepentido, de niño bueno. Me levantaba temprano, desayunaba sin derramar el chocolate, me estaba piadosamente entretenido con cualquier chuchería sin mortificar a los que pasaban junto a mí. Es decir, la casa con mi presencia se volvió un perfecto claustro.

Pasaron los días y las noches sin solución para mis males. Me di cuenta de que algo muy grave estaba ocurriendo. Hipólita no me soltaba noticia fresca y la veía inclinada a darme el esquinazo para que yo

no me enterara de la situación. Los nueve años se me estaban notando. Flaco, huesudo, narigón, mi pobre humanidad daba tumbos y tumbos por los corredores de este inmenso y destartalado caserón. De pieza en pieza, de rincón en rincón, reburujando aquí, esculcando allí, fregando a los esclavos y a las esclavas, picando caña, en las pesebreras, mi pobre humanidad estaba al borde del desquiciamiento total. Así la sentía y me resistía a creer que yo tuviera hermanos y madre y abuelos, porque todos sin exclusión se alejaban de mi sombra apenas la percibían.

Cualquier día de estos, por falta de tema, le pregunté a Hipólita dónde paraba mi madre. Hipólita me dijo que ella llevaba semanas enferma y que el médico le había formulado quietud y reposo. La negra insistía en que una tos bronca y desordenada la consumía y que esa tos acompañada de unos esputos sanguinolentos se afincaba cada vez más en la enferma y la tenía desfalleciente. Días después de esta charla con Hipólita mi madre moría.

Doña María Concepción se fue de este mundo sin una lágrima. No tuvo ni siquiera fuerzas para derramarlas. La misma enfermedad de mi padre, la tuberculosis, se la llevó. Mi padre a los 60 años y pico fue un tuberculoso, antiguo. Mi madre, a los 32, fue una tuberculosa precoz.

Nueve años y mi soledad irrebatible. Nueve años y huérfano. Nueve años sin recordar la caricia de un padre o de una madre. Nueve años y casi analfabeto. Nueve años y trotando de casa en casa, de portón en portón, persiguiendo lo que nunca tuve: amor verdadero, desinteresado, puro. Nueve años y sin saber para dónde coger. Si me quedaba en este mal formado hogar de mis padres o me pasaba a la casa de mi tío Carlos Palacio Blanco. Nueve años y una magnífica herencia en perspectiva: la tuberculosis.

A los pocos meses de muerta mi madre, mi abuelo Simón también se despidió de este mundo. Con mi abuelo me unía una pequeña ligadura. Y digo pequeña porque jamás alcanzó la categoría de mediana o de grande. Mi abuelo era un personaje especial. Neurótico y encerrado

en sí mismo viajó de la niñez a la vejez sin darse cuenta. Se estacionó en una edad indefinida y allí se quedó. En esa edad indefinida lo conocí y él buscó la manera de que lo conociera mejor. Cariñoso y tierno nunca lo fue. Detallista, tal vez. No se me olvida que, durante muchos años, cuando él regresaba de dar sus vueltas por la ciudad de Caracas o de conversar con sus amigos, siempre me buscaba para darme silenciosamente cualquier bobería de regalo. Nada de importancia, pero el mismo presente incluía una semisonrisa que se le quedaba congelada en los labios como si le fuera difícil descongelarla. Con el resto de la gente nunca le vi sonreír. Tengo ese orgullo de que posiblemente en mi abuelo se operaba una dramática y desconocida catarsis al encontrar en mi soledad parte de la suya.

Un día me planté frente a la cara de mi tío Carlos y le dije: "Me voy para San Mateo", ¿Sólo?, me contestó. "Sí, solo".

Qué pequeños son los hombres cuando no tienen la suficiente capacidad de buscar en el alma de los demás. Mi tío no se daba cuenta de que desde que nací yo estaba solo. Y tuvo la desfachatez de preguntarme, de que si mi viaje a San Mateo lo iba a hacer solo o acompañado. Él no estaba en capacidad de darse por notificado de que yo, Simón Antonio José de la Santísima Trinidad Bolívar, estaba harto de soledad y quería hundirme más en ella.

Capítulo II

La hacienda de San Mateo me recibió sin dar señales de conocerme. La casona tendida sobre una planicie descansaba perezosa entre paredones y repechos. El sol y la lluvia la habían tostado hasta hacerla aparecer quemada y vieja. Anchos corredores la atravesaban con la sobrada locuacidad de sus barandales y baldosas. Sus patios y recovecos se mantenían en suspenso y fluctuaban entre la medialuz de los atardeceres y las bocanadas de sol de los mediodías. De lejos, la casona de San Mateo semejaba una enana recogida sobre su tiempo. Sus tejados montaban sus espaldas con la meticulosidad de los tableros de ajedrez. En sus caballetes golondrinas y palomas se espulgaban intermitentemente y una especie de sobrecogedora luminosidad succionaba su imagen como queriendo levantarla en vilo sobre las sabanas.

San Mateo me recibió con la misma indiferencia de las cosas y de los objetos que tuvieran la suerte o la desgracia de ser tocados por las manos de alguien de mi familia. La vi acercarse a mí, fría y distante. Arrugó su entrecejo y soportó mis curiosidades con el gesto displicente que adoptan los desconocidos, cuando se les pregunta de dónde vienen y para dónde van. Yo noté su rencor y su silencio. Medí la presencia de los vientos helados que la circulaban, porque, para decir la verdad, en mi vida me había sido posible visitarla.

Para consuelo mío, ambos, San Mateo y Simón Antonio, eran un par de desconocidos. Y, si se observaban con recelo, tenían razón. Decidí hacerme a sus favores. Desmonté de la mula que me llevaba. Los días a caballo me habían dejado derrengado. Me quité los zamarros y se los entregué a un negrito regalón y avispado que fue el único que

me salió a recibir. Las cuatro de la tarde debían ser y el sol a media asta, entre los pastizales corroboró mi acierto.

"¿Cómo te llamas?", le pregunté. Levantó los ojos y me sorprendió el color de ellos, azules en toda su extensión. "Un negro con ojos azules" me dije para mí, es extraño. Y más extraño me pareció que su nombre coincidiera con el mío: Simón. Qué cantidad de Simones juntos y qué casualidad que tuviera casi mi misma edad. El nombre de Simón tiene algo de mágico y de bobo, se encuentra rezagado entre los vivos y perdido entre los zonzos. No hay parroquia que no tenga un bobo de prodigio que no se llame Simón. Estas reflexiones me consolaron, mientras me perdía en los corredores de San Mateo con mi tocayo a la zaga.

Mundo diferente y hermoso éste del campo. Cada día era una esfera distinta de colores y de atractivos. Cada día me ofrecía la variedad de lo desconocido, la pinta graciosa de lo imprevisible, la línea quebrada de lo espontáneo. El campo tiene la ventaja de soportar los temperamentos ardientes de los hombres, sin darle mayor importancia. En cambio de atizar sus furias, las domeña, las aplaca, las aquieta. Y encima de tantas bondades, suelta la formaleta de lo convencional y la suelta sin obligar a saltar sobre ella apresuradamente, no, al contrario, deja de par en par abiertas sus compuertas para que la vocación del deseo se vaya instalando sosegadamente en los caracteres complicados.

En los primeros días me levanté tarde. Nada ni nadie me estaban forzando a levantarme temprano, por lo tanto, dejé que me surgieran las ganas de madrugar espontáneamente. Apenas me vestía. Unos calzones deshilachados y unas cotizas viejas con una camisa ajada conformaban mi atuendo. Así, libre de cordones y de perendengues, salía a husmear lo que buenamente encontraba. Y me encontré a Simón, el negrito de los ojos azules, esperándome.

Simón fue el guía de Simón para conocer hasta en sus últimos detalles la hacienda. No se quedó un solo sitio que yo no visitara. Potreros, altosanos, recodos, hasta el cementerio de la finca se dio

cuenta de mi curiosidad. Y me empapé de lo visible de San Mateo, más tarde supe que existía también su lado invisible. Y esa parte hechicera fue la que más mantuvo fija mis querencias. En todo ser humano existe mucho de monstruoso y de diabólico. Sombras torcidas recorren los bajos fondos de nuestros pensamientos y deseos. Sombras que se prolongan, si queremos que así sea, pero que muchas veces al buscar la razón de su presencia dentro de nosotros clarifican y abrillantan nuestra conciencia. A mí, de muchacho y de hombre, esas monstruosas constelaciones interiores me han acompañado fielmente. De niño me asustaban, de hombre me atormentaban. Estuve al borde de acercarme a esas monstruosidades y de quitarles la careta. Me asomé a esos pozos de aguas quietas y profundas y cuando ya estaba por descubrir su misterio, di un salto atrás, arrepentido de mi audacia.

Quiero intentar en mi relato condicionar la mente de quien lo lea, para que se ponga en mi lugar y me entienda. En San Mateo estaba la parte misteriosa y desconocida de mi padre, el coronel Juan Vicente. Los rumores, los chismes que de pequeño alcancé a captar en los labios de las esclavas. Así me lo aseguraban. ¿En qué consistía el enigma?

A Simón, mi tocayo, le pregunté una mañana por el paradero de su madre. Llevaba meses viviendo en San Mateo y no había tenido la ocasión de conocer a María Bernarda, que así se llamaba la madre de Simón, el ojiazul. La casumba quedaba en una hondonada. Allí, el bohío donde vivía María Bernarda, se ocupaba de mantenerse en pie milagrosamente. Cuatro matas de caña y de ñame alargaban sus cabezas como pordioseros en apuros. Un manantial borboteaba a media cuadra de la choza dándose cuenta de la miseria que reinaba a su alrededor y queriendo socorrerla. En unos bejucos colgaban chiros y camisas viejas y desteñidas. El ambiente se cuarteaba por la dejación y el abandono y, fuera de eso, las moscas interrumpían con sus desagradables zumbidos la escasa paz que pudiera conseguirse en ese lugar.

En el carrizal, María Bernarda había montado, con el hombre con quien vivía, una venta de aguardiente y de panela. El sitio era estratégico porque allí desembocaban cuatro caminos que llevaban a diferentes partes. Cuatro caminos polvorientos y desmadejados que se tendían

igual que unos cordeles a lo largo de esas sabanas informes e ilímites. Simón, el ojiazul, se bajó de la grupa de mi caballo de un salto. Y a grito herido comenzó a llamar a María Bernarda. De la venta salieron unas groserías de tamaño heroico y detrás de ellas se apareció una mulata hostil y todavía hermosa enfundada en una bata corta y sucia y con unos alpargates desairados que le golpeaban los carcamales cada vez que daba un paso.

"¿Pa qué me querés, diablo blanco?". Fue el saludo de María Bernarda, dirigiéndose a Simón, su hijo. Pero ese pa qué me querés tenía una entonación graciosa y hasta cariñosa en el fondo. Las palabras estaban acompañadas de una sonrisa de medio lado que se apretaba en la boca de la mulata como esperando salir de ese estado de inconformidad para convertirse en risa, abierta y fuerte. Simón se le estrechó contra sus caderas y María Bernarda le apretó la cabeza con cierto celo.

"Éste es el amo, Simón". El ojiazul me indicó con el índice y se volvió a mirarla. María Bernarda escupió al suelo dos veces antes de ofrecerme sus ojos. Luego levantó la cara y se metió conmigo, como si yo la fuera a agredir. Segundos después se dio cuenta del desplante y aplacó su entrada. Restregó el suelo con las cotizas y se hizo a un lado del umbral, para decir en voz baja y con recelo: "Siga pa dentro, don Simón, a ver qué se toma".

Desde niño he tenido la facultad de hacerme a las personas. Mi capacidad de conquista va desde tomar a la gente con sus defectos y con sus cualidades hasta oprimir al desconocido con una presión inteligente, para hacerlo soltar, poco a poco, la fibra de su intimidad. Sé tomar al hombre y a la mujer en lo que valen y en lo que no valen, y ellos, al darse razón de mis manejos, se manifiestan agradecidos o, mejor, comprendidos y sin reatos se me entregan con la facilidad infantil de los que no tienen nada qué perder. Con María Bernarda me sucedió lo mismo. A la primera entrevista se corrieron otras. Y Tontamente fui penetrando en su desconfianza hasta tornarla en abierta confianza.

Una tarde, cuando estaba a punto de montar mi caballo para regresar a la casa, María Bernarda se quedó ojeándome con más atención que de costumbre y al ojearme movía la cabeza de lado a lado como si estuviera observando un fenómeno o un fantasma.

"¿Qué tengo Bernarda, que te asombre tanto?", le pregunté. Tienes todo de él y nada de él. Esa fue la contestación enigmática que la mulata me soltó. "Aquí está el meollo del asunto", me dije. Y demoré haciendo que apretaba los nudos y las hebillas de la cincha de mi galápago largo rato. La noche que andaba suelta en los morichales se vino encima de repente y la tomé de pretexto para que me brindara un pedazo de carne antes de marcharme.

Los tizones del hogar respiraban con dificultad. Unos apagados y otros a medio arder se estaban consumiendo entre sus propias cenizas. Los aticé con un palo. El hogar se coloreó y la llama se levantó como lengua imprevista y puntiaguda. Simón, el ojiazul, estaba dormido sobre el regazo de Bernarda y ésta se hacía la que daba cabezazos con los párpados entrecerrados. Le noté la comedia sin darle tiempo a echarse para atrás arranqué afirmando: "¿El coronel se parecía a mí o yo al coronel?". La piel de María Bernarda se le puso arrozuda y los músculos de su cara le pringaron su cuello a tiro de hacerlo estallar. María Bernarda se repuso y con una voz que me era desconocida comenzó a recitar esta letanía: "Diablo, salvaje, bestia, si me quieres poseer no me amarres a ese palo. No me amarres que me muero de miedo y de soledad. Tómame pero sin hacerme daño como acostumbras. Tú sabes que te quiero y no necesitas afirmar tu hombría, machacándome los dedos y azotándome el cuerpo con tu látigo. Diablo, bestia, si a las demás mujeres las usas así a mí al menos déjame tranquila para poder ser más tuya. Maldito, mil veces maldito, que tu alma se consuma en los infiernos y que no tengas paz ni muerto. No eres un hombre, eres un demonio, Juan Vicente. Eres un demonio, Juan Vicente", volvió a repetir.

Sentí que una corriente poderosa me mordía el cuerpo y el espíritu. Y no pude soportar más los lamentos de María Bernarda. Atropellé la

puerta y de un brinco quedé montado en mi caballo. Le di tantos fuetazos que el animal se lanzó a una carrera loca y desenfrenada. No sé cuánto duré temblando y sudando sobre mi montura. Lo único que sé es que cuando llegué a las puertas de mi casa, me estaba repitiendo entre dientes: "Maldito, maldito, como ese animal. Maldito, maldito mil veces porque a la carne no se llega así. No... No se puede llegar así, derramando sangre".

A la mañana siguiente, Simón, el ojiazul, hizo chirriar los goznes de la puerta de mi alcoba y me despertó. Yo estaba tendido sobre la cama aún vestido y sucio. No sé por qué la suciedad me acuciaba como si fuera un aceite viscoso que no se me quisiera desprender de mi piel. Le grité, al pobre Simón el ojiazul, como si fuera un poseído. "Vete, vete, me repugna tu presencia, vete, engendro de los mi demonios...". Y quedé de nuevo exhausto, sollozando sobre las almohadas hasta dormirme profundamente.

Mi permanencia en San Mateo se estaba prolongando más de lo necesario. Estaba a mis anchas. Nada me faltaba, nada me sobraba. Con la más natural de las despreocupaciones, dejaba pasar de largo semanas y meses sin preocuparme por preguntar ni la hora, ni el mes, ni el año. Mi tío Carlos se presentó un día a la hacienda cuando menos lo esperaba y cuando menos lo quería. Y se presentó por mí. Al fin, parece que estaba inquieto por mi ausencia y quiso enterarse de mi vida campesina. Y me encontró vuelto un negro, flaco, silencioso y primitivo.

Tuve que regresar a Caracas. Y tomar a pecho los 12 años que ya tenía. Y aceptar, además, a los ocho días de mi regreso, a un joven de 16 años como profesor y maestro, el joven se llamaba Andrés Bello. Andrés, modoso, quieto, sutil, inteligente, prudente y colmado de todas las virtudes teologales, se puso en el trabajo de liquidar de una vez por todas mi ignorancia. Yo también me puse en el trabajo de acertar a ello. Parece increíble que me tomara tanto esfuerzo el recibir los cuidados intelectuales de Andrés. Yo mismo no lo entendía. Bello en la sociedad caraqueña no tenía resistencias, su bondad y su talento se recibían como agua milagrosa, y poco común y se comentaban sus

conocimientos en el corrillo de los ilustres, en las mesas de juego, en los atrios de las iglesias, en los conventos y hasta en el cabildo, donde la envidia por su inteligencia solía asomar. Andrés Bello carecía de reparos. Por petición expresa de mi tío Carlos aceptó ser mi maestro y ahora yo, Simón Antonio Bolívar, ¿me atrevía a repudiarlo? No era posible. Y sobre éste no era posible monté mis fuerzas interiores para que Andrés Bello me dictara cátedra y yo la pudiera aprovechar.

Mis rectas intenciones se comprometieron conmigo a no hacerme quedar mal. Pero mis intenciones, mi voluntad, mis deseos y todo ese congreso de poderes que había convocado para que se inclinara conmigo ante la figura de Bello, se declararon en huelga. Razones, muy claras: yo tengo un temperamento que repudia las ordenanzas, las normas, lo estatuido, lo organizado. Bueno o malo, mi temperamento es así. Bello poseía la manía del orden, de la disciplina, del momento oportuno. Y Bello me enfermaba y me enfermará siempre, pese a sus grandes virtudes. Él tuvo que darse cuenta de que nuestros caracteres se oponían.

Las semanas que estuvo como director intelectual mío fueron sin duda atroces para Andrés y para Simón. Simón se contenía y Andrés se encuevaba. Simón retenía su lengua y Andrés entorpecía la suya. Simón soltaba una carcajada y Andrés dejaba escapar un suspiro. Simón lo saludaba de abrazo y Andrés se limpiaba las solapas de su chaqueta, demostrando el asco que tenía de que alguien le ensuciara la pulcritud de su vestido. Simón estaba fatigado de aparecer tranquilo y Andrés se encontraba cansado de darle clases a una criatura, que le discutía, le alegaba y le quitaba la palabra y se sentaba sobre ella el tiempo que le venía en gana.

Esta guerra de guerrillas no podía alargarse indefinidamente y vino el rompimiento, vino sin complicaciones. Andrés no volvió a la casa de mis tíos y digo que de mis tíos, porque mi tío Carlos Palacios se había apoderado de la administración y del gobierno de mis bienes, de mi persona y de los bienes de las personas de mi hermano y hermanas. Quedé de nuevo completo, sin padre, sin madre, sin maestro, sin una hermana porque mi hermana María Antonia ya se había casado con

Pablo Clemente. La casa estaba vacía. Hipólita y yo dando vueltas por ese caserón. Me harté de esa situación. Tomé mis cuatro chiros y me trasladé a la casa de mi hermana, la casada.

Las leyes en la Capitanía General de Venezuela seguían en esa época siendo tan atrasadas como de costumbre. Un huérfano como mi persona no tenía derecho a disponer de su vida. Y yo, Simón Bolívar, menos que nadie porque representaba lo más granado y tradicionalista de la sociedad caraqueña y sobre mi estaban puestos los ojos de la crítica y de la sanción. Mi cuñado Pabló Clemente tuvo que decirle a las autoridades lo que acontecía. Las autoridades, por su parte, notificaron a Juan Nepomuceno Rivas y a Carlos Palacios, mis tutores legales, la novedad con el fin de que se atendiera a mi manutención. Mi tío Carlos se sintió ofendido por mi determinación. Optó, como buen criollo, por recurrir al papeleo y consiguió que las mismas autoridades que habían aceptado mi traslado a casa de mi hermana, que aceptaran mi devolución a casa de mi tutor. Un esclavo tenía más poder decisorio que mi persona. Yo me estaba convirtiendo, en manos de los jueces, de mis tutores y de mis cuñados, en un objeto al cual no se le preguntaba si quería quedarse aquí o ser trasladado allá o ser devuelto nuevamente aquí para regresar allá. Era un bulto que se remitía de una parte a otra, sin preguntarle su consentimiento o su negación. Como siempre, estallé ante estas injusticias. Y mis estallidos levantaron ampollas. Y obligué a mis tutores y a mis cuñados y a los señores magistrados a que me trataran con respeto, y a que me dieran los miramientos que bien me merecía. No deseaba estar pasando como un baúl de pordiosero, de un lado para el otro. A todos les notifiqué que a mí nadie me sacaba de la casa de mi hermana, sin emplear la fuerza y si la empleaban yo también estaba en condiciones de rechazarla. El tío Carlos se despelucó, bufó, de cólera, se sopló de indignación, pero a la larga tuvo que aceptar que yo no era un tercio para ser manoseado por cuanto carguero lo encontrara en su camino. Se encontró una solución intermedia y ésta consistía en que me aceptara un pedagogo de las condiciones que yo fijara de antemano. Este pedagogo que escogí se apellidaba Carreño pero se hacía pasar por Rodríguez. Su nombre, Simón, fue el que me decidió a buscar esta componenda, por encon-

trar singular el hecho de que cuanto Simón existía tenía algo que ver conmigo.

Mi traslado a la casa de Simón Rodríguez fue el día primero de agosto de 1795. No se me olvida la fecha. Ésta se ha quedado grabada en mi memoria porque ese día un hombre me irrespetó físicamente. Mi tío Carlos fue el protagonista de la hazaña. Y las cosas sucedieron de esta manera: cuando yo salía de la casa de mi cuñado, mi tío Carlos me tomó del brazo y me dijo en voz baja:. "Ya ves, Simón, que yo consigo lo que quiero y que tú tienes que obedecerme, porque soy tu tutor y represento a tus padres". Reaccioné como un animal cuando le clavan las espuelas en los ijares. Me zafé de su mano y le dije con altanería: "Ahora, no me voy". El tío Carlos, tan arrebatado como yo, me lanzó un puñetazo y si el negro Matías, su cochero, no se interpone entre los dos juro que me lo hubiera comido a mordiscos y a dentelladas.

Matías me inmovilizó y con la fuerza descomunal que tenía me echó sobre sus hombros como una carga de leña y a pesar de mis gritos, de mis imprecaciones, de mis retorcidas, me trastió, para vergüenza mía, por las calles de Caracas hasta depositarme en la sala de la casa de Simón Rodríguez.

Yo nunca pude suponer lo que era el desorden llevado a su último grado sino hasta cuando me levanté al otro día de mi llegada en casa de Rodríguez y miré a mi alrededor. Una tienda de gitanos, la cueva de Aladino, el bazar de un turco, las cuatro estacas de la tolda de un beduino son pálidas en presencia de esa maravillosa y multifacética vivienda que me tocó soportar. La casa se componía de una sala y cuatro cuartos. En esas cinco estancias vivían estas personas: Simón Rodríguez; su mujer, María de los Santos Ronco; Cayetano Carreño, hermano de Simón; su mujer, María de Jesús Muñoz; un niño de teta; Pedro Piñeros y su sobrino; cinco pupilos más; una negra; dos sobrinas de la negra, negritas como ella e insoportables.

En un circo bajo una carpa colocar las jaulas de los leones, los tigres, los micos y las serpientes no causaba tanto apretujamiento, tanto

olor de suciedad, tanta porquería, como en la casa de los Rodríguez. Cómo son las cosas de la vida. En mi casa disponía de 20 habitaciones, de 10 esclavos, de cortinajes, de sillones dorados, de mesas de mármol, de vajillas francesas, de cubiertos de plata, de adornos, de ropa fina y limpia, de colchones de pluma, de agua corriente, de cuanto objeto existía para darle a la vida comodidad y delicadeza. Y de repente, por mi genio o por mi mal genio, o por las circunstancias o por la maldición del gitano, que siempre me ha acompañado, me veo en la mitad de un cuchitril invadido por las pulgas y otros animales de mayor cuantía, sin cama, sin colchones, sin disponer de un sitio para mi aseo personal, al cual soy tan adicto; oliendo a moho, a mugre las 24 horas del día, sin luz, sin aire, sin las más elementales comodidades.

En las dos semanas que siguieron, la tremolina que armé fue prodigiosa. Los pocos vasos de cristal que tenía la familia Rodríguez pasaron al limbo y las groserías que me sabía y las que no me sabía las recité de corrido durante esos días. Un león recién cogido no daba tantos brincos y paseos como los que yo di en casa de Simón Rodríguez. Y algo especial aconteció. Algo, que sin quitarme los brios para seguir bramando y lamentándome me hizo reflexionar: nadie me dijo nada. Simón Rodríguez se contentaba con mirarme y escucharme. Y pasó la orden de que ni su familia ni sus pupilos ni sus sirvientes soltaran una sola queja de mis actuaciones. Sencillamente me dejaron hacer y deshacer. Agotadas mis fuerzas, el día 14 del mismo mes de agosto, vino mi tío para sacarme de allí y el milagro se operó sin que ninguna santa o santo interviniera. Yo no me quise salir de esa pocilga. Y es más, le pedí que me dejara tranquilo en casa de Simón, el divino loco, como lo apellidé de ahí en adelante.

Las personas que yo he conocido en mi existencia se pueden contar por millares. De todas las clases sociales, de todos los olores, de todas las trazas morales. Altos, bajos, negros, blancos, albinos, mestizos, indios, mulatos, franceses, ingleses, de la China y de la Cochinchina. Cultos e incultos, letrados e iletrados, alfabetos y analfabetos, bestias y genios, dobles y sencillos, milagreros y pedigüeños, dulces y amargos, fuertes y débiles. La gama de los colores del arco iris se queda en

pañales junto a la variedad de los seres humanos que han transitado por mi conocimiento.

Simón Rodríguez, mi maestro, tenía la ventaja o la desventaja de que no era igual a nadie. Su figura nada pretendía. Flaco, desgarbado, orejón, con un mandíbula prominente y unos pómulos brotados, su cara daba la impresión de que un artista inmaduro se había quedado corto en el detalle y en la finura de sus facciones. Manos largas, afiladas, expresivas y movibles. Tórax tan estrecho como el mío. Hombros cortos y en permanente actitud de aparecer soportando una jiba invisible. Ojos chiquitos, malévolos, ardidos por una llama de fuerza y de dinamismo. Simón Rodríguez no fue un varón apuesto, fue, sencillamente, una combustión humana localizada en un armazón de huesos y de nervios.

Su historia, antes de que yo la conociera, era contradictoria. El veneno de la calumnia circuló por los vericuetos de su niñez y de su juventud. Aventurero nato, trashumante, incierto, vividor y gozador siempre. Rodríguez, en el medio pazguato de Caracas, figuraba como un habitante de otros planetas. La gente al tratarlo se convencía de que detrás de esa frente de sátiro se escondían unos conocimientos inéditos para la gran mayoría y de que, además de su versación, en las más variadas artes, el hombre iluminaba cuanto tema se le pusiera por delante. Pero lo más atractivo de su personalidad no era su cultura, dispersa y desorganizada, lo que atraía se encontraba en su actitud frente a la vida, frente a la manera de educar a los seres humanos, frente a la concepción atrabiliaria y anárquica del futuro. El genio de Simón se fugó para la inmensa masa de los americanos, y se fugó porque no podía tener repercusión en las mentes de estos millones de pequeños hombres sometidos cuatrocientos años a pensar por mano ajena.

Su brillantez se deslucía al contacto de los juicios preconcebidos, de los dogmas impuestos, de las filosofías tatuadas. Y el fuego líquido de sus apreciaciones se liquidaba aún más y perdía su fuerza primaria al correr sobre estas inmensas capas de indiferencia y de pasividad que cubrían a esta sociedad asustadiza y menuda. Simón Rodríguez no fue

un loco, como muchos creen, no fue tampoco un visionario, fue un hombre sin suerte, sin ámbito, sin creencias y sin fe. Un desengañado, un atrevido, un audaz, un luchador, sin el nervio suficiente para insistir en sus convicciones. Un luchador montado en la más descarada individualidad, que se dio a la tarea de soltar al aire los más simples y atrevidos procedimientos para formar la mentalidad de los niños y de los muchachos. En un principio en Caracas los padres le pusieron bajo su cuidado a sus hijos, luego se dieron cuenta de que esos infantes reaccionaban maravillosamente a las enseñanzas de Rodríguez y le aplicaron la fórmula del aislamiento.

Simón Rodríguez, después de mi actitud rebelde para tratar de salir de su casa, no se puso a dar rodeos para acercárseme, de un solo envión avasalladoramente se me ofreció sin grandes discursos, sin enredadas razones, sin apelar a la moral y a los dictados religiosos. Simón se identificó conmigo, se solidarizó con esta hirviente y neurótica constitución que me individualiza y pude refugiarme en él, sin la prevención de verme en cualquier instante desalojado y solo.

No puedo sostener que el tipo de sus enseñanzas seguían una cartilla fija, o un orden especial. Nada de eso. Lejos del tedioso trajín de las tareas y del monstruoso aprendizaje de memoria de textos y de parágrafos, Simón se puso a la diestra de mi pensamiento y me inclinó hacia el terreno de la creatividad. "Usa lo que tienes a tu disposición –me decía– usa tu vista, tu tacto, tus impulsos destructivos, úsalos sin miedo, pero con la condición de que tus actos se vean representados en algo que te solace que te complazca, que te saque de quicio por la alegría de verte reflejado en ellos". Este puede ser el resumen de las enseñanzas de Simón.

El primer contacto entre los dos fue efímero y terminó en punta. 1796 marcó las iniciales de la inquietud social que se asomaba débilmente por estas tierras. Una intentona de revuelta por parte de unos negros hizo patente este desasosiego. Las autoridades españolas cortaron con facilidad la raíz de este brote. Los negros cabecillas fueron decapitados y sus cabezas exhibidas en postes a la entrada de sus respectivos pueblos. La calma retornó. A los pocos meses de estos suce-

sos dos criollos, José María de España y Manuel Gal, fueron sindicados como los autores intelectuales de una nueva conjuración. Tanto a España como a Gal yo los conocía. Simón Rodríguez me los había presentado meses antes. En el primer momento me causó sorpresa la noticia, más tarde, hilando delgado, pude formarme una idea más precisa de las actividades secretas de mi maestro.

España y Gal frecuentaban con más o menos asiduidad la casa de Rodríguez. Su llegada bien entrada la noche y sus encerronas con Rodríguez me hicieron vislumbrar la verdad. Y la verdad, en este caso, era simple. Dos ilusos, con Rodríguez de consejero, tuvieron la pretensión de dar al traste con el gobierno español. Tres descamisados, anodinos y desconocidos, se pusieron en el trabajo de fomentar una revuelta en las propias narices de sus amos. Descubiertos Gal y España, se les apresó en compañía de Rodríguez. Gal escapó y España fue decapitado con la pompa usual. A Simón Rodríguez lo tuvieron preso varios meses pero en vista de que no le pudieron comprobar nada lo soltaron. Rodríguez se resintió del fracaso y tomó las de villadiego en un barco que no supe a dónde lo llevó. Me quedé sin maestro y con un extraño sabor en la boca. Un sabor de hiel y miel que me hizo abrir los ojos con un poco más de atención para mirar el mundo convulsionado y difícil que me había tocado vivir.

Volví a retornar a mi viejo refugio: el marasmo. La rebeldía no me había dejado ningún provecho. Me coloqué, entonces, el San Benito de la rutina y comía, dormía y vegetaba como lo estaban haciendo millones de seres en Venezuela, en la Nueva Granada, en el Perú, en Chile y en la Argentina. El comer y el dormir sin ambiciones es una receta de probados beneficios. El organismo humano como el organismo social es, al fin y al cabo, la más noble estructura, edificada para que unos cuantos soporten la bellaquería de otros tantos, sin que su digestión se altere o se modifique.

En el joven la pereza puede ser reemplazada por la juerga o por la parranda. En el viejo, por los recuerdos. A mí el trago no me atrae, ni me place, ni me complace, me repugna. Considero que tomarse a él, y amarrarse a él, es una muestra de incapacidad para aceptar la realidad.

El licor, como el juego es una vía de escape que no conduce a ninguna parte. Quiebra la unidad de la persona y la maltrata y la menoscaba sin dejarla ser lo que pretende o lo que ambiciona. La mujer, el sexo, es diferente. En la mujer se encuentra uno más claro, más nítido, más dúctil. Por ella y con ella se vibra al compás de un ritmo soberano, ritmo del amor. La mujer es un solaz y una compensación y una manera de equilibrar nuestras distorsionadas emociones.

Caracas era en ese entonces el sitio de reunión de las mujeres más hermosas. Esa mezcla de español con el indio y con el mulato produjo en nuestra raza y en especial en la mujer un rico especimen de belleza. El ojo negro y rasgado, el cutis terso y de color de greda, la mano fina y perfecta, el cuerpo grácil y esbelto. Todos estos atributos se encuentran en la caraqueña, acompañados de una gracia y de una coquetería que irradian atracción y misterio. Con algunos muchachos de mi edad me dediqué a conocer la sociedad. Dinero no me hacía falta, prestancia social tampoco y solera y desparpajo menos. Pero el tiempo pasaba y el pequeño circulo en que yo permanecía consumido se veía afectado por los grandes acontecimientos mundiales. La guerra con Inglaterra en la que España había salido tan mal parada y los ecos de la Revolución Francesa se estaban convirtiendo en dos fuerzas manifiestas que influían en todas nuestras relaciones comerciales y políticas con la sede metropolitana. Además, en Haití la revolución de los esclavos negros ponía un tinte de impresionante realismo y marcaba un afán de inquietante zozobra.

Mi familia, que estaba reducida al control de mis tíos Palacios, pesó los acontecimientos y observó mi conducta con preocupación. Es posible que se reunieran como solían hacerlo para discutir entre ellos el empleo de los dineros de mi capital y también mi porvenir. Para ellos, yo continuaba siendo un problema cada día más protuberante. Con mis hermanos no existían esas fricciones. Las mujeres, una de ellas casada y la otra en camino de hacerlo, los dejaban fríos. Mi hermano mayor se plegaba a las circunstancias. Con esa magnífica vocacion de antilucha que lo distinguió, escurría el bulto. Y yo, Simón Antonio, seguía sosteniéndome contra viento y marea, dando cabezazos y tumbos, sin encontrar terreno firme y sin poderme colocar al servicio de

mis propios intereses por carencia completa de disposición, de ánimo y de competencia.

Las trabas que pudieron existir en vida de mi madre estaban rotas. Ella, con seguridad, como mi abuelo, jamás pensó en dejar que sus hijos se apartaran del hogar. Su estricta forma de proceder y su inflexible sentido del deber consideraron que la educación y la formación de los hijos se lograba mejor teniéndolos a mano, obedientes y sumisos a sus deseos y a sus pretensiones. Estas trabas estaban muertas, porque muertos estaban los que las habían blandido.

Mis tíos, a más de tener magníficas relaciones en Caracas, las tenían también en Madrid. Y aprovecharon la oportunidad que se presentó con un pariente que vivía allá para proponerme un viaje al viejo continente. Conociendo como conocían mi genio y mis desplantes, la propuesta vino, por parte de ellos, finamente dorada. El consejo de familia me citó para preguntarme cuáles eran mis antojos para el porvenir. Mis antojos salieron a relucir, y aceptaron viajar y conocer mundo. Aceptaron que me saliera de este pasitrote, que me estaba lesionando mi carácter y me estaba perturbando mi persona. Defendí esta tesis con tanto ardor y tanta pasión que me sorprendía al encontrar al final de mi alegato un consenso general. El permiso, la plata y los demás arreglos estaban a mi alcance, podía tomarlos y los tomé con cierta timidez, porque me parecía que la batalla ganada más semejaba una rendición que una conquista.

El 19 de enero de 1799, zarpé en el buque San Idelfonso. Zarpé empapelado de recomendaciones, de cartas de presentación, de cajas con mi equipaje y de una insoportable urgencia de mi parte por verme lejos del medio caraqueño, tan lleno de remilgos, de poquedades y de limitaciones.

El viaje por mar tenía para mí el encanto de lo desconocido. La sensación más completa de libertad me invadió y conjuró en mi espíritu la magia de lo misterioso con el atractivo de lo inefable. La mañana, la tarde y parte de la noche permanecía sobre la cubierta del barco mirando el mar, sus olas y su horizonte sin límites. Esa visión

me hipnotizaba, me dejaba, como los buenos marijares, con más apetito y con un raro e inquietante estado de preocupación. Decir que reflexionaba, que pensaba, que estaba pendiente de los inmensos problemas políticos y sociales de mi patria es una solemne mentira. Decir que mis planes para el futuro se daban trazas para ponerme a mí triunfante y conocido en España es una necedad. Mis preocupaciones tenían la simplicidad que acompañaba a mi temperamento por esos tiempos. Una esquina de mis pensamientos la dedicaba sin mucho énfasis a darle un repaso general a la tierra que dejaba atrás. A esa tierra americana apretada de sugerencias y de impulsos a punto de estallar. Los contactos que tuve con Simón Rodríguez me abrieron una compuerta hacia esas comarcas y me la abrieron para dejarla así, sugerente y atractiva.

Yo era en Caracas un mantuano, un oligarca, un hombre de clase social importante. Eso me bastaba y me sobraba. Tal vez sí. Quizá no.

Capítulo III

España, España, seis letras que han sido mi tortura y mi redención. Tres sílabas que me han pringado la lengua desde que nací y posiblemente hasta cuando muera. Un nombre, una palabra que la llevo tensa, espaciada y viva en cada una de mis muecas, de mis actos, de mis reacciones. España, mi amiga, España, mi enemiga, mi sombra, mi dimensión, mi grito espavorido y largo. Mi súplica y, aún más, mi tormentosa vaharada de demonio y de mendigo que llevo acunando igual que un amuleto o un escapulario de púas y de pétalos.

Yo no soy español. Y no quiero ser español. Pretendo otra cosa más natural, más espontánea, más lógica. Aspiro a ser americano y mestizo. Aspiro a ser indio, negro, mulato, cuarterón, fruto amargo y dulce de la tierra donde pude ver las primeras estrellas. Aspiro a ser americano sin remilgos, sin falsas vanidades ni pretendidos orgullos. Aspiro a ser americano con pasión, con ira, con fuego entre las venas, con amor y con dolor en las pupilas para poderlo calmar en el vasto y ancho horizonte de mi propia tierra: América. Pero me es difícil desprenderme de este brazo descomunal y poderoso que se llama tradición. Me es duro, pero sin embargo, tendré que conseguirlo, porque de no ser así, ¿qué puedo ofrecerle a los demás sino mi propio tormento? Hasta el momento existe una manera especial de ser español, luego debe también existir una forma de ser americana. Nosotros los criollos no la podemos vislumbrar, por el momento, porque tenemos frente a nuestras cejas un turbión de figuras contorsionadas y poéticas que nos fijan casi un sistema de visión exclusiva. Visión recortada, claro está, pero al fin y al cabo un esquema donde han quedado pulidas y repulidas las imágenes que han socorrido nuestra historia y nuestra

conciencia. Ese fue mi objetivo, ese fue mi deseo, ese fue mi punto de partida tal vez mi punto de llegada: crear un mundo futuro y una nueva y más poderosa orientación. Mis metas no tuvieron la limitada raíz de conquistar tierras o provincias y de fomentar revoluciones y de limitar estados, porque sí, mis metas fueron más hondo, fueron al hueso de lo que vendrá, al tuétano del porvenir, consistieron en formar una raza: la raza americana, en pulsarla, en sopesarla, en auparla, para que se sintiera en pie de igualdad y de dignidad con cualquiera de las razas que forman el universo. Y una vez que tuviera conciencia de su propio valer, se obligara, a sí misma, a dar el do de pecho más tonificante y soberano que pudiera lanzar voz humana, para que fuera oída, sentida y respetada.

España, España... su tierra la tenía bajo mis plantas por primera vez. La estaba pisando con mis tacones. Me agaché y tomé entre mis dedos un puñado de greda y la olí y la saboreé como si fuera un manjar. Apreté entre mis manos esa arcilla peregrina que sin quererlo amaba y sin pretenderlo odiaba. España. Había llegado a España.

El viaje fue para mí toda una experiencia. Mar y cielo, cielo y mar, por dos meses largos. En México permanecí unos días. Nada especial. En el puerto de Veracruz tuve la oportunidad de toparme con el virrey, en una reunión a la cual fui invitado. Yo era un mocoso impertinente y analfabeto, por no decir más, y me porté como tal. Solté dos o tres frescas de pésimo gusto frente a su excelencia y tuve el honor de que me mirara como se mira a un aparecido o a una garrapata. Los pocos años que tenía me dieron piso para manifestar en público mis ideas en torno a la independencia de estos países. Cuando las dije, el silencio llenó la sala. La llené, por sus cuatro esquinas, me recuerdo que fue un silencio indecoroso porque estaba saturado de cierto aire de bufonada y de comicidad. Fui grosero porque no era importante. El virrey me quiso decir algo, pero prefirió morderse los labios y tuvo la prudencia o la cobardía, todavía no lo sé, de dar por terminado el incidente.

Después de México, La Habana y de allí hasta llegar a las costas españolas.

España y su capital Madrid no me dejaron boquiabierto. No es un sacrilegio decir esto. No sé, pero las recorrí con la sabrosa algarabía de la curiosidad que puede tener un niño de 15 años y sin causarme asombro. Las fui viendo y comparando con los paisajes y las ciudades de mi tierra, sin que esa comparación disminuyera mis potencias interiores y las hiciera quedarse perplejas.

Madrid, sus callejuelas, sus plazas, sus iglesias y sus gentes me dieron la sensación de que ya las había visto. Pueblo grande y bullanguero hasta las cinco de la tarde, se transformaba, de ahí en adelante, en un apasible y tortuoso espectáculo de sombras y de repiques de campanas. Los españoles no pueden concebir nada distinto para darse tono que el lucir sus capas y sus chambergos y sus espuelas en medio de las oscuridad de la noche. Capas y cogullas se observaban por todos lados. Capas y mal olor en todas partes. Capas y suciedad en las esquinas y en los mesones. El agua en esta tierra no sirve sino para bautizar a los críos. Un español que se respete no piensa jamás en darse un baño sino cada tres meses. Desde pequeño he tenido la virtud de que los malos olores me mortifican. Soy un hipersensible para atrapar esos malos vientos. Las personas que se me acercan puedo decir que las olfateo antes que saludarlas y conocerlas. Y las repudio o las acepto según el olor que de ellas se desprende. Qué le vamos a hacer, ese soy yo. Madrid, como venía diciendo, fuera de su extensión, poco, muy poco, fue lo que me entusiasmó.

Mi tío Esteban Palacio vivía en una inmensa y destartalada mansión, que otrora, posiblemente, luciera en mejor estado. Anchos y holgados sus corredores y sus alcobas, dejaban transitar el frío y los vientos en todas direcciones. Los techos artesonados y mustios se carcomían impávidos con el paso de los años y, en los pasamanos de las escaleras, la madera era el único ser que relucía, empavonada diariamente por el roce de las manos y de los guantes de amigos y contertulios. Allí en ese viejo caserón me alojé. Al tío Esteban se le apreciaba con sólo mirarlo. Suave, amable, temperamentalmente diferente a toda la rama materna, me acogió como a un hijo más. Alto, seco, transparente, semejaba un santo laico con su barbilla prominente y sus ojos agudos. La casa no le pertenecía. La propiedad era del señor Antonio

Malló, prominente hidalgo de ascendencia americana. Don Antonio cuando yo lo conocí, no pasaba de los 40 y en el espingado porte de su figura, a más de sus maneras cortesanas, se acentuaba el estilo y la casta de los bien nacidos.

Malló me enseñó muchas cosas. No porque él se propusiera a servirme de profesor, sino que por su trato y su ejemplo me pude dar cuenta de que la vida, en esos momentos en España, pendía de la voluntad soberana de una mujer. Es decir, que el matriarcado, en la tan cacareada tierra de los machos, era un hecho. Sus majestades católicas con Carlos IV y María Luisa integraban o desintegraban una pareja tan difícil de definir que bastaba verlos juntos para aceptar esta tesis. El pobre don Carlos transitó por este mundo con más bondad que talento y más grasa que tino. Ancho y potente al parecer garboso y sano al caminar, recto y fuerte a primera vista, dejaba una impresión de seguridad y de mando que difícilmente se podía borrar, si no se estaba en antecedentes y no se conocían los pormenores de su vida doméstica. El gran aparato de su figura se desvanecía como humo en presencia de su esposa. Silencioso o tartamudo, según la ocasión y según el genio de María Luisa se deslizaba a su lado como un gran perro San Bernardo. En la corte decían que una caída o un porrazo había sido la causa de su impotencia y de su pérdida de, virilidad. (Sálveme, Dios, de estos porrazos). El pueblo español quería a don Carlos más de lo que lo respetaba y las cuchufletas y los chascarrillos que corrían a su costa formaban un tumulto de finuras y de coplas que se cantaban a media voz en los saraos y se componían al temple de las guitarras en las fondas.

María Luisa, apretada y ágil como una colegiala, no revelaba la edad ni el paso de los años, si el que la observara se contentaba con examinar la delgadez de su cintura. Si se atrevía a subir los ojos, es posible, que se pasmara al contemplar su atractiva fealdad. La nariz en arco, cayéndole sobre los labios finos sostenían un mentón ancho y pronunciado que le daba a su boca un rictus entre ansioso y regañón. En los ojos, de un azul pálido y desteñido, quedaban los restos de lo que fue una gran belleza y además un cierto atractivo animal y pretencioso. Las manos largas y estiradas como a la fuerza, maravillaban por

su asombrosa vitalidad y de ellas se desprendía un pase misterioso y salaz. María Luisa le puso cuernos a su esposo. Quizás, apenas iniciada la luna de miel, esa infidelidad, aceptada por el buen Carlos, no la desmadejó en lo más mínimo, le dio la pretensión suficiente para pisar con resonancia en sus faenas de reina y de mandar, sin agua en la boca como mujer y como madre. Un hombre enfundado en las faldas de una mujer no lo hubiera hecho mejor que María Luisa. Los favoritos se sucedían uno tras otro. Pasaban sin dejar huella, ni en el reino ni en el lecho matrimonial. Los años no limaron sus apetencias, sino que al contrario las afilaron más y más. Mientras Carlos componía relojes, María Luisa escogía alegres mocetones, para su distracción. La vida entre los dos esposos nunca tuvo problemas. España aceptaba los favoritos y los utilizaba para componer coplas y decires.

Cualquier día, un majo de tiempo completo de apellido Godoy fue ocasionalmente citado a la alcoba de la reina para ejercer allí los menesteres propios de su mocedad. De allí, de la alcoba real, sin dejar de ser majo ascendió al favorito. La reina se enamoró perdidamente del apuesto joven y lo encumbró hasta destruirlo. Godoy, con la astucia del hombre del pueblo, se dejó componer y recomponer. Su talento consistía en darle cuerda a María Luisa y en verdad fue un genio, para esos oficios. Tuvo, claro está, sus caídas, sus miserias y sus grandezas. Cuando yo llegué por primera vez a España, Godoy estaba en quiebra frente a la alcoba real. María Luisa, que no podía estarse quieta ni serle fiel a nadie por mucho tiempo, escogió como reemplazo transitorio al amigo y protector de mi tío Esteban, a don Manuel Malló.

En el primer año de mi estadía en casa de Malló viví y aprendí más que en todos mis años anteriores. Vivir es sudar y gozar la atmósfera que nos rodea. Vivir es tomar con las manos abiertas las minucias, el diario trajín de la gente que circula a nuestro alrededor. Así lo he entendido siempre. Y a un muchacho, en tránsito de hacerse hombre, como me sucedía a mí, ofrecerle de un solo empujón la descarnada desnudez del corazón de un reino como el español, era una oportunidad de madurarlo a golpes bajos, para endurecerlo y embravecerlo frente al panteón de los ídolos y de los símbolos.

La reina visitaba de noche a noche a don Manuel Malló en su propia casa, es decir, donde yo vivía. Y en las múltiples oportunidades que la acompañé llevándole el candelero por esos corredores oscuros y trajinados por los vientos del invierno, en esa intimidad forzada, en esa convivencia impuesta, en ese contacto apresurado, con la realeza, se me fue desmontando el gran y mentiroso aparato de la divinización de los reyes.

Esto, enunciado, aparece sencillo. En el futuro, las personas que lean este manuscrito se dirán o se preguntarán extrañados cuál era la intención de Bolívar al hablar de la divinización de los reyes.

Mi intención es muy simple, veámosla: el español, al conquistar la América, llevó consigo dos instrumentos eficaces para el poder: una cruz y un estandarte. La cruz y el estandarte estaban ligados, unidos, integrados en una sola pieza: el mito. Dios y rey, funda y puñal, mano y dedos, constituyeron durante cuatrocientos años la omnipotencia y la ley. Dios, ser divino, le entregó al rey, ser humano, todos sus poderes y fuerzas. El rey las aceptó con la condición de que las criaturas a su cargo seguirían primero a ese Dios misterioso y lejano, que tenía el don de hacerse visible por intermedio de su único representante en la tierra: el monarca. En el ánimo de los indígenas y en el de sus descendientes los mestizos se quedó tatuada la doble imagen de dios y rey y ante ella y ante sus servidores los conquistadores y los frailes se inclinaron reverentes, asustados, temblorosos, para conseguir con su sumisión no sólo el perdón de sus pecados sino también evitar que el garrote del amo tallara de cicatrices sus espaldas.

Los siglos se sucedieron unos tras otros y la espada que llevaba en la empuñadura una cruz cruzó los cielos americanos, los domeñó, los amansó y en los valles, en las cordilleras, en las vertientes, la ermita, hermana menor de la catedral, alzó en su espadaña y en su campanario la anunciación de los desamparados, el ángelus de los desposeídos, siempre y cuando estos se habituaran por ley divina a la obediencia, a la esclavitud, a la entrega de sus cuerpos y de sus almas, primero a Dios y luego a su amo terrenal, el conquistador.

La conquista y la colonia se fundieron en un solo cuerpo. Las costumbres de doscientos años se pegaron a la piel de otros doscientos más, sin modificarse. El encomendero surgió sin los atuendos del conquistador. No tenía para lucir la coraza, el yelmo, las espuelas, pero en sus manos el fuete y la pluma desempeñaron el mismo oficio. Al indio no se le marcó con el hierro candente, se le entregó a su dueño con un escrito, escrito con firmas y rabos de adorno, desconocidos hasta el momento, pero más esposante, si se quiere. El rey y Dios estaban de plácemes porque sus queridos súbditos cumplían el pacto de silencio y de entrega. Dios y rey, binomio fatal, operó en la oscuridad de las selvas americanas, destruyendo los ídolos y los dioses que allí imperaban.

Así, toda una hermosa tradición de leyendas y de ritos indígenas fue desplazada por la opaca ceremonia de una misa, donde un hombre vestido de oro y seda entra en comunicación con ese misterioso señor de las tinieblas y de las luces, para beber su sangre y comer su carne, a fin de redimir a quienes lo acompañan por grado o por fuerza en ese convite. El sitio predilecto, en esa ceremonia, era destinado al rey, a ese rey invisible y sacrosanto, que se aposentaba junto al altar, dándole poderes a su reemplazo momentáneo, el virrey, el oidor, el alcalde, el encomendero y el amo. Un rey de mil caras, de mil facetas, de mil semblantes se le impuso a los mestizos americanos.

El pueblo, fanático y devoto de las cosas que no comprende, aceptó con reverencia y amor y también con odio a ese mito, a ese símbolo, a ese rey de carne y hueso que no solamente le roía las entrañas desde el falso concepto del pecado, suscitado por el fraile, sino que también le carcomía el fruto de sus esfuerzos y de sus desvelos, exigiéndole la entrega de su trabajo, de sus hijos, de sus mujeres, y de sus tierras.

Dios y el rey durante cuatrocientos años hicieron estragos en el alma sencilla de los americanos. La dejaron sin savia, sin alientos, sin deseos de esforzarse, sin inclinaciones a los arrebatos y a las revoluciones. Solamente a finales del siglo XVIII, el marasmo colectivo se erizó de gritos y de exigencias. Los indios del virreinato de Buenos Aires se

levantaron en armas; en Chile, los mapuches se pusieron en pie y el español rodó por los suelos. En el Perú, los indios chungos y el inca Tupac-Amarú atizaron el rescoldo de sus rencores y en medio de la algarabía de sus tambores y el chocar de sus lanzas sacudieron los picachos andinos con el relámpago de su vida y el trueno de su inconformidad. Tupac-Amarú, que se comió a dentelladas la fonética de su nombre, se vio en el ocaso de su vida, preso y torturado por los españoles y no lanzó un quejido. Los miró cara a cara, se desengañó de ellos en vísperas de morirse y se tumbó de sesgo como una encina milenaria, fatigada de ver y de oír encima de su cabeza de gigante el paso de las nubes, la querella de la lluvia y el diálogo de los luceros.

En el Paraguay, la revolución comunera duró quince años. En la Nueva Granada, Berbeo y Galán sucumbieron por los embites y las picardías de un obispo y sus cabezas colgaron del patíbulo con la mirada todavía sorprendida por la mentira, la falacia y el juego sucio de los levitas feudales, que se amparaban detrás del rey y de la corona para defender sus preeminencias y sus privilegios. La Capitanía de Venezuela escuchó los alaridos de las montoneras de Juan Francisco León y cincuenta años después, los del mulato José Leonardo Chiniros. Y a mí me consta de la asonada de España, de Gal y de Rodríguez, que terminó con cadenas y con destierro.

Ésta es más o menos la aclaración de mi frase referente al aparato de la divinización de los reyes. Yo soy un mestizo, si de sangre se habla, y a mi conciencia pasaron íntegras las devociones y los pavores de mis antepasados. Entre estas devociones y estos pavores se encuentra derrotada la imagen divina del rey, nuestro señor y amo. Es apenas natural que al entrar en fricción dos polos opuestos, como son los humanos y los divinos, el polo de mayor atraccion prevalezca sobre el otro y, en este caso, el trajín de la miseria humana disloca la semblanza suprema, porque ponía al desnudo las pequeñeces de la criatura frente a la presunción de lo sobrenatural que ella podía tener.

Al rey de España y a la reina los pude contemplar sin velos, sin tapujos, sin adornos, sin mentidas arandelas y, al verlos así, tal cual eran, se me quebró por dentro de mi ser el respeto mítico y absurdo que

mis mayores me habían inculcado sobre las personas de sus majestades. Roto el misterio y quebrado el respeto, nadie me lo pudo volver a soldar.

Antonio Malló cayó en desgracia por las intrigas del eterno favorito Godoy. Incluso yo tuve que soportar sus consecuencias. Una noche me vi asaltado por varios rufianes, que sin duda me conocían y sabían quien era y por lo tanto me atacaban. En la refriega me quisieron exigir la entrega de mi espada, me negué a este insulto, con ella desenvainada. La situación se hubiera complicado más si no es por unos guardias que alejaron a los matones. Se supo después que el majo Godoy estaba detrás de este asunto y que no perdía la oportunidad de hostilizar a los amigos y favorecidos de Malló para ponerlos frente a una disyuntiva: o Malló o él. Las circunstancias me obligaron a cambiar de aposento y fue el marqués de Ustáriz quien me abrió las puertas de su casa y de su corazón. Allí comencé mi reencuentro. Allí, bajo la cariñosa presión de ese noble me inicié en la carrera de mi autoconocimiento. Sus palabras, sus orientaciones y sus consejos me pusieron delante de un espejo, donde mi cara era la única que se podía examinar. Y francamente me avergoncé. Un mozo flaco y paliducho, con la cabeza grande y crespa y los ojos asombrados me miró fijamente. Ese mozo era yo. Y si su cara me asustaba, su ignorancia y su incultura me comprometían. Ese mozo no sabía nada de nada. Su obra exclusiva hasta esos instantes había sido una carta que le envió a mi tío Carlos, carta donde no se sabe qué admirar más, si la falta de ortografía, de redacción y de sindéresis o el enredado relato que ella intentaba presentar. Esta carta me pesaba sobre los hombros y todavía me pesa.

Cambié el régimen de mi vida. Me dediqué a estudiar con los profesores que el marqués me facilitó. Amenacé mi salud con la voracidad con que me dediqué a la lectura. Los libros de la biblioteca de mi protector los devoré y a más de devorarlos me los incrusté en el alma como si fueran pedazos de materia viva, dispuesta a crecer en mi interior para saturarme de sabiduría y de conocimientos.

Es increíble cómo un hombre asimila y digiere. Es mágico y asombroso su deseo de superación cuando los puñales del ímpetu le pican

sus costados. Durante un año me olvidé de todo y el libro entre mis manos se me convirtió en un hábito, en una costumbre que de no llevarla a término todos los días una inquietud extraña hacía presa de mi persona obligándola a caer de nuevo en la tentación de la lectura. El marqués, un tanto preocupado de esa exagerada postura adoptada por mí, se dio a la tarea de ponerme de nuevo en comunicación con el medio ambiente. A regañadientes accedí y las visitas y las fiestas se sucedieron sin placer ni atractivo.

En una de tantas reuniones a las que me veía presionado a asistir, conocí a María Teresa de Toro. Fue verla y quedé bobo. Con esa bobería blanca y fofa de todos los enamorados. Yo creo que hasta mis huesos se ahuecaron. Hoy, después de tantos años, entiendo ese amor. Y al entenderlo lo desmenuzo, sin violentarlo, lo pongo boca arriba para examinarlo objetivamente. Dicen que en el amor no caben razones. Eso no es cierto. Las razones siempre se necesitan pero lo que pasa es que nosotros huimos de ellas para no tener el dolor de enfrentar nuestras derrotas.

Me enamoré de María Teresa como un idiota. Ella era tres años mayor que yo, contaba 20 años. Armé el escándalo y con el escándalo el matrimonio perentorio. Escribí mi segunda obra literaria a mis tíos de Caracas para impresionarlos con mis adelantos gramaticales y además para colocarlos en el disparate de pedir la mano de María Teresa, a su padre. Les hablé, a los 17 años, de la necesidad de tener un hijo para legarle mi nombre y mi fortuna. Les insinué, con habilidad gatuna, la urgencia de ponderar y reposar mi vida. Fui cortante y seco, pero lo suficientemente elástico, para que ellos se convencieran de que sacarme esa idea de la cabeza no sería fácil.

El padre de mi novia, Bernardo del Toro, quiso darle largas al asunto y entre él y mis familiares me facilitaron un viaje a Francia, para que me serenara en esos aires y tocara mi espíritu con el bastón de la prudencia y de la reflexión. Me fui a Francia más enamorado que nunca y estuve en esa hermosa tierra sin romperla ni mancharla y sin romperme ni mancharme con las cosas bellas que había en ella. A muchos de mis amigos, al conocer apartes de mi vida y milagros, les

da por decir que, en este primer viaje a París, yo incubé en él mis futuras aspiraciones al entrar en contacto con los sucesos y con los acontecimientos que se llevaban a término en ese país. Evidentemente, Francia atravesaba un periodo de inmensa lucidez económica, política y cultural. Napoleón estaba en su apogeo. Se firmaba en esos días la paz de Amiens, y una gran concentración de ejércitos y de personas inundaba las calles parisienses.

Todo eso sucedió, yo no lo niego, pero me sonrío al pensar que nada de esas cosas importantes me importaron un comino. Yo estaba enfermo y enfermo de amor que es la peor de las enfermedades. Es cierto que estuve en París y que me di cuenta de que esta ciudad era mejor que Madrid. Y mi oficio a mañana y a tarde no fue el de visitar monumentos, ni bibliotecas, ni museos, ni el de curiosear desfiles militares, ni el de observar al primer cónsul; mi oficio consistió en comprarle regalos y joyas y vestidos a María Teresa. Los almacenes de ropa para mujer y las joyerías se vieron asaltadas por un imberbe suramericano que gastaba a manos llenas el oro de sus abuelos. Dinero que para mí no tenía ningún valor puesto que otros y no yo eran los que lo habían acumulado. Me volví loco de contento por recoger presentes y obsequios para mi novia y me regresé en volandas a Madrid por no poder contener esta catarata de deseos de contraer matrimonio.

Treinta años después, recostado como estoy contra una pared de tapia blanqueada, mirando lo que soy y lo que fui, me sigo sonriendo por ese amor y lo que mi destino le deparaba. Ese amor me sacó de un pozo, de un pozo profundo y negro, de una cisterna con paredes de hiedra y brocal de betún.

¿Quién era yo a los 17 años? ¿Un amasijo de contradicciones, como aún lo soy? Sí, pero con la ventaja de que ese mozo de 17 años no presumía de tener algo por dentro. Obraba como un muleto vigoroso y casquivano que se bebía los vientos en cada galope y en cada cabriola. Ese mozo no se detuvo a pensar que el amor a María Teresa fue un rompehielos. Fue una búsqueda de descongelación interior para encontrar aquello que desde niño se le había negado por sistema: amor y ternura. Simón, el joven, se casó con María Teresa porque vio en ella la

posibilidad de encontrarse con la madre que nunca tuvo. Con la madre madre, con la mujer enjundiosa y dulce que lo mimara y acariciara sin exigirle nada. Simón, el joven no se dio cuenta de que María Teresa, desgraciadamente, poseía las mismas características, temperamentales de doña María Concepción Palacios de Bolívar. Hija única, mujer y madre prematura. Se había encargado de la educación y del cuidado de sus hermanos menores. En fin, una serie de condiciones similares a su misma madre. Simón, el joven, perseguía el matrimonio para hacerse perdonar la indiferencia y el odio que tuvo hacia su madre. Odio justificado desde su punto de vista. Odio que tenía raíces amorosas y personales. Odio que se alimentaba de hambres de dulzuras insatisfechas. Odio por lo que no le dio doña María Concepción.

Al casarme no pensé en quedarme en Madrid. Al contrario, Madrid me comenzó a fastidiar. Necesitaba regresar a mi casa y antes que a mi casa de Caracas a mi hacienda de San Mateo. En esa hacienda yo había encontrado un poco de felicidad y un mucho de libertad cuando niño, y allí tenía que regresar para encontrar esos dos fetiches de nuevo. Mis deseos se cumplieron y llegando a Caracas, con mi agonía despierta, arreglé viaje San Mateo y llevé conmigo a mi esposa María Teresa.

María Teresa no era fea ni bonita. Agraciada, suave, dulce, pasiva. Eso era ella. Un ser sin pretensiones. Un ser apegado a su padre que cuando se dio cuenta de que su padre se había quedado en Madrid y de que yo, Simón Bolívar, con 17 años, su esposo, no estaba en condiciones ni físicas ni anímicas de reemplazar a ese padre, se asustó. La pobre María Teresa se encontró, de pronto, desempeñando un papel que no se sabía. Ella no podía darme pasión, ni arrebatos, ni sexo, porque su alma estaba hecha para recibir y no para dar. La pobre María Teresa al encontrarse viviendo día y noche con un ansioso, con un angustiado que buscaba en el sexo las limitaciones de su ansiedad y de su angustia, se fue apagando como un pabilo. Y yo, a mi vez, me fui exaltando como una llama voraz y agresiva.

Yo no estaba en capacidad de saber de todas estas situaciones, que hoy las entiendo, pero que si en esa época me las hubieran dicho, quizás

las hubiera repudiado. Lo único de que me podía dar cuenta era de mi permanente insatisfacción. Creí, como creen muchos niños que se casan, descubrir un mundo para conquistarlo. Mas ese mundo, que es el espíritu humano, tan antiguo y tan viejo que no acepta conquistador por guapo que sea, sin que lo pueda poseer por completo. Y en esa ansiedad me echaba la culpa de todo. Yo, y sólo yo, era el responsable de este apagamiento de mi esposa. Tenía que frenarme, tenía que ser menos exagerado en mis peticiones de amor, tenía que sofrenar mis instintos para apaciguarlos o para decapitarlos si era necesario, para conseguir que María Teresa me dejara de mirar con esos ojos entre asustados y risueños que me ponía por las mañanas y me ofrecía por las noches.

San Mateo volvió a ser mi rémora, mi arrepentimiento, mi tortura. De niño la había recorrido persiguiendo los pasos de mi padre, a fin de encontrar su sombra y su consuelo. De mozo lo estaba volviendo a hacer para satisfacer mi curiosidad respecto a mí mismo. Intenté proceder como un verdadero agricultor ganadero y nada de mis pequeñas empresas se cuajaban lo suficiente para complementarme. Me cansaba el cuerpo para adquirir la paz que requería y el cuerpo me exigía más y más y María Teresa se asustaba más y más. Un círculo vicioso me estaba envolviendo como si fuera un anillo de alambres invisibles y candentes el que me aprisionaba diariamente.

Tal vez, un día o mejor un atardecer, pude darme cuenta de lo que hoy para mí es claro y comprensible. Vislumbré mi fracaso matrimonial y me sobrecogí de espanto. María Teresa estaba recostada sobre la baranda de la casa que da al jardín y tenía una mano descolgada y cerca a mis hombros. Me quedé mirando su mano y me conmovió el hecho de que no deseara tomarla entre las mías. Me extrañó y me confundió. Miraba esa mano y no sentía el menor deseo de tocar su piel. Hice un esfuerzo sobrehumano para tomársela y no pude. Alcé los ojos, le miré su cara, le observé su cuerpo y sentí por su cara y su cuerpo el mismo antideseo que por sus manos. Me recuerdo de este acontecer porque marcó en mí una herida profunda. Había dejado de amar a María Teresa. Así, de pronto, sin saber por qué, sin explicarme cómo. A nadie le he comentado este íntimo fracaso. Lo guardaba muy aden-

tro. Allá en el lugar de los trastos viejos de la memoria, allá donde no estorbara, allá donde no me produjera esta monstruosa sensación de culpa que me produce aún.

Esa misma monstruosa sensación de culpa me atenazó cuando María Teresa murió víctima de una meningitis fulminante. Entre los ingredientes de esa culpa se contaba la vergüenza. Mi vergüenza era total conmigo y con los demás. Dentro de las más arraigadas y equivocadas concepciones del español, estaba y está ocupando el primer puesto la capacidad de engendrar hijos. Cada quien pretende encontrar su inmortalidad dando o prolongando una vida. Creando algo. El común de las gentes canaliza esa preocupación en forma simple y por demás irresponsable. Basta con engendrar hijos, a diestra y siniestra, para saborear el triunfo de la masculinidad. Un hijo, para el montón, no representa sino la afirmación del yo, jamás una responsabilidad. El español fue todavía más allá de esta equivocación. Se hundió en los pantanos de la falta de justicia y le dio al primogénito todos los ases del triunfo. Los hijos segundones o tercerones, para ellos dejaban de existir. A la mujer, como hija, escasamente se le tenía en cuenta para que cumpliera su tarea como madre o refugiara sus rencores en un convento. El hijo primogénito, por otra parte, se encontraba ante la obligación ineludible de ser un segundo tomo de las virtudes de la estirpe, del rango, de la inteligencia de su padre. El español pobre o el español rico no pedían otra cosa antes de morir que un hijo varón. Ellos pensaban que con este hijo estaban en condiciones de seguir viviendo eternamente, y con el nieto que a continuación vendría esa eternidad continuaba hasta el infinito detrás del bisnieto y del chozno. A los 18 años yo no estaba en condiciones de emanciparme de esos falsos juicios. Creía en ellos y por lo tanto me sentía amargado al no haber podido alcanzar la paternidad. Al final de mi existencia me congratulo con mi esterilidad. Y aclaro que esterilidad no es impotencia, al contrario, está demostrado que los hombres estériles son diez veces más potentes sexualmente que los que han tenido quince o veinte hijos. ¿Soberbia? ¿Egoísmo? Bien puede ser. Pero pensar que luego de mi muerte, mi hijo o mis hijos o mis descendientes van a tener que heredar esta tremenda herencia de odios que dejo tras de mí, me conturbaba dema-

siado. Yo fui y soy un ser único. Absolutamente único, y al decirlo la vanidad no se me exalta. ¿Hijos y esposas? Cadenas perpetuas que me hubieran impedido desarrollar a fondo su misión. Tuve un destino y lo cumplí. Si esas amarras efectivas hubieran desempeñado un papel en mi objetivo final, es posible que las circunstancias las obligaran a hacerlas desaparecer y me obligaran a mí a destruirlas, por considerarlas limitantes y opresoras. Entonces, qué difícil situación hubiera sido la de mi espíritu violentado por la paz y la rutina doméstica. Me imagino, me estremezco y me compadezco al ver a Simón Bolívar convertido en esposo amantísimo, en padre generoso, en abuelo baboso, en ciudadano ejemplar de la ciudad de Caracas. Rico y poderoso en bienes terrenales y en influencias. Patrón de centenares de esclavos, señor conspicuo y varón preclaro. Me imagino, me compadezco y me estremezco de verme rodeado de mis nietos de mis hijos y de una pobre mujer tan achacosa como yo por las enfermedades y los males. Sé que voy a morir y no me arrepiento de nada cuanto he hecho. Además, muero satisfecho conmigo mismo. Qué odioso sería para mí, no digo que para otras personas tener que encontrarme a la hora de mi muerte, a los 75 u 80 años rodeado de hijos y nietos y parientes llorosos, esperando que yo cerrara mis párpados para avalanzarse sobre casas, haciendas, ganados, dineros, esclavos que yo después de tantos años de sufrimiento y de trabajos habría acumulado. Ridícula y absurda me parecería esa escena. Yo no dejo hijos ni mujer legítima. Dejo cinco naciones en vías de hacerse; dejo unas fronteras materiales y unos linderos espirituales; dejo unas ideas y un patrimonio moral que con el paso de los siglos se irá acrecentando; dejo mi sombra en permanente recorrido por las cumbres andinas, por los valles americanos, por los ríos y las mesetas y las selvas y los montes de mi patria que fue América. Dejo mi voz aguda y frágil penetrando en los oídos de unos pueblos que todavía no se sienten seguros de sí mismos. Dejo mis huellas por todos los cielos con la mano abierta y la palma desnuda para que la sigan los que quieran darle a esta comunidad americana una libre expresión y un decoroso comportamiento, en donde la autoridad se desprenda de la cabeza a los pies y en donde el hombre y la mujer puedan moverse sin los grilletes de la esclavitud, de la opresión, de los privilegios mal concebidos.

Volvamos atrás. Consultemos con los recuerdos. Saquémosle filo a la memoria para que nos haga vivir diez, veinte, treinta veces. Traslladémonos junto al joven Simón para acompañarlo en su agonía. La muerte de María Teresa lo había dejado de nuevo en la orfandad. Otra madre más se le moría. El huérfano no encontraba escape. Los hombres mueren muchas veces en la vida. Y renacen otras tantas. Mi culpa y mi vergüenza se multiplicaban cada mañana. Y yo procuraba alimentarlas. Mi autocompasión se erizaba de miedo cuando alguien intentaba encontrarle una salida. Estaba encastillado en mi pena como un barón feudal en su castillo. Eran mías y era mía esta pena y estas angustias, y por lo tanto debía consentirlas, cuidarlas, no permitir que se me fugaran, porque si esto hubiera sucedido antes del tiempo de su maduración, mi soledad, mi inmensa soledad, se quedaba al desnudo, impúdicamente exhibida ante los demás y yo no podía permitir tamaña afrenta.

Lentamente, casi sin darme cuenta, vino el alivio y con él la reflexión. Quería vivir, eso era todo. En mi interior las fuerzas acumuladas de las últimas tensiones se reunían para exigirme que las libertara, que les diera un cauce lo suficientemente amplio para no atropellarse, pero que ese desfiladero de escape fuera rápido y además estuviera en consonancia con mis querencias, con mis necesidades inmediatas.

La pena me agotó pero me dejó libre. Libre de las maneras de la infancia; libre de los miedos de la niñez; libre de los fantasmas de la pubertad; libre de la mujer como argolla opresora o como alambre frío o como cerco indiferente; libre de la premonición de una caricia no dada o de un beso no entregado o de un consuelo demorado; libre por todos mis costados para alzarme alegre y bullicioso con las astillas de mi genio y con las espinas de mi mal genio. Libertad sin condiciones la que se me presentó con la muerte de mi esposa. Circunstancia y sentimiento a la vez que me llenó los poros y las articulaciones de una nueva vida.

Algunos dirán qué torpe, qué egoísta, qué pecaminoso. Razón por la cual tuve que mantener esta libertad oculta y no la dejé entrever ni presumir de nadie. Me hubieran llevado, al descubrir esta alegría infini-

ta, a mi crucifixión cruenta e incruenta dentro del perímetro de mis amistades y de mis enemistades, en un santiamén.

La serenidad de mi espíritu me fue llegando con cuentagotas, pero al fin me colmó. La aproveché para dedicarme a estudiar las cuentas atrasadas de mis haberes, de mis negocios demorados, de mis dineros por recibir y, además, para revisar también los informes que sobre estas mismas cuentas decían haberme rendido mis tíos. Doce meses completos invertí en sanear mi maltrecha hacienda. Entretanto continué preparando mi retorno a Europa. Poco y nada participé, durante ese tiempo, en la vida política de la Capitanía de Venezuela. De reojo y sin apego miraba su discurrir. Las clases altas cuchicheaban en las fiestas oficiales cuando los representantes del rey no podían o no querían atenderlas. Cuchicheaban y se estrujaban las manos en señal de desesperanza. El pueblo, luego de las represalias que se ejercían sobre él, cada vez que afloraba una conspiración, se contentaba con dejar que los amaneceres y los atardeceres emparamaran de hambre y de dolor sus miembros.

Mis parientes, unas semanas antes de mi determinación de viajar de nuevo a Europa, supieron la noticia. Partí sin dejar nada en el morral afectivo. Me encontraba a paz y salvo con los cariños humanos. Mi equipaje interior estaba por llenarse en Europa. En Cádiz, mi suegro me obligó a derramar unas cuantas lágrimas por mi desaparecida esposa. El buen hombre se desgarró con mi presencia su corazón y sus recuerdos. Al verme, la imagen de su hija se le prendió en el alma produciéndole la más triste y desesperante nostalgia. En Madrid me bajé en un hotel, no quería repetir la historia de alojarme en donde algún pariente, para evitar que se me siguiera controlando y vigilando como lo estuve años antes. El grupo de los suramericanos apenas supo de mi presencia en esas cortes me rodeó de afectuosas bienvenidas. Comencé a vivir a lo rico y a lo grande. Sin preocuparme del hoy ni del mañana. Sin hacer cuentas de lo que gastaba o dejaba de gastar. Sin mirar nada más que mi satisfacción inmediata. A la diversión le mezclé un poco de política y esta combinación me resultó fatal, porque el gobierno de sus católicas majestades no estaba dispuesto a que un grupo de extranjeros sembrara la semilla de la revolución en sus pro-

pias narices. Las autoridades me cortaron las alas de conspirador y de muy buenas maneras me dieron un pasaporte para que pasara a Francia, sin tardanza. En París, una prima lejana, cuyo apellido de soltera fue el de Aristigueta y de casada Derviu du Villars y conocida de nombre como Fanny, desde mi primer viaje me insistió con terco tesón para que me quedara a vivir en su casa. Rica, joven y bonita, Fanny se había casado con un barón de tripa prominente y también de prominente chequera. El barón venía una vez al mes a París y se encontraba más a gusto en sus propiedades provincianas, cazando faisanes y reposando de sus achaques de gota, que acolitando a su esposa en las ceremonias naturales de su rango. No quise dejar pasar la amable invitación de Fanny porque en el fondo sabía que ella me la había hecho, para darse tono ante sus amistades de tener un pariente de tez oscura, rico, caraqueño y además con tinte de revolucionario. Yo venía a ser para ella una especie de ave rara que iba a suscitar por unas semanas la curiosidad de sus íntimos y a ella de paso, la distraería relatándole mis experiencias y mis sueños.

Fanny tenía casi treinta años pero estaba en plenas calorías. Rubia y blanca, ofrecía a su edad la exquisitez de un fruto que de dejarlo pasar un poco más se corría el peligro de contemplar en él las primeras arrugas de la madurez. Con ella, que me aventajaba en edad, cometí por última vez la ligereza de amar a una mujer mayor que yo. Esta vez lo hice a sabiendas, con premeditación y alevosía, porque la ocasión se me brindó tan fácil, que de no aprovecharla otro lo hubiera hecho. A Fanny la mataba que le hablara en español. Ella escasamente me entendía, pero una excitación casi carnal le recorría su cuerpo cuando yo le conversaba o le contaba cosas que no le importaban y no le interesaban, pero que la confundían en un mar de palmeras y de olas. La hice mi amante sin resistencias. Se me entregó sin combinarle a su entrega la exigencia permanente de la adoración por parte mía. La educación sexual de los franceses es tan antigua y tan bien entendida que les ha permitido no entreverar el placer con el remordimiento. Una francesa no azora a su hombre ni lo pone contra los muros de lo imposible. Caricias muchas, juramentos pocos, compromisos ninguno. Fanny me enseñó a ser hombre de gusto en la cama. Mis pocas experiencias en esta materia estaban escritas en el libro sofocante de mi matrimonio,

donde, página tras página, tenía que ser el héroe, el conquistador, el amante. Y mi esposa, la conquistada, la pasiva, la sagrada hembra que de acuerdo con las obligaciones de una buena esposa católica debía huir del placer de la carne como de un demonio.

Fanny apresuró a tal grado mi educación sexual que fue mi amiga y mi amante. Frase esta que tiene mucho de cursi, pero que es evidente, quizás por lo que jamás sucede en muchas parejas esta situación ambivalente. La amante exige, pretende copar al hombre, sin tasa ni medida, lo succiona, lo chupa, lo inutiliza con la esperanza de que fuera de ella no encuentre nada de su gusto, y, en esta tarea destructiva, acaba en el hombre los filos de su talento, de su inteligencia, de su conversación, de su cultura, para reemplazarlos por la monótona y agotante histeria del solo placer físico. El sexo, para la amante torpe, es un fin y un objetivo y busca por todos los medios de darle salida a sus instintos, lo cual desemboca, la más de las veces, en una franca o en una solapada retirada de parte del hombre víctima de estos fuegos. La amistad debe surgir luego de un proceso de entendimiento sexual, si no surge viene el cansancio mutuo y con él la rabia del hombre o la rabia de la mujer al sentirse atados a una llama que lo consume todo sin la oportunidad de conocerse mutuamente. Amor y amistad están hechos para formar un solo cuerpo. Fanny me enumeró el alfabeto del amor con la conciencia limpia por parte de ella, de que no estábamos cometiendo un pecado. Ella, conmigo, suplía las indiferencias de un marido lejano, que no la amaba y que poco la entendía. Yo, estaba surgiendo un ambiente desconocido para mí, pero sutilmente hermoso, cual era el ambiente de la entrega amorosa sin las complicaciones caóticas de la culpa o del remordimiento.

El sexo en mí ha sido una necesidad biológica y espiritual. A la palabra necesidad no le quiero dar la significación que muchos le pueden dar. No, necesidad es algo sin esfuerzos ni represiones que se nos suelta dentro de nosotros sin ponernos en apuros o en conflictos. La necesidad puede, en determinado momento, confundirse con el instinto, pero no es lo mismo. Tiene sus puntos de contacto por su inmensa atracción telúrica y fuerte, pero se diferencia en sus ribetes espirituales y magníficos, que funden y confunden, la simple materialidad

de sus pretensiones con la rica gama de sus satisfacciones. Ya fui y soy un sensual y un sexual. No deseo que se me confunda con el insatisfecho sexual que ronda las fronteras de lo absurdo y de lo anormal. Entiendo que el sexo es un poder violento y desgarrador. Y lo he vivido sin tapujos, sin reatos de conciencia, sin artificiales y comedidas explicaciones tendientes a que mi figura y mi imagen se mantengan sobre el pedestal de los hombres castos. La castidad es una maravilla para quienes están en la capacidad de mantenerla viva. Muchos santos y hombres de valía han logrado la aclimatación en sus venas de esa mal llamada virtud. Yo los admiro. Pero no quisiera compartir con ellos el laurel de su éxito. Hablo sinceramente del sexo porque durante toda mi existencia voy a encontrarme con él. O me voy a encontrar con la mujer, que es su complemento. Y la mujer o las mujeres, que han pasado por mi vida y que me han satisfecho con sus caricias y sus mimos, las voy a describir no por el placer o por la soberbia de mi conquista, sino por el respeto inmenso que le poseo al sexo opuesto.

De Fanny conservo un hermosísimo recuerdo. Ella, pasados los años, quiso que ese recuerdo se hiciera tangible para su vida y pretendió remover los carbones del pasado, infructuosamente. Fanny, como amiga y amante, me abrió las puertas de su salón y me permitió conocer y tratar gentes de alcurnia. En su casa se reunían las mejores familias de Francia. Fanny era coqueta y como toda coqueta le ardían sus huesos por tener más de un galán. Y los tuvo, pero no mientras permaneció cerca de mi corazón. Eugenio de Beauharnais, hijo de la amante de Napoleón, con su cara de niño y su porte de seminarista, tuvo que vérselas conmigo porque pretendió atraer a Fanny durante alguna ausencia mía. Mis amigos evitaron un duelo entre los dos y yo personalmente impuse mis puntos de vista a Fanny que estaba acostumbrada a corretear como una cabra loca.

La biblioteca del barón era una de las mejores. Él, como todo nuevo rico, compraba los libros más por el placer de exhibirlos en las estanterías que por el gusto de adentrarse en sus misterios. Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Lock, Condillac, Dalambert y los grandes pensadores del siglo: Hobbes y Spinoza, me ofrecieron en mis largos días parisienses los mejores bocados para mi inteligencia. Antes que leerlos

los absorbí lentamente. Leo despacio, vocalizo interiormente las palabras y digiero con parsimonia pero con seguridad. Leer para mí no es un gusto, es un imponderable de mi formación. Yo todavía no estaba en condiciones de saber qué quería, pero, sin saberlo, intuía la necesidad de llenarme de instrumentos mentales, para lo que pudiera venir. Mis lecturas no tenían el objetivo de perseguir la cultura para hacerme culto sino para incrustar en mi ser las bases filosóficas de un mundo que, a mi entender, estaba en vías de cambiar radicalmente.

Cuántas veces vi llegar la aurora con un libro en la mano y cuántas otras me retiraba de las amables compañías para dirigirme presuroso a mi rincón de lector, ávido de saturarme de voces interiores que me dieran respuestas y soluciones a estas marejadas de inquietudes que se me estaban dando a conocer por mis permanentes malos genios.

La casualidad, como siempre, me sacó de la rutina. Y digo la casualidad, porque Simón Rodríguez no estaba al tanto de saber que yo me encontraba en Francia y tampoco le preocupaba el encontrarse conmigo. Relataré más adelante ese encuentro y cómo ese suceder tuvo consecuencias insospechadas para mi persona. Por ahora basta saber que Fanny se superaba en atenciones para conmigo. Cuanto personaje singular o notable pisaba las puertas de París, Fanny se apresuraba a invitarlo a su salón, para presentármelo. Ella estaba en el plan de promoverme, de hacerme conocer, de darse el lujo de tener por amante a un joven rico y de color cetrino, porque ninguna otra notabilidad tenía yo en esa época. Fue así como pude conectarme con Humboldt y con Bonland, dos figuras de relieve continental que acababan de regresar de darle la vuelta a Suramérica, estudiando la flora y la fauna de nuestras tierras.

Humboldt, un alemanote ancho y dinámico, me cayó en gracia desde el primer momento de nuestro trato. Se veía en él la superioridad intelectual y la sabiduría complaciente. Sus apreciaciones sobre América me dieron la pauta para entender el grado de ebullición en que se encontraba y su capacidad de transformación a que podía llegar, si alguien se cuidaba de que esto sucediera. Lejos de mí estaba el pensar que yo fuera el hombre destinado a darle una cara diferente a la

América. La constante tertulia con estos dos sabios me aguijoneó ciertos resortes ocultos y puso en evidencia una desazón que hasta el momento me era desconocida: ¿qué podría hacer yo en beneficio de la emancipación americana? Nada, me contestaba a mí mismo, pero la inquietud ya estaba clavada en mi conciencia.

El embajador de España que me consideraba un miembro fiel a sus majestades, me facilitó una entrada a la ceremonia de coronación de Napoleón y Josefina, en Notre Dame, ceremonia nada menos que dirigida por el Papa. La coronación me electrizó. Las sedas, las pieles, el relumbrón de las joyas, el hálito del incienso y de la mirra que se respiraba en el recinto, la atmósfera cargada de solemnidad, el silencio de los monarcas asistentes, arrodillados ante un Dios invisible, la frialdad de la cara napoleónica, el gesto seco, duro, híspido con que recibió o mejor tomó de las manos del Pontífice la corona y se la colocó en sus sienes, la música de los coros, el asombro de las multitudes y el delirante boato y la pompa de su nuevo monarca, eso, me pegó un puño fuerte en el abdomen y me lo pegó sin aviso, sin esperar reacción de mi parte. Hay golpes sorpresivos que significan una nueva etapa en cada vida. Esos golpes pueden ser amargos o pueden ser dulces. Tienen casi siempre el doble filo de la dulce amargura y la impudicia de los hechos evidentes. Esos golpes conmueven las entretelas del ser humano.

Bajo el techo relumbrante de Notre Dame, al cobijo de sus vitrales y santos, en medio del lujo, del aire contaminado de sudor y de perfumes, yo, Simón Bolívar, me prometí a mí mismo darle alas a mis ambiciones y hacer lo posible y lo imposible por volverme célebre. Este juramento no fue en el Monte Sacro, como las gentes bobaliconas y románticas lo creen. Esa fue la pantalla, ese fue el teatro, esa fue la necesidad de explotar una mentalidad de lágrima y de arrebato, ese fue el puente que yo busqué para que el hombre americano se dejara aprovechar con su sensiblería, para mis fines. El anzuelo que yo lancé al mundo fue artificioso y hechizo, porque nadie adivinó mis intenciones de alcanzar el poder, cuando tuve el cuidado de ocultarlas sacando a escena el acto heroico e inexistente de mi juramento en el Monte Sacro.

El sentido de la ridiculez es masiva y se le puede sacar provecho presentándola airosamente. El mundo en esos instantes respiraba los miasmas del romanticismo llorón y caricaturezco. La literatura se montaba sobre el verbo ampuloso de Chateaubriand. La música llenaba los teatros con la que no es más que un alarido conjunto y estrambótico. La pintura recargaba sus colores en los angelitos y en las vírgenes gordas. Y hasta la guerra se cubría con un velo de tragedia fastuosa, que, sin mirar a las viudas y a los huérfanos que dejaba a su paso, invertía la primacía del dolor para destacar al capitán o al general como el enviado del Señor. Esto estaba sucediendo con Napoleón y el corso conocedor de la debilidad humana le dio al pueblo francés el aparato monstruoso de la esplendidez, para poder así, quitarle a sus hijos, sin un reproche, sino con una continua loa de gracias a sus acciones.

El pueblo tiene alma de payaso. Le placen los afeites y los colorines y se estremece de complacencia al contemplar a sus héroes como monigotes adornados de oro y de pedrerías. El pueblo no concibe la sencillez y la simplicidad, nació dentro de ella y la repudia igual que un amante cansado rechaza a su amor al verle las primeras arrugas en el rostro. El pueblo desde los más remotos tiempos fue llevado y traído por los hombres que han tenido el suficiente coraje para enfrentarse a sus pasiones dándoles pan y fuego. Los césares romanos fueron los primeros profesores de la psicología colectiva y los juegos circenses, donde se le arrojaba al populacho monedas de cobre, vino, sangre, violencia representan el mejor timón de las pasiones masivas puesto que, sin engañar a la fiera, se le domaba trasquilándola y ofreciéndole el placer a manos llenas.

Quiera volver a hablar de la casualidad y de cómo ésta me ha hecho unos pases de torero maravillosos. Paseaba yo un día sin rumbo cierto por el bulevar de Saint Germain. Nada me acuciaba. Ni el tiempo ni las preocupaciones. Me detenía en las vitrinas para mirar sin ver los objetos que en ellas se exhibían. De pronto, observé en la acera del frente una figura cuyas líneas no me eran desconocidas. "No es posible", me dije, "ese hombre no puede estar aquí". La figura me volvió a mirar. "Simón Rodríguez", exclamé. Solté un carajo tan amplio como una catedral y de dos saltos estuve a su lado abrazándolo. Simón, mi

tocayo, mi guía espiritual, recibió mis abrazos con esa astémica y a la vez alegre extroversión que lo caracterizaba. Conversamos sin que las horas nos cercaran. Yo hablaba y hablaba sin parar. Él me escuchaba sin cansarse. Al final, Rodríguez me lanzó esta frase: "Tú, muchacho, estás perdiendo aquí el tiempo y la salud, camina conmigo a dar una gira hasta Italia". Le acepté irrevocablemente. Eso era lo que yo necesitaba. "Voy a contratar un coche", fue mi expresión de júbilo. No seas pendejo Simón, me contestó, el paseo es a pie, sin equipaje, sin vestuario fino, caminando como te enseñé de niño.

El año de 1805 marcó en mi ánimo un dibujo indeleble. Inicié con mi maestro la marcha a pie por Francia y parte de Italia. De París a Lyons con un pequeño atado a la espalda, un palo en las manos y los ojos de par en par absorbiendo el paisaje. Simón Rodríguez caminaba a grandes zancadas. Enteco y frágil en apariencia, poseía la fuerza de un espartaco. Ágil y recto se comía las leguas con mi persona jadeando detrás. Al principio yo quedaba exhausto, luego me fui adaptando al ritmo del ejercicio. Y por último competía con Rodríguez sin darle resuello y sin pedirle espera. De Chambery pasamos a Italia, atravesamos el valle del Po y Venecia se nos entregó con sus mentadas hermosuras, sin que me convenciera del todo. Ciudad sucia, maloliente, enfrascada en la antipatía de sus habitantes, Venecia sufre, a mi entender, una falsa importancia que la hace indiferente al viajero y posiblemente muy interesante al lugarejo. En cambio, FIorencia es toda una joya del arte. Calles, iglesias, plazas, escondrijos, murales, la gama más exquisita de la pintura y de la escultura desfila por Florencia en busca de la eternidad. Allí sí me sentí trastornado y transportado a la antesala de la estética y sin pegar los párpados la recorrí con el mejor de los guías, con Rodríguez, quien me abismó con sus conocimientos y su versación en el arte renacentista.

Roma me tomó por asalto. Como un peregrino me puse en el trabajo de darle puntada tras puntada a su túnica inconsútil. La aguja de los siglos le bordaba en sus pliegues los arabescos más increíbles. Como un ciego, dejé al lazarillo de mi sensibilidad que me tomara de las manos para viajar acompañado con alguien que respirara con el mismo ritmo. Me preguntaban mis amigos sobre mis experiencias por

Europa y yo, entrecerrando los ojos, no podía apartar el sinnúmero de sensaciones de que fui objeto cuando estuve en la Ciudad Eterna. El apelativo es bien puesto: Ciudad Eterna. Ella resume cuanto la humanidad tiene de antigua, de feraz, de paciente, de aguerrida y de mansa. Ella simplifica la grandiosa aventura de una filosofía como la cristiana en cada una de sus líneas arquitectónicas. Confieso que me bebí a Roma en el cántaro de su propia arcilla y todavía me queda la sed de ese licor que, sin empalagarme, sacudió los tejidos de mi espíritu con la suave frescura de su perenne linfa.

Rodríguez no dejó de orientarme un minuto. En la posada, en la callejuela empinada cuando casi yo echaba los bofes de cansancio, Simón, el mayor, con un libro en la mano, solucionaba mis preguntas y a la vez dejaba que sin afanes se me fueran saliendo mis interrogantes. Simón me pasmaba cada vez más. De niño tuve de él una impresión distinta a la que tenía ahora. El significado de su persona varía como la precipitud de la luz y de las sombras. Novedoso, suspicaz, catastrófico de pronto, suave sin saber por qué, Simón, sin darme cuenta me estaba preparando para las penalidades futuras con los mejores elementos de su inteligencia. De él y sólo de él, aprendía a ser versátil y complicado, fuerte y espontáneo, fácil y reconcentrado. Su programa de enseñanza para la impresionante solidez de dar conmigo tuvo todas las facetas de mi personalidad sin dañar a ninguna. Las explotó a mi favor y me preparó para el encuentro del mundo múltiple donde pondría mis plantas. Y jamás me pidió, fuera de mi amistad, una ayuda, una caridad, una misericordia. Su mismo ejemplo me perfiló las sienes para soportar las penas de mi existencia. Y fui, a sabiendas, el hijo predilecto de su manía, confundido en el caos de nuestras dos vidas. Aún me queda esa impresión de pequeñez que él solía darme cuando mis argumentos o mis palabras no se sentaban a la altura de las suyas y me queda también ese rencor florecido de las viejas amistades, que jamás se decide a ser rencor o a ser miel, por temor a tener que entregar el pedazo oculto de soberbia que todo hombre procura dejar en la penumbra.

Fue él, Simón Rodríguez, quien lanzó la especie de mi juramento en el Monte Sacro. Y lo hizo con mi complacencia.

Volví a París templado de pies a cabeza. Templado y con vértigo por actuar. No quería quedarme esperando el milagro de que otros hicieran por mí, lo que yo estaba en capacidad de hacer. Fanny me recibió más amorosa que nunca. Y en cambio en mí encontró un témpano de hielo, a un mestizo frío, que es decir mucho. A ella y a mis amistades más cercanas les comuniqué mis intenciones de regresar a Caracas. A escondidas de mi amante y de mis amigos me aperteché de noticias y el nombre de Miranda se me puso otra vez de frente. Muchos años atrás ya lo había oído en relación con la célebre aventura de mi padre y con una carta que él suscribió en compañía de otros prohombres, el célebre general Miranda me salió de nuevo al encuentro.

Capítulo IV

¿Cuántos hombres se han considerado los elegidos y cuántos han fracasado? Yo creo que en los fracasados predominaba apenas un autoconvencimiento pero no una voluntad firme. A la voluntad hay que entenderla. Juicios astronómicos y conceptos por igual se entreveían para definir esta palabra. La filosofía hurga con sus tenedores de alambre los campos de su reino. Se le define y se le exalta, se le indica y se le sindica de ser el motor y el impulso de cuantas acciones o reacciones puedan caber en el desarrollo de la humanidad. A pesar de tanto escándalo en torno a la voluntad, ésta continuará siendo un ente irracional, colocado a un bajo salario por los elementos menores y por las criaturas mediocres. El elegido, el destinado, no sobrevive sin las presiones de su egoísmo. Y aquí entra un concepto, o mejor aún, miconcepto sacrílego sobre la voluntad: el egoísmo. Y en torno a él el cortocircuito de las complejidades humanas se encrespa invadiendo los campos de la profecía y de la adivinación.

Yo soy un predestinado, un predestinado con la egolatría suficiente para dar el salto sobre las pequeñas y las grandes pasiones cuando así lo necesito. Ni me avergüenzo, ni me entorpezco con sus manejos y habilidades. Las uso con la seguridad del que está cumpliendo con una misión inmodificable. No acepto ni he aceptado jamás responsabilidad alguna sobre mis actos, buenos o malos. Ni los juzgo ni los catalogo, ni tampoco estoy dispuesto a someterlos a la miopía de los extraños. A la moral la considero, cuando está de mi parte, si se aleja de mi lado debe ser subordinada a los hechos. El turbión de voces que se han lanzado alrededor de estas premisas, que son base de mi existen-

cia, ha sido furibundo. Lo entiendo y dejo que sus ruidos y sus estruendos asusten a otros.

A dos hombres admiré y a esos mismos abandoné cuando así me convenía. A Miranda y a Nariño. La vida de este par de sujetos puede considerarse paralela. Hay tal similitud en la avidez de su conducta y de sus rostros que, ojeando su historia, repasándola y conociéndola, como yo la conozco, el soplo de la gemelidad me hace identificarlos.

No puedo recordar al uno sin que el otro meta baza en mi pensamiento. Miranda era caraqueño. Nariño, santafereño. Miranda, alto, garboso, lúcido, ancho de espaldas, de miembros fuertes, de quijada prominente, de mejillas sonrosadas, de tez blanca y manos y pies pequeños, contrastaba físicamente con Antonio Nariño, que lucía desmirriado y patojo, chupado y frágil, menudo y parco de carnes y de músculos, de color y pelo oscuro, sin embargo, esta diferencia, física ahondaba aún más su cercanía intelectual y espiritual. En ambos se establecía al conocerlos la redondez de su talento. Su cultura superior se desbocaba en ellos con la facilidad con que se desboca un caballo de pura raza. Nariño, un poco silencioso se agazapaba en el vocablo cuando no veía la necesidad de utilizarlo como látigo o como bordón. Miranda, más espontáneo, dilapidaba las interjeciones con la soltura y la generosidad de un manirroto. Para a ello, a sus vidas las cruza el relámpago de la providencia, y del genio.

Miranda y Nariño no tuvieron suerte. Ni supieron aprovechar sus riquezas mentales. El caraqueño nació parado igual que el granadino. Ambos ricos y miembros de la mejor sociedad, de sus ciudades natales, se empinaron sobre esas condiciones para usarlas sin tasa ni medida. Miranda, a los quince años, era un prodigio. O al menos como tal lo presentan sus amigos y seguidores. A los veinte años viajó a España y a los treinta años los entorchados del generalato le chorreaban por el pecho. En una desafortunada intervención suya en Cuba, España lo puso en la picota del escarnio. Él, para defenderse y a la vez para cobrar la injuria, demandó a la Corona para que le devolvieran los dineros con que había comprado una capitanía. De militar con mando y honores pasó a las trincheras del rebelde y con esta horma apretán-

dole el zapato siguió su camino hasta alcanzar la celebridad, perseguido por el gobierno español, quien desde entonces no le quiso dar respiro.

Se refugió en los Estados Unidos y allí, con su manera de ser, entradora y simpática, hizo migas con los grandes hombres de la época: Washington, Payne, Hamilton. Las puertas se le abrieron en todas partes, por la singular atracción que tienen sobre el mundo los hombres rubicundos y charlatanes. España lo sigue hostigando y él emprende su trashumancia por el universo, comenzando por Inglaterra. Su permanencia en esa isla es corta y decide trasladar su corpulencia por toda Europa. En Alemania, patria de los gigantes, sentó fama de apuesto y de brioso. Federico El Grande le invitaba a sus paradas militares para compararlo con sus granaderos. Miranda contribuyó a la formación de su personalidad con la ayuda de su inagotable disciplina y, además, con su constante fervor por aprender lo bueno o lo malo, lo útil o lo inútil. Su amor a la música lo llevó a donde Haydín o cualquier otro músico que se presentaba en público. Viena, Hungría, Los Cárpatos y, al fin, Rusia le dieron el saludo de bienvenida a este gitano, simpático y conversador que sabía acostarse con las mujeres y atraer a los hombres.

Catalina La Grande se enamora de él. Y se enamora hasta tal punto que ella, tan avara para hacerles regalos a sus amantes, le dio a Miranda mil florines de oro para que no la olvidara. Noruega, Suecia, con sus cortes y cortesanos vieron a este gargantúa, vestido de pieles y hablando con fluidez su idioma, recorrer sus palacios e interesarse por sus vidas. La resistencia de Miranda no tenía igual. En las estepas rusas, en los glaciales nórdicos, en los valles húngaros y en los montes franceses, su silueta de oso ofrecía la familiaridad de un transeúnte común. Nada ni nadie lo detenía en su marcha. Aprendió el francés, el inglés, el alemán y el sueco, con esa versatilidad que tienen los políglotos para hacerse a los sonidos y a las armonías.

Los años se sucedían y Miranda impertérrito sacudía sus hombros en cada invierno para volverlos a sacudir en la primavera siguiente, pero en otro país. Vivía a caza de sucesos y de aconteceres para infor-

marse y aprovecharlos en su propio beneficio. Las guerras lo ponían exultante y satisfecho. Sus metas le ofrecían siempre un objetivo. La emancipación de la América necesitaba, por ese entonces, un protector, un padrino, un agente financiero. España y Francia entraron en litigio y allí estuvo Miranda, instigando la una contra la otra. Inglaterra se debatía neutral, para asegurar el control de sus perdidas provincias y Miranda soltó los perros de la discordia por las embajadas y los palacios donde lo recibían. Su obsesión lo llevó a ofrecerle a Wílliam Pitt, ministro inglés, la más estrafalaria de las Constituciones para el caso de que Inglaterra lo apoyara en sus ideas emancipadoras. En esa Constitución, ediles, censores y demás nombres romanos formaban los mandatarios que según él podían gobernar la América mestiza. Amante, hasta la aberración, de la cultura romana se le metió en la cabeza imitarla aun en sus obras de conquista, Miranda se consideraba la reencarnación de un cónsul y como tal actuaba. El mentón salido, la barriga hundida y el ojo vigilante y la mano al desgaire como caída sin darle importancia sobre el pomo de la espada.

En Miranda se establecía una combinación de farandulero y de apóstol. El mundo era su escenario y su apostolado su extraordinaria pasión por el despliegue y el artificio. Francia lo acogió en plena revolución. Se necesitaban hombres de armas y generales y apóstatas de las monarquías. De la guillotina lo salvó su coraje y su valor. Se defendió con agrios gestos y ademanes de gran señor ante una asamblea de sastres, de carniceros y de sacerdotes renegados. La mujer más bella de Francia, Delphine De Custine, requerida por los ricos y por los pobres, fue su amante y su protectora. Ella le brindó su casa y él le ofreció su brillante persona. Ella le entregó su amor y él, sus desplantes oratorios. Ella le encontró clientes y él se apoderó de sus relaciones para sacarle punta al lápiz de sus ambiciones.

En los seres comunes, la envidia se suscita y la admiración también, cuando otro se alza dos palmos más arriba. Napoleón conoció a Miranda y se sintió impresionado por su rotunda personalidad. Su vida seguía girando como una rueda de lotería sin sacarse el premio mayor. Giraba y abundaba en posibilidades, giraba y caían en su poder los premios menores, giraba y él futuro le hacia guiños y morisquetas para

entretenerlo. A Miranda, la política le succionaba el seso y él se dejaba succionar con tal de que no le quitaran su estrado, su escenario, su plataforma de representación. Al fin se consiguió un barco: El Leader, para llevar a cabo la invasión a las costas venezolanas. Y en cada puerto se fue demorando y haciendo alarde de sus hazañas, ni comenzadas ni concluidas. España le seguía la pista y comunicó a todas sus embajadas, sobre todo a la Capitanía General de Venezuela, para que abrieran la pupila sobre tamaño aventurero.

El líder desembarcó en las costas venezolanas y sus tripulantes cayeron como ratas en la trampa. Sin disparar un tiro, la anunciada invasión fracasó. Miranda se tornó en un navegante consuetudinario de todas las Antillas, hoy en Trinidad, mañana en Barbados, pasado mañana en Haiti, las velas de su bergantín se afilaron de viento y de sal sobre los arrecifes y en las bahías. En 1806, desembarcó en Coro y lanzó una proclama a todos los colombianos (nombre con que él bautizó estas tierras). La proclama se editó, se publicó, se leyó bajo cuerda en las poblaciones costeras, se escuchó por los pescadores y pasó inmaculada y virgen sin tamizar siquiera el ánimo de los habitantes de estas regiones. Amarga experiencia, lesionadora, para cualquier orgullo. Miranda no se inmuta, permanece seis meses como un filibustero jubilado y, al darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, prende el horizonte con el pequeño triángulo de las velas de su barco y, empolvándose la coleta, aprieta las mandíbulas y parte sin rumbo fijo.

Esta novela, este ir y venir de don Francisco, le dejó sus ganancias. Se le dio el nombre de El Precursor como también a don Antonio Nariño se le había dado en la Nueva Granada y quedó en la historia, en espera de una nueva embestida de su parte.

Cuando regresé de Europa y me entregué de lleno a las labores del campo, Miranda estaba en el cenit de su gloria. Los centros revolucionarios, las agrupaciones de conspiradores, los establecimientos de la inconformidad, tenían la bandera de su prestigio, un poco ajada, es cierto, pero levantada por la juventud y por los criollos inconformes. Yo no quería establecer fricciones con la corona y me incrusté en San Mateo, para quitarme de encima las miradas suspicaces de los repre-

sentantes de sus católicas majestades. Este biombo me sirvió para darme la apariencia de un joven decepcionado con su vida en el extranjero, que volviera a sus lares para enmendar los desgastes económicos, sufridos por largos años de despilfarro. El campo me llenó de momento. Las plantaciones de índigo, producto que tenía un gran mercado continental, las comencé en mis haciendas con el deseo de hacer algo mientras me llegaba mi oportunidad. Mi razón me indicaba la ambigüedad de la situación respecto a las ideas libertarias. España se debatía en un cataclismo de poderes entre los reyes depuestos por Napoleón y representados por el favorito Godoy y los seguidores de Fernando. Dos alas, dos corrientes, dos espacios abiertos sobre el porvenir maduraban en los cielos madrileños.

Napoleón, al principio, quiso apretar la mano, con guante de seda, y luego, en vista de la oposición popular, se puso la manopla y entronizó de rey a su hermano Pepe, a quien el vulgo se encargó de darle el apodo de Pepe Botella.

El bajo mundo de la guerra, la guerrilla, tocó rebato en los campanarios de todas las iglesias españolas. El fraile y el guerrillero se volvieron a unir para defender la santa religión y el enviado de Dios: Don Fernando. Con el título de guerrilleros, los mejores soldados españoles encabezaron el fervor de los pueblos para sacar de su territorio al usurpador francés. El Empecinado, El Cartujo, El Fraile Orante se tomaron las plazas con sus ejércitos compuestos de arrieros y de campesinos. El valor se volvió un lugar común entre las gentes humildes. Y los franceses, vencedores en el continente europeo, se vieron derrotados por los arcabuces y las guadañas, manejados los unos y blandidos las otras por las manos de los Gallegos, de los Castellanos, de los Andaluces. Ésta es una hermosa historia. Tan hermosa, que la conciencia popular la conserva en la copla y en la guitarra para hacerla imperecedera. El guerrillero puede ahora reemplazar al bandido para que el español se cruce la cara de cicatrices y de recuerdos.

A grandes rasgos, ésta era la situación en España. Es claro, que muy favorable para nosotros los americanos, favorable porque, dentro de los mismos soldados, capitanes y generales destinados a estas guarni-

ciones, el amor a su tierra los hacía afiliarse al bando de Fernando o al bando de los afrancesados.

No sucedía lo mismo por estas tierras. La composición social, política y económica, no sólo de Venezuela sino también del Perú, Nueva Granada, Quito y demás colonias españolas, sostenía un aparato de singulares movimientos, aparato que le permitía a las autoridades controlar con menos esfuerzo estos inmensos territorios. Frente a los muchos criollos, mestizos, negros, mulatos, indios, habitaba una población española reducida que tenía en sus manos las riendas de todo este inmenso andamiaje colonial. Tan perfecta era esta sólida estructura que no necesitaba de muchas manos para sostenerse. La organización política, uña y mugre con la económica, no daba campo a la masa popular para identificarse con sus necesidades. El aluvión de los poderes centrales exigía un permanente cuidado por parte de la burocracia menuda. Y esta burocracia menuda, que estaba en contacto con el pueblo, en todos los órdenes: administrativos, religiosos, laicos, entremezclada racialmente con los españoles, no tenía ningún interés en presentar un frente de discusión o de diferencia con la Corona. Entregada a la rutina y a la simple subsistencia, su gran miedo radicaba en que el piso que pisaba se le fuera a mover o se le fuera a mover otros, a fin de reemplazarlos en sus funciones o en sus méritos.

Yo estoy en condiciones de sostener que el noventa por ciento de la población americana no estaba pensando, ni remotamente, en ninguna revolución. De modo, pues, que el esfuerzo salió de una minoría, de un reducido grupo de activistas. Y este gran esfuerzo consistió en convencer, a las buenas o a las malas, a estos pueblos, de la necesidad para que adoptaran las medidas propuestas por el pequeño grupo de revolucionarios. Nuestro verdadero enemigo estaba anidado en nuestras propias viviendas. El enemigo número uno de las ideas de libertad y de emancipación fue el clero en su inmensa mayoría. Para ellos, el célebre binomio rey y Dios estaba en entredicho y, de venirse al suelo, ese falso sofisma, ellos, sufrirían en carne viva las consecuencias. De ahí la oposición cerrada y radical de que fui objeto en mis primeras incursiones por parte de los misioneros, de los sacerdotes y de la jerarquía alta y baja. Fueron contadas las excepciones que me acompañaron. Y

estas excepciones se pudieron conseguir porque se brincaron las barreras de las conveniencias y fueron los curas rebeldes, los que conmigo sostuvieron la bandera de la patria.

El año de 1808 fue un año crucial para mí. Todas estas cosas estaban en juego. Y a estos ingredientes, de por sí explosivos, se les vino a agregar uno más: el envío, por parte de Francia, de delegados especiales para conseguir la manera de que aceptaran al hermano de Napoleón, a Pepe Botellas, como rey. Las chispas de inconformidad soltaron sus fuegos. Las reuniones secretas que yo celebraba con la juventud caraqueña en El Palmito, finca de mi propiedad a orillas del río Guaira, intentó explotar la situación con inteligencia. Hasta 1810 nada efectivo se pudo conseguir. Fueron los años anteriores, años de preparación individual y colectiva para lo que vendría. Años en que me sostuve aislado tratando de capitanear una facción entre las muchas facciones que se perfilaban.

Mi posición no era cómoda. Estaba en el centro del volcán. Pertenecía a las altas clases dirigentes. Mis parientes, menos mi hermano Juan Vicente, formaban rosca aparte. Los hombres de más de 40 años, considerados como los notables, se me adelantaron en firmar una carta en la que pedían asamblea general. Yo no la firmé. Mi nombre no debía figurar ni entre los últimos ni entre los penúltimos, o de primero o nada. Enviados van y enviados vienen para convencerme de entrar en ese grupo. No accedí. Me situé al margen.

El gobernador Emparán se sostenía haciendo triques. El Jueves Santo de 1810, no resistió más y renunció. Se nombró una junta. En ese mismo año en toda la América se sucedieron hechos iguales. Los revolucionarios, sin disparar un tiro, creían que habían triunfado. Buenos Aires y Santa Fe consiguieron cabildo abierto. Unas venteras y unos desocupados, dirigidos por muchos Cortés de Madariaga, se afincaron en lo dudoso de su victoria. Las campanas a vuelo y los usurpadotes en la presidencia de los cabildos. Todos contentos. Ya estaba el nuevo gobierno en vías de despachar. Mi posición se tornó incómoda, para mí y para los nuevos amos. Me observaban con recelo. No moví un dedo, para no estorbarles en sus manejos. Nada les

debía y nada me debían. A pesar de todo, a Simón Bolívar no se le podía dejar de largo. La aristocracia no estaba en condiciones de perder a uno de sus hijos. Bolívar era un radical y, como todo radical, se podía volver peligroso si no se le conquistaba. Seguí con mi plan de hacerme el loco, el indiferente, el que nada le interesaba fuera de sus asuntos personales. Saludaba a los notables con una gran quitada de sombrero, donde me los encontraba. Les sonreía y les hablaba del tiempo y de la cosecha. Los notables no sabían qué hacer conmigo, ni tampoco con la nueva situación. Estaban miedosos. Si España atacaba, ¿quién sería su aliado? ¿Quién los defendería? ¿Quién pondría la cara por ellos? La única potencia que, talvez, no rehusaría su intervención podría ser Inglaterra. Y ¿cómo se conseguiría esa colaboración?

¿De quién se valdrían? Mi nombre se fue abriendo camino para esa posible misión. Ellos se estaban diciendo: "Bolívar acaba de regresar de Europa, conoce el medio, es inteligente, además, qué mejor forma de quitárnoslo de encima, que la de mandarlo como embajador a Londres". Matar dos pájaros de un tiro ha sido la predilección del tonto. Me nombraron y acepté. Pero había que darme cierta presentación, ciertos títulos de los cuales yo carecía. Me ascendieron a coronel de milicias, sin haber pasado por teniente ni por capitán. Y ya estaba con un grado y con una misión en la mano.

Tres personas fuimos las escogidas para esta tarea: Luis López Méndez, Andrés Bello, mi ex profesor, y yo. Otra vez, la casaca del diplomático, la genuflexión del lagarto, la antesala y la conversación idiota de los encargados de la diplomacia. Otra vez, el mar, la chapucería de los marineros, la mala comida, las tormentas, el desasosiego por alcanzar un objetivo y la desesperanza al ver como el mundo juega a los dados con los incautos y los inútiles. A estas dos grandes categorías, en que se divide la humanidad, el mundo les da la sensación de que son importantes y los suelta a la deriva, sin interesarle si se ahogaron o se salvaron.

Mi material humano acepta cualquier clase de atmósfera en la que le toque vivir. Estoy hecho físicamente para adaptarme al ambiente. Bello y López se mantenían pegados de mis talones. Yo me muevo

con facilidad, lo mismo en un baile que en una mesa de conferencias. En ninguna parte me siento incómodo. Inglaterra y sus ministros nos dieron una tanda de sonrisas y de promesas que en el primer mes de nuestra estadía estábamos completamente seguros de nuestro éxito. En el segundo mes confiábamos aún más y en el tercero, cuarto, quinto, y los que vinieron, no nos sacaban de la cabeza la frase: misión cumplida.

Al final, el resultado fue un fracaso, con todas sus consecuencias. A Inglaterra no le convenía aliarse con tres pelagatos que a nadie representaban, sino mantener la amistad de España para penetrar en sus provincias, con sus relaciones comerciales. Y si estaba luchando, hombro con hombro, contra las tropas napoleónicas, mal podía darles el gusto a unas colonias que intentaban emanciparse del dominio y del control de la Corona española. Inglaterra no podía dar malos ejemplos a sus propias colonias porque las perdía.

Mi experiencia se amplió más. Y si la misión que se me había conferido no pudo tener los suficientes logros, me di cuenta de lo que el imperio inglés representaba para el mundo. Detrás de él no estaban solamente sus soldados, sino también sus banqueros, sus comerciantes, sus innumerables colonias, sus dedos de hierro que aprisionaban sin soltar las mejores presas. Inglaterra era un pulpo. Un pulpo de mil tentáculos y de millones de articulaciones, empeñado en chupar, para sí misma, la savía de otros pueblos. Su poder me atraía y siempre he mantenido viva esa atracción que de ella se ha desprendido.

Nada se nos da regalado. Aquello que conseguimos es fruto directo o indirecto de nuestros propios esfuerzos. Lo que aprendí, durante esa nueva permanencia en Londres no tiene precio. Aprendí por ejemplo, que el idioma inglés es absolutamente indispensable, saberlo. Y como yo no lo sabía, me vi, en situaciones realmente ridículas. Una noche, cansado con el ajetreo diplomático, me escurrí solo por las calles londinenses a caza de alguna aventura. Me topé con una hermosa mujer, que me sonrió. Sin decirme una palabra me tomó de la mano y me fue llevando a una casa con todas las apariencias del burdel. Las prostitutas no me conmueven, me fastidian. Me quitan las

ganas de hacer el amor. Me raspan los ímpetus de la conquista y me los disminuyen hasta dejarlos en cero bajo cero.

Hay hombres para las prostitutas y prostitutas para los hombres. El tímido, el recortado sexual, el insuficiente viril, se vuelve un aguerrido personaje en una casa de citas. Está en su medio. Allí puede comprar por dinero la mercancía que se le ofrece, no espera ser rechazado: ni por viejo, ni por gordo, ni por zafio, ni por estúpido. Se sabe buen comprador. Y esa seguridad lo tonifica y le da audacia y desparpajo. Toma trago, echa chistes, se deja obsequiar con caricias, se hace de rogar por la mejor de las cenicientas, y pasa un rato de emancipación personal, apurando las pocas fuerzas de conquista de que es dueño.

Yo no tengo ese don. Carezco de esa habilidad. Me asquean esos contactos. Para mí, la mujer y el amor son dos hechos de integridad plenamente conseguidos. El acto sexual es la refrendación de este movimiento espiritual. Gozo con lo que conquisto, no gozo con lo que se me entrega. En mí, la tarea de amar engendra las voces, las exigencias, los dolores, de una empresa de acción. Minucias y detalles, miserias y abandonos, un mundo irreal y mágico que se convierte en real y concluyente, cuando finaliza. Amar es la pequeñez más grandiosa que yo conozco. Y digo pequeñez porque la mujer como mujer es igual en todas partes. Ni el color ni la pintura la desfiguran. Es un ser eterno y frágil que conquista o se deja conquistar sin extrañeza ni repulsión. El hombre es menos elemental y más menudo. El hombre es el que complica las situaciones amorosas adobándolas de una serie de prolegómenos y de agregados. El hombre es el que sabe o presume su inferioridad frente a la mujer. Y procede con prevención, con alambicamiento, sin ese primitivismo violento que derrota murallas y pudores, tan indispensable en estos casos.

Pero dejemos de elucubrar y sigamos con el cuento de la muchacha londinense. Ni ella hablaba francés o español ni yo entendía ese idioma vulgar del pueblo inglés. Ni las muecas, ni las manos, ni los brazos, me permitieron darle a entender a la muchacha que yo no quería ese tipo de relaciones y menos en esa casa. La intuición femenina está por estudiarse y falta mucho para que yo pueda saber hasta

dónde va. La joven, pienso, que en el fondo sí comprendió mis alharacas. Y al entenderlas, se puso en la mejor de las posiciones: la defensa. Y como la mejor defensa es el ataque, me armó un escándalo, que por las señas y las risas de los contertulios dejaba a mi virilidad más comprometida que nada. Marica y homosexual fue lo que menos me dijo. Entre furioso, avergonzado y asustado salí de esa casa y me fui a mi hotel a dormir para evitarme más complicaciones.

El otro hecho que le dio lisura a mi permanencia en Londres fue el de haber conocido personalmente a Francisco Miranda. En ningún instante, el personaje me decepcionó, al contrario, llenó la imagen que de él tenía. Nuestras conversaciones fueron interminables y todas sobre la libertad de América. Don Francisco no se sentaba en la palabra, se acostaba en ella, que es diferente. Se tendía a lo largo y ancho de la charla y dejaba unos pocos renglones para sus compañeros. El oírse le colmaba de entusiasmo. Un megalómano de más completa hechura no he encontrado jamás. Las pocas intervenciones a que me dio permiso estaban saturadas de paréntesis por su parte. Él dictaba la clase y los demás tenían la obligación de escuchar.

Me pareció apenas natural situarlo en el terreno, que yo deseaba. Lo conminé, en mi condición de jefe de la delegación venezolana, a regresar a su país. Las revoluciones que se conversan demasiado quedan descapotadas de por vida. El ser revolucionario no es un compromiso con los amigos, ni con los parientes, es un acto de dimensión heroica que tiene que ponerse en movimiento sin dilación. Revolución no es una palabra, es un programa dinámico. Revolución no es un flirteo con la filosofía, es golpe y mando.

Lo conminé a venirse conmigo y a tomar el comando de los acontecimientos. Miranda no chistó nada, cuando lo emplacé, y cuál no sería mi sorpresa cuando a los pocos días de nuestra conversación, vi publicada en un periódico una carta suya dirigida al gobierno inglés, en la que le anunciaba su deseo de abandonar la isla, para radicarse definitivamente en su tierra nativa. Cartas, anuncios, publicidad: eso era Miranda. Nuestros planes no eran para pregonarse con ese despilfarro de vocinglería. Era absurdo. El mundo entero sabía que Miranda no era

un Juan lanas. El mundo entero estaba al tanto de sus pretensiones, y exponerlas así, con esa desfachatez, no me pareció acertado. Quien va a emprender algo grande debe evitar los contactos pequeños para no desgastarse. La carencia de moderación y de prudencia por parte de Miranda me escoció los ojos y un mal sabor se me puso entre los labios en relación con su capacidad de administrador, de jefe, de comandante. Los jefes no se hacen por ley, por resolución, por acuerdos el jefe se impone, rasga violentamente a quien tenga delante, asciende solo, asciende contra la morralla y la maledicencia. El jefe es un puño cerrado que golpea y derrumba.

El Almirantazgo Británico puso a mi disposición el barco Sapphire para mi regreso. Lo acepté como un gesto amable del Gobierno inglés. Me embarqué en él, sintiendo en todos mis huesos la necesidad de no volver a tocar tierra europea. Y así fue.

Durante mi ausencia, el gobierno revolucionario venezolano inició su gestión contemporizando. Palos de ciego vienen y palos de ciego van. Proclamas, bandos, protestas de amor al rey Fernando, división entre las provincias, lavatorio de manos entre los notables, paso de las decisiones al vecino, resistencia a la misma junta, es decir, la escala de las renunciaciones puesta en forma tal que cualquiera de los revolucionarios podía subirse a ella para implorar clemencia y bondad por todo lo pasado.

Miranda había llegado unos días antes que mi persona y me contaron, los que salieron a recibirlo, que, en el recibimiento, Miranda se creció por sí solo. El gobierno por diversas presiones, se vio en la necesidad de aceptar la entrada del precursor. Sesenta y cuatro año a cuestas, teniendo los horizontes del universo ante sus ojos y en la espalda el morral de sus ambiciones sin cumplir, siempre pesan. Y Miranda, fuera del disfraz de mariscal francés con que se presentó ante los embobados caraqueños, luciendo lustrosas botas, casaca roja, calzón blanco, bicornio y peluca recién empolva, estaba dejando ver el mal uso de su trashumancia. A Miranda como a todo ser humano, lo conformaban dos estancias, dos niveles: el físico y el mental, el externo y el interno, por así decirlo. Su constitución de hierro le permitía todavía presentar-

se como un viejo gavilán cruzado de cicatrices y de medallas. Pero, a pesar de tan atractivas apariencias, la procesión de los años le hacia encorvar su figura y la giba que se le estaba formando recortaba un tanto la estética de su presencia. Sus piernas, no muy firmes, lo obligaban a darle a su marcha esa imperiosa cadencia de los leones viejos, que no se apresuran en su avance, sino que, tiesos y empenachados por la lanilla de sus melenas, en proceso de calvicie, imponen su arrogancia a base de pequeños gruñidos, que no se saben si son lamentos o agresiones contenidas. El cuello y la cabeza de Miranda conservaban aún la altiva inquietud de los medallones antiguos. Quien lo miraba fijamente apenas notaba un leve e insinuante bamboleo, fruto quizás de su alta estatura, estatura que lo obligaba, para escuchar a sus acompañantes, a tener que agacharse con frecuencia. En todo caso, también podía interpretarse este bamboleo como los vaivenes de un buque insignia en vísperas de entregar el mando.

Miranda, por fuera, se conservaba. En su mente, yo era el único que estaba en condiciones de saber lo que pasaba. Y era el único, en razón a mi profunda admiración al hombre. Nadie como yo se sabía de memoria sus andanzas y sus vigilias. Nadie como yo estaba tan orgulloso de su vida de macho imponente y rebelde. Por lo tanto, tenía también que darme cuenta de qué estaba sucediendo en el interior de la cabeza de don Francisco.

Mi análisis a los hombres no se ha contentado con tijeretear sus órganos biológicos, sin antes ahondar profundamente en la resistencia y el temple de sus órganos mentales. Ellos, los de adentro, son los que mantienen los murallones del castillo en pie y gracias a su reciedumbre los paredones interiores soportan los ataques exteriores.

A Miranda, para admirarlo y juzgarlo, le tenía que hacer un corte de escalpelo. Me molestan las criaturas que durante su existencia acumulan demasiadas medallas y demasiados honores. Miranda, en el cofre del pirata de su larga trayectoria, debía guardar un montón de esas latas doradas, que se ponen al pecho los mediocres unos con otros. La virtud de este personaje era tan variada y tan múltiple que, por donde se le tomara, surgía de él un vaho maravillante. Su versación en todas

las artes, en todas las culturas, en muchos idiomas, en el trato con sus semejantes, formaba un tapiz oriental, atractivo y sorprendente. Su exceso de luz me impidió por un tiempo darle sinceridad a mis opiniones. Estaba tan deslumbrado por el juego de luces que de él se desprendía, que mi vista se enceguecía.

Soy tozudo y me propuse llegar más allá de lo que mis pobres retinas podían ver, en relación con el precursor. Comencé el avance de los ciegos, al tanteo; prescindí de los ropajes sobrantes, palpé su carne sin misericordia, toqué, estrujé y encontré tendones decrépitos, huesos reblandecidos, tejidos sin consistencia.

Pobre mi general Miranda y pobre su más abnegado admirador, Simón Bolívar. El guerrero, en Miranda, si alguna vez existió, ahora estaba muerto y enterrado. Del revolucionario, restaban los harapos. Mi respeto por la leyenda de Miranda, a pesar de todo, subsistió, o mejor aún, sobreaguó. La junta revolucionaria le entregó a Miranda cuatro mil soldados. O no digamos soldados, digamos hombres para ser hechos soldados. El soldado no se hace solo, es menester crearlo pulgada a pulgada; de otra manera, ese hombre, no importa el número que sea, pasa a ser mesnada, montonera. Esta educación no la puede dar sino un verdadero jefe. Esta educación es delicada y peligrosa. Requiere de una gran firmeza de ánimo y una sutileza de prodigio. El jefe, capitán o general, como se llame, debe ser el soldado sin serlo, debe sufrir las mismas fatigas del cabo, del teniente y, además, gozar los mismos goces. Su tarea es compenetrarse con el individuo y con el escuadrón y con el ejército, tan completamente, que si el recluta más anodino se encuentra en dificultades el jefe debe saberlas y debe solucionarlas.

Miranda se había desamericanizado. Hijo y descendiente de americanos, tomó desde muy joven los rumbos europeos. Se fundió con el viejo continente, se empapó de sus hábitos, de sus costumbres; posiblemente de sus virtudes, pero, al untarse la piel de matices extraños, su centro físico y espiritual, América, se desequilibró en él, dejándolo en presencia de sus coterráneos, distante, oscuro, aislado. Don Francisco, como militar, carecía de la uña, de la garra, de la intuición y de la

malicia indispensable para actuar en estas tierras. Su preparación académica y libresca le daba los humos para destacarse en un salón o en un centro cultura, mas, cuando su destino lo puso, codo a codo, con la realidad, don Francisco se chupó, no pudo responder a las exigencias del momento. Clavó el pico como un ganso triste.

A los soldados, que recibió, quiso disciplinarlos como si fueran alumnos de las academias militares de Francia o veteranos de las guerras napoleónicas. Se presentaba ante ellos vestido de punta en blanco, con la coleta de su peluca recogida sobre la nuca y oliendo a la mejor agua de colonia. Apenas natural, la resistencia y la burla de sus subordinados. La oficialidad, incluyéndome a mí, lo seguía respetando y admirando, pero el soldado raso, el zambo, el llanero, el costeño, con dificultad reprimía la risa, pues tiraban la sonrisa burlona, hasta hacerla mueca. O bostezaban con indolencia cuando el general en jefe se lanzaba a declamarles unas proclamas, mitad en francés y mitad en castellano, que los helaban de pies a cabeza. Las palabras excesivas matan y adormecen. El proceder de Miranda era absurdo. Los alpargatas, el pantalón raído, el sombrero de palma deshilachado, no empataba con las elegancias de don Francisco y, al no empatar, se desgarraba el hilo del entendimiento entre la masa y su cabecilla.

Además, Miranda tenía miedo. No me refiero al miedo físico de enfrentarse con una situación difícil, no, me refiero al miedo de la derrota. Él sabía que pisaba un terreno pantanoso y resbaladizo, y que cualquier desliz de su parte podía hacerlo sufrir la más estruendosa de las caídas. No estoy inventando. La primera batalla de Miranda la sostuvo contra Domingo Monteverde. Sus fuerzas eran superiores a las de Monteverde y, a pesar de eso, reculó y se mantuvo a la defensiva. Su actitud dio lugar a que surgieran en el bando opuesto guerrilleros como Antoñazas; y que esos caudillos, nacidos del pueblo, se comunicaran unos con otros sus impresiones sobre Miranda y llegaran a un mismo juicio: es débil, es indeciso. Debilidad e indecisión que cuarteó su autoridad y le hizo dar traspiés.

Contra mi voluntad, Miranda me puso al mando de la guarnición de Puerto Cabello. Importante distinción, pero si Miranda hubiera com-

prendido mi carácter no me hubiera asignado esa comandancia por estar ella distante de mi forma de proceder. Yo soy tremendo hombre de acción y no tengo pelos de perro guardián o de centinela. En todos los tonos le rogué a Miranda que me cambiara de sitio. No fui escuchado, su inhabilidad le llevaba a cometer este tipo de errores odiosos, por cierto, porque cuando perdí a Puerto Cabello creí morirme de vergüenza, de rabia, de impotencia.

Perdí a Puerto Cabello por descuido de mi parte y por traición. El exceso de confianza me hizo caer de bruces sobre la derrota. La carta que posteriormente le escribí a don Francisco llevaba el sello de mi desesperación y de mi desesperanza. A nadie le he pedido disculpas tan descaradas. A nadie, como a él, le puse al desnudo la carne de mi amargura. A nadie, como a él, pude comenzar a odiar tan presto. Era increíble, pero humana, mi reacción. Odiosa, baja, cada quien puede juzgarla a su antojo. No me preocupan las opiniones de los demás. Muchos me tacharán de mal amigo, de soberbio, del vanidoso; muchos podrán entender el suplicio chino a que me vi sometido por la terquedad de un jefe que, ignorando mis condiciones personales, me obligó casi a retirarme de mi carrera y de mi destino.

La admiración, el cariño y el respeto que le tuve a Miranda se me vino al suelo. Y en el suelo se quedó. Me desprendí de ese afecto con repugnancia. Y volteé sobre el precursor las hieles de mi tortura. ¿Injusto? ¿Malévolo? Talvez, pero las bases fundamentales de un hombre no se construyen con actos moralistas y lugareños se sientan; se asientan sobre ese mundo dramático, sublime, vulgar y loco que se llama espíritu.

Yo estaba convencido ya de que con don Francisco no iríamos a ninguna parte. Mirando a mi alrededor no encontraba a nadie, ni mejor, ni igual, ni superior a mi persona conociéndome como me conozco. Pienso que, sin la derrota sufrida por mí en la defensa de Puerto Cabello, mi carrera hubiera tenido la mediocridad de cualquier otra. Tomé conciencia de mi valer cuando éste me fue negado. Mi humillación ante Miranda y mi humildad al reconocer mi culpa se aliaron en secreto para disponer de mi voluntad más adelante.

En contestación a mi desgarradora carta, apenas recibí cuatro renglones. Miranda me decía en estos renglones: "Estoy aprendiendo a conocer a los hombres". ¿De modo, pues, que yo me convertía en una decepción para él? ¿Se había inflado tanto don Francisco para pensar que a mí me había otorgado todos los honores y que yo, de malandrín y de bellaco, lo defraudé? La ley del embudo se me aplicaba. Miranda, con esa frase que me escribió, parecía decirme: Te di todo cuanto tienes y tú no supiste responder a mi confianza y a mi generosidad. ¡A la mierda el generalísimo! A la mierda, con sus entorchados y su peluca. Miranda quiso invertir los papeles. Cuando yo fui el que lo traje de Inglaterra, lo alojé en mi casa, le dispensé todas las atenciones, se lo metí por las niñas de los ojos a mi generación y a mis parientes, quienes eran los que estaban mandando, ¿a él le da, por salirme con esas ramplonerías y esos desacatos?

No estaba equivocado en mis apreciaciones de Miranda. A los pocos meses se entregó a Monteverde. Dejó de ser para que fuera otro. Yo, hasta cierto punto, lo entendí, pero jamás pude disculparlo. El mismo se degolló con sus manos. El mismo se forjó un monumental monte de magnificencias, para sorprender a los demás y, ese mausuleo, se le fue desmoronando. Él se sabía interesante pero sin grandeza. Su falta de autenticidad fue su dogal. Su verdadera conquista ha debido ser la de mantenerse fiel a sus defectos, sin perder de vista su alzada y su estatura. Sin agigantarla, sin querer proyectarla más allá de donde podía. El peso de su propia misión lo hundió sin remedio.

Miranda capituló sin decoro. Puso su firma en un papel, olvidándose de los amigos que lo habían respaldado. No se traicionó él, traicionó el mandato de otros, por simple negligencia y por abusar de un carácter que no poseía. El desconcierto entre nosotros fue terrible. Yo, más que nadie, padecí la desazón de la culpa. Con la toma de Puerto Cabello, Monteverde, que carecía de armas y de municiones, las consiguió fácilmente. Sus tropas, mal vestidas y peor apertrechadas, se rehabilitaron para continuar la contienda. Y Miranda, a más de indiferente para conmigo, fue sádico, le dio a su capitulación una razón mentirosa: la pérdida de Puerto Cabello. Así, sin nombrarme, me estaba sindicando de ser el directo responsable de su derrota.

Qué fácil es perder cuando los demás tienen que asumir las consecuencias de nuestro fracaso. Qué fácil es tenderse a la orilla de un camino y cubrirse la cara con la capa y sugerir, con esa actitud, que el verdugo es el mundo. Hasta para desaparecer se necesita originalidad. Don Francisco no la tuvo. Y al verse como se vio hundido hasta el pescuezo en la nada. Su mediocridad le ofreció una salida, una fuga: convertirse en la víctima, en el cordero pascual de los acontecimientos. Con esto, creyó que se cubría la retirada.

Pero el alma de don Francisco Miranda no estaba tampoco sumida en las nieblas de la perplejidad. El alma de don Pacho tenía un cuerpo y ese cuerpo, que él había sabido cuidar y aromar, estaba en viaje hacia la decadencia. "Sesenta y cuatro años" es un comienzo, pensaba él. "Un comienzo para descansar de las fatigas que me han deparado mis contradicciones. Tengo una leyenda, leyenda que me da resplandor, pero que no me proporciona comodidad, comida, lecho, vestidos lujosos, como a mí me place. Este pueblo de mestizos no sabe hacer nada más que ruido y a mi el ruido me enloquece. Debo volver a Europa, esa es mi cuna. Y debo volver rico, con oro en la faltriquera, con una cuenta respetable en los bancos. Negociemos entonces mi tranquilidad". Esto pensó don Pacho. Y negoció su tranquilidad.

El enemigo de ayer le ofreció doblones y estos no le daban asco. Singular sujeto éste. Negocia, capitula, pero en cambio de huir rápidamente se da ínfulas de inocente. Deja partir el barco que lo había traído y se recoge en la mejor posada de La Guaira a pasar unos días, seguramente meditando sobre su heroica gesta.

Reuní a marchas forzadas a algunos amigos, a Miguel Peña, a las Casas, a varios más, les planteé la situación del precursor. Muchos se lavaron las manos, se retiraron de la reunión. Esos son siempre los moralistas, los que no se prestan a castigar con la esperanza de que no los castiguen. Unos pocos aceptan tornar a Miranda preso y entregarlo a los españoles. Yo propongo fusilarlo.

La mayoría se impone, y se opta por el arresto. Me comisionan para que sea yo quien lo aprehenda. Acepto el encargo y lo cumplo.

Miranda dormía a pierna suelta en su aposento. Tenía el sueño de los arcángeles o de los demonios, profundo. Lo sacudí tres veces hasta que por fin abrió los ojos. Me miró sin querer reconocerme y cuando le dije que estaba preso no se inmutó. Eso tenía de extraordinario don Pacho, que recibía las paletadas de cal lo mismo que las de arena, sin mover un músculo. Pidió unos minutos para vestirse y a la media hora salió más elegante que nunca. Ignoró nuestra presencia. Y lo que más cólera me causó fue que me ignoró a mí.

Don Francisco Miranda murió en Cádiz el 16 de julio de 1816.

La comedia había terminado. Comenzaba la tragedia. Los actores trágicos son de más fuste que los cómicos. El cómico es una parodia, una imitación hilarante de la humanidad. El trágico es denso, pesado, monolítico y, como tal, se impone sobre los demás. El cómico nos hace reír y le perdonamos todas sus miserias, porque en el fondo nos estamos perdonando a nosotros mismos. El trágico nos hace pensar y lo odiamos por ese desplante. O creemos odiarlo. Vivir es un hecho trágico pero hermoso. Razón de peso para que en la vida no admiremos tanto su hermosura como su tragedia. Su tragedia, que es un lenitivo y un consuelo. Su tragedia, que es un emplasto de árnica puesto donde nos duele más la magulladura.

Monteverde tenía pasta de dictador, era ingenuo. Dispensó favores y atropelló patriotas. Ya me encontraba en el número de los favorecidos. Lo conocí una tarde y quien me lo presentó fue Francisco Iturbe, un español amigo mío. Iturbe y Monteverde hablaban el mismo idioma, ambos eran españoles y desprevenidos. Ambos se afanaron y se ufanaron por darme un salvoconducto que me pusiera fuera de peligro. A Iturbe no le pesó su generosidad, a Monteverde sí. Me cuentan que, pasados los años, mi nombre lo hacía cambiar de colores. De verde pasaba a rojo, masticando su rabia, su falta de olfato y su ausencia de predicción. El Bolívar que Monteverde conoció era un joven, mostachudo y moreno, que nada le decía. La gente piensa que los héroes tienen que ser como los animales de raza fina: esbeltos y vibrantes. Y se equivocan. Los héroes no tienen cara, ni voz, ni ningún signo

especial. Los héroes son tan anodinos como los cataclismos que se presentan cada cien años, sin fecha fija.

Aquí se inicia mi peregrinaje. Como una lanzadera voy a recorrer miles y miles de kilómetros. En barco, en mula, a caballo, en asnos, a pie. Me convertí en un tragaleguas formidable. Puertos, bahías, recodos, rincones, valles, montañas, páramos, estepas, maniguas serán atravesadas por mí. Conoceré la sed y el hambre tan de cerca, que no me asustarán sus fauces entreabiertas. Seré un corsario y un beduino, con la nuca expuesta a los soles y a las ventiscas. Mis nalgas y mis entrepiernas se cubrirán de un grueso callo, que me dará mi apelativo, póstumo: culo de hierro. Y la insatisfacción de las distancias se asomará a mis ojos cada vez que tenga que detenerme.

Sellé con la entrega de Miranda mi círculo primario. Y lo sellé con lacre, para evitar la tentación de regresar a Caracas como un simple ciudadano. El corte transversal estaba hecho; si me arrepentía, yo era el directamente perjudicado, puesto que volvería a mendigar techo y pan, para ser aceptado por los españoles. Monteverde me dio el salvoconducto sin prevenir lo que yo pudiera hacer en el futuro. Simplemente, no me consideró peligroso. Que después se arrepintiera es otro cuento. Me salvé de milagro, o no digamos de milagro, los milagros están pasando de moda y repetir esta palabra infunde un no sé qué de entrega a la divinidad. Y el hombre no es entrega, es lucha, padecer, derrota, triunfo. Y si la suerte unas veces lo acompaña y otras lo abandona es para incrementar su voluntad y para forzarlo a que cumpla la misión a él encomendada.

Creo en Dios. Pero no creo en Él como creen los demás hombres. Y no soy fariseo. Creo en un Dios portentoso y total, que le infundió a la carne un soplo de vida, para que esa misma carne se soliviantara contra su creador y le exigiera la libertad de acción y la libertad de pensamiento. Ese es mi Dios. Ese es el Dios que pone en mis mañanas un tónico de fuerza y de vigor, el que desnuda la corrupción de mi lengua y la habilita para soltar maldiciones y dulzuras, el que hace de mi mano un instrumento de creación. Ese es mi Dios y a Él me he acogido siempre.

Treinta años y el grado de teniente coronel formaban mi equipaje cuando salí exiliado de Venezuela, por primera vez. Treinta años quemados por la pasión y por la locura, sin que nada especial hubiera hecho. Treinta años, sin crecer por dentro, afiliado al partido de la eternidad, sin seguidores, sin amos, sin padre y sin madre, dolorosamente suelto ante la vida. Ese y nada más que ese era mi equipaje y mi herencia. Tenía haciendas, casas, ganado, esclavos, pero de nada me servían esas incomodidades. De nada me servían si no estaba en posibilidad de darles un objetivo, una función, un credo.

Yo sabía que en estos momentos no contaba con nadie más sino conmigo. Frente a mí se levantaban las corrupciones de la Corona española. Derrotar a ese símbolo era mi meta. Lejos estaba de alcanzarla, lejos, lejísimos, no podía imaginarme los sinsabores que me esperaban para lograr ese triunfo, pero me obsedía su conquista.

España, aparentemente, sometida a los soldados napoleónicos, resucitaba poco a poco y cobraba con creces la humillación sufrida. A sus espaldas, Inglaterra metía el hombro para sacudir del trono francés al intruso Corso.

Las colonias españolas en su gran mayoría habían permanecido fieles a su bandera. En Puerto Rico y en Cuba nada había pasado. En México, la revolución fue aplastada. En el Ecuador lo mismo. Perú reunía ejércitos españoles para atacar las incipientes muestras de inconformidad aparecidas en Chile, en Bolivia, en las regiones de La Plata.

Cartagena, a donde llegué, estaba en armas. Declarada su independencia y enconchada entre sus murallas, alimentaba la esperanza de hacerse fuerte. Manuel Rodríguez Torices, el capitán de ese pequeño ejército, me abrió los brazos y me inscribió en sus filas con el mismo grado de teniente coronel que yo tenía. Estaba, pues, de nuevo formando parte de un cuerpo armado. ¿Me bastaba eso? ¿No correría la misma suerte de muchos de mis compañeros que se contentaban con tener un grado y esperar una hipotética pensión al final de sus días? ¿Me sometería a la rutina destrozadora? Estas preguntas no me las hice para dar lugar a la meditación. Me las hice para actuar y seguir adelante.

Me recogí una semana en mi alojamiento. Aproveché esos días para redactar un manifiesto. La palabra hablada o escrita salta por encima de las conveniencias y de las distancias. Se asoma más allá del horizonte. Posee un valor de acercamiento colectivo que no lo tiene ni aun la misma acción. El americano es ávido de conocimientos y de lectura. Entorpecido por más de cuatrocientos años por el régimen obscurantista y negativo de la Corona española, hurgaba con la curiosidad insatisfecha entre las ciencias y la cultura. Las minorías selectas se daban trazas para que los libros y los manuscritos circularan en secreto. Y fue así como las ideas revolucionarias se fueron sembrando, asentando, cosechando entre los hombres de pensamiento.

"Mas esto no me basta", me dije a mí mismo. Es menester de algo que convulsione la indiferencia general, que la arranque de esa pasividad en que se halla, que la violente hasta tal punto que estalle y se expanda como gas reprimido. La palabra es la única que puede conseguir este relámpago. Optemos por la palabra. Vamos a ver qué podemos comunicar, luego de que termine mi presentación en público, porque este manifiesto de Cartagena lo consideré como la primera intervención pública y continental de mi parte.

Escribir es un acto de fuerza, de voluntad, de conmoción interna. Escribir es igual a vivir. Hay seres que viven sin emociones aparentes. Y que viven apenas con una parte de su cuerpo. Viven con el higado, o con el corazón, o con el estómago. Son pequeños derrotados que no se atreven a lanzar al asalto todas sus huestes y toman como disculpa el miedo que puede suscitarles el vecino. Sus apariencias revoltosas y tremolantes pasan desapercibidas. Hay seres que se sientan en las puertas de su existencia dando cada día una pequeña muestra de sus capacidades. La prudencia y el tino, para ellos, consiste en no dejarse conocer sino a retazos. Se mutilan, por así decirlo, voluntariamente y esa mutilación los hace aparecer débiles, renqueantes, amanerados. Si algo intentan, con antelación, se someten al fallo de sus congéneres. Preguntan, escuchan, investigan, se entregan lentamente y, al final, el producido de su obra o de su expresión es un feto torcido y raquítico, que lo ofrecen a la comunidad con esa sonrisa siniestra y piadosa del estéril sorprendido por ser el padre de una criatura que no esperaban.

Escribir es dar y darse. Saturarse de soles y de lluvias para volcar el calor y el frío sobre los demás. Escribir es recargar las sienes de heridas y de lágrimas para recoger en ellas las venturas o las desventuras del peregrino. Escribir es soñar con los ojos de par en par, mirando hacia adelante, roído de emociones y de voces cósmicas, empapado de cielos desconocidos, sucio por las salivas ajenas y extenuado, exhausto de antemano, porque el que escribe se carga sobre sus hombros las lenguas malditas de sus semejantes, que no le perdonan la creación y el arrebato, sino que le salpican su rostro con la grosería y la baba viscosa del gusano.

Yo he escrito como he vivido, es mi pena y esa puede ser mi salvación. He vivido con los miembros erizados de púas y de dolores. A mis pies y a mis manos les he dado el oficio de plantas trepadoras y anhelantes. A mis piernas las he empeñado en un combate cuerpo a cuerpo contra las distancias. A mi abdomen y a mi cerebro les he entregado el sitio del amor y del reposo. A mi cintura la he obligado a sostener el pedestal de mi busto. A mi pecho le he ofrecido la necesidad de respirar un mundo en construcción. A mi cuello le he donado la flexibilidad del acero y la movilidad del azogue. A mi boca le he habilitado de su misión obligante de atrapar las palabras y de convertirlas en voces de esperanza y de premonición. A mis ojos los he colocado para que abarquen los signos cabalísticos de mi destino, sin la necesidad de parpadear; y a mi cabeza y a mis sienes les he dejado el sitio del olvido y del laurel para que no tengan almohada en mis sueños sino sueños a fin de hacerlos realidad. Con toda mi piel y mis venas y mis arterias y mis glándulas he vivido columpiándome entre el milagro y la acción. Cada día que transcurre es para mí una entrega más, una muerte más, una resurrección más, una ancha cinta donde quedan tatuadas mis huellas digitales. Ésta ha sido la única manera de no perecer diariamente.

El Manifiesto de Cartagena fue mi primer acto público de trascendencia. Una vez concluido, quedé satisfecho de su presentación y de su contenido. Es significativo ver cómo en la Nueva Granada mi capacidad intelectual se respeta, se afianza y se asegura. No sé, algo especial me pasa en esta tierra, cada vez que pongo mis plantas en ella. Vene-

zuela me inhibe para ciertas cosas. Me impide y me ha impedido siempre darle talla de acero a mi pensamiento. Dentro de sus fronteras, mi verbo adquiere la eventualidad del viento pampero y jugueton, se deslie, se gasifica en cambio de solidificarse. Se alborota en lugar de apretarse. Un raro compás disgregador me acompaña cuando piso el suelo que me vio nacer y ese ritmo dislocado me mueve y me conmueve en tal grado que suspende en mi interior la elaboración sistemática de mi raciocinio.

En la Nueva Granada, mi cuerpo intelectual se aviva y se despierta, sufre una fiebre de producción ascendente y larga, me da la sensación de que allí estoy hablando ante un auditorio que me escucha con atención. Allí he producido copiosamente. Talvez sea el clima, el ambiente geográfico que me rodea, la voluntad caprichosa pero inteligente de sus habitantes.

Nada del otro mundo sostuve en ese manifiesto. Sencillamente me dejé ir, solté la verdad sobre lo que estaba pasando en un mundo convulsionado como el actual, la solté sin agregados, sin artificios. La forma de gobierno que yo presentaba en este escrito, unificada y fuerte, no tenía nada de original ni de complicada, era apenas el enunciado de mis experiencias que, a la vez, eran las experiencias del medio ambiente. El rechazo a la debilidad ha sido mi fuerte. Los fracasos de Venezuela los ofrecía, como ejemplo, a la Nueva Granada. Y los analizaba sin pasión y con cordura. Sabiéndome débil aparentaba ser fuerte. Y ofrecía una solución: la guerra. Derrotada como estaba la revolución en América, le quedaba una salida teatral: la reconquista de lo perdido. La mística en torno de algo es hacer ese algo trascendente. Sin mover los corazones y el entusiasmo, así sea a metas imposibles nada se puede conseguir. Pedía en mi proclama unidad. A sabiendas de que esa unidad nunca se podrá alcanzar. La exigía en presencia de la desintegración y del abandono que reinaba. Clamaba por ella y afilaba así el arma y la justificación de todo movimiento de lucha.

Si en Caracas pocas personas me conocían, en Cartagena eran todavía menos las que sabían de mi vida. El movimiento emancipador de la Nueva Granada estaba en pañales. Tenía apenas dos años de

vida. Ideólogos, filósofos, literatos, se habían puesto a su cabeza con más algazara que determinación. Surgió ese movimiento lo mismo que estaban apareciendo todos los demás. Al son de los tambores y de los discursos y de las promesas y de las zancadillas y de los vítores, el pueblo granadino estaba subiendo la cuesta de su revolución. Y la estaba subiendo sin saber que al otro lado de la cima le esperaban otras cimas más. Aquí se tenía lo mismo que en todas partes; un concepto lugarejo y entretenido de lo que es la verdadera revolución. El pueblo y la clase media, unidos de momento por ideales comunes, se encontraron en la encrucijada y, sin salir de su sorpresa, echaron a andar por los atajos de los gritos y de los mosquetes.

Dos criollos, inteligentes y oportunistas, aprovecharon el tumulto para hacerse a la sartén: Camilo Torres y Antonio Nariño.

El primero era un letrado frío y esquemático que manejaba la prosa y la ley con la frialdad de una ecuación algebraica. Agudo y fino en sus observaciones generales, se hizo notable por darle a la provincia granadina la oportunidad de rebelarse contra la ciudad capital: Bogotá. Auspició el federalismo sin que se tuviera aún la estructura de un gobierno, hecho y derecho. Representó las fuerzas económicas y sociales de los orejones, de zamarro y bayetón, y habló de un Estado donde estuvieran representadas todas las tendencias y todos los órdenes sociales. Demócrata y leguleyo, por naturaleza, se dio a la tarea de separar, lo que todavía estaba en vías de unirse y, con la prosopopeya de los principiantes, reunió un congreso en Tunja, para que las provincias federadas se opusieran a las tesis de su enemigo personal Antonio Nariño, quien procedía, a mi entender, con más cordura. Nariño elucubraba sobre el centralismo y puntualizaba sus virtudes con el tono polémico e intransigente de todo luchador. Don Antonio, a quien en la Nueva Granada apellidaban el Precursor, era aquel personaje a quien me referí cuando relaté mis impresiones sobre Francisco Miranda. En esas impresiones, apuntaba la extraña generidad de estos dos seres. Extraña, porque en lo físico nada los unía pero, en lo espiritual, un puente de enlace, alevosamente similar, colgaba entre las cejas de mis dos amigos.

Nariño, paramuno y pizpo, rebozaba desde su juventud de ideas y de pretensiones. Magro, de cuerpo, seco de carnadura y antojado de voluntad y de ímpetus, se había formado al golpe de yunque de su propia arrogancia. Su familia, de clase alta, adolecía de una pobreza franciscana compensada por una honestidad de ermitaño. De niño, don Antonio pasó las de Caín. Presionado por las necesidades económicas de sus padres y familiares, vivió un infierno. De joven, su imaginación se soltó para inventarse negocios y transacciones que, sin darle un pasar, lo pusieron en cambio a saltar matones ante los tribunales y los jueces. A esta levadura de inconvenientes se le vino a agregar sus aficciones librescas y sus inclinaciones editoras. Como pudo, tradujo los Derechos del Hombre y, una vez cometido ese sacrilegio, fue reo y víctima de los oidores y de los virreyes, que comenzaron a ver en él al aventurero y al revolucionario. Éste, a grandes rasgos, era mi hombre.

Varias repúblicas independientes oreaban sus banderas en la Nueva Granada: federalistas y centralistas, nariñistas y torristas. Además, las divisiones y subdivisiones consiguientes. El panorama tenía mucho parecido con el de Venezuela. En esa colcha de retazos me tocaba actuar.

Capítulo V

Soy un intuitivo y procedo como tal. Mi intuición no es gratuita, como muchos creen. Mi intuición está montada sobre un desparpajo mental afilado por la razón. Se piensa que la intuición, en un hombre, es un don divino o un soplo profético, que se posa igual que una aureola sobre la cabeza del ungido y le da clarividencia. Esta gracia celeste, que no es celeste sino muy terrena, demerita a los capaces ante la opinión de los incapaces. Le quita piso en el resultado de sus acciones o de sus esfuerzos, al catalogarse con la imprudencia y la rapidez de un gaje extrahumano sin categoría ni fundamento. Intuir es un lugar común y muchos piensan que se ejercita sin la colaboración de la inteligencia o del tacto. Y como se intuye tal cosa, agregan los entendidos, la obra, la victoria o la creación, carece de importancia.

Intuir es una elaboración complicada que pone en juego los múltiples resortes del ser pensante. Allí, el ingenio, la astucia, el coraje, la reflexión, se mezclan sin catalizador que nivele su porcentaje. El intuitivo es un matemático de las circunstancias que descompone los elementos que forman parte de ella. En la intuición no hay adivinación, ni se ponen las cartas, ni se recurre a la brujería en la intuición se confrontan datos y, al tener entre los dedos las astillas de la materia que se quiere analizar, se les huele, se les muerde, se les saborea y se arranca hacia arriba, con la seguridad de que ese vuelo no peca de erróneo.

Lanzado el Manifiesto yo no podía ponerme en el oficio de esperar quiénes lo leían y quiénes los criticaban. Los tres presidentes de las repúblicas granadinas: Rodríguez Torices de Cartagena, Nariño de Bogotá, y Camilo Torres de la Federación, debían estar examinándolo

con lupa, rumiándolo, encontrándole fallas y equivocaciones, contemplándolo al trasluz para ver qué fisura se alcanzaba a vislumbrar en su contexto. Tampoco estaba en condiciones de imponer mis puntos de vista. Tiempos vendrían en que así lo haría. Acepté la designación que se me hizo, para ocupar la subcomandancia del Bajo Magdalena. Pierre Labatut era el comandante. Desde el instante en que nos vimos por primera vez, supe que el francés y yo no nos entenderíamos. La simpatía y la antipatía es un fluido misterioso que nace y muere sin saber a qué hora. Dos personas que se encuentran por primera vez y ya en ellas se suscita un rechazo o un apego espontáneo. Que esa simpatía o esa antipatía se modifique con el correr del tiempo es diferente. Pero la sola cercanía de dos criaturas humanas basta y sobra para cargarlas, a las dos, de los imanes de la atracción o de los polos opuestos del rechazo.

Aventurero, fanfarrón e inútil, Labatut estaba satisfecho con figurar a la cabeza de un ejército, que no era ejército. Su única preocupación consistía en abanicarse el rostro con una hoja de palma acondicionada para el caso y en dar gritos, mitad en español y mitad en francés, para darse importancia. Mi presencia lo mortificó y me destinó a Barrancas, un pequeño puertecito situado sobre la margen derecha del Magdalena, perdido en la manigua y en la riada de moscos y de chinches que lo envolvían. Labatut pensó lo siguiente: "Bolívar está en el plan de hacerse notar, hay que recortarle las alas. Qué mejor procedimiento que destinarlo a Barrancas y dejarlo allí, por unos meses, para que se cure de su fiebre de figuración. ¿Qué va a encontrar en ese sitio? A lo sumo, doscientos indiecitos mal vestidos y pésimamente armados. Enfermedades, fiebre amarilla, paludismo, disentería, es decir, el espectro completo de estos trópicos, enroscado en cinco chozas, en un terraplén como patio de armas y en un embarcadero quebradizo. Bolívar allí se morirá de tedio. Si le atrae el licor, se dedicará a él. Si le atrae el sexo, una india joven le ofrecerá sus favores y el coronel venezolano, escritor y oligarca, preferirá dentro de unos meses regresar a Caracas".

Las reflexiones de Labatut no estaban descaminadas. Efectivamente, encontré en ese campamento doscientos soldaditos que más parecían esqueletos ambulantes que personas. Cuatro compañías, cada una

de cincuenta hombres, agonizaban por las tardes y medio resucitaban por las mañanas para ver salir el sol y hacer una incursión en la selva para conseguir comida. El clima de Barrancas era horrendo. Un horno hirviente perdido en cualquier punto de la tierra. Eso era Barrancas. La oficialidad tan desganada como sus subalternos, se despreocupaba de dar una muestra de disciplina y de organización.

Me entusiasman las dificultades y contaba con ellas para salir avante. En ocho días tuve a mis hombres y a mis oficiales en otras condiciones. Charlas y ejercicios. Hasta donde fue posible, mejoré la alimentación. Limpieza de las pocas armas y contacto personal y directo con todos ellos. Sus nombres y sus apellidos figuran aún en mi memoria, y ellos no tardaron en darse cuenta de que Simón Bolívar, el coronel venezolano, los quería y los identificaba por su nombre y su apellido.

Menudos, recios, cortos en apariencia de espíritu, mis soldados se me entregaron en cuerpo y alma. Los acerqué a mi llama y se quemaron por servirme. Les conté por qué peleábamos contra los españoles. Nadie les había dicho nada. Los habían reclutado como a ganado menor y les habían puesto un fusil en las manos y una bandolera en el pecho. Los encontré enmontados y huraños. Les dispuse el ánimo para la pelea, les afilé sus dientes, les enseñé a odiar al enemigo, les hablé de la patria, palabra jamás escuchada por sus oídos y me sentí seguro de ellos cuando una tarde se me acercó un grupo y me dijo: "Coronel, río abajo en otro puerto que se llama Tenerife, hay una partida de godos, divinamente armados y municionados, sabemos todos sus movimientos, conocemos las horas que comen, las horas que duermen, y dónde y cuántos son sus centinelas. Ellos están tranquilos porque saben que en esta guarnición no hay ningún berraco que nos obligue a atacarlos".

Eso era lo que yo esperaba.

Asaltamos a Tenerife el 23 de diciembre y pasamos a cuchillo a cuantos no quisieron rendirse. Previamente, por conducto regular, solicité permiso para este movimiento. Quería con esto llenar una formalidad y una obligación de mi parte. De antemano, esperaba la negativa, como en efecto llegó. Labatut estaba en su derecho de obs-

taculizarme, yo estaba en el mío de no dejarme poner zancadilla de un mercenario. Ataqué y triunfé. Sin órdenes y sin autorizaciones. Esta guerra de esperas, de avanzadas y de retrocesos no conducía a ninguna parte. O rompía su ineficacia o me rompía las narices contra los jefes que me impidieran hacer la lucha a mi manera. Las municiones, el armamento y los bongos que les quitamos a los españoles le dieron a mi ejército una mejor presentación. Ya no fuimos doscientos, fuimos trescientos, se nos habían agregado cien hombres más.

En Tenerife, publiqué por bando mi Manifiesto de Cartagena. Se lo leí a mis soldados. Si lo entendieron o no, poco me interesaba. Les quedaba, por dentro, una inquietud y eso me bastaba. Labatut me envió órdenes: no avance más, quédese donde está y organícese. Cretino a más de pendejo el francés. El 27 de ese mismo mes de diciembre yo estaba en Mompós y mi ejército contaba con 500 hombres.

Mompós es una población de ensueño. Calles limpias y blancas se escurren hasta dar a una plaza donde una ermita sobresale de las otras casonas. Techos y portones parejos, adormecidos por el agua del río, se juntan como cabezas sin ilusión, tratando de formar un conjunto. Piedras, cal, blancura, silencio y atardeceres hermosos le dieron a mi ser una pincelada de paisaje y de vida. Y en ese reino de cuento, pude amar y poseer, durante quince días, a la más completa de las mujeres que he conocido. Anita Lenois se llamaba. Escasos 20 años me ofrecieron la hermosura de un cuerpo y la pasión de una mujer. Un amor y una batalla son el mejor de mis consuelos. Mientras mis soldados rebuscaban españoles por los meandros del río, yo gozaba a plenitud con mi amante. Anita me fue fiel toda su vida. Estaba llena de un infantilismo tierno que puso a mi servicio para adorarme. Al abandonarla, jamás la volví a ver. Supe que me recordaba sin odios y sin reclamos. Hace poco me informaron de que Anita estaba pendiente de mi salud. Dios quiera que no le dé por venirme a visitar. Me sofocaría de congoja, que ella encontrara en mí la sombra de lo que fui hace dieciocho años.

A Ocaña fui a templar. Y les comuniqué a los tres presidentes de la Nueva Granada mi hazaña y la noticia de que el Magdalena se encontraba libre del enemigo. Chiriguaná, El Banco, Tamalameque, se hallaban

limpios de españoles. Y el río seguía su curso, con un poco o con un mucho de color rojo entre sus ondas por la sangre de mis adversarios.

En Ocaña senté mis reales. Era el día 8 de enero de 1813. Mis superiores no se podían quejar de mi comportamiento. En menos de veinte días había limpiado una inmensa área. Recibí doscientos hombres y tenía setecientos. Pero mis superiores estaban divididos, unos a favor y otros en contra. Labatut, furioso y decepcionado, acumulaba prueba tras prueba de mis desobediencias. El expediente crecía y un tribunal militar me esperaba en Cartagena para juzgarme y para condenarme. Don Camilo Torres me apoyaba. Y Nariño, manteniéndose neutral, me enviaba un batallón de refuerzos.

En Ocaña, el coronel Manuel del Castillo estaba enzarzado en un problema con las fuerzas del español Ramón Correa. Le exigí que nos uniéramos y unidos derrotamos a Correa en San Cayetano. En éstas andaba, cuando una mañana tuve el placer y el disgusto de conocer al sargento mayor Francisco de Paula Santander. El sargento mayor Francisco de Paula, y nótese que soy especialista en los Franciscos, se asomó a mi vida con la imprudencia de los jóvenes y se retiró de ella con la prudencia de los amargados. No espero adelantar los acontecimientos. Relato sencillamente. Y lo hago en orden, por el temor de confundirme y de confundir a los que lean este escrito.

Don Camilo Torres, presidente de la Federación, en un gallardo gesto, me hizo general. Mi estreno de este grado coincidió con mi enfrentamiento con Santander. El sargento mayor estaba a las órdenes del coronel Castillo, en La Grita, un puesto de avanzada, y se hallaba embolatado y sin saber para qué lado tomar, con las tropas a sus órdenes. Temperamental como soy y empeñado en seguir avanzando, no dudé un segundo en decirle que le indicara a la tropa tal o cual movimiento. Santander me contestó que su jefe inmediato era el coronel Castillo. El sargento tenía razón, pero como en la guerra el tener razón o no es asunto de segundo plano, mis palabras fueron tajantes. Le dije: "O usted me fusila o lo fusilo yo, pero si mi orden no está cumplida en una hora, aténgase a las consecuencias".

Santander me obedeció y pensé tener en él a un amigo. No lo conocía bien. Su apariencia me satisfizo. Alto, bien parado, garbozo, el color blanco y el pelo negro. Por ese entonces tendría 21 años a lo sumo. Todo en él me llamó la atención, quizás una rendija de luz mal colocada en sus pupilas me pudo poner sobre aviso de la clase de persona que era. La observé cuando me sostuvo la mirada y me chocó, la punta de ladinez que en ella se mostraba. Los ojos son la mejor muestra de franqueza de un hombre. En ellos se retrata su mundo interior. No se puede escapar a su mensaje. Casi se podría decir que en los ojos se denuncian los pensamientos más íntimos. Existe una marcada exactitud, entre lo que se piensa y la mirada que se lanza. El odio, el amor, el desprecio, el miedo, todas las pasiones y también las bondades afloran puras y redondas a las pupilas.

Mi ascenso a general estaba haciendo de las suyas entre los granadinos. Esas estrellas, causaron agudas envidias entre mis compañeros de armas. Sus puntas raspaban la pelambrera de la antipatía que se me tenía, y la raspaban dejando escozores y arañazos en el fondo de muchos corazones. Me di cuenta de que este generalato enrarecía los aires de mis triunfos y, como acepto y conozco a la naturaleza humana, y como sé de la pequeñez de sus reacciones y, además, me parece natural que cada quien se defienda a su manera, tomé sin demora el sendero del apaciguamiento colectivo y personal de mis superiores y malquerientes. Cartas melosas para don Camilo, cartas atrevidas para Nariño, cartas complacientes para Rodríguez Torices. Cartas en donde en cada renglón se insinuaba una zalema o se asomaba una cova. Cartas con la confidencia en sus márgenes y la untura de la miel en sus parágrafos. A cada uno de ellos le dejé entrever que, gracias a su generosidad, mis méritos estaban siendo reconocidos.

El resultado de estas palomas de paz no se hizo esperar. El mismo Labatut no pudo sustraerse a mi bondad. Lo había invitado a tomar de nuevo el comando y a seguir con la compañía. Labatut se encogió, se sustrajo al careo y se calló en lo referente al tribunal militar. Torres se sintió mi protector y me aseguró mi jefatura. Y Nariño me comunicó que me estaba enviando los refuerzos.

Derroté a Correa y me tomé a Cúcuta. Es tan fácil decir, repetir y subrayar las derrotas y los triunfos. El lector frente a las memorias de cualquier capitán asume la posición del que escucha un cuento o una leyenda. Me tomé, conquisté, avancé: verbos púdicos que sirven para ser conjugados en presente, en futuro y en pasado, sin que la voz sufra la más mínima alteración. Vivir estos verbos es diferente. Vivirlos, como yo los vivi, en esa campaña admirable, es harina de otro costal.

La geografía de la Nueva Granada es quebrada y difícil. Sus montañas son elevadas y abruptas. Sus valles, maléficos y pantanosos. Sus colinas y laderas, secas por el sol o pantanosas por las lluvias, no ofrecen a quien las atraviesa albergue o refugio. Esa zona del Magdalena tiene la estructura ósea de un gigante tendido a lo largo, con sus robustas piernas y brazos tensionados y en espera de que algo lo conturbe para ponerse en pie.

Caminos no existen. Lo que existe son unos desfíladeros acuñados por las sandalias de los indios y medio apisonados por los cascos de los asnos y de las mulas. Los ríos y las quebradas se suceden en cada depresión del terreno, y a este lo atraviesan con la intención manifiesta de cortar su vientre, honda y definitivamente. Cada peñasco tiene la apariencia de un fortín. Y los peñascos, allí, son templos sembrados en el barro, inmóviles y muertos, hechos para tomar por asalto o darles una vuelta en contorno, a fin de evitar sus enojos. La tierra, por estos lados, no ha sido tocada por la mano del hombre. Está sola, deshabitada, impresionante. Alejada de la realidad y de los hechos. Da una impresión de adustez y de antipatía. El que la recorre se puede dar de bruces contra ella. Y cada paso suyo, en esa especie de pulmones gigantescos que son los macizos andinos, lo previenen y lo asustan.

Setecientos hombres no son nada y, sin embargo, son muchos, si un capitán los conduce. Y digo capitán, sin interesarme el grado que tengo. Un capitán puede ser un sargento o un mariscal. Setecientos hombres. Y Castillo, Labatut y tal vez Santander, unidos contra mí. Rafael Urdaneta, José Félix Rivas, tío mío, y Atanasio Girardot fueron los únicos oficiales que me siguieron en la toma de Caracas y en la conquista del territorio venezolano. Tenía frente a mí a Monteverde. El

mismo que me diera el pasaporte de salida. A diez mil soldados, distribuidos en puntos, estratégicos. ¿Qué me tocaba hacer? Lo que hice: despertar en mis hombres a la fiera dormida. Y la desperté. Ese deseo de muerte y de destrucción, que todos llevamos muy adentro, nos salió a las yemas de los dedos, nos pringó las costillas y nos chuzó los testículos. Y los setecientos hombres, se multiplicaron para aliarse con la muerte, con la desolación, con la punta de la lanza, con el filo del machete, con la boca del fusil.

Vino el avance. Vino el estímulo, de mi parte, a mi gente. Y la compraventa de los grados y de los ascensos se efectuó, cambiando cabezas de españoles por títulos y jinetas, en el ejército del Libertador. Nadie se mueve sin recompensa a la vista. Y los setecientos hombres, que yo comandaba, se me convirtieron en los millones de americanos que durante siglos habían estado bajo la bota del conquistador, bajo las amenazas del patrón, bajo el imperio de los frailes, bajo el talón de la esclavitud, bajo el yugo de los impuestos y de las contribuciones. Ya he dicho que no creo en los milagros. Y no creo en los milagros de los santos, porque los milagros de los santos los hacen los hombres. Un hombre con odio es capaz de destrozar una fortaleza y de comerse sus escombros. El hombre bien dirigido destruye imperios y destrona reyes. El odio es tan necesario en la lucha como el ideal. A la guerra se va para decapitar al enemigo, no se va a ella a rezar salmos o a entonar misereres. Quien toma el fusil debe estar dispuesto a morir sobre su culata.

Cabeza delirante, exagerado, mitómano, así se me calificaba y así se me calificará por los arcángeles capados, por los oficiales de escritorio, por los que buscaron y buscarán disminuir mi gloria. Pero ahí estaba Caracas en mis manos. Y con ella las fuerzas españolas. Y empleé menos de tres meses en esa campaña. Y la difamación me hizo ampolla en mis costillas. Y el chisme y la calumnia y la cuchufleta me raspó los talones. Qué sabroso bocado, es comerse uno las mentiras de los demás. Sabroso y digestivo, sabroso y estimulante, porque nuestras realizaciones son tozudas. El insano, el Rencoroso, el roedor de famas se revuelve contra la verdad así ésta lo atropelle y lo desmenuce. Ahí estaba Caracas en mis manos. Y con ella el triunfo. Y con ella, la demostración categórica, de que sólo yo estaba en condiciones de darle a

la América libertad y orden. Piar y Mariño, dos oficiales venezolanos, se desplazaron sobre Timaná y el oriente venezolano para adelantárseme en la toma de mi ciudad nativa. Los sorprendí con mi rapidez y les propuse unir nuestros triunfos, en aras de una política de entendimiento. Piar y Mariño se situaron a la defensiva. Estaban celosos de mi nombre y rechazaron mi oferta, como si yo pudiera estar receloso de sus éxitos. Nada más ajeno a mi carácter que este defecto, el de los celos. Reconozco la valía de los demás, sin quebrarle, para ello los tejidos de orgullo o las vísceras de mi amor propio. Estos dos oficiales eran magníficos. A ambos los empujé para arriba. Ambos merecían mi respeto y mi admiración. Pero como la historia no se escribe por pedazos, sino que se redacta conjuntamente, Piar y Mariño, con ser lo que fueron, tuve que golpearlos con el pomo de mi espada para que no se me crecieran demasiado. En mi avance sobre Caracas, surgieron de los cuatro puntos cardinales de Venezuela los bárbaros y los caudillos. Caudillos fueron Piar, Mariño y Páez. Bárbaros: Bóvez y Campo Elías. Hay momentos en la vida, en donde se rompen las iniciativas de la lógica. La lógica impera en la vida común sin alterar el pulso de lo manido. La lógica es la norma, la lógica es lo estatuido. Y la lógica acomoda y se acomoda a las palpitaciones de los hábitos y de las costumbres. De pronto la naturaleza, con los hombres en su lomo, da un alto. Ese alto es un cambio, una mutación. La guerra es eso: una transformación total. Quienes esperan de la guerra un pasar sin trastornos y sin complicaciones no conocen los misterios de la muerte y las sorpresas de la vida.

Yo estaba apenas comenzando a subir la cresta de mi ola. Y mal podía dar pie atrás. Se me critica y se me criticará, que en esta guerra hice dejación de los principios éticos, morales y legales. Poco me importa. Que caigan sobre mi cabeza los rayos y las centellas. Nada de arrepentimiento. Si el destino me pusiera de nuevo frente a las mismas circunstancias, no dudaría en tomar la misma determinación: la guerra a muerte. Lo absoluto es lo que perdura. Y lo absoluto no se consigue con paños de aguas tibias o con medidas transitorias. Los sistemas planetarios son equilibrados por que no tienen luchas entre sí. Si las tuvieran, desequilibrarían sus mismas leyes para encontrar cauces y soluciones apropiadas.

No me parece oportuno combinar las disculpas con la presentación de los movimientos históricos que se estaban viviendo. Que lo hagan otros, que lo formulen aquellos que me quieren disculpar o me quieren atacar por mis excesos de celo, de ambición, de odio. Podrán decir, por ejemplo, aquellos que me quieran defender: La guerra a muerte se justificaba, porque si a España se le dejaba coger fuerza la libertad de América hubiera sido un mito.

Mi lucha fue una lucha sin respaldo. No la respaldaron ni los hombres ni las ideas. Siempre estuve solo. Yo fui el que acondicioné a mis amigos y a mis enemigos para que me dieran apoyo. Viví solicitándolo. La carta, la zalema, la oferta, el estímulo, la dádiva, el compromiso, la venia a tiempo o a destiempo, la súplica atroz, la mentira piadosa, el relumbrón del verbo, la ofrenda de mi tranquilidad. Todo, todo lo puse en la balanza de mi destino para conseguir que se inclinara a mi favor.

Los apoyos que me ofrecieron estaban sujetos a las contraprestaciones que yo anunciaba y, aun, las mismas lealtades de mis subalternos no fueron más que advocaciones al sortilegio de mi fama. Mis procedimientos fueron diabólicos y sublimes. De otra manera estaría remendando mis ideales como un viejo y desengañado pescador.

¿Que por qué no obedecía las órdenes del Congreso de la Unión? Porque, si lo hubiera hecho, mis soldados y yo estaríamos todavía esperando el crepúsculo en Barrancas. Y, además, porque los congresos y los congresistas estorban y estorbarán toda la vida. Un buen régimen político no puede estar pendiente de lo que digan, opinen y piensen mil personas distintas al que lo está ejecutando. El Congreso me anunciaba, por partes y por propios, que estaban por llegar sus representantes al sitio de mi batalla. Menudo lío el que yo mismo me armara contando con la presencia de dos o tres ideólogos, empantuflados de malicia y cargados de miedo. Menudo conflicto para un hombre de acción someterse al lastre de los mediocres, disfrazados de parlamentarios. A los congresistas se les debe y se les tiene que mantener a distancia. A los congresistas los manejé con maestría. Con maestría no exenta de ductilidad y de gracia. Ellos se dejan manejar, si a ninguna de sus impertinen-

cias se les tacha. A sus impertinencias, nunca les dije que no, pero seguía haciendo mi voluntad. Me jugaba las cartas del fracaso, pero algo tiene uno que arriesgar si quiere salir con la cabeza sobre los hombros.

Monteverde le ponía a la guerra la prevención del cuidadoso. Yo daba golpes a diestra y siniestra sin volver a mirar, para saber si acertaba o si erraba en el blanco. En Niquitao, lo arrollé. Y me corrí al Guanare y ocupé Barinas. Así, sin dar cuartel, sin avisar, sin detenerme un momento, piqué aquí, quebré allá y desbaraté la unidad y el espíritu de los españoles. A donde llegaba recogía dineros. Los invertía en aumentar mis armas y contingentes y en darle gusto a mi tropa. El saqueo es odioso, pero sin el saqueo los soldados se mueren de sed, de hambre y de cólera. Y esa muerte se tenía que evitar. De punta y de filo, como los macheteros. Con la rapidez de un mal pensamiento penetré en el interior de Venezuela. Urdaneta y Rivas me secundaban. Las tenazas de mis ejércitos se fueron cerrando sobre las últimas huestes de Monteverde. Su caballería trató de hacerme frente en Valencia, la disolví y ordené su persecución. En doscientos caballos, monté a cuatrocientos hombres. Con esta sola maniobra, tuve caballería e infantería en un solo cuerpo. La victoria se dobló sobre mis sienes, con trabajo, pero se dobló.

En Taguanés, se supo que yo sabía recurrir a las tretas y sacar partido de ellas. Monteverde se corrió a Puerto Cabello. Dejé que Girardot lo persiguiera. Pasé a Valencia, que me recibió con júbilo. Me instalé en La Victoria y esperé a los comisionados de Monteverde para firmar la paz. El marqués de Casa León y el señor Iturbe, los mismos que me habían conseguido el salvoconducto nueve meses atrás, formaban parte de la comitiva. El procedimiento era inteligente, me ponían de por medio a quienes ya debía favores. Apresuré las conversaciones y quise que se arreglaran los diferendos, porque Caracas me esperaba.

Puerto Cabello, Coro y Maracaibo. seguían en poder de los españoles. Mis críticos se valían de estas tres ciudades sin conquistar, para negar mis méritos, sin entender que yo actuaba a sabiendas. Nunca he sido ciego, ni sordo, ni mudo, para escuchar, ver y hablar lo que me conviene. Es posible que en este caso me hubieran fallado los amigos;

culpo a los desleales y me lavo las manos. Si me hubiera puesto en el trabajo de reconquistar a Puerto Cabello, a Coro y a Maracaibo, mis planes se hubieran venido al suelo. La gota de agua, bien trabajada, horada la roca más poderosa. Piar y Mariño seguían rondando mis predios. Estaban a la espera de que yo me descuidara en la toma de Caracas, para ellos apretar el cerco y adquirirla antes que mi persona. Caracas era el corazón de Venezuela. Recuperada ella, se recuperaba la confianza en los ejércitos libertadores. El golpe no lo podía dar yo en las rodillas, sino en el centro, en el pecho, de la Capitanía General, y cuanto más fuerte y estridente tendría mayor repercusión.

Si yo hubiera entrado a Caracas, a las seis de la mañana, montado en una mula, con un guardaespaldas por toda compañía, le demuestro al mundo, a mis soldados, a mis oficiales y a la América en general que tengo, o que en esa época tenía, el cretinismo de la prudencia, enfermedad que puede adquirirse con los años o por los desengaños, pero nunca por el virus de la idiotez, establecida como conducta. El hombre, y en especial un hombre como yo, debe ser fiel a su autenticidad, y mi autenticidad me mandaba a hacer lo que hice.

Los pueblos no tienen carácter y las masas menos. De ahí la razón por la cual, solamente aquellos que sí tenemos carácter podemos mandar una nación y establecer un Estado. El pueblo venezolano no era la excepción. Fluctuaba entre el despotismo español, conocido, y el túnel de la libertad, desconocido. La balanza de sus determinaciones estaba en movimiento. Hoy se inclinaba con los viejos amos, mañana por los nuevos y, en este oscilar sin precedentes, los intereses económicos, sociales y personales se movían aquí y allá, levantando y bajando las posibilidades y los riesgos. A la rosca de los notables no les cabía en la cabeza que, nueve meses antes, Simón Bolívar, el señorito rebelde, fuera declarado reo del pecado de la rebelión y no se le hubiera ajusticiado. Monteverde fue objeto de toda clase de presiones, para que mi fusilamiento, o al menos mi prisión, se hubiera hecho efectiva. Supe de muchas personas, incluyendo en ellas a no pocos parientes, que me palmearon los hombros antes de salir de Venezuela y que la noche anterior habían estado intrigando contra mí con los edecanes de Monteverde.

Al no lograr su empeño, se mimetizaron lo suficiente para pasar desapercibidos durante esa dictadura. Y, a mi entrada triunfal en Caracas, fueron los primeros que se arrimaron a mis estribos, manoseándome las botas y ofreciéndoseme como lacayos sin amo.

A esos mismos sujetos los encargué yo para que organizaran mi recibimiento. Debieron sudar la gota gorda preparando los festejos y las aclamaciones. Me debían ese desagravio. Los desleales se deben comer sus palabras y sus actitudes con la grasa de sus humillaciones. Nadie en Caracas se quedó sin salir a recibirme. Negros y zambos, blancos y mulatos, damas encopetadas y mujeres del pueblo, señores de casaca y arrieros de pata al suelo se volcaron sobre las calles cuando yo entré seguido de mis soldados. El silencio se hizo cuando puse pie en tierra, frente a la casa de la Capitanía General y nueve hermosas niñas, vestidas de blanco, me coronaron de laureles.

Un poco inclinado, para permitirle a la muchacha, que me pusiera bien la corona, la miré de reojo. Morena, llenita, de boca satisfecha y amplios senos. Un poco caderona y un mucho insinuante, me permitió dirigirle la palabra con la cortesía y el desenfado que me es usual en tratándose de mujeres. Rápidamente le pregunté su nombre. Me llamo Pepa, me contestó. Y Josefina Madrid, más conocida como Pepa, me quedó bailando por dentro, con ese deseo rápido y escurridizo que mortifica y llaga si no se le satisface presto.

Entre los 20 y los 30 años, el hombre ama a una mujer sin exigirle mayores virtudes y dones físicos y espirituales. A esa edad, el hombre no detalla, no analiza, tumba y posee como un potranco sin experiencia. Su pasión es breve en el tiempo y en el espacio, y se acorta más, a medida que la conquista le es fácil. He dicho, en varias oportunidades, que yo soy un polígamo. Es decir, un hombre que le gustan varias mujeres a un mismo tiempo. Necesito, para mi seguridad interior, poseer y ser poseído por diferentes mujeres. No me estoy analizando, me estoy mostrando. El interés mío, al descubrir estos secretos de alcoba, que nunca lo fueron, pero que sí los explotaron y los mancharon una generación de monógamos, no tiene otro fin que dar un definido y completo plano de mi mente y de mi cuerpo.

Es profundamente equivocado tomar al héroe por partes. Mostrar sus campos que se dicen limpios y dejar sus comarcas oscuras al pasto de los roedores. Impresiona el afán de las generaciones, actuales y posiblemente de las que vendrán, por ocultar, a los ojos de la opinión, lo natural y humano de las personas que se destacan. En cambio de tomar al hombre como es, tratan de divinizarlo, poniéndole de sobrepelliz los cintajos del pudor de la falsa bondad, como si con ello se avergonzaran de tener que admirar a sus iguales, a sus semejantes, a sí mismos.

La Pepa me causó muchos sinsabores, pero también me dejó sabores inolvidables. Josefina no era bonita. Era agradable y simpática. Tenía ese don de las mujeres incultas, pero inteligentes, que las hace cometer cuanta diablura y cuanta picardía existen, sin detenerse a pedir perdones. Su cuerpo era un torbellino de pasión. Y ese torbellino era el que yo necesitaba para tranquilizar mis emociones. El sexo me aquieta, me quita los dardos de mis nervios y me deja laxo y clarividente. No así el alcohol, que trepana mi cráneo y resta mis ardores.

En la casa de la Pepa organicé el gobierno. Y no me apena decirlo. Allí, en los anchos corredores, donde ella vivía con sus hermanas y su madre, me di a la tarea de ponerle coto a las arbitrariedades de la pasada dictadura. Y también de poner a mis amigos en los puestos públicos que se merecían. La Pepa me ayudó mucho en estas labores. Ella se conocía al dedillo los recovecos de la administración, porque algunos de sus parientes estaban vinculados a ella desde tiempos atrás. La Pepa me suministraba toda clase de informaciones y me indicaba quiénes podrían cumplir con lealtad sus cargos y sus funciones. Y con esa insidiosa y penetrante visión que tienen las mujeres para conocer a los hombres me orientaba en la distribución de las prebendas para evitarme posibles equivocaciones o fallas.

Meciéndome en la hamaca que se me tendía en el patio y dándole a mi asiento los vaivenes que me gustaban, las tardes caraqueñas se me pasaban entre comentarios, risas, planes y presunciones, en la agradable compañía de la Pepa, que lo que le faltaba en belleza lo suplía en donaire.

Los políticos de la Nueva Granada y los venezolanos me tenían seco, insistiendo en que se proclamara la Constitución Federal de Venezuela. No querían entender mi situación personal y las circunstancias del momento. Ciegos, impacientes, se afanaban porque yo instaurara los cuerpos colegiados y electorales sin dilación, sin espera a darle mate a la reconquista del país. La miopía de los políticos es cosa seria. Miopía y mala fe. Mi correspondencia se atiborraba de manifestaciones de amor a las ideas republicanas. De declaraciones de afecto por la democracia, de cuanta frase huera, encontraba a mano, para demostrarles a todos que su afán era encomiable, pero que se me diera respiro a fin de poner la casa en orden. Cuando presumí que estaban calmados, me lancé al ataque. Encargué a Ustariz para que me pergeñara una Constitución lo suficientemente flexible, a fin de darle juego. Los borradores de la misma se pasaron a limpio y fueron aprobados sin chistar.

Con la mano en el mazo, nombré a mis colaboradores. Finanzas y política, a Muñoz Tobar, un joven inquieto y capaz, que, sin ser mi discípulo, me respetaba lo suficiente para no cometer tonterías en su despacho. Ministro de Guerra, a mi amigo Tomás Montilla, y ministro del Interior, a Diego Mérida, un figurón de la casta de los notables que estaba dispuesto a ser el mascarón de proa, con tal de sentarse en el sillón ministerial. Acondicioné, al hermano de Ribas, como administrador de Renta, le tenía la confianza necesaria para dejarle en sus manos un renglón de tanta importancia.

Hablar de revolución es hablar de quiebra en las finanzas del Estado. Todo estaba patas arriba, nada funcionaba. Los ricos escondían la plata y los pobres exhibían su miseria. La burocracia, planta abominable pero útil, se arrastraba con sus innumerables gajos por los corredores del gobierno. Suprimí empleos, doté al personal administrativo del ejército de medios para moverse con agilidad. Y comencé a gozar con los favores de la oposición. El señor obispo, por medio de una pastoral, llamó a sus fieles a la revuelta. Según él, el rey seguía siendo el señor y el amo. Le contesté y lo conminé con otra pastoral, a que, bajo las penas marciales obligara a sus fieles y a sus curas y a sus presbíteros, a enseñar en las parroquias los principios de la independencia. Si el clero me declaraba su oposición me traería muchos dolores de cabe-

za. Un cura rebelde es más peligroso que cien francotiradores. El francotirador puede errar el tiro. Al cura rebelde lo escuchan miles de oídos y esos miles se centuplican en millones de bocas que multiplican geométricamente sus sermones alevosos. A la Iglesia le he guardado un singular tratamiento. El respeto y la consideración y la mano dura han sido los tres elementos básicos de mi entendimiento con sus representantes. En mi vida, jamás me han fallado estos instrumentos. La clerecía es absorbente y autoritaria. Y esta cleresía me estaba sembrando el pánico y el estupor entre las gentes sencillas. Usando y abusando de su poder de convencimiento, torcían el espíritu de la revolución y lo sacaban de los vientos terrenos, para ubicarlo en la atmósfera del sortilegio y del ataque a las potencias celestiales. Sorteé con regular éxito la situación con la Iglesia y me vi precisado a imponerle un gravamen adicional: la obligación de cada párroco de sostener un soldado con su equipo completo. De las pastorales se pasaron a los púlpitos y el aire se caldeó.

Reunidos en asamblea constituyente, los jefes de las provincias aprobaron mis nombramientos, las reformas y los cambios indicados. En esta asamblea constituyente me jugué el todo por el todo. Mi renuncia. Aquí quiero hacer un alto. Deseo explicar mi conducta en relación con estas pretensiones de retiro que he planteado a lo largo de mi carrera política. Ellas no son engañosas, son sinceras. Tienen dos filos, es cierto, pero uno de estos filos se halla íntimamente ligado a mis estados de ánimo. Soy un ser cambiante variable, con estados depresivos y de aflojamiento que irrumpen en mis células cuando menos espero. Ni yo mismo sé cuando soy atacado por esta enfermedad. Le he tomado el pulso con cuidado, a estas extrañas maneras de manifestarme y he encontrado, como causa inmediata, la inmensa cantidad de energía que consumo para llevar a efecto cada uno de mis objetivos. Esta energía así consumida, me agota y me postra, quitándome las caparazones de mis defensas interiores y dejándome desnudo y declinante. El otro filo de esta arma es el que todos mis amigos y enemigos conocen: el estudio clínico a que someto las situaciones y la conclusión a que llego para saber si soy indispensable, en esos momentos o no. El cirujano emplea el bisturí. Yo uso mi razón y mis instintos para saber si el fruto está maduro o biche. La vida es una serie de esferas en quietud, dispuestas

a ser rellenas de alguna sustancia que las coloree y les dé movimiento. Esas esferas tienen un límite de plenitud. Si se exagera el colorante, o el movimiento, se desbordan y se inutilizan. Si se le mide ese mismo colorante o ese mismo movimiento, con avaricia, se envejecen. Si se les deja sin usar, les sucede lo mismo que a las casas deshabitadas, se derrumban.

Así, pues, el tino y la mesura para el control de nuestras vidas deben ser un estudio comparativa entre lo que nos rodea y nuestro propio yo. Si lo que nos rodea está en contra de nosotros, pero sin cabeza visible que pueda reemplazamos, el sólo anuncio de nuestra renuncia o de nuestra retirada cae mal y suscita la horfandad, del medio y de los hombres. Viene, a continuación, el resultado: la petición unánime de que no nos vayamos, de que no los abandonemos.

Esta receta me ha servido para convocar a mis adversarios a un fórum de mutuas resistencias. O ellos me desplazan y tornan mi sitio, o yo los desplazo y tomo el de ellos. Arma peligrosa, dirán muchos, si no se le sabe manejar. Es cierto, pero en mis manos este utensilio se me ha convertido en un elemento sabiamente dispuesto por mí. Renunciar a tiempo exige temple. El hombre se apega a los honores y a las comodidades porque su naturaleza es débil y busca la línea de menor resistencia. Los honores y los nombramientos elevan automáticamente, a los mismos niveles, al mediocre y al talentoso, los alzan sobre las cabezas de sus vecinos y las nubes de incienso y de mirra que se les queman, les enturbian su mirada y los someten a una opresión contradictoria: el prestigio. El prestigio es letal y mentiroso. Anula las verdaderas corrientes de la personalidad, las limita y las adocena, puesto que afloja los cordones del vigor y de la pureza íntima y los transforma en cabos sueltos y pretensiosos. En mi carrera como Libertador de América renuncié mil veces a los honores y a las preeminencias. Y no me pesa. Cada renuncia implicaba para mí un desgarramiento, un alejarme de las cosas que había creado y un voluntario exilio de mis propiedades. Me sometía a esa tortura por el convencimiento y la seguridad de que nadie podía reemplazarme, pero siempre con ese temor de que los odios contra mí pudieran más que las necesidades de los pueblos.

La Asamblea Constituyente venezolana no aceptó mi renuncia. Ratificaron mi poder y lo que había construido durante él. Las provincias del este de Venezuela, con Barcelona a la cabeza, estaban separadas de mi mando. Tres jóvenes, voluntariosos y rebeldes, fundaron por esos días, gracias a unas victorias locales sobre Monteverde, Zuazola, Boves y Morales, un bajalato absurdo y retirado de mis órdenes. Los tres mozos se llamaban Francisco Bermúdez, Manuel Piar y Santiago Mariño. Piar y Bermúdez, en mi concepto, tenían una peligrosidad fácil de manejar si se les dejaba estallar de cuando en cuando. Agresivos y atrabiliarios reunían las condiciones exigidas en esos tiempos para ser un caudillos. Crecidos por sus momentáneos éxitos, se dieron a la tarea de aupar a Santiago Mariño y de convertirlo en mi contrahombre y en mi rival. Mariño, de condiciones de excepción, perteneciente a las mejores familias del este venezolano, se dejó empujar sin tener la precaución de observar por qué lado se podría desmontar, en un futuro, del hermoso potro en que lo habían subido sus conmilitones. Enquistado en su ambición de figurar, por encima de cualquier obstáculo, tuvo la audacia de declararme su indiferencia a los llamados de concordia que yo le formulé. En mi discurso en la Asamblea venezolana, no hallé inconveniente en solicitar para Mariño el mando de las provincias recuperadas por él. Mariño rechazó mi mano y rencoroso le dio paso a su vanidad.

No me impresionaron los compromisos en que me ponía la tosudez de Mariño. Antes bien, me empujaron a sentarme en el poder con más holgura. Creé la Orden de los Libertadores, como un premio para los que participaron conmigo en esta campaña admirable. Hice recoger de los monasterios y de las iglesias copones, custodias y vajillas. Necesitaba ese oro para las medallas. Los clérigos no se negaron. Y aceptaron esa donación de su parte.

Las medallas, las condecoraciones, los entorchados y las estrellas forman en la humanidad una historia paralela a sus vicios y a sus virtudes. Desde los tiempos más antiguos, los soberanos tuvieron la inteligencia de plasmar en algo tangible la distinción que se le debía hacer al héroe del momento, al campeón de los juegos olímpicos, al sabio o al ciudadano que se perfilaba sobre el montón. Y el sabio, el ciudadano,

el héroe y el atleta se sintieron satisfechos y orgullosos de tener sobre su pecho o sobre sus hombros, la medalla, el cordón o la estrella que los separaba del resto de la comunidad, dándoles un sitio especial. La Orden de los Libertadores cumplió a cabalidad esas funciones y esos objetivos y las seguirá cumpliendo en el futuro, así los que las reciban en el porvenir no tengan los méritos requeridos para calentar sobre sus corazones la sangre vertida por mis compañeros de lucha.

Le puse sitio a Puerto Cabello. Esa fortaleza, con su esquivez, me daba un raro sentimiento de impotencia y de inutilidad. Yo estaba convencido de que no la podía tomar. Y así sucedió. Monteverde, hay que reconocerlo, se creció con el castigo y al recibir, como en efecto recibió, unos refuerzos, me complicó y me enredó la situación.

Atanasio Girardot se sacrificó en la batalla de El Bárbula. Y me dediqué a transformar en héroes y en inmortales a mis amigos y a mis enemigos muertos. La formación del héroe es indispensable como alimento espiritual para los pueblos. En la criatura humana vive un deseo de inmortalidad, que el mito y la leyenda apenas satisface estos apetitos colectivos. El corazón de Girardot fue sepultado en la catedral caraqueña con todos los honores. En medio de estas dificultades, que yo atravesaba como gobernante, esta ceremonia fastuosa y multitudinaria sirvió de alivio y aceitó los goznes de esos portalones inmensos y pesados que el vulgo conoce por el nombre de penas. Pasadas estas pompas fúnebres que me servían un poco de cortina de humo, para no dejar que el pueblo se diera cuenta de la realidad angustiosa, por la que yo pasaba, me sentí inquieto e incómodo, por primera vez en muchos meses. Una oscura nube de presagios se cernía sobre los llanos venezolanos. Hasta el momento, la revolución americana había sido una revolución de tipo urbano, es decir, de ciudades, de centros. La provincia, el campo, se había mantenido alejado de estos brotes. En Venezuela, el verdadero campesino es el llanero. Pertenece a un grupo étnico y aparte, que puebla los inmensas territorios del Apure, del Arauca, del Orinoco y del Meta. Extensiones que se pronuncian más allá del horizonte con la luz de sus amaneceres o el látigo de sus tempestades o el dulce cabeceo de sus dehesas. Son tierras de nadie. En ellas, los hombres, los ganados y los caballos se tornan montaraces

y violentos como si una mano invisible les hincara el hierro de la independencia. El hombre, el llanero, es un agregado más de la naturaleza que pone su sandalia, su sombrero, su lazo y su lanza al servicio de los conflictos personales o de las guerras diarias, que tiene que librar contra ese universo inhóspito y mandón. Allí, en los llanos, la sabana no tiene dueño. El que le pone la planta, el que la toma, el que la domeña, el que se arriesga a montar sin apero y sin estribos sobre el lomo de los caballos cimarrones, es el amo. El propietario de una parcela que no se puede delimitar porque las alambradas y los mojones no caben en este continente de espacios abiertos.

Históricamente, los llanos fueron dejados por la mano de Dios en cabeza de unas tribus aguerridas y salvajes, que afilaban sus dientes mordiendo las lejanías y las tempestades. Esas tribus se fueron mezclando con los pocos conquistadores que no tuvieron miedo de aceptar el río y la llanura como compañeros de vida. Y surgió de esa amalgama un ser enjuto y descarnado, con nervios fuertes y pantorrillas de mimbre, que lentamente se acopló con la inmensidad que lo rodeaba, y se hizo dueño de su luz, de su misterio. Amos y patrones, el llanero no conoció. No quiso tenerlos. Odiaba el bullicio de los centros y pocas veces se asomaba a las ciudades. Se automanejaba. Sus costumbres y sus ritos lo llevaron a pensar que fuera de sus dominios la vida carecía del atractivo aventurero y solitario a que estaba hecho. Algunas comunidades religiosas le dieron a conocer al Dios de los cristianos y ellos lo dejaron estar, sin abandonar sus amuletos, sus hechiceros, sus rezanderos y sus propias divinidades. El fraile montó con adobes y con esfuerzos un campanario y una escuela. Sobre el primero puso la campana a repicar sin éxito, porque la llanura se chupaba sus repiqes, con esa habilidad que tienen los valles infinitos para absorber el ruido. En el interior de la escuela tropezó con las cabezas renegridas de los niños llaneros que lo miraban sin asombro y sin respeto. Les enseñó a leer y en cambio aprendió una lección inolvidable: el hombre es libre sin dioses o con ellos. Los frailes españoles siguieron en su empeño de fundar misiones y de recuperar para la eternidad a esas criaturas silenciosas que caminaban días enteros sin cansarse, masticando apenas un poco de coca y de harina. Las misiones se ampliaron con la rapidez que sólo desarrollan los cuerpos hechos para sobrevivir. En torno a las

misiones, los caseríos salpicaron las sabanas y los esteros de la ilusión llanera de vivir en congregación. Techos de paja y de palmicha apiñaron sus cabezas bajo un cielo sin contemplaciones, cielo que unas veces se llenaba de estrellas y otras de rayos y deslumbres infernales. El llanero continuó impertérrito, sin una mueca que le hiciera conocer su pensamiento. Colonia o república le daba lo mismo, siempre y cuando tuviera sin lindero sus sabanas y sin marca conocida las potrancas que desbrababa.

El llanero no había intervenido para nada en las guerras revolucionarias. Estaba en mora de hacerse presente, porque ya, por las orillas de sus ríos, los canoeros, con el chicote entre los labios, escupían padrenuestros y comentaban de oídas las noticias Y esas noticias los estaban poniendo pensativos y recelosos. El cura del poblado más cercano confirmó esas habladurías, y los alertó para que estuvieran pendientes de las campanas, que si ellas repicaban a difunto, era la señal de que los sacrílegos revolucionarios estaban por penetrar en sus morichales.

En el llano, se me anticipó un hombre: Boves, excepcional personaje. Su historia se podría reducir a diez renglones. Asturiano de raza, comerciante de profesión, violento por temperamento, ojizarco y pelirrojo por desgracia. Y digo, que por desgracia pelirrojo, porque el llanero supersticioso hasta donde más, vuelve a mirar en sus jefes a los antiguos conquistadores alemanes que pasaron mordiendo el sol y la luna por sus pajonales. Hervidos, eso sí, de calor y de sed, pero dejando en las indias los mestizos de piel canela y de ojos claros que tanto les atraen. El color de la piel en esta América ha influido notoriamente para toda clase de transformaciones. Al blanco se le odia pero se le respeta. Esa antigua llamada del esclavo hacia el encomendero de mechas rubias está latente en los escondrijos del mestizo americano, esperando que se haga presente para emprender su carrera en busca de un padre desconocido.

Las imágenes de Jesús, el judío de Nazaret, doblan sus inclinaciones hacia la raza que los conquistó. Yo fui la excepción. Mulato y pringado de negro, pequeño de cuerpo y apretados y crespos mis cabellos, largo

de tórax y corto de piernas, ojioscuro y frontón, fui fetiche de difícil penetración en las mentes primitivas de estos seres americanos. El caudillo para estos hombres no podía ser otro que Boves. Páez lo reemplazó con trabajo. Boves se acercaba en su figura a la línea maciza de los toros padre y de los caballos garañones. Corpulento sin ser gordo, de piernas y brazos fuertes, de pecho ancho y musculoso, de manos velludas y febriles, de boca desplegada en un rictus de crueldad y de pereza, el asturiano sentó sus reales en el corazón de estas sabanas y llanos. La República lo había tratado mal a él y a los suyos. Fue, entonces, una faena sin complicaciones la subienda del odio en sus entresijos contra todo lo que significara patriota. Y el odio lo puso en marcha con las perneras de sus pantalones arremangadas y el cinturón ancho aprovisionado de machete y de puñal. Un lanzón de cinco pies de largo entre sus manos y un caballo brioso y espuelón le dieron a este bárbaro la figura completa del jefe.

Para Boves, la muerte tenía una sola y funesta conclusión: que se fuera de entre los suyos. Al enemigo lo degollaba sin contemplaciones y con esa crueldad del árabe y del visigodo, que se desboca intolerante y pendenciera, con la presencia de la sangre, Boves se lanzó a conquistar la llanura, a punta de tajos y de chuzones. Sus crueldades cubrieron de cruces los atajos y los caminos. Al solo, rito de su nombre, la multitud se arremolinaba, presta a la fuga o a la entrega. Cimarrón y conocedor de las entradas y de las salidas de su territorio, se regodeaba de mata en mata, con la velocidad del siervo perseguido. Entre la saliva de los arrieros y de los vendedores de cachivaches, su apellido le atizó fuerte a la sombra de la noche, y los perfiles del diablo le cayeron exactos en su persona. Decía que Boves se me había adelantado. Y fue evidente. Declaró la libertad de los siervos y de los esclavos. Puso en pie de guerra a los miserables ofreciéndoles las morrocotas del patrón. Habló bajo el sol canicular de una libertad sin otras cortapisas que la vida del rico. Las montoneras se le formaron a su alrededor. Mulatos, indios, negros y zambos se estremecieron de gozo anticipado al pertenecer a los ejércitos de Boves, pues se consideraban como los soldados de su real majestad Fernando VII. En los saqueos y en las villanías que cometían terminaban quemando los poblados, asesinando las mujeres y los niños, descuartizando a los ancianos y

sacándoles los ojos a los hombres. Nada de paga para este ejército, ni de comida, ni de vestido, ni de fusiles, ni de cartuchos. Este ejército de los demonios tenía que conseguirse su propia paga y sus propios vestuarios. La forma era sencilla, adonde llegaban, por donde atravesaban, el saqueo se imponía, porque de no ser así ni siquiera el alpargate podría reponerse.

Mientras yo me daba trazas para sostenerme en Caracas, el llano se me rebeló con un diablo a la cabeza y con todas las posibilidades de ganarme, puesto que a Boves ni a sus llaneros les preocupaba la organización o las finanzas de un Estado. Me encontraba, pues, amarrado al botalón de la realidad. El corredor, que había abierto en mi marcha sobre Venezuela, en la Nueva Granada, estaba cercado por los enemigos que tuvieron tiempo de reagruparse. Para mordida de perros, pelos del mismo perro. Los refranes sintetizan la sabiduría popular. Me acordé que yo había conocido a un zagalón español, lleno de rencor contra sus hermanos, fuerte y violento, llamado Campo Elías. Lo llamé y lo puse sobre el rastro de Boves. Le di autoridad y mando, tropas y pertrechos, y lo solté en la llanura para que levantara la presa. Campo Elías me respondió y, en el sitio denominado Mosquiteros, derrotó a Boves por primera vez. Ribas me servía de tapón para que los españoles de Puerto Cabello no se me salieran de esa plaza fuerte. Ceballos y Yáñez, dos monárquicos tan buenos capitanes como Boves, se unieron contra mis ejércitos, que apenas llegaban a tres mil hombres. Las fuerzas de Ceballos y de Yáñez pasaban de cinco mil. Los ataqué, me monté en un potro y sin pedirle a nadie explicaciones de cómo se manejaba la caballería, me situé a la cabeza de mis soldados y, entre gritos, maldiciones, juramentos y groserías, me fui con la lanza en la mano, igual que cualquier recluta a tomar venganza personal de los atropellos de que habían sido objeto mis hombres y mis soldados.

En el día, peleaba hombro contra hombro entre mis gentes. En la noche, escribía y le contaba a mis amigos lejanos mis peripecias y mis fracasos. El amanecer acogotaba mis miembros y, como podía, me recostaba en un cuero de res un par de horas, para salir al encuentro de la mañana y seguir con mis oficios de soldado raso. En estas batallas del Araure vi cómo el respeto, lentamente, se iniciaba en torno a

mi sombra. Yo no era ya el jefe distante que, detrás de un catalejo daba, órdenes y enviaba emisarios. Yo servía de silla y de carga. Cuando un machetero se cansaba, allí estaba Bolívar dándole de plano y de filo a su machete y, cuando un fusilero me requería, Bolívar cargaba el mosquete, tomaba puntería y disparaba. Me arranqué mis charreteras de general que para nada me servían. Dejé mis lustrosas botas debajo de la cuja. Y acepté las cotizas de los soldados, mucho más cómodas y serviciales. Volví a tomar a Caracas, que la había perdido. Hice todos los oficios: partero en los hospitales, armero en las fundiciones, financista en las quiebras. De nuevo, requisé las iglesias y las casas de los potentados para decomisar sus joyas, sus piedras preciosas y su oro. Y ahogándome, en medio de esta tremenda confusión, tuve tiempo para darle al mundo una imagen de tranquilidad y de respeto hacia esta nación en ciernes. Envié comisiones a Inglaterra, para que reconocieran a Venezuela como patria libre e independiente. Me empeñé de palabra para que los Estados Unidos me dieran un préstamo. Nada se me quedó en el tintero, ni la pluma ni la tinta me sobraban, mi voluntad se imponía jornadas de miedo, a fin de salir a flote en este naufragio.

En San Mateo, el heroismo de un Ricaurte salvó mi honor ya que no mis municiones. Ricaurte, antes de que el enemigo tomara las cabañas donde se guardaba la pólvora, resolvió prenderle fuego y volar con ellas. Boves, en La Puerta, me volvió a golpear. Los cimientos de Caracas se estremecieron de pánico ante el avance del bárbaro. Centenares de españoles salieron de sus escondites, para crearme desórdenes y motines. Los mandé fusilar y limpié la ciudad de ratas. Enfermos y sanos tenían que pagar las consecuencias de esta guerra a muerte. Era mi única defensa. Conscientemente, llevé a término fusilamientos y muertes. Y, conscientemente, lo volvería a hacer, porque la vida me ha enseñado que uno no puede arrepentirse de lo que ha hecho sino de lo que dejó de hacer. Salvajismo contra salvajismo, ojo por ojo, violencia con violencia. El horno no estaba para hacer monigotes de barro sino pan caliente para alimentar a los que pudieran sobrevivir de esta hecatombe. Boves, Azuola, Yáñez, Ceballos, Monteverde, Rosete, cada mañana me entregaban partes y comunicados contándome los atropellos y las maldades de estos salvajes. ¿Qué tal que yo hubiera pedido,

en esos precisos instantes, una tregua? ¿Qué tal que esa idea bondadosa se hubiera abierto camino en mi pensamiento?

Boves siguió avanzando con su bandera de calaveras al viento. Tuve que abandonar a Caracas. Veinte mil personas se fueron detrás de mí. Mi objetivo era Barcelona. Mariño me había informado que allí nos esperaban sus leales. Los cuatrocientos kilómetros de distancia entre Caracas y Barcelona se me volvieron diez mil. La Pepa y su familia se me habían prendido como lapas y yo no podía desampararlas. El amor y la muerte no tienen mucha similitud, sino en el lecho. A la Pepa y a su familia le tuve que dar ciertos privilegios en este exilio. Era apenas natural. Y mientras colaboraba con la retaguardia para evitar sorpresas y ataques, galopaba hacia la vanguardia para echarle un ojo a la Pepa, que se quejaba y lloraba como una magdalena. Me prodigué con vehemencia. En casi un mes de marcha, dormí apenas diez o quince horas. El pánico por los ataques de Boves se manifestaba en esta multitud con un histerismo permanente. Barcelona nos recibió con frialdad. La presunta ayuda se hubiera esfumado, si no llegamos a tiempo. Del ejército de que me hablara Mariño quedaban unas cuantas unidades porque las demás habían desertado. Con uñas y dientes organicé un par de batallones. Sin tomar descanso me le enfrenté a Morales en Aragua. La batalla fue tan violenta y sanguinaria que las pocas esperanzas que yo abrigaba se me vinieron al suelo. Me conmovió el ánimo de los patriotas. El pueblo responde en esos casos mejor que las clases altas. En ellas, en las clases altas, la persona se mimetiza en un fardo de convencionalismos y de apariencias que la hacen tratable y comprensiva, pero si se descascaran esos barnices, queda al desnudo la miseria y la pequeñez de esa persona. En el pueblo sucede lo contrario. La amistad y el respeto nacen en sus corazones sin pensar en contraprestación o en lucro. Son fieles porque así les indican sus instintos.

Derrotado, quebrantado mi espíritu no decaía. Una alegría interna matizaba mis movimientos, los coloreaba de una intensa luminosidad. Me daba la sensación de que, en medio de todos estos padeceres, un Simón diferente estaba naciendo. Lo externo me dolía, claro está, pero lo que en verdad más me afectó de lleno fue ver cómo, en esos mo-

mentos, mis amigos se torcían y se retorcían contra mí, como verdaderas serpientes.

El grupo de los oficiales que me quedaba, compuesto por Mariño, Piar, Ribas, Soublette, D'Luyar, con el paso de la desgracia se transformaba en roscas de malevolencia y de rencor. Mi pariente Ribas me miraba cada día con más encono, con más rabia, como si yo fuera el único responsable de la situación. Piar, apenas natural, continuaba soplando el rescoldo de la envidia. Mariño, silencioso y hermético, dejaba hacer y deshacer de mi parte, como si él no existiera. Los demás se movían iguales en esta marejada pesada y sucia.

De Barcelona a Cumaná, huyendo, escondiéndonos, ocultándonos como criminales en el día para poder avanzar en la noche. La pesadilla continuó. No me quedaban sino doscientos hombres, atontados, sonámbulos. Este batallón de pordioseros serpenteaba por los campos sin quejarse. Sobraban los lamentos. El instinto de conservación, despierto y militante en cada uno, se aguzaba a medida que la posibilidad de salvarse disminuía. El que me preocupaba más era mi pariente Ribas. Lo desconocía por completo. Su cara, en máscara de tensión, se pronunciaba dura y sin decir un acento. Sólo sus ojos recogían ese inmenso dolor que estaba padeciendo. Dolor de verme reducido a pavesas. Dolor de no poder exterminarme de una vez. Dolor-odio diferente al dolor-compasión que se sobrelleva porque todavía se ama o se respeta a la persona sobre la cual recae.

Los hombres se turnaban para cargar las cajas donde yo llevaba el tesoro del Estado. Dinero este dedicado de antemano a la compra de armas: joyas, plata, vasos sagrados de oro, requisados de las iglesias y puestos bajo mi custodia y cuidado. Cuando nos acercábamos a Cumaná, Mariño salió de su mutismo. Medio en secreto, medio en público, me dijo que la flota que nos esperaba posiblemente ya había partido o estaba por partir, pero que no me preocupara puesto que él tenía la seguridad de que Bianchi, un corsario a su servicio, no nos abandonaría. Adujo, además, las razones pertinentes para que enviáramos con rapidez las cajas del tesoro al barco de Bianchi. Con ello, agregó, conseguiríamos salvar el dinero y, además, comprometer al

pirata para que no se hiciera a la mar sin nosotros. Me pareció razonable su pedimento y accedí a él.

Bianchi me resultó un pícaro de siete suelas. Con el tesoro en sus bodegas, me chantajeó: partíamos, cincuenta por ciento y cincuenta por ciento para cada uno, o me dejaba en la estacada. Subí a bordo de su nave para exigirle cuentas. Este vividor no reparaba en nada. Para él no existía más que el oro y dedicaba su vida a conseguirlo. He odiado al mercenario, al que subyuga su conciencia al lucro, al negocio, a la ganancia. En mí no caben esos conceptos. Los rechazo y los condeno, los impugno y los maldigo. Bianchi, dispuesto a todo y acompañado de su tripulación, había mandado levar amarras al buque y, sin que yo me diera cuenta, la nave zarpó. Mi sorpresa y mi desconsuelo fueron tremendos. A todo esto, se le agregaba mi vergüenza de haber abandonado a mis oficiales en la playa, sin prestarles socorro. La humillación me corría por las venas con espuelas de fuego. ¿Qué pensarían Ribas, Piar, Bermúdez y los demás de mi conducta? Los juicios y las opiniones que el mundo tenga sobre mis actos públicos me tienen sin cuidado, pero si estos actos tienen algo que ver con el oro, con el negocio, con la componenda mercantil, eso sí me afana y me lesiona.

Al pirata Bianchi tuve que darle una parte del tesoro. Le pedí, que me regresara de nuevo a la costa, ya no a Cumaná sino al puerto de Carúpano, no donde sabía que me estaban esperando. En efecto, me esperaban para matarme y se transaron encarcelándome. Ribas, mi tío, era el más exaltado. La transformación que yo había visto en él durante nuestra huida se destapó con violencia. Mariño también fue engrilletado.

Quien mire sin prevención mis peripecias tiene que encontrarles un fondo extraño y doloroso. Las viejas cuerdas de mi destino, apergaminadas y mohosas, se arrumaban en torno mío para aprisionarme. Secas las fuentes de mi fortuna, me tendían sus bordes para ver si en ellos yo lograba encontrar una gota de agua que pudiera calmar mi sed y mi desesperanza. La vida tiene a veces un llamado de atención sobre nosotros que no lo podemos dejar pasar desapercibido, antes bien, hay que examinar ese mensaje, para darnos motivos de aliento. Encar-

celado por mis propios amigos, derrotado en toda la línea por mis enemigos, me refugié en lo único que no me podía traicionar: mi inteligencia.

Lancé el Manifiesto de Carúpano al aire como un reto. Pero ese reto no era la amenaza de un moribundo, al contrario, era la reflexión madura, ponderada, de un hombre que se había enfrentado a la propia naturaleza y a los cuatrocientos años del dominio español, sin otras armas que su propio valor. De Barrancas a Carúpano media una historia de cadenas rotas y de cadenas vueltas a colocar nuevamente. De Barrancas a Carúpano media la jaculatoria de mi acción, de mi violencia, de mi pasión desbordada, de la incomprensión de mis conciudadanos. En Carúpano, me senté frente al mundo desconocido de mis lectores y, despojándome de cuantas miserias me rodeaban, les fui dictando la lección de la superación y de la autoseguridad. Que me creyeran o no se salía fuera de mis posibilidades. Yo estaba convencido de lo que en ese Manifiesto sostenía y puse mi vida pública y mi vida privada bajo el portillo de los juicios y la posibilidad de las condenas. Defendí mi único título: el de Libertador. Al defenderlo me aferraba a la realidad de los hechos, puesto que sólo mi mano pudo darles la libertad a los americanos. Solté las anclas de mis voces interiores y lo hice con júbilo, con la generosa fecundidad que tienen las ideas. Quise en este Manifiesto dejar mi honor en limpio y lo dejé.

Cartagena me recibió nuevamente. Cuarto vía crucis. Cuarta salida de Venezuela. Nada tenía que volver a mirar atrás. Sobre las ruinas se construye mejor. Todo quedaba convertido en escombros. Más tarde supe la muerte de Ribas y su desolación. Lo perdoné, fue un hombre honesto. La muerte de Boves me alegró. Fue un bárbaro, pero con unos cojones envidiables.

Capítulo VI

Las palabras mágicas y las vidas sin mancha no existen. Quien se proponga nacer y morir, sin transacciones, es un necio. Vida es cambio, metamorfosis, movimiento. La rigidez es un síntoma de parálisis. Programar la propia conducta dentro de una línea recta equivale a enceguecerse voluntariamente y a ignorar la volubilidad de la existencia. El hombre es un ser mutable. Las distancias que median entre el niño, el joven, el hombre maduro y el anciano; si se pudieran medir, serían infinitas. Es tal la magnitud de sus diferencias que estremecen con el estupor hechizante de lo imposible de comprender. Trazar una meta, definir un blanco, es distinto. Llegar a esa meta, brincando por encima de los obstáculos y de los impedimentos, es diferente. Muy pocos se arman de valor para que, sin fallar en sus propósitos, no se desanimen con las zanjas y los baches que encontrarán. Lo que vale es llegar. ¿Cómo se llega? He ahí la incógnita.

Si me hubiera quedado en Venezuela, para seguir la contienda en compañía de Piar, de Bermúdez, de Ribas, le hubiera cortado la cabeza a mi destino. Y, seguramente, mi fantasma deambularía aún por esas soledades, dando tumbos y más tumbos. Mi autoridad estaba concluida para ellos. Mi signo, derrotado y a la deriva, les daba a mis tenientes los motivos de sus desplantes. De capitán de un ejército, que tuvo sus glorias, yo hubiera quedado degradado a sargento. Y en vez de un conductor de hombres, Simón Bolívar sería el hermano guerrillero que hoy se toma una aldea y mañana se tiene que entregar, medio moribundo, en el recodo de cualquier camino. Transar con Ribas o con Piar o con Bermúdez era un error, y los errores deslustran y aniquilan. ¿Qué me quedaba entonces? Seguir mi pensamiento. Exiliarme.

En Venezuela, en la Nueva Granada, en el Perú, en Bolivia, en el Ecuador, me he encontrado a mis anchas. Patria es la que uno hace. No es el sitio donde nace. He levantado esta tesis como una bandera y muy pocos me la han respetado. El hombre aspira a localizar su nacimiento y su muerte dentro de un espacio de tierra que, por motivos de afecto o de conveniencia, la juzga suya. El universo no tiene fronteras. La sangre no posee rótulos. El hombre debe ser un ser libre y magnífico que tiene que pasear su vitalidad por todos los continentes. Y con más veras el hombre americano. Esta tierra americana debe ser de aquellos que la trabajen y la amen, no puede parcelarse, no puede cortarse como un inmenso bizcocho dándole a cada quien un pedazo diferente o una identificación distinta. El venezolano, el granadino, el boliviano, el peruano, el ecuatoriano, el chileno, el brasileño, el paraguayo, están en el deber de abrir su mente sin que los chocantes mojones de sus fronteras lo enmarquen, lo amedrenten. Esta norma no me la acepta nadie. Insinúan que, al hacerla pendon, los separo de sus cariños naturales y en reacción me hacen blanco de sus odios ancestrales.

Los venezolanos me quieren para ellos, así me rechacen y me calumnien. Los granadinos lo mismo. Los demás pueblos, que no tuvieron inconveniente en darme el título de Libertador, se resisten a que mi ciudadanía sea sencillamente: América.

Cartagena era un lugar de la América y por lo tanto mi patria. Por segunda vez retomaba sus murallas para lanzarme al viento de la libertad. Por segunda vez, Simón, el trashumante, se sentaba sobre sus piedras milenarias. Mi razón, al volver a esa ciudad, no tenía otro fin que el de poner tierra firme a mis andanzas. Y poderlas proseguir. La serenidad y el convencimiento de alcanzar mis propósitos llenaban todo mi ser. Si alguien hubiera estado en condiciones de poner en una balanza mis intenciones, tendría que reconocer que ellas estaban limpias de la escoria, del aprovechamiento ilícito, de la envidia. Mis intenciones se agrupaban en mi cuerpo y en mi alma para cumplir únicamente su cometido.

Mi llegada a esa ciudad no causó pánico. Me esperaban. Las noticias, y mejor las malas noticias, vuelan sin necesidad de ponerlas al

correo. Las brujas deben existir, no lo dudemos. Ellas son las portadoras de cuanto chisme o cuento sucede a mil leguas de distancia. Sus lenguas distorsionan los sucesos pero los llevan por encima de las montañas con la liviandad de las semillas que se aposentan, donde la tierra es fértil para recibirlas. Sin reproches y con orgullo paseé por esas calles cartageneras con el paso firme de quien ha cumplido con su deber. Conversé con mis amigos y averigüé por ellos la situación por la cual pasaba la Nueva Granada. El mal de las divisiones estaba de moda. Escalofriante la desunión. Los grupos y los personalismos de los granadinos nada tenían que envidiarles a los grupos y a los personalismos venezolanos. Estaba convenciendo de que adonde llegara, se ahondaban más y mejor las diferencias. Extraña condición la mía: quiero unir y desuno. Aspiro a congregar y disgrego, fomento las alianzas y aparecen los reinos divididos. Menos mal que tomo las situaciones como las encuentro y, sin establecer filosofías, giro sobre mis talones y emprendo la acción, el movimiento. Las cargas suelen arreglarse por el camino y, si no se arreglan, las dejamos en el suelo y cabalgamos sobre el macho o sobre la mula que las llevaba, para aprovechar el vehículo. Ese vehículo tiene que llevarnos a algún lugar, a algún puerto, a una ciudad o a una bahía, donde el horizonte se nos abra y no nos estrelle.

El que no camina se enmohece y yo soy un andariego a quien enloquecen las lejanías, los desfiladeros, las cumbres vírgenes.

En Tunja, mi protector, don Camilo Torres, seguía mangoneando. A él me acogí. Curiosas relaciones las nuestras. Es casi imposible encontrar a dos personas tan opuestas como don Camilo y yo. Fisonomía, carácter, inclinaciones, gustos y defectos nos separan. Él es parco en el decir, en el comer, en el caminar, yo soy explosivo. Él es modoso, aplomado, yo soy el anverso de esa moneda. Él es parsimonioso en la disertación y la adorna con citas y latinajos, yo soy directo, apabullante, garboso en el hablar y me invento giros y recurro a la improvisación con un desenfado irrespetuoso. Don Camilo es docto en leyes y en recursos curialescos, a mí me apasiona hacer normas y escurrir el bulto para que no me las apliquen. Él es sereno y yo soy impetuoso. Él es aceite y yo soy azogue. Pese a tantas y a tan marcadas diferencias, yo fui un admirador de don Camilo y don Camilo me, dio muestras de ser

un amigo mío. Los parecidos y las semejanzas temperamentales o filosóficas entre dos personas nunca acercan, al contrario, separan. Políticamente hablando, Torres sustentaba el federalismo, así como su gran adversario, Nariño, sostenía el centralismo. Mis inclinaciones políticas estaban con Nariño, pero el Precursor tenía un genio funesto: similar al mío. Autoritario y repelente. Agresivo y trabajoso. Pleitista y entrador. Generoso y profético. Ansioso y vehemente pero complicado y problemático. Hirsuto en el trato y soberbio en grado sumo, se consideraba el ombligo de la Nueva Granada.

Nariño y yo teníamos rasgos parecidos. Y ese parecido era el que precisamente nos distanciaba, nos alejaba, nos ponía a cada uno en la cabecera de una mesa y, sentados frente a frente, pugnábamos por conseguir la Presidencia. Los espíritus afines se repudian y se combaten. No es cierto lo contrario. Es una imprudencia reunir a dos hombres semejantes y temperamentales en un mismo lugar. Pueden estallar al tiempo y volar lo que les rodea, o pueden demorar su detonación, conteniéndose cada uno, con el desgaste natural de los contertulios. Una pareja de amigos, de hermanos, de esposos, de amantes, no consigue su verdadero equilibrio con las semejanzas de carácter. Necesariamente tienen que destrozarse, necesariamente el amor o la amistad tiene que pervertirse. La guerra sin cuartel por la preeminencia, por el mando, es inabordable en esos seres. El orgullo, en las afinidades, se transforma en detonador. Las parejas, para que se entiendan, deben contar con diferentes objetivos y diferentes caracteres. El pasivo debe buscar un activo. El violento debe conformarse con un tranquilo. El dulce debe contentarse con un amargo. Lo opuesto, a lo que es uno, es un sedante, un tranquilizante, un cojín de resortes para los brotes y los encontrones.

Tan cierto es esto que yo, si hubiera tenido que tratar con Nariño, siendo él el hipotético Presidente del Congreso Federal de la Nueva Granada, seguramente no lograría entenderme. Gracias a Dios estaba de por medio Camilo Torres. Y con él no tuve problemas. Es posible que la idea de mi alianza con Torres repugne a primera vista. Equivocada impresión, yo no estaba sirviéndole al federalismo, estaba sirviéndome del federalismo para alcanzar la unidad. Torres per-

sistió en darme su respaldo. Pero, para que ese respaldo fuera efectivo, Torres y sus amigos me exigieron que me tomara la ciudad rebelde: Bogotá.

En toda ayuda tiene que existir una contraprestación. Tome y deme, dicen los indios. Si yo quería armas y soldados entonces tenía que hacer una cosa un poco repugnante: tomar a mano armada a Bogotá y, de contera, atacar a don Antonio Nariño. Mi resolución estaba hecha. Nada me podía detener, ni pequeñeces, ni miserias, ni compromisos antipáticos. El estómago para que sirva sin chistar le debemos dar alimento fuerte.

La toma de la capital fue una especie de drama. El páramo por el que tuve que atravesar viniendo de Tunja para mí no me era desconocido. Soy una criatura de clima caliente y esa sola ubicación geográfica me sitúa en un paralelo distinto a la criatura de clima frío. El habitante de las alturas es un oso de invierno. Su sola apariencia física lo predispone a la contemplación. Greñudo, colorado, avieso, enruanado, ensombrerado y monolítico, se desliza por esas ventisqueras con la agilidad de un gamo y la fiereza de un gato montés. La niebla, la escarcha, la llovizna y los aires helados que emparaman al visitante, a él lo dejan confiado en la bondad de su clima y en las calorías precautelatitivas de sus abrigos. Incrustado en la belleza de sus paisajes, se deja ir con las pinceladas en tono menor de sus soles veraniegos y pisa leve las tapias que dividen sus potreros, las calles de su ciudad, el zaguán de su casa, el huerto de su finca, por el temor de despertar en su vecino el afán de seguirle sus pasos.

El bogotano forma un catálogo aparte en toda la América. Es y será una especie desaparecida y en vías de volver a figurar, de los más finos y estimulantes aportes del talento y de la socarronería. Sus clases altas, siempre bien vestidas, así no tenga un centavo entre sus bolsillos, se reparten el ocio con la displicencia de los genuinos gentilhombres. Sus clases medias, fabulosamente vanidosas, se atragantan con sus apellidos y apuestan a ciegas su condición de hijosdalgos. El pueblo, la masa, el montón, embobado con la marrullería de sus progenitores,

calza el alpargate o la quimba desenfadadamente y se hace sentir en las chicherías y en los mercados con el desplante jocoso o el insulto soez, para luego retraerse a las iglesias, al toque del ángelus.

Bogotá, identificada por las jorobas de sus dos cerros, Monserrate y Guadalupe, se agazapa entre campanarios y distancias, frágil en apariencia. Quien la vive y la sufre, como la viví y la sufrí yo, sabe del chocar de sus vértebras de dinosaurio, para asustar al transeúnte, y sabe también de sus finuras de matrona y es posible que llegue a comprender la corriente subterránea que la atraviesa de parte a parte, sin lesionarla, pero dejando en sus contornos, en sus plazas, en sus calles y en sus casas una invisible fuerza que la pone a salvo de conquistadores y de lagartos.

No quiero dar un paso más en este relato, sin presentar una síntesis personal y política de mi situación frente a los jefes de la comunidad granadina. Camilo Torres, mi protector y pontífice máximo del federalismo, seguía apoyándome aun contra las insidias del coronel Castillo, de Joaquín Ricaurte y posiblemente del mismo Santander. Todos estos cachacos estaban enroscados, en una rosca que se estaba aprovechando de mí, que me estaba usando, claro que con mi venia, para que fuera yo, Bolívar, quien la vengara contra la otra rosca, la rosca centralista, dirigida por Nariño, pero huérfana de su paternidad, en virtud de que los pastusos lo habían tomado preso. Resumiendo tenemos: los federalistas no creían en mi ni yo en ellos. Sencillamente nos estábamos utilizando mutuamente. La contingencia que yo corría era ésta: si me derrotaban los nariñistas, los camilistas se lavarían las manos y dejarían salir a flote los ataques represados a que yo estaba sometido por parte de un grupo de los suyos. La jugada perfecta de don Camilo basaba su argumentación en mi persona y en la lealtad de Rafael Urdaneta, quien, al regresar de Venezuela con sus tropas y al ponerse al amparo del Congreso, fue enfático en manifestar que la entrega de esos batallones solamente la haría al general Bolívar. Sin embargo, como yo necesitaba de un respaldo legal, y ese respaldo legal no me lo podía dar sino el Cuerpo Colegiado y ese Cuerpo Colegiado lo manejaba don Camilo, seguía necesitando de don Camilo.

Las componendas de Torres no me amedrentaron. Me las conocía de corrido. Hacerme el lego, el desentendido, el loco, formaba parte de mi programa. Un desliz, una frase, una palabra que yo hubiera dado en prenda, sobre los manejos de mi fiador, éste se me suelta de entre mis dedos y me deja plantado en la mitad de ese avispero, para que los zánganos me conviertan en un sendal con sus ponzoñas.

Comencé mi avance sobre Bogotá con el aparato y el revuelo indispensable para crear la expectativa. Sobre la mula que me llevaba de Tunja a la capital, tuve tiempo para meditar, ya no sobre mi persona, sino sobre esa singular y atractiva figura de Nariño, el Precursor. Mi destino, tan contradictorio como el de él, gracias a la providencia, no nos ponía cara a cara, pero sí me tomaba a mí como instrumento para darle el golpe de gracia a su gobierno. Antonio Nariño, abandonado por la suerte y por sus amigos, a esas horas estaba en Pasto, prisionero de su propio valor. Su campaña en el sur había sido, a mi entender, una proeza del coraje y del talento militar sin fortuna. Él, mientras los notables granadinos se reunían en Tunja y luego en Villa de Leyva, para deliberar sobre la mejor manera de manejar estas provincias, –pienso– impuso el orden en la capital y con verdadera visión y valor reunió unas cuantas tropas y emprendió la marcha hacia Popayán y Pasto, derrotando en su avance a los mejores jefes españoles. Es increíble cómo el mundo da vueltas y revueltas en torno a una persona. Y esa persona se hunde en los acontecimientos sin darse cuenta de que son los acontecimientos los que la están hundiendo a ella. Eso le sucedió a Naribo. Grande, en una tierra de pequeños; talentoso, en un medio donde el talento es un lastre; corajudo, en un lugar seco para los gestos heroicos; imprudente, vanidoso y soberbio, cuando lo indicado hubiera sido proceder con la torticería y la cautela de un Torres, de un Caldas, de un Santamaría, de un Santander. Nariño, líder del talón a las sienes, se improvisó de caudillo, con la sabiduría de los iniciados en las ciencias de la posesión y le dio cara a la criollería, que desde 1810 vio su camino libre para usar y abusar de sus poderes. Funda un periódico y fustiga con su puño y letra las malevolencias de los miembros de la clase alta. Estos no le perdonan su defección, puesto que lo consideran su hermano de leche. Fue soltarse del pezón materno de la oligarquía

para caer en desgracia frente a los poderosos. Nariño, con José María Carbonell, su segundo, se mete a redentor y a sonsacar a la plebe de su silencio y de su paciencia. Las vivanderas, los arrieros, la gaminería bogotana, que tienen el pulso alterado por la revuelta, se le entregan con el cariño de los de abajo y lo pone en el poder, con sus gritos, sus empellones y sus decires.

Hoy, la vida le está siendo adversa. Y su ciudad se ve asaltada por una tropa de mercenarios y un extranjero que los manda. Yo he pensado que, desde esas fechas, mi nombre está sobre el tapete del juicio bogotano. Ni los pobres ni los ricos me han perdonado la toma de su ciudad y, por eso, nunca me han mirado con cariño, ni siquiera me han aceptado, sino de dientes para afuera.

De un manotazo, aparto el abejorro de mis reflexiones y levanto la barbilla. Tengo un compromiso entre manos y una obligación en mientes.

Algo hablaba yo del drama que tuvo esta maniobra. Tengo que agregarle al drama los visos de la comedia, que fueron evidentes. Al conocer mi avance sobre la capital, la brujería de los instintos y de las conveniencias se desató con terroríficas consecuencias. En la masa, en el pueblo, surgió el miedo alentado por sus dirigentes. Nariño, en su gobierno, había dado largas a los chapetones, a los españoles, para que siguieran en sus oficios sin sentirse perseguidos. Los chapetones, que eran muchos en Bogotá, formaban una colonia fuerte y rica, colonia que tenía en sus manos el control del comercio y, además, los curatos y las parroquias mejor cotizadas. Los comerciantes españoles se apresuraron a lanzar la especie de mi ateísmo, de mi crueldad. Los comerciantes y los curas, ambos bandos estaban de acuerdo. Esta bola, este chisme, de mi ateísmo y de mi crueldad, se apoyaba en mi campaña anterior en Venezuela y en el grito de guerra a muerte que tuve que dar para salir con vida. Los curas chapetones se subieron a los púlpitos y comenzaron la más estruendosa cruzada de amedrentamiento en sus feligreses. Sus sermones me pintaron de rojo, el color de los infiernos y de las llamas. Tuvieron la inteligencia de disfrazarme como un lucifer, con botas y sable, y además con una cara de satán, para que los pobres

parroquianos, que no sabían qué hacer, salieran despedidos de las iglesias a tomar cualquier arma vieja con tal de defender sus vidas y sus haciendas de tamaño monstruo.

La situación se me agravó de tal modo que el obispo acabó por excomulgarme. Una excomunión en 1814 tenía el peso y la magnificencia de los poderes celestiales. En las misas, en las vísperas, en los rosarios, se dio la orden de la lectura de esa excomunion. Y la orden era de origen divino, luego había que cumplirla. Recorriendo los caminos que me acercaban a la capital, observaba con curiosidad el afán de los humildes por escaparse de mi presencia. Azorados, temblorosos, los pocos campesinos con quienes me encontré se persignaban sus frentes, arriscaban el hocico y con el entrecejo fruncido se atropellaban por alejarse de mí.

Por la sabana, fría y lluviosa, que me tocó recorrer, un aire de misterio se desprendía de los árboles. En ese aire se percibía el susurro de los rezos y el tintineo de las camándulas de las beatas que, en cada rincón de sus pueblucos o de sus capillas, rezaban piadosas y seguras de que sus oraciones detendrían al malo, al perverso, al Bolívar, que dizque era nada menos que un hijo de cabra parido por una mujer un domingo de resurrección. Su amito el cura se lo había contado.

El huracán del miedo galopó sin escalas por las serranías bogotanas. Se metió en los patios, en los zaguanes, en las sacristías, en los atrios, en las cocinas y en las cocineras, y se mostró resbaloso y ágil por todos los vericuetos para que también contaminara a los muleros y a sus compañeras, que, arrebujadas en sus pañolones, atisbaban, para ver si de pronto se les aparecía un caballo y un jinete y tras ellos un olor azufrado y penetrante.

Supe aprovechar ese miedo. Y lo aproveché. Mis mensajes a los sitiados fueron subiendo de tono a medida que fui tomando posiciones y caminos. Quise que se extendieran las consejas y le di la orden a los tambores que tocaran, despaciosos y broncos, en las noches y en los amaneceres. El miedo se debe digitalizar para hacernos a la criatura miedosa.

Los dos o tres encontrones que tuvieron mis tropas sellaron la resistencia de los bogotanos. Y a los pocos días, una comitiva compuesta de señoras y de caballeros me dio la bienvenida a la capital. Los bogotanos se adaptan mejor que nadie a las circunstancias. Combaten al enemigo, pero cuando ventean una derrota echan la casa por la ventana para que el adversario entre por las calles de su ciudad y sea recibido con galardones en las ventanas y sonrisas en los portones. Así ha sido y así será siempre.

No pude evitar que mis tropas saquearan algunas tiendas de chapetones. Mejor, para ser sincero, no lo quise evitar, a fin de echarle sal a la sopa de mi conquista y dar una pequeña muestra de mi diablura. Muestra necesaria y conveniente, dadas las condiciones de mis hombres y el estado de mi propia vanidad un poco ofendida, no mucho, escasamente lo necesario para dejarle mostrar las uñas.

A los pocos días de mi entrada, ya tenía arregladas las cuentas con la sociedad y con el clero. El obispo me mandó a pedir disculpas y me levantó la excomunión. Le envié un propio a don Camilo, comunicándole las nuevas y me imaginé ver su gesto, adusto y severo, tornarse satisfecho. Se había sacado un clavo por mi mano y eso para él era un tónico, un estimulante.

El humor bogotano subió a sus niveles de costumbre y muy pronto la confianza guio mis pasos, para entenderme sin ceremonias ni besamanos con los señores de la casa. Di la orden para que mis soldados se mantuvieran compuestos y juiciosos en sus cuarteles. La reprimenda ya estaba bien, sobraban las bravatas y los ademanes atrabiliarios. Contagiado por el ambiente de finura, pasé ratos de agradable esparcimiento en la sociedad capitalina. Y muchas veces solté la carcajada, cuando algún chusco me refería una anécdota, en la cual la lengua sápida del cachaco untaba de saliva y de burla al ricohombre, al orejón o al político de turno.

El pacto estaba cumplido por mi parte. Le tocaba, ahora, cumplir a don Camilo. Y lo cumplió. Se me autorizó para tomar a Santa Marta. El alivio de los bogotanos cuando salí de la ciudad se les notaba en

sus sonrisas melosas y en sus efusivos abrazos. Yo pienso que ese día descansaron mejor, se tomaron su chocolate con más anécdotas que las muy numerosas que poseían en su arsenal. La chispa y la jocosidad son buenas, pero empalagan. A mí me sucede con ellas, como con las mujeres melosas, me gustan de poquito a poquito.

Un problema menos es una seguridad más. El ambiente del páramo me estaba atosigando. Salir de él lo más rápidamente posible fueron mis intenciones. Mi política de abrir de par en par las puertas de la libertad continuaba en vigencia. Trabajosamente fui llevando a término mi nueva faena. Magdalena abajo, en constante guerrilla, desalojando los focos formados últimamente por los españoles en desbandada, fui avanzando con el pensamiento puesto en la toma de Santa Marta. En esa ciudad, se había reunido un fuerte contingente enemigo que se hacía indispensable destruirlo.

Mompós salió de nuevo a mi encuentro, con la blanca sonrisa de sus muros encalados y dramáticos. El ruido secular del viento, colándose por las rendijas de las ventanas y por el quicio de la puerta en mi estancia, prendió mis recuerdos en la mujer que meses antes fuera mía, en esta población. Los caprichos duran más que los amores. Quizás porque en ellos se encuentra incrustado la astilla de la vanidad. O talvez porque nos permiten darle el esquinazo a la rutina y fugarnos sin ella a otros sitios. Mi capricho por la Pepa aún estaba vivo. Lo mantenía en las cartas que nos cruzábamos y la viveza de esa mujer hasta en el papel se manifestaba. Entre la Pepa y Anita Lenoi existían muchas distancias. La Pepa, más mujer y menos dulce, se me entregaba con la complacencia del deseo compartido. Anita se me daba con la suavidad de su niñez. Mimosa y tierna me ofrecía su cuerpo y su belleza dadivosamente. En Mompós, la niebla de los sueños y de los deseos amorosos se me alzaron esta vez con rabia y con dolor, y Anita volvió a ser mía y volví a sentir entre mis manos la tibieza de sus muslos, la redondez de sus senos y el rico presente de su vientre joven y poderoso.

Los treinta días, que me vi obligado a permanecer en Mompós, inquietaron mis sentidos, hasta tal punto que tuve la seguridad de que algo se estaba tramando a mis espaldas. No fueron los ataques de

Castillo, quien en Cartagena arreciaba sus diatribas contra mí, los que me crearon este estado de alerta. No, fue un hosco y premeditado proceder por parte del gobierno federal el que irritó la espina de mi desconfianza. Cuanto parte, carta o mensaje fueron saliendo de mi pluma, así también fueron cayendo por parte de él en el olvido. Un poco tarde me di cuenta de que don Camilo y sus amigos querían dejarme en este pozo sin fondo. Estaban cumpliendo las escaramuzas del abandono. Mudos y reticentes, aprovechaban las distancias que nos separaban para darse el placer de dejarme saltar matones y apretar cinchas. Cartagena, con el coronel Castillo a la cabeza, insistía en mi retiro, en la separación de mi mando, en la tesis de mi extranjerismo. Castillo continuaba reburujando entre mis errores y fracasos para encontrar los más destacados y así poder presentar estos con la constancia de una gota de agua, terca y maula. El odio era el riñón de su vida. Bogotá se callaba, dejaba hacer, no daba respuestas claras, no acertaba a defenderme, pero tampoco se atrevía a combatirme. La dilación daba manotazos en el aire. Don Camilo estaba en su elemento y pude conocerlo mejor y no me arrepentí de mi alianza con él, puesto que cada contacto con un ser humano diferente fomenta nuestras experiencias.

Este sube y baja no me era desconocido. Resolví cortarlo por lo sano. Puse sitio a Cartagena y cometí el error de buscar una rápida victoria. Ninguna ciudad mejor construida para la defensa que Cartagena. No en vano los españoles habían gastado millones de doblones y millares de hombres para hacer de sus murallas y de sus cobertizos focos inexpugnables. Al decidirme por la guerra civil, estaba acortando caminos y pensé que la rapidez de mis movimientos descontrolaría a los cartageneros y los pondría a mi disposición. El error me cruzó la cara como un latigazo y me dejó una cicatriz abierta: la cicatriz de la impotencia. Y a más de esto, me hizo devolverme en el tiempo para dejarme igual que como en las épocas de Puerto Cabello. Es decir, sin respiro ni voluntad para encontrar soluciones. Encrucijada y oscuridad. Dos cuernos de una misma cabeza y dos cuernos que se afilaron sobre mis tendones abriéndome zanjas de dolor y de cólera. La guerra fría, insidiosa y letal de las habladurías, por un lado, y la guerra abierta, sin misterios por el otro. Decidido por ambas, al poco

rato me di de porrazos contra el muro de las lamentaciones. El enemigo no estaba detrás de las murallas cartageneras, estaba vivo, frío y mordedor junto a mí; estaba entre mis oficiales y soldados que me hostilizaban con su indiferencia estaba en esa atmósfera sofocante de la intriga, del aleteo incesante del chisme, manejado por la cofradía de los mediocres, confabulados en mi contra.

Quedé congelado como un pez en un pedazo de hielo. Las paredes que me rodeaban eran transparentes y podía observar lo que sucedía en mis contornos. Y lo peor del caso es que afianzaba mi incapacidad para enderezar los hombres y los acontecimientos. Un poco de desesperación y otro poco de ímpetu fue lo que me condujo al callejón sin salida del ataque a Cartagena. Esas mezclas de pocos se convirtieron en una amalgama de muchos. Y fue mucho, lo que padecí al querer mejorar mis condiciones y las condiciones de la Nueva Granada. Fue inútil mi interés y fueron vanos mis esfuerzos. La terquedad y el odio tienen la insistencia del verdadero amor. Razón por la cual estos sentimientos van aparejados. Las altas clases sociales de la Nueva Granada no me querían dejar pasar. Y esas altas clases se movían mezquinamente, para impedir mi avance. Semejaban una procesión de legos saturada de inciensos pero asfixiada por su misma humareda.

Castillo, además de pequeño, minúsculo y torpe, aderezaba su constitución con la ineficacia. En un civil, pasan desapercibidas estas negaciones en un militar, se muestran con tanto ahínco, que su propio volumen lo sanciona y lo hunde. Castillo se encerró detrás de las murallas y allí parió, la luminosa idea de envenenar los pozos de agua. Pomposa y abombada su mente, trasgredió todas las iniciativas de sus subalternos para imponer las suyas. En ese ajetreo de comadres, invirtió sus afanes, sin orden y sin concierto. Le propuse que nos reuniéramos para conversar. Se negó de plano. Le mandé la copia de mi renuncia ante el Congreso, poniéndole de presente las consecuencias que se desprenderían de nuestro pugilato: reconquista de la Nueva Granada y de Venezuela por parte de don Pablo Morillo y de su ejército. Su sordera y su mudez se hicieron patentes. Él no podía entender más allá de sus miserias y éstas lo cercaban con tanto ardor que era muy poca la capacidad de raciocinio que le dejaban libre.

El destino tiene, a veces, sus parecidos con las embestidas de un toro de lidia. Trepidantes y ciegas, esas cargas cuentan con el poder y la fuerza bruta más indestructible. Rompen alambradas y cercas con la facilidad con que un niño quiebra un lápiz en sus dedos. Y se sienten venir, igual que los ciclones, ruidosos y prepotentes, y nada se puede hacer para impedir su avasallamiento. Tentar el destino es osado. Tentarle la testuz es impresionante. Pero tentarle la testuz y sobarle los cachos es suicida. Suicidarme no estaba dentro de mis planes.

Recurrí a mi autodefensa: a mi renuncia. Las situaciones angustiosas se repiten como el eco. Y las situaciones angustiosas para mí se estaban repitiendo dentro de una cronología de precisión. ¿Qué más hacía yo en estas costas, con un ejército paralítico, un adversario felón y un futuro peligroso? Si mi insistencia demandaba quedarme, mi reflexión me ordenaba alejarme del lugar, donde un milagrero sólo podría ofrecer un espectáculo de circo. Milagrero yo no soy, artista del redondel tampoco, soy un hombre con el poder silencioso de la voluntad, colocado ante la pared de los hechos. Y ese hombre estaba harto, lleno hasta los topes de la porquería de los demás, fatigado de convivir con la basura, con la hediondez de la naturaleza humana, con el mal calor de sus enanos. Ese hombre tenía un deber consigo mismo: apretar el paso para alcanzar la cumbre. Y aquí en estas sabanas costeras, donde el espino y los cabros se daban todas las mañanas la bienvenida, nada se podía hacer que cruzarse de brazos o empuñar el bastón del peregrino una vez más.

Escogí el bastón del peregrino. En una nota al Congreso tildé por sus nombres y apellidos a los señores Castillo, Marimón, Juan Narváez, García Toledo, Amador y demás testaferros, que, en aras de una ley desconocida, me maniataban diariamente para evitarme cumplir mi deber de comandante de ese ejército. Les di los títulos que se merecían. Marimón, fraile sin principios, torció mis argumentos y los envolvió con la costra de los suyos para hacerlos perecer. Vana medida. La historia tiene que darme la razón. Me fío más de su juicio que de la opinión de ese grupo de rufianes que se me opusieron, torvos e inícuos. Ellos, a toda costa, pretendían mi destrucción, mi desaparición del horizonte americano y, con sus pretensiones, se quedaron dándole la

cara al porvenir para que él los pudiera ver arrugados y falsos, tal cual eran. La mano de los notables granadinos estaba en todo esto. La mano sudorosa de don Camilo y de sus secuaces se dejaba entrever en el amasijo de contradicciones y de pequeñeces que yo vivía. Partí para Jamaica. Y los colmillos de los cobardes y de los ineptos se hundieron en mi carne, me sindicaron de traidor. ¡Qué bien se sustrae la verdad para sostener la falacia, qué bien se usa de la navaja por incapacidad para manejar la espada, qué sustantivas las razones de esos próceres de pacotilla, que vieron en mi marcha una fuga, cuando han debido ver un retiro voluntario de mi persona para que el ambiente no siguiera envenenando mi sangre y obstruyendo mis arterias! ¿De qué me fugaba, si nada tenía que hacer? ¿Si ninguna responsabilidad pesaba sobre mis hombros? ¿Si la lucha criminal de hermanos contra hermanos yo no la había establecido? Se confunde la fuga con la repugnancia y esa sí la tenía yo limándome los labios, tornando sucia el agua de mis fuentes, acicateando el dolor de ver a esta patria trastornada por el odio de unos contra otros. Esa fue mi fuga: renuncié a la pequeñez.

Tengo el alma de un beduino, de un trashumante. El cambio y la movilidad afianzan en mí la seguridad de mi constitución interior. La rutina y la paz me matan. Me confundo con ellas y no sé sacarles partido. El sosiego es una tela de araña que se me prende pegajosa y me fastidia por completo. No sé qué hacer con mis manos, con mis piernas, con todo mi cuerpo cuando me veo forzado a guardar la quietud. Una tremenda vocación hacia el desplazamiento se hinca en mis raíces y las hace palpitar cuando se cumplen los ciclos vitales de mi dinamismo. Soy, existo, cuando me muevo, cuando camino, cuando hablo, cuando montado en un caballo o en una mula recorro las distancias sin cansancio y sin agotamiento. Soy, es decir, me encuentro, me tomo completo y me siento perfecto y ordenado. Soy, existo, cuando aparezco hoy en un lugar y mañana en otro y así sucesivamente.

La filosofía del andar es la mejor de todas. Pero andar es darse, entregarse, donarse sin exigencias ni contraprestaciones. Los caminos jamás están abiertos, hay que hacerlos, hay que abrir las trochas de los senderos para gozar de los paisajes y de los colores, hay que trepanar el monte para encontrar el árbol que nos deje el gozo de su corteza y de

de sus resinas. El camino es uno, uno mismo. Se sueña caminando, se sueña atravesando el mundo para someter el espíritu a la unción de los aceites cósmicos. Eso es vida, lo demás es muerte y seguridad. Dos conceptos antivitales.

Simón de 10 años, Simón de 20 años, Simón de 30 años, y el Simón de los Simones, el de los 32 años. Un espejo cuarteado y sucio me dio mi imagen. Hacía tiempo que no me detenía en mi cara. Me había acostumbrado tanto a saber o a creer que me conocía, que me sorprendió verme. Alta y ancha la frente, las arrugas le cruzaban de sien a sien. Crespo y cenizo el cabello se me apretaba sobre mi cráneo. Mis orejas pequeñas con largas lóbulos fundaban en torno a mis mejillas un contraste. Mis cejas finas y alargadas mantenían bajo su vigilancia a mis ojos negros y circundados de una pata de gallina prematura. El final de este rostro lo remataban una boca triste y un mentón agresivo y empujador que terminaba de darle un cortejo de ansiedad.

Simón de los Simones, a los 32 años era un hombre feo. Tenía la fealdad del macho. Me parecía que cada una de mis líneas había sido trazadas con un punzón. Dentelladas de luz se asomaban por la geometría de esa faz. Y me detuve en seco, para no ponerme a detallar esa cara, cercana y lejana, que estaba manoseando como si fuera la de un extraño. Cuando nos detenemos a contemplarnos, somos unos forasteros en un cuerpo apenas conocido. Somos unos transeúntes que en cada amanecer o en cada atardecer dejamos algo nuestro. No nos pertenecemos, pertenecemos a los que nos aman. Ellos sí pueden dar explicación sobre nosotros mismos. Lo que hacemos, lo que deseamos, lo que amamos, se nos queda regado en los poros y en las coyunturas. Cada día que transcurre nos alejamos más de nosotros mismos y solamente nos volvemos a dar la mano cuando ya es tarde para volver a comenzar con este instrumento que llamamos cuerpo.

Es raro y un tanto demoníaco el que los estados de quietud me lleven a los ensueños. Yo había creído que soñar era una conclusión dolorosa del final de un acto. Y en Jamaica, sentí por primera vez que la soledad y la horfandad son sueños gratos, a la vez que odiados y amados por el espíritu.

Treinta y dos años a cuestas sin haber hecho nada efectivo son una carga. Un costal repleto de cal y de arena sobre nuestros hombros. En Jamaica, me salvé de pedir limosna porque los que apenas nos conocen adivinan la necesidad en nuestra mirada. Los extraños me salvaron de morirme de hambre. Llegué a la isla sin un centavo, sin una muda de ropa. Desembarqué en un puerto donde el sol soltaba relámpagos y la tempestad claveteaba sus aguas. Negros y mulatos arrastraban sus piernas por unas calles sucias. Tiendas, alaridos, prostitutas, mercaderes, empataban las horas con la grosería de sus gestos y de sus exclamaciones. El mar acolchonaba los ruidos de ese mercado con su boca múltiple y sus cachetes estremecidos. Jamaica se hincó en mis costados con el dolor del náufrago. Y me puso de rodillas y aflojó mis corvas y amarró mis ijares a una atmósfera tensionada de color y de algarabía. Acostumbrado a la luz de Caracas, se me achicaron las pupilas una vez que penetré en ese puerto.

En una casa de huéspedes, que ni hotel era, encontré a una francesa que me dio posada, no sin antes darme una ojeada de hembra insatisfecha. En una alcoba, con cuatro hamacas, colgadas, me arrinconé como un perro trasquilado. Me arrinconé, no es otra la palabra, me metí en un rincón, en una esquina de la habitación. Quería huir de los centros, de la acción, encarcelarme en los extremos, en las orillas de las cosas y de las personas.

Pocas horas duró mi voluntaria reclusión. Me recupero con asombrosa facilidad. Me dejo descolgar al foso de las desesperanzas para salir de él fresco y nuevo. Deambulé conociendo la ciudad. Deambulé, sin que nadie me mostrara lo que mis ojos podían ver. Deambulé sin el cansancio de una compañía. Me empapé de soledad hasta los tuétanos y, una vez supersaturado de ella, me tomé el trabajo de encontrar con quien hablar.

Mi natural manera de ser se presta para lo espontáneo. De la misma manera que me sé aislar también tomo contacto con el mundo exterior, sin mayores traumas. Tenía que salir a flote y lo hice. Pero salí como el mundo no esperaba. Salí como yo quería salir. Armado de mi eterna amiga: la palabra. Sin partir del puerto, me salté el océano. Me

brinqué la empalizada de las expectativas, con una garrocha ideal: el pensamiento.

Papel y plumas. Antes que alimentos, tinta y arena. Frente al mar que me mordía los recuerdos, hice resucitar a un hombre que ya estaba muerto: a mí mismo. Me planté como un árbol ante mis congojas. Como un árbol que nunca fue semilla, sino que nació viejo, coposo, fuerte y vivo. Ese fue el trabajo que desarrollé conmigo. Esa fue la cirugía estética que le hice a mis entretelas. Ese fue mi triunfo y la derrota de los demás. Hablar y hablar en voz alta para que el universo me escuchara asombrado de mi capacidad de lucha. Bolívar, el derrotado, ponía condiciones para hacer de nuevo una América libre. Bolívar, el encadenado por los fracasos, se sostenía en el viento haciendo equilibrios sobre las ideas y enseñándole a la humanidad cuál debía ser su destino.

La Carta de Jamaica no fue una carta, fue un rugido de animal herido. América estaba libre. Ese fue mi primer planteamiento. Libre porque el pueblo así lo quería. Libre hasta la Patagonia. Libre con Chile y el Perú. Libre con el Ecuador en medio. Libre con la Nueva Granada, inflamada de conflictos internos, pero esforzándose por no perecer. Venezuela, Cuba y Puerto Rico se agregaron a mi muestrario con una admonición esperanzada y voluntariosa. España no estaba en condiciones de seguir amamantando a América. Su comercio y sus propias necesidades se lo impedían. Las naciones restantes, del mundo entero, tenían que dar su voto de confianza a este conglomerado de seres que no era ni de blancos ni de negros, sino una mezcla caótica de sangre con intereses personales y únicos en el resto del universo. Nuestra individualidad consistía en que teníamos problemas de una entidad tan personal, que, si no se resolvían con inteligencia, complicarían las ruedas del destino mundial. Podíamos gobernarnos con unas leyes que tendieran a dejar a salvo la autoridad y la competencia social. Esas leyes debían ser fuertes, inviolables, sanas. Pervertidos como nos encontrábamos por cuatrocientos años de esclavitud, no podíamos saltar al vacío de las repúblicas o de las democracias de un solo salto. Nuestra transformación tenía que ser paulatina y acomodada a las circunstancias que rodeaban nuestra paupérrima economía. La Carta de

Jamaica no fue nada más ni nada menos que la segunda parte del Manifiesto de Cartagena. Amplié en ella la crítica al gobierno peninsular y anuncié una nueva etapa para las generaciones venideras, para aquellas generaciones que tuvieran él valor de someterse a una formación y a una cultura propias.

Pedí ayuda a los gobiernos de buena voluntad para que se acordaran de este alumbramiento. Y senté, de una vez por todas, la necesidad de un gobierno estable y elitista, que contuviera, por unos años más, el desmoronamiento de ésta apenas naciente civilización. Sólo este tipo de gobierno estaría en capacidad de evitarle a los americanos las revoluciones, los demagogos, la anarquía, la guerra entre los caciques. Pedí también, libertad, pero con licencia. Autoridad sin abuso y un presidente elegido de por vida. La voluntad popular estaba representada por dos cuerpos colegiados: Cámara y Senado. Hereditario el uno y elegible popularmente el otro. Y terminé profetizando el destino poderoso de los pueblos así formados.

Si me equivoqué o no, eso lo dirá la posteridad. Me movió a formular estas profecías la corazonada de que, dentro de cien o doscientos años, las fronteras de todos los países deberían estar abiertas a estas políticas. Entiendo que la Carta de Jamaica puede ser apenas un enunciado filosófico y político, escrito con vehemencia. Le doy la importancia de los documentos arrancados del alma de los hombres, cuando las épocas de transformación aún no están maduras. Presiento que las naciones americanas pueden darse la mano a través de estas líneas y por intermedio de estos pensamientos. Aspiro a que muerto yo mi pensamiento florezca por encima de las cumbres andinas y vaya más allá de las montañas brasileñas y de las costas chilenas y argentinas. Mi voz tendrá la condición primaria de una voz de alerta para las necesidades continentales. Su claridad y sus profecías pueden fallar, pero quedará, sin duda, la presión molecular de sus ambiciones, convertida con el paso del tiempo, en una flecha disparada contra el corazón de un mundo que debe desaparecer: el mundo del coloniaje, el mundo de la esclavitud, el mundo de la fuerza y del tormento. El mundo que quiso montar la indignidad de su conducta sobre las espaldas de millones de criaturas.

Repartí profusamente esta carta. Pedí prestado dineros para su envío. Semana tras semana, me di a la tarea de regar mis ideas por el mundo. Al primer ministro inglés, Ricardo Welesley, no le dejé momento libre con mis peticiones de ayuda y mis notas y mis recomendaciones. La campana del silencio me rodeó. Sin noticias y sin esperanzas de nada me di a la conquista de Julia Krober, muchacha dominicana, atractiva y locuaz. El amor, una vez más, me salvó milagrosamente de un atentado contra mi persona. Un negro esclavo apuñaleó, confundiéndola conmigo, a otra persona. Esa noche yo me encontraba en la alcoba de mi nuevo cariño. Ningún presentimiento turbó mi placer. A la madrugada, un amigo golpeó discretamente en la ventana del cuarto donde yo estaba y me comunicó el suceso. Me alcé de hombros, indiferente y aletargado a cuanto pudiera acontecerme. El atentado me sirvió para conseguir unos dineros prestados. La misericordia mueve las montañas y afloja las bolsas de los avaros. Al caído, no se le socorre sino cuando inspira lástima. Y, en mi caso, yo estaba bordeando los terrenos de la compasión.

A todas éstas, me llegó una carta de Cartagena, en la cual se me nombraba comandante en jefe de esa ciudad. Morillo, le había puesto sitio. Mis enemigos, ahora con Bermúdez al frente, se opusieron a que se me llamara de urgencia. Sin embargo, primó el concepto de las mayorías y de ahí el nombramiento y la misiva. Como pude, conseguí pasaje, en un barco rumbo a Cartagena. El bloqueo español estaba en todo su apogeo. El barco en que yo navegaba dio virajes y contravueltas para escapar de la armada real y, al no poder hacerlo, se enrumbó hacia Haití. En esas playas supe de la caída de Cartagena. Las patrias bobas comenzaban a desmadejarse.

Alejandro Petión, presidente, en ese entonces, de Haití, se tornó mi amigo y mi camarada. Su cariño y su disposición para oírme me hicieron tomar su confianza. Por las tardes, le relataba mi vida y mis aventuras. El, atento, me escuchaba. Poco a poco se fue interesando en mis planes, hasta darme la seguridad de su ayuda. La única exigencia que me formuló se la cumplí con agrado, años más tarde: la libertad de los esclavos. Mandé llamar a todos mis amigos que se encontraban dispersos. El que llegó primero fue Mariño. Los americanos no pode-

mos funcionar sin juntas, son nuestra desgracia y nuestro último recurso de salvación. Cuando todo parece estar perdido en un gobierno o en una empresa, se convoca a una junta. Esa junta se reune, delibera o discute y acaba nombrando una comisión para que le saque las castañas del fuego al gobierno o a la empresa. Esa comisión se subdivide en varios comités y así sucesivamente hasta la eternidad. Las juntas operan dando bandazos y palos de ciego, hasta que alguien propone delegar los poderes en una sola persona. Se acepta la propuesta y se llama a la persona. La junta, en cuestión, recorrió los pasos enunciados y a mi nombre, para destinarme al comando de la empresa entre manos: la reconquista. Mariño, por unanimidad, quedó de segundo. Bryon, de almirante. Y un poco de desconocidos, franceses e italianos, de capitanes de buques. Bryon, como todos nosotros, tenía más de corsario que de otra cosa. Medio comerciante, medio soldado, medio aventurero, aventajaba a todos en la firmeza de su carácter. Se podía confiar en él. Y me confié. Y lo utilicé para que presionara a los demás refugiados y miembros de la junta, a fin de que me entregaran el rango de jefe. Dispendiosa tarea. Las mismas cabezas duras, de Piar, Bermúdez, Aury, Leandro Palacios, Zea y Mac-Gregor. Las mismas caras ambiciosas. Los mismos impulsos. Los mismos hombres con deseos de servir o de no servir. Bryon me sirvió de intermediario, de aglutinante, su autoridad no se podía desconocer, en virtud de que era el dueño de la flota. La junta, como hemos visto, cedió a sus instancias.

Los entretelones de esta obra teatral corrieron por mi cuenta y riesgo. Dejé, sin inmutarme, que las rivalidades dieran su clarinazo, y lo dieron. Bermúdez y Aury se unieron para rechazar mi comandancia. Petión me salvó, dándome su espaldarazo. La nave, La Constitución, que los descontentos me habían sustraído, me fue devuelta. Con no pocos contratiempos más, formé una fuerza de cerca de cuatrocientos hombres, en la cual más de cien ostentaban el grado de oficiales. A nadie se puede tener satisfecho sin ofrecerle una ganga, un cargo, una dignidad. Acepté que en la nave se embarcaran los familiares de los soldados, los perros, los gatos, los cocineros y los pinches. Más parecía La Constitución un arca de Noé que un barco de guerra. Nada sale perfecto. Si buscamos el perfeccionismo, es posible que nos quede-

mos sin conseguir la obra anhelada. Dar en la cabeza del clavo sin machucar un dedo es casi un imposible.

Un año me llevó la preparación de está jornada. Doce meses invertí en complacencias, en transacciones, en arreglos, en componendas de toda laya. La tela a veces se me descocía y yo pacientemente volví a tomar una aguja distinta, para que las puntadas no fueran iguales. Fue una labor casi manual la que me permitió darle remate a esta zarabanda. Y la hice con el desprendimiento más absoluto. La hice, sacrificando mis posturas orgullosas. La hice, a sabiendas que, de no hacerla, mi destino correría los vaivenes de una chalupa sin timonel.

Cinco meses de isla en isla. Recalábamos en un puerto, aprovisionábamos y seguíamos a otro. Al fin, en mayo, desembarcamos en la isla de La Margarita. Sorprendimos a dos buques españoles y anclamos en una bahía. Arismendi, un guerrillero de tomo y lomo, que luego llevó con sagacidad a don Pablo Morillo cuando éste desembarcó en esta misma isla, me ayudó fielmente.

Ha sido de rigor endilgarle a mis amigos leales toda clase de reproches y de epítetos, irrespetuosos y malévolos. Parece un contrasentido el que yo diga: amigos leales, no lo es. Hay amigos leales, así como también hay amigos desleales. También pueden existir los enemigos leales y los enemigos desleales. Amigo leal es aquél que durante la amistad mantiene una admiración irrevocable hacia nosotros y de ese mismo sentimiento se desprende su conducta recta y sin tacha. El amigo desleal es el resentido oculto que, sin dejar de estimarnos, procura que su resentimiento le de la oportunidad de sacarse la espina en contra nuestra, por medio de un detalle, de una charla, de un ademán. Arismendi no pudo proceder mejor. Cuando Morillo arribó a Margarita y lo indultó, él continuó siendo fiel a su conciencia revolucionaria. El Pacificador pudo perdonarlo, pero Arismendi no se comprometió con España con ese perdón. Limpió la isla de todos los españoles, los mandó a fusilar. Y esas muertes me permitieron desembarcar sin problemas como lo hice. Arismendi no tenía nada de tigre, nada de sanguinario, nada de traidor. Arismendi cumplió con su deber y su deber era el de serle fiel a su jefe: Simón Bolívar.

Desplegué mi actividad usual. En seis días más arribé a Carúpano. Rápidamente formé tres cuerpos, tres batallones y los bauticé con los gloriosos nombres de Girardot, Araure y Cumaná. Los hombres necesitan de banderas y de títulos. Parece raro, pero estos regimientos comenzaron a rivalizar entre sí, una vez que fueron crismados por mi mano. A Mariño y Piar los nombré comandantes de dos de estos batallones. Retuve la jefatura de uno de ellos, confiado en que los corsarios que nos acompañaban, me seguirían para atacar a las fuerzas españolas situadas a lo largo del Orinoco. Fallé otra vez. Mariño y Piar, obligados a mandarme refuerzos, se adentraron tierra adentro y se olvidaron de sus promesas. Ellos eran únicos y conmigo no los ligaba sino el resentimiento. Mis corsarios, insatisfechos por no haber encontrado botín a la mano, se mostraron renuentes a mis órdenes. Y la vieja obsesion de tomar a Caracas me asaltó impenitente.

Entiendo que, gran parte de mi vida, Caracas ha formado en mi interior un ensueño inalcanzable, y ese ensueño me ha atraído como un imán poderoso e invisible. He buscado con la conquista de esa ciudad la derrota de todos mis sinsabores y fracasos. Con la terquedad de un obseso, he vuelto a ella una y otra vez. En cambio de sostener mi primer pensamiento, o sea atacar por el Orinoco, volví ciento ochenta grados mi decisión y emprendí la toma de Caracas. En una carta a Arismendi le decía: "Es siempre grande intentar lo heroico". Eso no es verdad, la grandeza no radica en perseguir imposibles, la grandeza se afianza en la capacidad personal para llegar a ella. Muchas de mis palabras encierran un manto de disculpas y de autoperdones. Me escudo en ellas para cobijarme con anticipación a los reproches que me van a formular y me hinco en su parcela para conseguir la protección de sus tonos, un poco rimbombantes. Lo heroico de mi vida estaba por venir, no había motivo, pues, para seguir machucando sobre un hierro frío.

Insistí en mi error. De Ocumare envié a Soublette sobre Maracaibo. Lo derrotó Morales. Estoy en condiciones de ser sincero: he dicho que los caprichos duran más que los amores. Yo estaba encaprichado con una ciudad, Caracas, y con una mujer, Josefina Machado. Estos dos caprichos, en el fondo, formaban uno solo. Yo buscaba en Caracas y

en Josefina el amparo que nunca tuve. Fui la víctima de ternuras fallidas, de caricias negadas, de besos no entregados. Caracas y Josefina formaban un solo cuerpo y un solo deseo: encontrar calor, reconocimiento, admiración, vida. A Josefina hacia años que no la veía, me carteaba con ella, pero las cartas dejan un amargo sabor de distancia que no puede saciarse sino con la presencia del ser amado. La Pepa continuaba siendo mi capricho. La recogí cuando llegué a Carúpano. La recibí con gran pompa. Hice que mis oficiales le rindieran tributo. Me vestí el uniforme de general y lo lucí frente a ella. Hoy pienso que aún mi madurez por esas épocas estaba por verse. Se puede llegar a viejo pero el corazón no se arruga. Y no se arrugaba tampoco mi vanidad, al pavonearme frente a mi amada como un cadete estrenando equipo nuevo. La Pepa, inconscientemente, me llevó a cambiar mi ruta inicial. Ella no tenía la culpa de nada y nunca la tuvo. El responsable de mis actos fui yo, y nadie más. Lo heroico para mí estaba ligado al amor a Caracas y al amor a Josefina. Y a ese amor tenía que deslumbrarlo. Y qué mejor, para eso, que las grandes acciones.

El desastre de Ocumare fue total. Estuvo a punto de costarme la vida, porque en esas playas quise terminar con mi existencia disparándome un pistoletazo. Me enredé en todo. Procedí como un sonámbulo. Aquí estoy de cuerpo entero reconociendo mis errores y mis pecados, mostrándole al mundo que un ser de carne, sangre, hueso y vanidad puede equivocarse. Y, más aún, debe equivocarse.

El valor es la superacion del miedo. Y aquél que sostenga que el miedo no ha cubierto su piel en alguna ocasión es un mentiroso y como tal debe ser tratado. Lo singular del caso de Ocumare es que yo no puedo confesar que tuve miedo. Miedo es, en el fondo perder algo: la vida, la honra, el amor, el dinero, toda esa caravana de vaciedades que nos acercan a la muerte. Eso es miedo. Hoy, con la serenidad que me da la distancia y a sabiendas de que mi vida se acerca a su final, sigo sosteniendo que en Ocumare yo no tuve miedo. Me sucedió algo especial, algo que les pasa a los hombres cuando en su interior se les acumula una carga de factores negativos, que los va oprimiendo y va fundiendo sus resistencias y sus propias definiciones y principios. Era impresionante el número de cargas que impiadosamente se tendía, sobre

mí. En menos de tres años, todas las desgracias me habían pasado. Del calor del triunfo al frío de la derrota, transité como un loco en un espacio de tiempo corto, pequeño. Y ese tránsito, tan crudo, tan rápido, me produjo ese día un desgarramiento súbito, al encontrarme con otra derrota más.

De general pasé a pirata. Dos meses dando aletazos en el mar Caribe. De isla en isla. Necesitaba víveres y tenía que atrapar los barcos que se pusieran a mi vista. Conseguí una presa y esa presa me permitió llegar a la Güiria.

Yo creo en la reencarnación. Y creo porque lo que me sucedio en la Güiria ya me habia sucedido antes. ¡Antes, sí! El mismo día de mi llegada a ese lugar, en el momento de embarcarme en la canoa que me llevaba a la costa, supe que a menos de doscientos metros me esperaban para matarme mis amigos desleales. Probé con toda serenidad si mi espada salía con facilidad de la vaina y examiné mis pistolas para saber si estaban cargadas. En efecto, encontré unos amotinados, unos subalternos insubordinados, unos cofres exaltados y violentos que vomitaban por las bocas de Bermúdez y de Mariño toda suerte de blasfemias y de injurias contra mi persona. Estos cafres no me dieron campo de hablar, de entrar en diálogo. Me repelieron casi inmediatamente que puse el pie en la arena de la playa. Y esto, me hizo pensar que el acto estaba montado previamente que lo que se quería propiciar era la exaltación de mi carácter y así poder ellos adelantarse a mi violencia y darme muerte. Bermúdez desnudó su espada. Yo desnudé la mía y lo miré de frente, a los ojos. Dicen que mis pupilas tienen una fuerza poderosa. Y esa fuerza se acumula en ellas, y que, cuando me asalta la furia, algo del demonio que me acompaña surge imperativo en sus fulgores. Bermúdez bajó la hoja. Yo no bajé la mía, la mantuve alerta. Sin una mueca, sin un reproche, sin un ademán de súplica o de rencor, volví a la chalupa que me había traído y me embarqué.

Mi historia continuaba repitiéndose. En lugar de unir, desunía. Bueno era saberlo para ponerle las enmiendas necesarias en el futuro. La suerte estaba echada en relación con Venezuela. Las fuerzas divididas, entre mi persona, por un lado y, por el otro, Mariño, Piar, Bermúdez y

los demás que los seguían. ¡Qué perspectivas tan halagadoras! Guerra civil al fondo. Y el ejército español arrollándolo todo.

Arismendi me ofreció refugio en su isla Juan Griego. Allí recalé. A la mañana siguiente de mi llegada ya tenía redactada otra renuncia, otra abdicación, otra proclama y una exigencia: formar inmediatamente un Congreso. Congreso que tiene que ser el único que puede juzgar mis actos. Distribuí el documento y zarpé para Haití.

Caos, caos por todos los lados. Venezuela, ya hemos visto cómo quedó. Nueva Granada, invadida por el Pacificador, iba entregando sus ciudades y sus hombres, para que, a las primeras, las ocuparan los ejércitos españoles y a los segundos los subieran a los cadalzos. La fuga de los prohombres granadinos comienza con Camilo Torres. No lo culpo, pero sí lo juzgo. Camilo Torres, coincidiendo con la llegada de Morillo, fue nombrado presidente de la Nueva Granada. Renunció espectacularmente. Caso insólito en Bogotá. Puesto frente a sus electores, botó su bastón de mando al suelo y se revolvió furioso porque consideraba que él no era el hombre indicado para el momento. Su humildad excesiva tuvo mucho de sospechosa. Apresuradamente viajó a Popayán donde sus parientes ricos. Parientes vinculados estrechamente a la Corona española. El Pacificador lo mando decapitar. Sigue el desfile de los hombres. En Cachirí, Francisco de Paula Santander corre tanto y con tan mala fortuna que unos perdigones se le alojan en el culo y le dejan su marca de fábrica.

Bogotá recibió a Morillo con las campanas al viento, con las banderas en las ventanas, con las escarapelas de Fernando VII en los sombreros y con las mismas sonrisas que a mí me habían recibido, Morillo instaló el Consejo de Purificación y la época del terror vino a reemplazar mi guerra a muerte. José María Carbonell lo colgaron de una soga. Un letrero, que le atraviesa el pecho, dice: Traidor. Castillo en Cartagena, jadeante en su mediocridad, jura y perjura que el odio hacia mí era una manera de combatir la revolución y de atacar al rey. Se arrastra ante sus jueces y se vuelve mierda, tratando de justificarse. Castillo es ajusticiado. Vicente Azuero ofrece, protesta y jura ante Dios su fidelidad por Fernando VII. Es absuelto y se le deja litigar en la ciudad.

No revisemos más la nómina de los próceres porque, de pronto, vamos a suscitar el rencor de las familias de los notables. Dejémoslos descansar en paz. Morillo, paradójicamente conocido con el nombre de el Pacificador, rompe los tímpanos de granadinos con el estruendo de las descargas de sus fusiles sobre los corazones de miles de ellos. Era su forma de pacificar.

Las patrias bobas de Venezuela y de la Nueva Granada murieron. España estaba otra vez montada sobre los Andes, triunfalista y apabullante. Mis derrotas se debían a la misma revolución y a los mismos revolucionarios. Mi destino me indicaba que debía perseverar. Y así lo hice. Frente al mar, en Haití, comencé a preparar mi tercera o cuarta o quinta salida. Ya se me ha olvidado cuál era el número que le correspondía a este nuevo intento quijotesco.

Capítulo VII

Quien aspire a mandar y a manejar a los hombres no puede ser rencoroso ni vengativo. Esa actitud mental le traerá consecuencias funestas. No sólo lo dejara paralítico interiormente, sino que exteriormente le dará un aspecto fosco y hostil. Alimentar rencores es criar víboras. Estos rencores se enroscan en la conciencia, y enturbian la visión y anulan la fluidez del pensamiento. Es absurdo querer dominar si antes no nos dominamos.

Mi exilio dejó sus frutos benéficos. MacGregor, un escocés violento y valiente, sin Dios y sin ley, vinculado a la causa de la independencia, llevó a término durante mi ausencia una campaña de admirables logros. Con un puñado de hombres recorrió en un mes cerca de mil kilómetros, enfrentándose a enemigos mucho más poderosos. Se tomó a Barcelona y colocó una cabeza de puente que Mariño tuvo que auxiliarla. Entre Mariño y MacGregor derrotaron a Morales. Los cuatro hombres clave en esas circunstancias fueron: Piar, Bermúdez, Mariño y MacGregor. Ellos siguieron a pie juntillas los planes que yo no había podido realizar. Los siguieron con éxito y con algo más importante: sin la manea del jefe máximo. Ellos se identificaron con la situación y la superaron con creces. Ellos me fueron fieles al quererme ser infieles. Y me entregaron, a mi regreso de Haití, una tarea realizada y una serie de campos conquistados, favorables a mis designios.

Capté la onda y me puse, como siempre, por encima de las pequeñeces. Los adulé. Sí, esa es la palabra. Los adulé porque me convenía adularlos. Por carta, personalmente, por intermedio de terceros, les presenté en público y en privado mi reconocimiento y mis aplausos a

sus méritos. Y al acercarlos a mi persona adelantaba la teoría de que, en los hombres, la adulación los desmenuza, los minimiza, los acobarda, para tomar determinaciones contra aquella persona o personas que los envuelven en esos inciensos y en esas mirras. Esa es la naturaleza humana. Y a esa naturaleza se le tiene que aprovechar hasta el máximo, lo demás es torpeza y desconocimiento total de lo que somos. Mientras les pasaba la mano por sus lomos para calmarlos y descongestionarlos, usé mi arsenal completo de manifiestos y de proclamas. Ante el mundo, mi imagen tenía que continuar como venía, es decir, con suficiencia y con altura. Acentué la necesidad de un Congreso, porque así dejaba en limpio los ataques a mi autoritarismo y a mis ansias de dictadura. La ley es un emplasto de tres letras que tiene la magia de abrir la conciencia popular hacia el horizonte de nadie. La ley desbarata las intenciones personales y las pone en la cumbre de una montaña: la Constitución. La ley es el cauce para que las corrientes subterráneas del poder y de la gloria se confundan con el desinterés y el ánimo de servicio a la colectividad. Amparado en la ley, yo nada tendría que temer. Escudado en sus trincheras, dejé que mis enemigos siguieran formulándose acusaciones y reproches. Yo estaba a salvo. La ley estaba en mis manos.

Por esas épocas, supe de la vida y milagros de José Antonio Páez. Páez, digno rival de Boves y de Antoñazas, era un magnífico guerrillero. Hay hombres con suerte y hay hombres sin suerte. La inteligencia en los verdaderos generales radica en la escogencia de los subalternos. En aquellos subalternos que tienen suerte. En mis maniobras intelectuales escogía a Páez para que, en unión con mis rivales venezolanos, siguiera golpeando los flancos españoles y no les diera descanso. Los hostilizara en grado tal que, desesperados y acicateados por esa situación, resolvieran abandonar los territorios ocupados y dejarnos como amos y señores de nuestros propios movimientos.

Todo este plan lo di a la publicidad por cartas y por órdenes. Y todo este plan se lo fui comunicando a Piar, a Bermúdez, a Mariño y a Páez. Dándoles la más completa independencia para que actuaran, como se les antojara. El plan solamente trazaba a grandes rasgos las ideas fundamentales del mismo, sin intervenir para nada en los detalles de ajustamiento, los cuales se los dejé a mis subalternos para que ellos

los desarrollaran libremente. Es decir, dejé sus fuerzas personales intactas, no las toqué; disminuí la tensión que ellas pudieran ejercer sobre mi cabeza y sin que ellos mismos se dieran cuenta, los puse a rivalizar unos contra otros, pero obligándolos a mantener su mirada fija sobre su capitán general.

Estaba absolutamente convencido de que si yo me colocaba de trompo de poner entre las rencillas de mis propios capitanes, las heridas que podría causarme esa situación serían incurables. Era la primera vez que contaba con verdaderos militares y dependía del trato que yo les diera a ellos, su duración bajo mis banderas y su vinculación hacia las ideas de la libertad. El camino hacia el porvenir me lo estaban abriendo mis tenientes. Piar, magnífico en su ardentía, le estaba ofreciendo sus esfuerzos al frente del río Orinoco. Su independencia y hasta su rebeldía estaban dando los resultados que yo buscaba: que se separara de la tutela de Mariño y de Bermúdez. Y se hiciera una órbita aparte. Unidos, Piar, Mariño, Bermúdez y MacGregor, en una unión absoluta y leal, formarían contra mí un frente indestructible en tanto que así, como se estaban portando, su vulnerabilidad estaba más cerca a mis poderes personales. El talón de Aquiles de cualquiera de ellos se encontraba a mi alcance. Cuanto más vanidoso es un hombre, más fácil es dar a tierra con él. Piar no pensaba rendirle cuentas a Mariño, ni Mariño a Bermúdez, ni Bermúdez a nadie, ni MacGregor a ninguno de los tres. Por ese entonces, los cuatro reyes, como yo los titulaba, no estaban en el plan de inclinarse frente a mi mando, pero me examinaban, con los ojos abiertos de par en par, el comportamiento de los otros, para criticarlo o para superarlo.

En la batalla de Clarines fui derrotado. El rosario de mis derrotas continuaba aumentando sus cuentas. Mi lucha persistía. Ella ya no se sentaba tanto en los españoles, sino que tendía sus redes hacia mis otros rivales. Seiscientos hombres, escasos, estaban bajo mi mando. Una cantidad irrisoria, casi ridícula. Pero estaban bajo mis órdenes y los hice valer. Cada uno de estos hombres constituía una pieza de ajedrez en mis manos. Alfiles, peones, torres y caballos se apresuraban para dejarse poner y sustituir, de acuerdo con mi voluntad. Convoqué a mis iguales, porque me di cuenta de que yo apenas era uno de tantos

que estaban luchando contra un enemigo común. Los llamé a todos y les monté ante mis ojos la urgencia de agruparnos sin distinciones y sin niveles. Piar y MacGregor, en lugar de contestarme, se lanzaron solos a desalojar a los españoles en el Orinoco. Les faltaban, para esa labor, hombres, vituallas y equipos, sin embargo, lo hicieron y, de paso, desconocieron mi voz. Me hice el desentendido y en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Barcelona reuní todas las armas y hombres que me quedaban. Tenía que lanzarme a fondo, ya nada más podía perder, mi suerte, como la de los jugadores de dados, estaba en esta parada. O todo o nada. Los españoles entraron a Barcelona, encontraron la ciudad desocupada y dejaron pasar por alto el hecho de que en el convento de San Francisco mis fuerzas estuvieran congregadas. Varios días se dedicaron al saqueo y huyeron. ¿Qué había pasado? Mariño y Bermúdez avanzaban a marchas forzadas hacia Barcelona y querían tomar al enemigo, cuando éste se encontrara ocupado en el pillaje. Los espías españoles les comunicaron ese avance y ellos salieron rápidamente de la ciudad, para no embotellarse.

¿Triunfo, derrota, salvación, dados cargados? Un cúmulo de elementos dan un resultado simple: la unidad. Mi abrazo a estos dos jefes y mi frase de libertadores del libertador los desarmó por completo. Mis demostraciones de afecto no las esperaban. Esperaban a un malacaroso general rumiando su rencor y ocultando su derrota, mal que bien. Pasé por alto las conveniencias y les salí al encuentro. Sin esperar que se me entregaran, me entregué. Bermúdez y Mariño se quedaron sorprendidos, se volvieron a mirar y como si se hubieran puesto de acuerdo previamente. Soltaron un grito: viva América libre. Estuvo bien esa salida. América no podía ser libre sino por mí.

Es indispensable establecer el contacto personal y directo con los subalternos. Sin él, se rompe cualquier intento de mantener la autoridad. A un jefe hay que hacerlo sentir jefe y nada más apropiado que darle en público sus distinciones y sus reconocimientos. La tropa tiene que estar bien enterada de quién manda y quién obedece. Mariño y Bermúdez se quedaron cuidando a Barcelona. Yo, con unos pocos oficiales y un batallón de soldados, me dediqué a buscar a Piar. Lo quería tener cerca de mí. Sabía que no se podía escapar a mi persuación.

Si seguía entendiéndome con él a la distancia, vanos e inútiles hubieran sido todos mis métodos y mis armas de acercamiento. Piar poseía un orgullo furibundo, descomedido, aterrador. Su capacidad estaba sobre el tapete de los hechos y nadie podía dudar de su ardentía. Él lo sabía y sabía también que me estaba haciendo la vida insoportable con su permanente insubordinación. Además, yo no esperaba dominarlo. Esperaba entenderme con él y hacerle entender lo necesario que era el reconocimiento de mi autoridad. Conseguí lo que me proponía. Piar me juró fidelidad. Le acepté ese juramento y lo dejé al mando de sus unidades. Regresé a Barcelona para esperar el resultado lógico que se desprendería luego de mi diálogo con este magnífico militar. Una nueva insubordinación de Piar no tardó en presentarse.

El fuego nos quema los dedos cuando somos tan torpes de coger el tizón por el lado de la candela. Pero si lo tomamos por el otro extremo, a más de alumbrarnos, nos sirve de arma y de contraataque. Ya he dicho que el verdadero enemigo estaba en mis propias filas. Una calma apenas aparente entre mis rivales estaba conseguida. Y de las aguas mansas, líbrenos el Señor. El tire y afloje con Piar y con Mariño estaba por reventar, y reventó. La mala voluntad de estos sujetos los perjudicaba en todos sus actos. Cuando regresé a Barcelona, después de mi entrevista con Piar, Bermúdez y Soublette, los demás jefes estaban sobre ascuas en relación con el torpe y torvo proceder de Mariño para conmigo.

Mariño, en unión de Bryon y de Zea, cuando yo andaba por la Guayana, me organizó un congreso de mentirillas que me llamó a rendir cuentas. El pueblecito de Cariaco presenció una farsa de títeres. El pueblo vio en esa farsa la actitud de los irresponsables y la mano sucia de los desleales, y se mantuvo firme a mi lado. Me extrañaba que Bryon y Zea, mis amigos, se hubieran dejado arrastrar por las falsedades de Mariño. Mi extrañeza en materia de amistad tiene poca duración, me la cuido con la indiferencia o la amanso con la resignación.

La puñalada marranera de Mariño tendría su justa recompensar. Mientras tanto, mi objetivo inmediato, que era la Guayana, cayó con Angostura y las demás provincias aledañas. Este triunfo levantó la moral

de mis hombres. "Aleluya, aleluya", me dije para mi capote. Esta vez la suerte está variando. Esta vez, tengo algo entre manos que no puedo dejar pasar inadvertido: un reino propio, pequeño, pero de grandes proyecciones hacia el porvenir, el reino de mis profecías.

El Orinoco en mi poder era la puerta abierta a la Nueva Granada. El piso estaba firme bajo mis pies. De mis cuatro rivales, dos estaban en el redil, uno públicamente desautorizado, y éste se daba cuenta de la inutilidad de todas sus acciones para impedir mi ascenso. Me envió de padrino a José Antonio Sucre, un joven oficial venezolano que cada día se destacaba más. De mis rivales, pues, Piar era el único que se me estaba enfrentando. Piar estaba terminando su ciclo vital. Mes tras mes y año tras año, había venido soportando su empecinamiento y su arrogancia. El tono confidente, el regaño paternal, la carta tranquilizante, el emisario comprometedor, todas, todas estas medidas, las había venido soltando con la paciencia benedictina más asombrosa. Quería llenarme de razón. A mis lugartenientes más cercanos, pongamos el caso de Blanco, Piar los desautorizó groseramente. Los vilipendió, se mofó de su autoridad y yo permití esa andanada de su parte. Continuamente, le di la razon, cuando a otros, con la mitad de lo que él me hacía, los condenaba sin fórmula de juicio. Mi resistencia se derrumbó. El anzuelo que le venía preparando cayó por fin entre su boca. Piar lo mordió, y además se lo tragó entero. A continuación me pidió el retiro de su actividad militar. Pasé por alto su petición y le alabé su valor y su eficiencia dentro de las filas patriotas. Su soberbia no soportó más el caramelo a que yo lo tenía sometido, y de un solo tirón arrancó la brida de la cual estaba sujeto. Abierto en franca rebeldía, di la orden de que se le tomara preso, sin más consideraciones. Puse la máquina de mi voluntad a moler al señor general Piar. Y mi máquina lo molió con rapidez y con entereza.

Piar se escapó. Nombré a Sedeño para que lo persiguiera. Le di instrucciones precisas. Le di mi respaldo completo. Nada de imprudencias pero tampoco debilidades. Piar se refugió entre los soldados de Mariño y allí lo apresó Sedeño. Sin conversaciones previas le dio la orden de que se entregara y se volvió a los soldados para preguntarles si ellos eran fieles al general Piar o al general Bolívar. El grito de viva

Bolívar debió llenar de odio los oídos de Piar. Como un energúmeno se trepó sobre el primer caballo que encontró, se lanzó al galope, pero Sedeño se le anticipó y le cortó la fuga.

De ahí en adelante, procedí con calma, sin alteraciones, llenando los requisitos de ley requeridos para juzgar a un rebelde. A un rebelde ante mil ojos, a un rebelde por mil motivos, a un rebelde bellaco, porque no quiso aceptar mi mano. Corte marcial: consejo de guerra, fiscal y defensor. La ley me ha servido de instrumento para darles en la vena del gusto a todos aquellos que reniegan de mi autoridad. Y la ley, en este caso, se cumplió sin faltarle una coma ni sobrarle un punto. Piar fue condenado a la máxima pena: a morir fusilado. A morir como mueren los héroes, de pie y mirando a sus verdugos. Así, caballerosamente, le hice entrega a la eternidad de este mocetón, pretensioso y altivo que puso en duda mi fuerza y mi dominio.

Días antes, para cubrirme las espaldas, había dictado un Decreto por medio del cual a todos mis oficiales les entregaba haciendas y terrenos. Para mí no dispuse de nada. Ellos se merecían todo. Los estímulos económicos transforman la mente y aburguesan el alma. Son útiles, inmensamente útiles, y se les debe hacer cuando se avecinan acontecimientos desgraciados, que pueden hacer temblar los ánimos y descuadrar la balanza de la justicia en contra nuestra. Es bueno pensar con tiempo y no afligirse posteriormente de nuestra carencia de generosidad y de largueza.

Piar entregó su alma al Creador. Y la entregó como había vivido, con valor. Y yo lo lloré públicamente, y formulé mi condolencia por la pérdida que acababa de sufrir el ejército libertador. Mi dolor fue sincero. Me dolió y me duele aún su desaparición. Nada de lágrimas de cocodrilo. Dolor espontáneo, dolor puro y limpio, dolor de hombre maduro que tiene que adoptar una medida radical para evitar un mal mayor. Piar, para mí, no fue un hombre, fue un obstáculo que tenía que superar. Políticamente, su muerte quebró todas las resistencias dentro de mis oficiales. Las batallas se ganan por dentro. Si yo hubiera dejado que Piar continuara dando mal ejemplo con sus resistencias y sus oposiciones a mi autoridad, éstas eran las horas en que del

pobre general Bolívar quizás no hubiera quedado más sino un dulce y fácil recuerdo de olvidar.

Piar murió para salvar a otros. Entre ellos al general Mariño, quien aprendió la lección y se midió conmigo, de ahí en adelante, con las más exquisitas de las cortesías y de las obediencias. El fusilamiento de Piar fue bueno también para el resto de mis oficiales y de mis tropas. Se supo, con agrado o con desagrado, que al general Bolívar no le faltaba la berraquera de un Boves. Templé las riendas antes de que otros me las templaran a mí. Remedio drástico, en apariencia excesivo, en apariencia solamente, porque, si se detiene uno a estudiarlo con la debida objetividad, concluye en el refrán: A grandes males grandes remedios. Total, la paz reinó en mi reino.

En adelante mi voz se escuchó con más respeto. Se terminaron las divisiones y los chismes. Cada quien ocupó su sitio y esperó a que yo lo ratificara en él o lo cambiara de lugar. Mandé a Sucre a que acompañara a Mariño en el este. Sucre era también hijo de esas provincias y valía tanto o más que mi rival. Este mozo, en mi concepto, seguía cobrando importancia. Su seriedad, su meticulosidad, su organización personal, eran las mejores recomendaciones. Pocos, muy pocos hombres, he conocido tan estrictamente pulidos para el mando como Sucre.

Ni un gramo de rapacidad o de altanería se escapaba de su persona, todo en él confluía a su carácter despierto, pero aplomado, y todo en él se presentaba ordenado y compuesto, como si su dueño hubiera tenido tiempo para colocar en su sitio ademanes, palabras y conceptos. Sucre, desde que yo lo conocí, me puso en trance de admiración y créaseme que mi fuerte no ha sido ese. Con José Antonio, las cosas cambiaron y casi se invirtieron los papeles. Yo tenía mucho que aprender de ese madurísimo varón. Y lo aprendí. También le vi a él los perfiles de mi intuición y los rasgos de mi inteligencia. Sucre los supo aprovechar. Sin los desdenes de las torpes, que, cada vez que reciben una dádiva, se alzan de hombros como si ellos compensaran con su tontería la luz que se les entrega de improviso. El zafio se resiste a que lo eduquen. Mira como un escándalo y como una agresión la mano que lo conduce a buen puerto, y mira con hosquedad la orientación

que lava su tosquedad, sin exigirle nada distinto a que aprenda y sepa agradecer.

La arquitectura de la personalidad de Sucre tenía la perfección clásica. En su interior convergían las fuerzas de la ternura con las del aplomo. A veces, esa excesiva limpidez de su temperamento se prestaba para dudar de esa realidad y poner en tela de juicio su tranquilo despego, frente a las cosas de la vida. Sucre se salta fuera de lo común. Ese era su misterio. Y esa misma y airosa plenitud lo convertía en el objeto odiado, envidiado por la mayoría de sus amigos, y entre ellos me puedo contar yo, que también sufrí un poco de la envidia que suscitaban sus excelsas cualidades. Sucre era mejor militar que yo, y tuvo en su carrera triunfos que opacaron mi gloria, cuando su finalidad fue la de servir a la libertad sin entrar en competencia conmigo.

Sucre fue un catalizador en todas las ebulliciones de mi existencia. Le dio a mi amistad el respeto sin zalamería que ella necesitaba, y, cuando se veía obligado a decirme la verdad, me la decía con una convicción tan profunda de que lo que sostenía era cierto, que quizás al único que le pude creer y lo pude respetar fue a él. He conocido a muchos hombres, pero ninguno fue, a mi entender, la mitad de puro de lo que fue Sucre. Su pureza no era la gazmoña del impotente, no. En esas materias fue todo un hombre. Su pureza se combinaba con la seguridad de su talento y conformaba entre las dos un núcleo de poderosa consistencia y de respetable apariencia. Ni la ambición de los honores, ni el lucro, ni el amor, sacaba de quicio el natural sencillo de este personaje. Para mí tengo que Sucre se condenó a sí mismo por su exceso de virtudes.

Yo he seguido las huellas de la gloria con desafiante constancia, he cometido errores y he tenido que salvar a mi saliva de la amargura de las hieles. En mí, las generaciones futuras tendrán que ver a un ser atormentado por una sola idea, a un ser destinado por alguien superior a cumplir un cometido, a darle vuelco a una situación milenaria, a transformar un mundo donde la oscuridad y la miseria se repartían entre el noventa y nueve y medio de sus habitantes. He pecado por excesos, y mis excesos tienen que ser perdonados y aceptados y ad-

mitidos, porque ellos emanan de una raza, la raza americana, ardida de necesidades y mustia de urgencias. Yo tuve que ser así. Estaba escrito. Sucre, en cambio, no tenía por qué ser tan perfecto, y, sin embargo, persistió en esa perfección hasta su tumba. Mis enemigos y mis amigos, después de mi muerte, no estaban en condiciones de soportarlo. Por eso lo mataron, por eso lo asesinaron, por eso lo sacrificaron. Para no darle escape, ni salida, a su enorme atractivo personal y humano.

Este paréntesis, donde incrusto a Sucre, me es indispensable para que mi relato no quede trunco o deshilvanado. Y hubiera quedado así al mencionar, muy a la ligera, los trazos de esa personalidad sin mancha. En el curso de los capítulos siguientes, veremos como la presencia de Sucre vino a darme celos y bendiciones y como también la trama de la tragedia se cernió sobre su cabeza, sin que yo pudiera intervenir para apartar esta amenaza.

Cerrado el círculo de mis complicaciones, dentro de mis filas necesité anudar nuevos cordones a mi sandalia de peregrino. Para esto me encontraba ante la necesidad de tenderle mi mano a otro personaje, tan atractivo como Sucre pero mucho más complicado y audaz: José Antonio Páez. Los nombres son iguales, pero se diferencian en los apellidos, y la diferencia se agiganta cuando se conocen estos dos hombres. Páez era un Sucre nacido trescientos años atrás. Sorprendente la definición, pero es cierta. Trescientos años atrás, ponen a cualquier hombre en los terrenos de la época de la conquista en América y del feudalismo en Europa. El feudalismo no sólo fue un sistema estatal, sino también una forma de comportamiento humano. Así, pues, Páez, milimétricamente organizado en su constitución militar y en su constitución física para el mando, carecía de los refinamientos y de la cultura y de la educación que pulen y adornan y muchas veces distorsionan un bloque humano. Así como Sucre era de alma pura, Páez era puro cuerpo. La pureza de su cuerpo consistía en que su biología estaba hecha para imponer la ley del más fuerte. Músculos, órganos, vísceras, articulaciones y vellosidades, tenían en Páez un oficio directo e inmediato: el de darle a los instintos primarios una base de sustentación y una plataforma de despegue. Páez era el instinto en función diaria. Pero no se crea que ese instinto o esos instintos se encaminaban a darle

al hombre un mero control físico sobre las situaciones, no. Esa baraja de instintos imponía sus reglas y dictaba sus condiciones, aclimatándose al medio y a los hombres que subsistían dentro de ese medio.

Páez, además de poseer los reflejos rápidos y elásticos de la fiera, tenía también sus argucias y sus recursos de fuga y de ataque. Bajo de cuerpo, sólido de piernas, ancho de cuello, cuadrado de cara, los planos geométricos se sucedían en su figura sin curvas y sin retoques. El ojo, pequeño y vivo, se le ponía entre sus cejas ávido de imágenes como un mararay de color negro. La boca seca y ancha le acortaba más su nariz chata y lo sacaba de apuros para tragarse las palabras y dejarle a sus actos las dimensiones que él imponía. No sabía leer, ni escribir, ni tampoco le importaban esas pequeñeces. Luego, de algún tiempo, llenó esos requisitos y aprendió a leer y a escribir con cierta dificultad. Ignorante de todo, suplía esa magnífica ignorancia con la más maravillosa capacidad de captación que yo haya conocido. Nació, creció y padeció en un medio hecho a su imagen y semejanza: los llanos. Y ese medio le indicó qué debla aprender y qué no debía aprender. Desde pequeño, en cambio del lápiz, tomó la lanza, la sopesó entre sus brazos y la hizo una prolongación de su persona. Desde pequeño, tomó el rejo, en cambio de la cartilla, y ensayó su longitud, su resistencia, su aspereza, y lo hizo un dedo más de sus manos. Desde pequeño, tomó el caballo, en cambio del catecismo, y se montó en él y le puso sus piernas alrededor de sus ijares y lo hizo su silla, su cama, su hamaca. Se metió en sus crines, en la pelambrera de su pescuezo, en la dureza de sus cascos, en la babosidad de sus belfos y armó así la distribución de su figura para que se acomodara sobre los lomos de cualquier cuadrúpedo viviente. Satisfecho de entenderse con las cosas, con los objetos inanimados de sus llanos, volvió a mirar al llanero y copió centímetro a centímetro, sus gestos, sus andares, sus retozos sus silencios y no pensó en nada más que en volcarse íntegro en él.

Páez fue parido en parto violento por los llanos. Y se hizo hijo, padre, nieto y abuelo de la fauna y de la flora que lo viste. Impregnó su hablar con el dejo caído de esos aventureros y hasta el chicote que se fumaba de tarde en tarde, se le torcía entre su boca, igual que a los brujos de esos sitios.

Páez no le copió nada a Boves, porque nada tenía que copiarle. Se fundió naturalmente con los llanos, sin violentarse él y sin violentarlos a ellos. Boves, al fin y al cabo, era un extraño, un chapetón, un español desalmado y violento que, por las circunstancias, se vio en la necesidad de adaptarse a ese medio y se adaptó muy bien pero le faltaba la naturalidad de Páez, bisnieto de esta raza y además integrado a sus problemas y a sus veleidades. Páez no continuó la carrera de Boves, ni la suplantó. Fue él y nada más. Se impuso sin ser la sombra de nadie. Ese es su mérito.

Nos encontramos, frente a frente, en los primeros días de 1818. Tal cual me lo había imaginado, era el hombre, era Páez. No me decepcionó, al contrario, me dio esa sensación que padecemos cuando algo se nos redondea dentro de nuestra conciencia. Me comencé a adaptar a esa vida llanera, en la que Páez era un maestro. Y con él y con los suyos, atravesaba los ríos a nado y domaba los potros salvajes y saltaba por encima de ellos, indicando con mis proezas que estaba en igualdad con ellos y aun en mejores condiciones físicas. La mirada socarrona de los llaneros, en vista de mis proezas, se fue cambiando por una de complacencia y de hermandad. Si me hubiera contentado con ser un jefe, por el estilo de Miranda, de maneras atildadas y corteses, vestido de punta en blanco, la horda que acompañaba al caudillo no me hubiera seguido ni me hubiera respetado como lo hizo.

Entre el contacto con los hombres y el contacto con las realidades, fui estableciendo un modo de vivir que se adaptaba a esta república de nómadas. A la ciudad de Angostura la proclamé capital y creé un consejo de Estado que me permitiera doblar la esquina entre la ley y la autoridad militar, sin agacharme mucho. Juzgados municipales y autoridades menores le dieron vida y trascendencia a estas medidas. Y los habitantes de estas regiones vieron surgir, para su protección y la de sus intereses, a un cuerpo judicial homogéneo y descomplicado, que sin mucha aparatosidad les ofrecía seguridad a sus reclamos y amparo sus derechos. La jefatura, sin discusión, estaba en mi cabeza.

Hice inventario de lo que poseía y no me sentí defraudado. Jefe único: con un territorio como la Guayana en mi poder, sin rivales que

me preocuparan, fundador de una república un poco fantasma, pero convencida de su importancia y además con un futuro que se hacía a día más favorable, en virtud de que Morillo, cansado o despreocupado, me dejaba un amplio espacio geográfico para intentar la reconquista ya fuera de Caracas o de la Nueva Granada.

Caracas continuaba succionándome, continuaba atrayéndome. Mientras me decidía a reconquistarla o no, supe que gracias a los errores ajenos, mis posibilidades de triunfo se estaban remozando. Morillo se dejó llevar por su odio hacia Arismendi y, para no quedarse con ese rencor entre pecho y espalda, organizó una expedición contra la isla Margarita, expedición que le fue funesta. Cada victoria mía o cada derrota de Morillo me daba y le daba a mis hombres unos alientos extraordinarios. El deseo de triunfar no es más que una continua necesidad de superación. En la isla Margarita, los españoles sufrieron, de manos de cuatrocientos patriotas, una derrota contundente, y sus tropas, compuestas por más de tres mil hombres, se vieron diezmadas por la fiebre amarilla, el tifus y el paludismo.

Páez me asustaba, me desarmaba me dejaba sudoroso, luego de hablarle y de hacerlo por largos ratos. Páez es y era de una elementalidad que me ponía arrozudo. Nada le asombraba, nada le conmovía. Creí, cuando nos encontramos en Cañafistola, que mi marcha para llegar a él, de más de mil kilómetros por territorios desconocidos, con las dificultades diarias más absurdas, venciendo sabanas, ciénagas, ríos, le hubiera causado cierta, impresión favorable o desfavorable hacia mi persona. Nada de esto. El hombre era un muro de calicanto. Mis conversaciones íntimas con él, cuando le hablaba de mis proyectos americanistas y trataba de sacarlo de sus cuarteles parroquiales, para ponerlo y proyectarlo como yo quisiera, sobre este continente, lo dejaban frío. Una sonrisa cazurra le flotaba en los labios y me parecía que ni me olía, ni me entendía. Estaba ausente de mis preocupaciones. Porque mis preocupaciones no eran las suyas. Las suyas eran las cercanas, las inmediatas, las que tienen y tenían contacto con sus marrullerías. Páez terminó por asombrarme con su conducta. Él no estaba en mi atmósfera, estaba en la suya. Y al tratar de sacarlo de ella, sin herirme, me rechazaba. Mi asombro aumentó cuando lo pude ver en acción.

Aquellas cosas que yo me proponía ejercitar y las ejercitaba con cierta dificultad de mi parte, en él fluían naturales y sencillas. Se lanzaba al galope jinete en un potro con el dedo gordo del pie enlazado en el estribo, sosteniéndose milagrosamente, sin esfuerzos aparentes. Atravesaba de noche o de día un río por la parte más honda y tormentosa, con la simplicidad con que un niño toma un juguete y lo desbarata antes de que sus padres puedan intervenir. Acuchillaba o lanceaba a un prójimo sin mayores afanes y sin muestras de esfuerzo o de crueldad. Soportaba el hambre, la sed, el cansancio sin saber cómo. Comía lo que se le servía. Comía sin detenerse a observar la suciedad o la cocinera. Comía sin saborear la vianda, para sacarle sabor o jugo. Comía sin deglutir, simple y llanamente. Tomaba el ritmo de la vida con el frenesí incauto del adolescente que respira cuando sus pulmones le exigen hacerlo. Y se daba, eso si se daba, se entregaba hasta tal punto a sus tropas que con, 25 años que tenía, cuando yo lo conocí, sus llaneros le daban el cariñoso mote de tío Antonio.

José Antonio Páez me dejaba hablar y me dejaba hablarle sobre todo. Eso en él era una muestra de respeto para conmigo. Mis divagaciones nada le interesaban. Y tan poco le interesaban, que hacía caso omiso de mis proyectos y emprendía otros sin decirme nada. Para él, su patria estaba debajo de sus plantas, cercana siempre, sin entelequias, sin doctrinas que le interrumpieran su fácil digestión. Él, simplemente, se decía: "Esto es lo mío, porque nadie me lo puede quitar". Esa era la base de su filosofía. Con el tiempo se demostró que él tenía más razón que yo. Páez se concretó a dominar su propio solar: Venezuela. Y ese fue su éxito.

Pude reunir más de cuatro mil hombres bajo mi mando y emprendí otra incursión hacia Caracas. Escaramuzas movimientos, valor y angustia fueron los resultados de esta tanteante invasión. Con Morillo inauguramos una estrategia a la vez complicada y sencilla que consistía en perseguirnos y ser perseguidos, sin dejarnos pescar ninguno de los dos. Morillo estaba ya formado en estas lides y su segundo, Latorre, le llevaba la ventaja del conocimiento directo del terreno que pisaba. Nuestras derrotas y nuestras victorias cambiaban de mano mes a mes. Algunas veces, nosotros alcanzábamos ventajas y otras, ellos adquirían

las mismas, sin ninguna batalla que decidiera a fondo esta situación. En el Semen, nuestras dos fuerzas entablaron, esta vez sí, una verdadera batalla. Fuimos desbaratados. Mi poca artillería quedó en poder del enemigo. Mis infantes con los llaneros en medio, desbandados y en fuga. Yo salvé la vida a duras penas. Salí ileso y tuve consuelo. La noticia de que Morillo estaba mal herido de un lanzazo. A Morillo, el rey Fernando lo nombró Marqués de La Puerta. A mí se me enfriaron las verijas y se me enfriaron los que me seguían, además, de declararme en abierta fuga. Volví a quedar mano sobre mano.

El desastre ha sido siempre mi compañero. No me aterra su imagen. La conocía de cerca y sabía cómo tratarla. Desocupé hospitales, recluté niños y ancianos, desperté el entusiasmo de los retraídos, me las ingenié para darle a esa masa de llaneros una meta más cercana a sus apetitos: los saqueos. Y, valiéndome de todas las armas, las permitidas y las no permitidas, puse en alto mis banderas y emplacé mi campamento en el Rincón de los Toros, un sitio así llamado, porque allí los toros padre se reunían a deliberar bajo las estrellas.

Un capitán español de apellido Renovales quiso dar un golpe de mano contra mi persona y matarme o tomarme prisionero, si la suerte lo favorecía. Ni me tomó prisionero ni me mató. La suerte, esta vez, se puso de mi lado. Suerte o casualidad, escojo la casualidad, y la escojo porque no aspiro a convencer al mundo de que la casualidad es más cierta que nada. La casualidad me guio para que yo procediera a lanzarme al suelo antes de que la descarga de fusilería de los soldados de Renovales me atravesara de parte a parte. Mi amigo Francisco de Paula Santander conversaba conmigo, momentos antes del hecho. Yo estaba en la hamaca de un rancho cualquiera, meciéndome insistentemente y él se encontraba parado frente a mí. Terminó nuestra charla y Santander se alejó. La noche estaba entrando. Lo escuché retirarse y escuché también su pregunta en alta voz, al centinela, de cuál era la contraseña. Me quedó sonando eso de que Santander estuviera a esas horas preguntando el santo y seña. La respuesta se sucedió rápida y, en esa misma respuesta, instintivamente, me di cuenta de que ese alguien no pertenecía a nuestras filas. Dejé que me corriera el espasmo de la sorpresa por mi cuerpo y me lancé al suelo y me arrastré en la oscuridad hasta la

parte trasera del rancho. Una descarga cerrada sucedida casi al mismo tiempo con mis movimientos se oyó entre las tinieblas. Gritos exclamaciones. Corrí como loco sin saber exactamente hacia dónde. Otro intento más de asesinarme. Me agazapé debajo de unos troncos y me estuve allí largo rato. Al fin se prendieron unas antorchas y comenzaron a vocear mi nombre gentes que las reconocí como mías. Salí de mi escondite y me presenté ante ellas pidiendo a voz en cuello un caballo. Me lo facilitaron y sin más comprendí la fuga a través de la oscuridad. Por el camino se me reunieron algunos de mis oficiales. Sin armas, sin equipos y sin vituallas, nos dirigimos a Calabozo para darle fin a la celada. El año de 1818 terminaba y me encontró dándole el pecho a la nada. Y la nada es cero bajo cero.

¿Dónde estaba mi falla? ¿Dónde estaba mi equivocación? ¿Por qué me derrotaban las tropas españolas con esa facilidad tan asombrosa? ¿Mi equivocación estaba en mis oficiales? ¿En mis soldados? En algún lugar tenía que estar esta falla. Decidí que se encontraba en mis soldados. Desde hacía rato la idea de organizar con oficiales extranjeros mis tropas me rondaba la mente. Así se lo había comunicado a mi enviado plenipotenciario en Inglaterra, López Rega. Él la acogió y publicó en los periódicos unos avisos solicitando oficiales de todas las nacionalidades para que se enrolaran con pagas atractivas en mis filas. Llovieron propuestas y se presentaron miles de aventureros, vomitados del naufragio napoleónico, sin Dios ni ley, que esperaban hacer de esta América no mismo que de ella habían hecho los conquistadores. Hipesley, Campbel, Wilson, English, Skenne, Elson, Uslae, matizaron con sus desplantes y sus deslumbrantes uniformes los cuerpos de mis tropas. La idea descabellada en apariencia tuvo resultados sorpresivos. Anécdotas y consejas se desprendieron con la llegada de estos extranjeros y el hábito de la imitación llegó entre nosotros a tales extremos que José Antonio Páez se chifló por mandarse hacer unas guerreras de colorines y sus llaneros se volvieron locos por conseguir plumas de colores y penachos iguales a los que veían lucir a mis amigos de la Legión Extranjera.

La gran mayoría de estos oficiales de pacotilla, fatigados de los sufrimientos que tuvieron que soportar en estas tierras, y en vista de

que no les cumplían los compromisos en materia de dinero, se regresaron a sus puertos de partida. Por aquí se quedaron los verdaderamente bravos y cumplieron como los mejores sus oficios y sus deberes. Ayudaron a disciplinar a mis escuadras de harapientos reclutas, quienes no sabían cómo tomar el fusil ni cómo manejar la pistola.

Con un sujeto de estos me llevé una gran sorpresa. Wilson se llamaba mi hombre. Durante varios meses lo vi ufanarse, afanarse y moverse en esta barahúnda humana que me rodeaba. Se me hizo particular su gran actividad. Poco se acercaba a mi persona sino que vivía tertuliando con los oficiales de Páez y con el mismo Páez. Duré unas semanas sin volverlo a ver y supe de sus andanzas, por el carnaval que armó con un grupo de soldados y de sargentos, declarándose en abierta rebelión contra mi nombre y en abierta complacencia con el nombre de Páez. Páez, que no era ningún pendejo, me lo envió engrilletado en un acto muy suyo de socarronería para que yo lo castigara. Lo dejé libre y Wilson no se hizo repetir la frase. Huyó y se estableció en Inglaterra y hasta escribió un libro para denigrar de mi memoria.

De toda esta tropa de malabaristas y de mercenarios, muchos apellidos extranjeros, como Rocke, Perú de la Croix, O'leary, Fergusson, ilustrarán con sus hazañas su propio comportamiento. La Legión Extranjera me sirvió de mucho y, si tuve que recurrir a última hora a sus hombres para que me oficiaran de guardaespaldas y de consejeros, lo hice en vista de que ni los venezolanos, a excepcion de unos pocos, ni los granadinos, ni los peruanos, ni los ecuatorianos estaban en disposición de serme fieles y leales. Gajes del oficio y sobre todo de mi oficio, que, sin remordimientos ni quejas, los acepto. Mezclados los extranjeros con los nacionales supieron formar batallones con mejor disciplina. Unos con otros se tenían que enseñar alguna cosa, y la hermandad fue surgiendo con el correr de los meses sin que estallaran motines ni rebeliones. Hermanados en un esfuerzo común, soldados y oficiales de varias nacionalidades le dieron conmigo la vuelta a la América, contribuyeron a ofrecerle la libertad a cinco naciones y se mostraron generosos y violentos cuando así lo exigían las circunstancias. No todos los extranjeros que formaron parte de la Legión eran unos desconocidos sin pan ni tierra. La curiosidad o la gloria trajo por estos lados a un

Ypsilanti, a un Sobieski, sobrino de Kocciuzko, el héroe polaco, a un hijo de Daniel Oconnell. También vino con ellos una imprenta, que la utilicé para editar el periódico titulado *El Correo del Orinoco*.

En el centro de este remolino, estaba yo sumando, restando, multiplicando y dividiendo, apoyándome en las cuatro operaciones del alma para que esa potencia no se me quebrara como un vidrio de tantos y de tan crueles golpes como estaba recibiendo. Sereno por fuera y por dentro ardiendo. Frío en mi exterior y con las llamas del infierno en mi vientre. Con los labios apretados y los dientes unos contra otros, a fin de que quien me contemplara no viera nada más que un rostro tenso y no se pudiera percatar de que más allá, en los linderos de la carne con el espíritu, se me estaban llagando los campos de mi voluntad. ¿Qué tenía después de tantos años de lucha? ¿De qué era dueño? De un inmenso territorio, los llanos, despoblado y vacío como la palma de mis manos. De nada más. La América entera, regular, en poder de los españoles. Seguía la Colonia haciendo de las suyas entre mis hermanos de sangre y de raza. Seguía la niebla de la ignorancia apoyando sus muñones en este continente. ¿Quién le podía dar, diferente a Bolívar, la libertad? ¿Quién? Me preguntaba con desesperación y rabia ¿Quién estaba en capacidad de sufrir lo que yo había sufrido durante años y años?

Mis conquistas se reducían a un pedacito de tierra. Un pedacito de tierra repleta de envidias y de envidiosos, conflictiva, torpe, revoltosa, testaruda, complicada de males y de infecciones y renuente a mis voces, a mis exclamaciones, a mis súplicas, para que ordenara su conducta y se me entregara sin réplicas. Un pedacito de tierra, con una mesnada de hombres orgullosos y vanos que me veían con frialdad, porque yo no había nacido para enlazar terneros ni tumbar vacas ni castrar toros. Esa era mi desgracia: ser un harapo constelado de estrellas. Páez, Santander, Soublette, Mariño y las luminarias de segundo y de tercer orden se amangualaban en secreto para no dejarme caminar con paso libre. Y se amangualaban para dedicarse a la parcelita, el trocito de horizonte que les cabía entre los ojos, la brizna de luz que apenas se cuajaba en sus pupilas, porque si no mantenían esa parcelita, ese troci-

to, esa brizna, podían perder la vista y convertirse en ciegos y en inútiles fuera de sus diminutas propiedades.

Estando sumido en estos problemas aparentemente insolubles, me llegó la buena o mala noticia de que un general chileno, San Martín, en dos gloriosas batallas ganadas por él, Chacabuco y Maipú, había conseguido lo que yo durante tantos años no había podido conseguir. Alguien me- estaba pisando mis calcañales y esto no era posible. En mi intimidad, desfallecí. Y tuve que salir a galopar solo, horas y horas, para recuperarme del impacto. De modo, pues, que un San Martín, general o no, sabio o ignorante, alto o delgado, fuerte o débil, se me estaba adelantando. De modo, pues, que en el extremo de América, un señor afortunado me quería poner la zancadilla y tumbarme al suelo y pasar por encima de mí y darle su imagen a este continente. No aceptaba tal hecho. Pero, desgraciadamente, el hecho subsistía. No lo podía tapar con las manos y menos lo podía ignorar. Debía reconocerlo sin que nadie notara mi amargura.

Reflexioné largamente. Si seguía jugando, al gato y al ratón, con Morillo tenía para largo. Es posible que dentro de diez años, crecida la barba y blanqueado el pelo, Bolívar fuera el terror del Apure, el amo del Arauca y del Orinoco, una especie de cacique y de labriego, paternal para sus súbditos y violento para sus adversarios. Mis oficiales, por esas épocas, estarían muertos o esperando a que yo me muriera para reemplazarme en el solio llanero. Qué perspectiva tan idiota. A Páez no lo movía ni un cataclismo de sus llanos. Él estaba hecho para estos sitios y además estaba convencido de que muy pocos le podían dar el empujón, mientras contara con la lealtad de sus hombres. Ya, varias veces, me había dejado solo en mis incursiones sobre Caracas. Me había dejado solo con esa socarrona compostura que lo identificaba y que no me permitía hacerle reclamos. No le podía exigir más de lo que estaba dando. Páez estaba construido para el parroquialismo, sus fibras no abarcaban el mundo más allá de sus espuelas, de sus lanzas, de sus aparejos de caza. Su grandeza se aferraba con uñas y colmillos a este coto de caza: sus llanos. Los demás contaban poco. Quizás un Santander, quien, a medida que lo iba tratando y conociendo, me pare-

cía culto y comprensivo. Ojalá me diera el ancho de mis ambiciones. Estaba probándolo.

Santander me insistía en la invasión de la Nueva Granada. El tema, cuando me lo trató por primera vez, poco me gustó. Mi pensamiento, lo reconozco, estaba recortado. Su inmadurez se prendía de la posibilidad de darle a Venezuela su libertad, para después irradiar desde allí sobre toda la América. Mi miopía en ese aspecto, se sostenía lúcida y montaraz. No quería ver lo que otros estaban palpando y padeciendo por mi causa: la inutilidad de quedarme bloqueado en estas llanuras. Para fortuna mía, la claridad entró a mi mente. El pasado y el presente se ligaron para hacerme ver mi necedad. Santander estaba en lo cierto y no podía desaprovechar esa ocasión, quizás la única que se me ofrecía para dar el salto. Toda idea, para ser puesta en práctica, tiene que tener un proceso, una preparación. De la improvisación nada exitoso se consigue. La invasión a la Nueva Granada tenía sus bemoles y se necesitaba prepararla con paciencia. Si la exponía, entre los venezolanos, fracasaba, porque los venezolanos no se entendían con Santander y siendo Santander el autor de esa propuesta menos la aceptarían.

Mis proclamas, mis manifiestos, mis discursos, estaban cayendo en el vacío. Existía en ellos una falla y la tenía que subsanar. El error consistía en que yo hacía demasiado énfasis en la autoridad, en el autoritarismo, en la presidencia vitalicia, en el senado hereditario y en unos resortes constitucionales y normativos que amoscaban a las castas y a las clases dirigentes, por el temor de verse relegadas al olvido, una vez que se cumplieran mis objetivos. Ahí estaba el mal. Ahí, en ese punto neurálgico, se concentraban las resistencias contra mi persona. A la criollería mangoniadora no le cuadraban del todo mis planteamientos. Y no les cuadraba porque ellos no daban margen para que esa criollería pudiera emplear los puentes de la democracia. La democracia les volvía la boca agua. Sabían que con ese nombre el pueblo se dejaba manejar a su antojo. Ese nombre era la lámpara de Aladino, que, sin frotarla demasiado, hacía surgir los mejores genios del bien, para que los canales de la autoridad no se regaran por tierras diferentes a sus tierras. La democracia, en un pueblo de ignorantes y de analfabetas, era el bocado de cardenal más perseguido para ahuecar los estómagos de la

masa con las palabras vacías que de la democracia se desprenden. Estos pueblos americanos no estaban necesitados, ni lo están aún, de una libertad huera como es la del voto popular. Están necesitados de trabajo, de pan, de techo, de ciencia, de orden, de organización y de esas cosas que no les puede ofrecer la democracia, sino por intermedio de los lagartos y de los políticos, que embrutecen y embrutecerán a los negros, a los zambos, a los indios, a los mestizos, con sus falsas promesas plagadas de lugares comunes.

Pero mi error continuaba en pie. Si no lo arreglaba estaba perdido. Me seguirían haciendo el vacío como hasta el momento me lo habían hecho. Mucho ruido y pocas nueces, conseguiría en el porvenir si continuaba dejando a esta palabra, democracia, fuera de mi diccionario personal. Se imponía incluirla en mi lenguaje, en mi idioma. Y la ocasión la tenía servida en bandeja de plata. En mis preparativos para el lanzamiento de la idea de la invasión a la Nueva Granada estaban los de reunir en Angostura un congreso o un semicongreso que le diera al mundo las apariencias de mi legalidad, de mi academismo, de mi solemnidad. Eso es lo que el mundo espera de mí. Me puse de lleno a preparar este Congreso con toda la pompa. Soy un maestro en el arte de presentarme y de presentar las cosas que a mí me interesan. Conozco a fondo la naturaleza de mis conciudadanos y sé explotarla con tinos y con desvergüenzas. A los habitantes de este continente les place el boato.

Angostura era un pueblecito chico y remendado y lo único que tenía presentable en sus construcciones era el Concejo de Municipalidad. Ese salón de tapia pisada pero ancho y blanqueado me caía de perlas para reunir en él a los congresistas convocados. Llamo congresistas, un poco augustamente hablando, a las personas designadas por las provincias para este tipo de evento. Esas personas, las notables, claro está, no fueron el producto de la votación popular, porque las elecciones en tiempo de guerra son imposibles, fueron directamente nombradas por sus méritos personales. De modo, pues, que únicamente las provincias de Barinas, Caracas, Barcelona, Guayana y Margarita estaban representadas en este solemne acto. Al clero lo invité, para que asistiera de convidado de piedra, con sus mantos escarlatas y

vistosos y sus hábitos de color y de pompa. A los vecinos importantes de la población también.

Salí en una embarcación a recibir algunos de los honorables congresistas para darles más relevancia a sus personas. Desde el amanecer, coloque a un regimiento, divinamente armado y vestido, para que saludara a esos personajes con una salva de sus cuatro cañones, que eran los únicos que formaban mi artillería. Me uniformé también lo mejor que pude. Y me preparé para darle a mi discurso la tonalidad populista y republicana que me había faltado en mis anteriores piezas políticas.

Hay que partir de la base que yo he sido un creador de repúblicas sin que ellas hubieran comenzado por el mandato popular. Me bastó libertarlas del yugo español, enunciarlas y darles mi aliento e infundirles el soplo de vida que las identificara como tales. Por sí y ante mí, se han creado unas naciones que, luego de mi muerte, atravesaran épocas duras, pero, a la postre, se ajustarán a los principios democráticos que yo les quise dar. Y que les di sin que estas filosofías me llenaran en su totalidad. Es más valioso el interés que tomé para dejarlas palpitando como Estados republicanos, pasando por encima de mis deseos personales. La planta de la democracia se multiplicó en América gracias a mí. Mi espíritu se impuso sobre mis querencias y mis afinidades. Conseguí el triunfo del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, movido por el soplo divino de mi destino. Y no me arrepiento.

Reunido el Congreso, comence con voz pausada y lenta a leer los primeros parágrafos de mi discurso. Yo lo había dictado a mis amanuenses, pero con él me sucedió lo que le sucede a todos los escritores que, de pronto, se encuentran con una frase o con una página escrita por ellos pero que los hace dudar de su autenticidad. "Mi primer día de paz será el último día en el poder". ¿A qué hora se me deslizó esta angustiosa verdad? ¿En qué instante se me soltó esta imprudente certeza? ¿Cómo pude encajonar mi existencia para darle cumplimiento a mis propias promesas?

Soy el producto más escalofriante de los ideales de un mundo y actúo casi siempre bajo el control de mi razón o de mi reflexión, pero,

en algunas ocasiones, un impulso sin causa aparente me lleva a denunciarme como el habitante de un cuerpo que no me pertenece. Esa frase es mi lesión y mi tormento. Con ella adelanté la historia de mi destino y la profecía de mi vencimiento. Por ella claudiqué antes de mi entrega total.

Seguí leyendo mi discurso y, a medida que me adentraba en él, pude captar en los silencios de mis oyentes que estaba dando en el clavo. Antepuse a mi persona el nombre de mi destino y mencioné cómo él, y solo él, me obligaba a hacer y a usar de las personas y de las cosas, sin culpabilidad ni arrepentimiento. Tenía que hacer desplantes con mi modestia y mi modestia me llevaba a recoger lo que en mi carta de Jamaica se quedó a medio decir. El despotismo español y la esclavitud de sus colonias sonaron como un clarín en los oídos de estos congresistas improvisados y debían repercutir más allá de lo previsto, porque ellos se encargarían de que así fuera.

Seguí cabalgando en el tono menor y salí briosamente de él, exponiendo las necesidades de darle a la masa cultura y ciencia, los males de la ignorancia estaban causando el desastre de estos pueblos. El remedio no era fácil, pero sí conveniente, la libertad y la educación. Dos pilares sobre los cuales se debería construir el futuro; dos pilares, humanizados y sembrados en tierras vírgenes, cancelarán las diferencias entre los hombres y harán más rectas sus intenciones y sus leyes. Demostré cómo las constituciones anteriores adolecían de todos estos defectos y, sin apoyarme demasiado en el autoritarismo, dejé flotando en el ambiente la necesidad de reformarlas y de arrancar de cero, para cubrir estas posibles democracias con leyes que se adaptasen a su clima, a su territorio, a la mentalidad de sus pobladores.

Destaqué el valor humano. Lo hice notorio, palpable, vivo relampagueante. A los santos y a los buenos se les deben dar normas y ordenanzas lo suficientemente infalibles para que en ellas puedan delinquir. Con esto se evita la intromisión de las desigualdades y de las razas y de las posiciones sociales. Me estaba refiriendo, sin nombrarlas, a las clases altas. La crítica al pasado estaba hecha. Debía examinar lo que podía establecer.

La felicidad, la seguridad social y la seguridad política comprendía los límites de la normalidad estatal y de la confianza que se debe otorgar a los ciudadanos para depositar su voto en favor de quienes lo manejan. Nuestra revolución no era una guerra de clases, sino un movimiento libertario que traía como consecuencia el nacimiento de un estado de derecho. Este estado de derecho no estaba condicionado para existir sin que antes se identificaran sus poderes: los civiles, los militares, los eclesiásticos, y sin que la soberanía popular firmase el final de la esclavitud y la terminación de los privilegios. Entonces, y sólo entonces, el pueblo entraría en acción dinámica para fortalecer las leyes. Pueblo y nación, dos conceptos fundamentales y complementarios, sin los cuales ningún Estado puede funcionar. Pueblo y nación, unidos, deben ser las piedras ciliares de la fortaleza constitucional.

Persistí en un presidente con poderes magníficos en sus manos. Me anticipé en años al demostrar públicamente cómo este presidente es y será siempre un esclavo de los que lo rodean, y cómo, aislado y dubitativo, se pasará los años de su mandato dando tropezones de ciego para evitarle al país que lo eligió la anarquía, el desorden y la concupiscencia política. Prescindí de tres o cuarto subrayados de mi Carta de Jamaica y me situé cara al sol, para profetizar que todo esto sería inútil si no se adelantaba una campaña para darle a la sociedad una formación positiva y nueva. De ahí el motivo de que los principios éticos estuvieran sobre todos los demás. Finalicé en un gran crecendo. Responsabilicé a los presentes y a los ausentes del éxito o de los desastres subsiguientes. Ellos, sus amigos, sus roscas y sus parientes serían los llamados para mantener la semilla de la libertad. Ellos y nadie más, porque ,sin compenetrarse unos con otros, en una fuerte y maravillosa unidad, nada se conseguiría y todo estaría perdido. Unidad. Unidad. Unidad. Estas tres palabras quedaron flotando en el aire que me rodeaba como un nimbo. Y fueron las que, sin mi ayuda, se lanzaron por las tierras americanas para facilitarme lo que vino más tarde. Apenas el eco de estas palabras se esfumó, aparecieron los mercenarios de las ideas, los menguados de espíritu, los agiotistas de los principios y me torpedearon, me sitiaron con la fiereza de aquellos que nunca han defendido nada propio.

Dejé sobre el escritorio mi manuscrito. Y, mientras arreglaba nerviosamente sus hojas, una ovación clamorosa me rasgó los tímpanos y tras esa ovación otras, y así, en el curso de media hora larga, mis conciudadanos me entregaron los aplausos que me habían sido negados con mis mejores triunfos militares. El corazón de los hombres es rapaz e ingenuo. Pasa de un extremo a otro. Cuando no se hermetiza en las pequeñeces, deja los postigos entreabiertos para que la claridad lo ilumine y lo amplíe. Pasa de la efusividad al silencio y a la indiferencia. Transita sin descanso y mide, pesa y regula sus pulsaciones, con la misma avaricia que mide, pesa y regula sus generosidades y sus infamias. Contradictorio y amoroso se tiende sobre la cuerda floja de los acontecimientos y se deja estremecer por ellos hasta hacerse sangrar.

Las felicitaciones y los aplausos estaban bien. Pero yo no me podía contentar con esos adornos auditivos, necesitaba algo más: la confirmación de mis poderes. Nadie se levantó a presentar mi nombre para que fuera ratificado, me querían dejar pendiente para la próxima sesión. Me anticipé a sus intenciones y presenté el nombre de Francisco Antonio Zea como candidato para reemplazarme. Es más, me interesé con todos los congresistas para que la votación fuera rápida y efectiva. Zea fue elegido.

Taconeando en medio de un silencio impresionante, sin que en la estancia se sintiera el vuelo de una mosca, me subí al estrado y con voz cargada de solemnidad le tomé a Zea el juramento. Por dentro me estaba diciendo: "Vamos a ver cuánto dura este amigo en la presidencia". Zea carraspeaba de emoción y, con un hilo temblón y débil que le salió de la garganta, se sometió a la ley. Le entregué mi bastón de mando. Lo tomó con manos sudorosas y no supo dónde ponerlo. Yo mismo se lo acomodé junto a su silla, para que no se creyera que apenas se lo había prestado por un rato.

Con está actitud mía me interesaba acallar las consejos de Mariño y de Páez, que en las vísperas de esta solemnidad dejaron correr la voz de que el montaje de este espectáculo tenía nombre propio y estaba dirigido hacia mi reelección inmediata. Jamás pensé tal vulgaridad. He

tenido como norma proceder con finura y con tacto cuando, de esa finura y de ese tacto, dependen situaciones complicadas y difíciles. No presumo de tonto y mucho menos de apresurado. La elección de Zea la tenía prevista, conversado, plantada y contabilizada.

En mi cuerpo hay muchas almas. Y cada una de ellas tiene su fisonomía independiente. Cada una de ellas se asemeja menos a la anterior. A todas las individualizo y las conozco. A todas les doy la parte del recitado que les corresponde. Y a todas las dejo actuar por turnos, para que sin atropellarse no se comprometan ni me comprometan con falsas salidas o improvisados movimientos.

Puse a todos mis generales, incluyendo a Páez a Mariño y a Bermúdez, bajo la voluntad del Congreso para que, si éste lo estimaba conveniente, los sostuviera en sus cargos y los mantuviera frente a las guarniciones en que yo los había puesto. Vi el ademán de contrariedad de cada uno de ellos. No esperaban mis generales esta escapada mía. Se contentaban con chismografiar y presumían de ser intocables ante la ley. Interesados solamente en que la ley me obstaculizara a mí, no pensaron en que sus nombres y sus posiciones tambien pudieran ser examinadas o revocadas por el Congreso. La zancadilla me la tenían preparada y me anticipé a darles con nobleza mi respaldo de general en jefe, para que entendieran que, si el Congreso los dejaba donde estaban, me lo debían a mí y solamente a mí. Es imprescindible hacerle tascar el freno a los subalternos cuando se ponen incómodos y se crecen más de lo mandado. La naturaleza humana engaña y trastorna las mentes de los que apenas logran la categoría de ayudantes. Mis problemas, en general, se los debí a la poca o nula preparación de los que me acompañaron en esta empresa de gigantes. Cortos de miras y chatos de espíritu, mis colaboradores se consideraban, pasados los años, con las agallas suficientes para darme el esquinazo. Y si mi esfuerzo fue pavoroso, física y mentalmente, para darle remate a esta odisea, lo fue más por el lastre humano que tuve que arrastrar conmigo y contra mí.

Elegido Zea, mi cargo estaba vacante. Entonces sí, al notar este vacío, congresistas y militares se humillaron hasta el punto de atrope-

llarse para darme el honor de ser su comandante en jefe. He dicho y sostengo que mis renuncias y mis retiros han sido sinceros y francos. No acepté la designación como general en jefe. La repudié con desprendimiento. El tumulto creció y la inquietud se hizo patente. Y así se pudo pensar con claridad, para que la presidencia de la República recayera en Simón Bolívar, como era apenas natural. Zea se apresuró a entregarme lo que de hecho y de derecho me correspondía. Él quedó como vicepresidente y pude, una vez nombrado el gabinete, dedicarme a la preparación de la campaña de la Nueva Granada.

"Dejé a todos mis adversarios enterrados, ante mí, en el Congreso de Angostura". Éstas fueron mis palabras, luego de terminados estos actos, mitad amarrados y mitad sueltos, por los intereses mezquinos.

Capítulo VIII

Emprender la campaña de la Nueva Granada no era fácil. Previamente tuve que efectuar unos ajustes y darles un sedimento de posesión a los territorios y a los hombres que se debían quedar al frente de los mismos. El este de Venezuela y los llanos del Orinoco y del Arauca figuraban como nuestros. Nada más. Morillo, con un ejército de siete mil hombres, entendió que debía penetrar en esas sabanas. Y yo, por mi parte, teniendo fijos mis puntos de referencia, estaba en el conflicto de distraer al Pacificador para que él no se percatara de mi nueva estrategia y de disponer, muy a la chita callando, de los batallones que deberían equiparse para hacerle frente a la invasión prevista.

La guerra de guerrillas es la mejor y más económica solución de todos los revolucionarios. Ella presume un conocimiento exacto del terreno y además una predisposición anímica de los soldados. El guerrillero, y yo lo fui, es un ente dinámico y empujador que, sin someterse a la disciplina de los cuerpos de tropa organizados, posee la suficiente independencia personal para ejecutar y hacer que unos cuantos, a su mando, ejecuten y hagan hechos y proezas, donde el valor y el arrojo del individuo cuenta más que la técnica y el saber de los capitanes y generales. Ser guerrillero es una manera de encontrar los medios para arrancar de raíz el miedo y el temor. La sola palabra coopera para que el personaje se sienta comprometido con sus propias fuerzas y comprometido, además, con la rivalidad que suscita su actuación y su pundonor. El estímulo entre los guerrilleros no son los grados ni los ascensos, sino la admiración del grupo hacia el hombre. Admiración tan antigua, que ya los romanos, en sus escaramuzas en el viejo continente, habían establecido como el verdadero galardón y el más preciado

laurel. La guerrilla es una guerra más sangrienta y más fría, más hostil y más monstruosa que la guerra planificada. Se dejan al margen todas las fórmulas académicas para la destrucción y la conquista y se pasan a primera fila los instintos y las violencias de los soldados, para que ofrezcan un bloque puesto en acción por la misma sangre y por el inmenso poder que de ellas se desprende.

Esa es la guerrilla y yo me metí de guerrillero con el mejor de todos: Páez. Morillo cometió el error de pisar nuestros propios terrenos. Y pretendió con Latorre darse el postín de querer batirnos en los suelos casanareños. Meses y meses empleó en esta ardua labor. El único resultado positivo fue el conseguido por los llaneros, sobre Morillo, en el sitio denominado Las Queseras del Medio. Al concluir este encuentro, en el cual yo no participé personalmente, tuve que aceptar la grandeza primitiva, el valor sin tregua, de José Antonio. Éste fue un maestro en la acción, un catedrático en el planteamiento del combate, un cerebro frío y un brazo ardiente en toda la batalla. Con ciento cincuenta llaneros, inició las fintas. Atrajo a los españoles haciéndose aparecer como si estuviera en derrota, los dejó que se le acercaran, igual que el gato deja al ratón en apariencia fuera de su alcance pero en realidad cerca a sus garras. La caballería española se metió entre los cuernos del toro y a una sola voz, que, más que voz, fue un rugido de Páez, sus llaneros volvieron sus cabalgaduras y con la lanza en ristre arrollaron cuanto ser vivo se les presentó por delante. Hermoso y tremendo espectáculo. Vibrante y fiero. Seis muertos de los nuestros y más de seiscientos del enemigo. Ejemplarizante hecho que me dio cierto alivio y me hizo crecer en importancia dentro de las filas de Morillo. A Páez se lo debo y me interesa reconocérselo, porque es la verdad. El tío Antonio se portó a la altura de las circunstancias. Se superó, se levitó por su valor brutal y su sangre fría. Se alzó, palmos y palmos, sobre la cabeza de mis oficiales y mereció de mi parte una efusiva felicitación.

Estos hechos, como el de Las Queseras del Medio, son los que dan pábulo a la leyenda. Y no es para menos. La realidad convive con la fantasía, sometiéndola un poco o un mucho. Cuando la fantasía rasga los velos de la lógica y se precipita sin más razón que su furia desordenada sobre los aconteceres, el sentido común se degüella con sus pro-

pias manos y engendra el fantasma de lo increíble, de lo inverosímil, de lo insuperable. Ese engendro se sienta en los recuerdos y en las conversaciones de los que lo presenciaron y les brinda el tapiz de la gesta o de la leyenda.

Los ciento cincuenta llaneros y las ciento cincuenta lanzas y los ciento cincuenta caballos fueron los que me permitieron abrir la campana de la Nueva Granada. Sin ese triunfo, yo no hubiera podido salir de los llanos, y mi demora en cambiar la estrategia de la guerra hubiera repercutido en el éxito de las ideas libertarlas. Morillo se resintió del puñetazo, se dobló sobre su estómago, por así decirlo, y dejó escapar el aire de sus pulmones como un púgil lesionado por su adversario. Yo pude dejar a Páez triunfante y con la aureola de sus zarpazos de jefe indiscutible y de guardaespalda de mis ejércitos. Estos iban a emprender la marcha más afortunada, pero menos pensada por los españoles. Sin dudarlo, arranqué, con mis hombres hacia Tame.

La lluvia se regaba como maíz por los esteros y las sabanas. Nada se escapaba a su contacto. Los morichales y las matas de monte se desgonzaban con el peso del agua. Llovía sin compasión y el llano se asombraba, se esponjaba y se sacudía como una paloma empantanada. La tierra se empecinaba en abrirse, en mostrarse negra y porosa, en cambiar de color y de sabor, en darse a la luz, si se pudiera llamar luz esta tibia claridad, zancona y gris, que se apelmazaba debajo de los árboles y husmeaba igual que un oso hormiguero por toda la longitud del horizonte.

Llovía terca e impiadosamente. La humedad se me prendía en la frente, en las manos, en las axilas, se me untaba como un sebo líquido. Era tanta la lluvia que el llano se mustiaba, se decoloraba. Su fuerza se transformaba en lloviznas, en tormenta, en relámpagos. Los ríos, las quebradas, los caños, se botaban como pulpos sobre los pastizales y los cubrían y los seducían. El cielo era gris y se sentaba en los costados de las palmas, vergonzante y bruñido.

Dos mil hombres capoteando, blasfemando, soportando la naturaleza como un espectáculo. Si no me equivoco, así nos vieron llegar

los habitantes del pueblo de Tame. Desorejados y vociferantes, fui instalando a mis soldados a la buena de Dios. Las mulas de remonta y los ganados entraron a la plaza, chorreantes y humosos. Los vaqueros se apresuraron a ordenarlos. La algazara diezmó la curiosidad. A las seis de la tarde, el pueblo era un ruido sosegado. El fuego de las hogueras reemplazó los ademanes del cansancio. Se cocinaba al aire libre y al poco rato el olor de la carne se trepaba por las ventanillas de la noche, dando tumbos y saciando apetitos. Me senté en un andrajo de silla y dejé que mis ojos se me fueran detrás de un zamuro que picoteaba un pedazo de entresijo.

Mi intención, al escribir estas líneas, no es hacer historia. Al menos el tipo de historia ramplona y pesada, consumida de citas y de documentos. Considero que la América va a tener una forma singular para presentar estos acontecimientos a las generaciones venideras. Mis proclamas, mis notas, mis datos biográficos, la alcurnia y la importancia de las personas que he tratado a lo largo de mi existencia van a ser en el futuro un molde rígido y limitante que acondicionará a un pueblo para que respire datos y utilice la memoria, dejando de lado las vibraciones del espíritu que me han dado el perfil que tengo.

Esta campaña tendrá una inmensa trascendencia y los historiadores, de pluma y de comején, agotarán hasta el cansancio los hechos que aquí van a suceder. Voy a actuar como testigo y como cómplice de lo que vi y escuché. Me interesa dar un testimonio de lo que puede sentir y vivir un hombre como yo, frente a las circunstancias en que le tocó actuar.

Soy un americano más de los millones que se debaten bajo la bota hispana. Detrás de mí, si es que por la sangre se puede ascender, hay gentes ricas y encopetadas matronas. Mi estirpe es complicada y absurda. No soy un ser elemental, si se me escarban mis raíces, se las encuentran hondas y profundas. Ellas se hunden en los misterios de la vida y de la muerte, y se raspan contra los vientos conquistadores o contra las sotanas de los curas febriles que atravesaron, hace muchos años, estos campos sin más armas que su fe y su violencia.

Espero que mis palabras no pasen inadvertidas. En ellas llevaré la pequeña historia de mis emociones, de mis alegrías y también de las emociones, de las alegrías y de las amarguras de un pueblo que acompañó a su Libertador haciendo grandes sacrificios. Pondré a hablar a las vivanderas, a las juanas, a los concertados, a los hombres de quimbas y de alpargatas. Quiero que se entienda. El camino de los libertadores fue hecho por muchas manos y por muchísimas almas. Y el espíritu de los humildes me reclama que hable de ellos, que los ponga en contacto con sus nietos y con sus choznos.

En Tame nos quedamos cinco días. Yo he creído que las cosas y los objetos que nos rodean tienen vida propia. Vida que no se ve, pero que se puede intuir y averiguar. Tame, hoy por hoy, es de una pobreza física tan grande como su historia. Diez o quince casas forman el núcleo de su fisonomía. El calor y la peladez que lo envuelven surgen como fantasmas y, en cada recoveco del caserío, la huella de la selva se adivina. El indio antropófago e infiel fue su primer habitante. De taparrabo y de macana se formó su imperio. Cobrizo y ágil como el venado de sus dominios, tuvo que aceptar por allá por los años de 1624 a los jesuitas, a los dominicos, a los agustinos. Airacos y jirafas fueron las dos tribus que se comprometieron a pactar la paz y a recibir a Cristo. Alfonso Pérez de Guzmán y Alfonso Suárez Chamorro, sus primeros alcaldes, se volvieron señores de horca y cuchillo y murieron ahorcados y acuchillados por sus mismos súbditos. La guerra del hombre contra el hombre llenó de leyenda y de aparecidos sus fronteras. Igual que ahora. La barahúnda de esos días era inmensa. Una corneta ronca y estrepitosa me laceraba los oídos desde el amanecer. El tráfago se iniciaba a oscuras. Y así, cuando la luz se acaballaba sobre las montañas de la cordillera Oriental de los Andes y dejaba entrever la coronilla de los nevados de Güicán y de Chita, asimismo, se desprendía el bullicio de un cuartel en plena efervescencia y preparándose para inmediatas marchas.

Reinaba, como en las ferias, la magia del color. Un pincel agresivo ponía tintas y subrayaba manchas en cada rostro. Los vestidos más simpáticos y las modas más atrabiliarias se imponían en esa muchedumbre.

El sombrero de tapia pisada, vulgar y repelente en su aspecto, pero eficaz y provechoso para su dueño, intimaba con el sombrero de socha o de ramo. La camisa de lienzo de tierra, blanca o azul o mugrosa, sacaba pecho en este batiburrillo de prendas ínfimas y pobres.

El origen de mis soldados se conocía por los trapos que llevaban puestos. El llanero, por ejemplo, con los guaraches a medio atar, los pantalones remangados y la corrosca colocada a la bartola sobre su cabeza, se distinguía a leguas. El extranjero, recto y despellejado por los vientos, llamaba la atención por sus chaquetas y pantalones que fueron de buena pinta y que hoy se deshilachaban minuto a minuto. El cordillerano, cortado como a machetazos, robusto y bajo, con su sombrero panza de burro bien hincado en la frente y la ruana en hatillo sobre su brazo o en las ancas de su cabalgadura, se conocía al rompe. Y el indio, con su mujer a pie, envuelta en un chircate, inmóvil como una estatua y lista a escurrirse sin ruido, por el primer claro que le deparara la suerte, se hacía notar.

Cuatro improvisadas herrerías ensordecían con sus golpes de martillo al personal que con paciencia esperaba su turno. Cada cual llevaba su pingo de cabestro. Los yunques, los fuelles, la fragua y las ascuas ponían en los ojos de los animales y de los hombres lagunas de luces y de sombras.

"¡Maldita sea tu madre!" le gritaba con voz de trueno el herrero a un soldadito que apenas tenía 15 o 16 años, y que se le veía el atortole que lo azotaba teniendo de las orejas a un macho que se rebelaba coceando cuando la lima le raspaba los cascos.

–¡Apercóllelo, zoquete, que me dio un patadón! ¡Alcánzame la cincha, Juan, que este animal se me culea si no lo arrequinto más!

–¡Quítame este fusil de entre las piernas, que si no te lo siembro culo arriba!

–¡Mete el hombro, pergüétano, que se me caen estas petacas!

El sortilegio de las voces y de las interjeciones, quebraba el humor y la chanza, con el tintineo de las improvisaciones y de los apuntes. Todo el mundo quería hacer algo, ser útil con alguien, darle una mano al vecino, ayudar al atrasado, poner al rojo blanco al morrongo.

Allí no más estaba la redonda humanidad de Inocencia, la moza de Ambrosio Troyano, sudando a mares y empacando las tres hilachas de su marido en un joto amorfo. Más acá, Alicia, la caraqueña, arrejuntada con Fenicio Troches, cosía, con una aguja de coser costales, la camisa verdioscura de su hombre. Y allá, como queriendo pasar inadvertido, Espitia, el ordenanza de Arredondo, con los carrillos inflados acababa con los restos del almuerzo de su jefe. A las cinco de la tarde comenzaron a salir del cuartel mis capitanes y sus ayudantes. El Batallón 1° de línea; Antonio Obando de la compañía de zapadores; el sargento mayor José María Villate, de la caballería; Juan Nepomuceno Moreno, del escuadrón invicto de Arauca; Juan José Manzaneda, del regimiento de lanceros; Manuel Ortega y otros más.

Los batallones y las compañías se fueron organizando. Las órdenes se daban precisas, contundentes, como a mí me gustaba. El primero en iniciar la marcha fue el escuadrón del llano arriba, con su jefe Rondón a la cabeza. Así fueron desfilando uno tras otro.

La tarde daba bocanadas como un agonizante. Una llovizna cernida acusaba las cuarenta sobre la cinta del camino. La gente se movía perezosa. Los rezagados se apretaban el morral y trotaban para alcanzar sus puestos como mujeres embarazadas. La llanura volvía de nuevo a recibirlos. El pajonal se aprestaba a raspar sus pantorrillas. El mosquito afilaba su lanceta para clavarla en esas carnes morenas y desnutridas.

¿Adónde vamos? Se preguntaban entre sí. La pregunta se hacía letanía. Dejé que se les diera la respuesta. "A Pore, a Pore. Hay que atravesar el río Casanare que viene de borde a borde. Prepárense para aguantar la emparamada. Y cuidado con el caimán. Ábranle el ojo a la tembladera".

Como las pepas de un racimo, las presuntas dificultades se acumulaban de boca en boca. Por el camino se arreglan las cargas.

–¡Muestre esa botella de aguardiente a ver si se me calientan las entrañas!

–¡No sea remiso, échese el otro, que lo que no mata engorda!

Las sombras de la noche nos fueron tragando todos. Cada quien marchaba con sus problemas a la espalda. Yo, con los míos y con los de esta muchedumbre de seres a quienes miraba con orgullo y con compasión. Y me decía pasito: "¿Cuántos de estos quedarán desamparados por ahí? ¿Cuáles no volverán a estrechar la mano del amigo, de la esposa, del hermano?".

Un pájaro limpió el silencio con su canto y a la cabeza de la columna el santo y seña de la noche se fue corriendo como un dije encantado.

Caminar bajo el sol es detestable. Sentir cómo el sudor se nos pega a los costados y nos cae de la cabeza a los pies, rotundamente, rabiosamente. Sufrir en las manos y en la sangre un proceso ascendente de calor y de sofocación y tener la certeza de que, a medida que se avanza, la línea entre la conciencia y la inconciencia se va borrando, se va esfumando, hasta que llega un instante en que nos movemos automáticamente y sentimos nuestro cuerpo ausente, lejano. Pero este martirio es preferible al descuartizamiento mental que padece la criatura, al verse abocada a la marcha nocturna, con el agua a la cintura y la oscuridad en redondo.

El agua y la oscuridad son los dos elementos que mejor se complementan. Hay en ellos una especie de pacto viejo y antiguo. En el transcurso de los tiempos se han aliado. Y su alianza conturba a la naturaleza y la vuelve inflexible.

De Tame salimos a las seis de la tarde del día 17 y llegamos a las orillas del río Casanare a la media tarde del día 18. Si me pusiera a

describir las penalidades de esas veintitantas horas, no acabaría nunca. Los minutos y los segundos se alargaron frente a las incomodidades de la travesía. El silencio y la oscuridad que nos envolvían se cortaban en pedazos al golpe de los jadeos y de los refunfuños. Desesperados, hombres y bestias, mirábamos con terror el día. Este era un mar en tránsito. Con el poder inapelable, el agua torva y borrosa se escurría en caravana infinita. Escasamente murmuraba. Sobre su superficie, troncos y animales muertos desazonaban al más templado. Exudaba peligro. A todos nos sobrecogió.

Santander, que iba a la vanguardia, había dejado, a su paso, unas pocas canoas y algunos prácticos. Su ayuda resultó insuficiente. Comenzó la faena y la improvisación. Se talaron árboles, se enredaron bejucos, se inflaron a fuerza de pulmones cueros de res. En canoas, en troncos, la gente que no sabía nadar se agrupó con los ojos desorbitados por el miedo. Aquellos a quienes yo conocía como valientes apretaban las mandíbulas para no gritar. El pánico es una herida abierta que no se cicatriza sino con sus mismos pelos. Y todos, sin excepción, fuimos presa de él.

Los animales mugían y reculaban. Se arremolinaban frente a la corriente. Olían el agua y retrocedían. Después de varias horas de preparación y en vista de que no se encontró vado por ninguna parte, ordené atravesar el río como fuera. Los llaneros se lanzaron al agua con las ropas y las armas atadas a la cabeza. El ganado, con un puntero de guía, se resolvió entre silbidos y latigazos pasar al otro lado. Las canoas y demás medios de transporte se pusieron en movimiento. La hazaña no tuvo horario fijo. En ella vi desaparecer a muchos. Se hundían con aparente renunciamiento. Dejaban de luchar y sin un lamento se perdían remolino abajo.

Animales, parque, soldados, se los tragó el turbión. Con los restos de este naufragio continuamos la marcha y el día 22 llegamos a Pore, más muertos que vivos, pero con los ojos y los oídos pasmados de tantas penalidades. En Pore, encontramos al resto del ejército. Los abrazos mutuos ratificaron la vocación que tiene el hombre para olvidarse rápido de sus propias desgracias.

Pore, en lengua indígena, significa fuerte. Su acta de fundación se remonta al año de 1691. Es decir, tiene más de ciento veinte años de vida y sigue sin arrugas, amén de los lodazales de su entrada, las chambas de sus tres calles y los lobanillos de su plaza. Pore, tiene sus leyendas y sus héroes. Las unas y los otros integran la comidilla de sus habitantes. Se dice que un señor Javier Mendoza, harto de reinas y de reyes desconocidos, congregó a los indios de Ten, Támara y Manare, para hacerles jurar fidelidad y pleitesía a Tupac-Amarú, emperador de los incas. El juramento fue con todas las de la ley y, una vez cumplido este requisito, el pregón y el escándalo se regaron a voluntad por todo el Casanare. Mendoza no se contentó con ese desplante, sino que envió mensajeros a los capitanes de Los Comuneros, para anunciarles la buena nueva y los nuevos aliados con que contaba. El asunto se diluyó como todos los despropósitos. Los indios apecharon un caudillo y Mendoza hizo acopio de vírgenes frescas para su harén.

Aquí también nació Francisco Olmedilla, patriota y llanero de racamandaca. Peleador y pantalonudo, está dándose humos por estas filas. Me gusta el hombre, tiene coraje y, lo que es mejor, no tiene principios. Olmedilla, con Nonato Pérez y con otros mas, forma una escuadra suicida y caprichosa. Y son tan atrevidos que me preocupan por sus desmanes y me interesan por sus audacias. Nonato Pérez estaba de pelea abierta con Páez. Un consejo de guerra lo acababa de absolver y el endino daba vueltas en torno mío, para ver cómo se acercaba a mi persona. Al fin, se resolvió hablarme y se dirigió a mí muy respetuosamente, para pedirme que asistiera a una ternera a la llanera que él ofrecía en mi honor. Conociendo el genio del mozo, asistí al convite.

La novilla asada, el guarapo y la chicha se turnaban de manos. Quien no comía y quien no bebía era un hereje. A dedo limpio probé costilla y pierna y dejé la totuma juagada y sin una gota, dando ejemplo de mi apetito.

Las palabrotas y los corrillos formaron tienda aparte. Rock, como buen inglés parsimonioso y encogido, distribuía su compostura. Todo en él insinuaba la ceremonia. Si daba la mano, semejaba entregar una

morrocota de oro; si se sonreía, el gesto entre postizo y complacido afirmaba la seriedad del rostro; si caminaba, el ritmo de su paso creaba la seguridad de una música marcial. Rock, ese día, estaba más estirado que nunca. Su torso rígido como una vara de maguey iba y venía forrado por la guerrera. Me di cuenta de qué le pasaba y en voz alta llamé a mi asistente: "José –le dije– él coronel Rock no tiene camisa, hágame el favor y trae una de las mías para obsequiársela". José Palacios, mi asistente, rápido y simpático, como buen santafereño, se apresuró a contestarme: "Mi general, ¿cuál de sus camisas le traigo? Usted no tiene sino dos. La una la tiene puesta y la otra la están lavando".

Una carcajada general selló el incidente. A mi alrededor se creó la intimidad y permitió que el soldado, el sargento, el capitán y los jefes de coroneles para arriba se mezclaran unos con otros, comentando la salida y mi pobreza.

Bien entrada la noche, me encontré con Nonato Pérez. El negro recomponía su lanzón. Le cambiaba de asta. Un palo de albarico fuerte y liso, como miembro de toro, reemplazaba el antiguo. Con el machete cortaba sus nudos y asperezas, luego le pasaba la mano para probar su lisura. Me senté junto a él. Largo rato nos mantuvimos callados. Él trabajaba y yo miraba su trabajo. Lo ayudé con las correas cuando tocó poner el hierro. La operación es delicada, se necesitan manos maestras para que el brazo y la cuchilla formen un solo cuerpo. La más pequeña equivocación hace nula y poco recomendable el arma. Si la punta queda con un ligero juego o un leve cabeceo, al primer envión queda rota, es menester que la faena de acondicionamiento se realice con lentitud y concentración. Terminamos al cabo de un rato. Nonato cogió La lanza y lo sopesó con la mano izquierda. Era zurdo, tenía esa virtud desconcertante para cualquier adversario. Al tomarla le puso atención a su peso. "Le sobra", dijo. Repitió la palabra entre dientes, se sentó y le cortó un palmo. Quedó tranquilo y se volvió para decirme: "General, ésta es mi vida y mi seguridad, con una pizca que me descuide o me equivoque, me pasan al otro toldo".

Conversamos quedo y sabrosamente. Nonato, como todo hombre de acción y de pelea, era un niño sencillo, simple, elemental. Creía

en agüeros, en rezos, en hechicerías, en males de ojo, en aparecidos, y le tenía un pavor muy grande a la muerte.

A boca de jarro le solté esta pregunta: "Nonato, ¿te gusta que te teman? Me contestó: ¿A qué persona no le gusta que le teman, mi general? ¿El temor no es una forma de la admiración? En la escuela, mis compañeros se burlaban de mí por lerdo e ingenuo. La burla se me fue encomiando hasta convertirse en preocupación. Busqué el respeto de los demás y lo encontré en mi fuerza, en mi audacia. Y aquí me tiene usted, sujeto de la envidia, de la envidia de los hombres de peso, como mi general Páez. ¿No se le hace extraño?

Tratar a un ser humano en la intimidad es una sorpresa. Nunca se sabe dónde se desemboca. Cuando encontraba en el desván de mi casa unas alas de arcángeles de pueblo, doradas y brillantes en su exterior y les iba arrancando sus dorados, uno por uno, al final, no me quedaban más entre las manos que el cartón y la goma de que estaban formadas. Muchos hombres necesitamos revestirnos de una armadura artificial y relumbrante para superar las debilidades y las timideces que nos corroen. Y llegamos hasta los excesos, transformamos esa armadura en nuestra propia piel y en nuestros propios tendones. A veces, necesitamos identificarnos con lo que no nos pertenece y asumimos en la vida un papel que no nos corresponde. Somos duros, burdos, agresivos, violentos, pero si alguien se preocupara mirar en nuestro interior, encontraría ternura, gracia, sencillez. Claro está que estas cualidades se encuentran sobrecogidas y asustadas por espantos inexistentes, por represiones imaginarias, por terrores infantiles. De tal manera que no pueden soltar toda su savia, toda su enjundia, toda su fuerza. Nos empeñamos en reservarnos estas virtudes, en esconderlas con la falsa preocupación de que al entregarlas, al donarlas, nos van a dejar de querer, nos van a dejar de admirar. Si yo me incluyo en esta lista, ¿cómo no puede tener derecho para hacer lo mismo Nonato Pérez?

Los primeros colores del amanecer doraron nuestra charla. Los gallos aguzaron la espuela de su canto contra las talanqueras. Los fuegos se estaban prendiendo para el desayuno. Los soldados se espabi-

laban bostezando. Teníamos que continuar la jornada por Paya. El camino de la Salina y de Sácama era imposible seguirlo. Fuertes destacamentos enemigos lo defendían. El de Labranzagrande y el de Chámeza se encontraban en iguales condiciones. No me quedaba más recurso que atravesar el páramo de Pisba y hacia allá moví a mi ejército. Las órdenes que yo le había dejado a Páez antes de mi partida, se podían resumir así: ataque, hostigue, modifique al enemigo. Si Morillo trata de invadir a la Nueva Granada, tómese a Caracas. Sostenga las hostilidades en San Fernando, haga la mismo en los llanos de Calabozo. Marche, muévase y obligue al enemigo a marchar y a contramarchar. Traté de impedirle que me obstaculizara y no lo dejé tranquilo. "Si usted aflojá el nudo corredizo en que estamos metidos, me ahorco yo". Páez cumplió mis instrucciones a medias. Ni se ciñó a su letra y sí dejó de ejecutar tres o cuatro de mis indicaciones. En total fue un flojo.

Entre la broma y la seriedad existe una pequeña diferencia. Y frente a esa pequeña diferencia es cuando la gente comienza a dudar, a sumar posibilidades y acaba por jugarse su suerte o por escurrir el bulto. En muchas cabezas, mi campaña era un absurdo. No podían entender la importancia que llevaba por dentro. La guerra, para estas cabezas, era sencillamente un acontecimiento local, parroquiano, doméstico, que había que desatar con furia, pero con ciertos y determinados cuidados. Mucho grito, mucho aspaviento, pero, eso sí, reservándose el derecho de volver grupas cuando y donde sus antojos lo indicaran. Pensar en grande era un atrevimiento. Y ese atrevimiento lo tenía yo. Las ideas de avanzada se tenían por sortilegio y brujería. Nada de querer abarcar aquello que los mediocres consideraban imposible.

Juan Galea comenzó a sentirse enfermo. Se levantaba quejándose y se acostaba lo mismo. En el fondo, no quería exponerse a lo que él consideraba una derrota segura. Mejor volver a sus hatos, a sus costumbres, a su trillada bellaquería. Mejor continuar con su coronelato fachendoso, de matojo en matojo, asustando indios y corriendo a tres o cuatro partidas de españoles decepcionados. Juan Nepomuceno Morales pensaba igual. Comenzó con sus tretas y con sus triquiñuelas. Se retrasaba intencionalmente. Frenaba la marcha, obstaculizaba los

movimientos de su tropa, descansaba cuando tenía que avanzar y, al fin, cuando la oportunidad le permitió descararse, desapareció. Lo siguieron los coroneles Ortega y Rodríguez. Fue la defección de la rosca de Páez. La fuga de los timoratos. El sálvese quien pueda de los zánganos.

De Pore a Morcote hay diez leguas. Distancia corta si se le juzga de improviso, pero larga y tortuosa si se miden las circunstancias en que tenía que hacerse. El organismo humano se acostumbra a todo. A la pereza o a la actividad, al valor o al miedo, a la diligencia o a la morosidad; al pan o a la falta de él. Veníamos desde hacía un mes marchando sobre un terreno húmedo y embarrado, pero blando. Comenzó la subida y con ella el cambio del terreno. De la paja peluda de los esteros se pasó al cascajo resbaloso. Del agua y del lodo de los llanos, a la piedra de Nunchía. Los pies de los hombres y los cascos de los animales se resintieron. Y agregado a ese resentimiento natural, el cambio atmosférico nos dio de frente con la violencia de lo invisible.

El llano había quedado atrás. El horizonte comenzaba a estrecharse. En lugar de la línea sin precisar de los espacios abiertos, de los cielos infinitos, de las nubes fundamentales que se aborregan sobre el testuz de las palmas, nuestra retina tuvo que adaptarse a las nuevas sugerencias del camino, y esa adaptación nos estaba costando dificultades y conflictos.

La roca desplazaba al matojo. La quebrada de aguas limpias al río fangoso. El murallón o el pretil a la mata de monte. Ya no se sudaba, se tiritaba de frío. La piel del llanero comenzó a agrietarse. La roca y la montaña se plantaban en el suelo y con ellas un mundo diferente hacía su entrada.

Estábamos trepando cielos arriba. Y ese alcanzar de alturas hacía cimbrar los corazones. Todo alrededor nuestro cambiaba. Para mí, que me había criado en un medio distinto, este cambio me tenía desconcertado física y mentalmente. Pero tenía que callarme. Si me dejaba notar una brizna de mi desconcierto, estaba perdido y conmigo los hombres que me seguían.

Los ranchos se sucedían con mas frecuencia. Su construcción, más sólida y menos alegre que la de los caneyes casanareños, pintaba la manera de ser de los habitantes de estas regiones. Achaparradas y grises, las paredes y los techos de estas viviendas, hablaban un lenguaje silencioso con voz de sordina y maullido de gato. El hato se tornaba parcela. La propiedad se empequeñecía, pero al disminuirse, la posesión y el dominio se levantaban imperiosos detrás de las cercas de piedra. Comenzaba el reino del minifundio. Atrás quedaba la obediencia a los linderos inconmensurables, infinitos: el llano.

El enemigo número uno comenzó a hacer de las suyas entre mis soldados. El frío con todas sus funestas consecuencias se interpuso entre nosotros y nuestros objetivos. Asumió posiciones irrevocables, se incrustó en el grueso de mis tropas y más allá todavía. Fue fiel y terco. Nada ni nadie podía controlarlo. A lo sumo, el azote y la flagelación pudieron detenerlo. Los hombres se morían sin darse cuenta. De rosados, paulatinamente, se volvían morados. A la caballería le tocó multiplicarse. Armas, víveres, hombres y mujeres debían ser llevados a lomo de mula o de caballo.

Quien tuviera la osadía de asomarse sobre cualquiera de los farallones que nos rodeaban, nos miraría con lástima. Una larga y conturbada fila de caminantes, andrajosos y mustios, tomados de la mano como niños sorprendidos por los poderes de lo irracional, era lo único que se podía ofrecer a su vista.

El viento soplaba infatigablemente hora tras hora. El viento y el frío emparejados nos hicieron más daño que el que nos pudiera haber hecho un ejército atrincherado en el filo de las montañas que teníamos ante nosotros. Yo procuré estar en todas partes. Sonriente o severo, conversador o silencioso, amable o ceñudo. En cada paso malo, en cada torrente, en cada dificultad, allí estaba yo de primero. Me devolvía cuantas veces hiciera falta para llevar en ancas de mi caballo a la mujer o al hombre que lo necesitara. Y los llevaba como quien lleva a un amigo. Me detenía a hablarle a la viuda acongojada, al rapaz retrasado, al fusilero fatigado. Y cuántas veces la emoción y el dolor hacían que quedara quieto, para tratar de concentrar toda mi energía en servir

a este ejército de pordioseros que el destino había puesto bajo mi mando.

Las noches eran un verdadero tormento. Al menos, en el día, las mismas dificultades y trabajos, hacían pasable el correr del tiempo. Pero, en las noches, la forzada quietud aumentaba nuestros padeceres. Las hogueras se prendían con grandes dificultades. Y la lluvia, el viento y el frío, torvos habitantes de estas regiones, se convertían en nuestra parrilla de tormento sobre las cuales nos tostábamos al fuego de las intemperancias paramunas.

El 27 de julio llegamos a Morcote. Santander había limpiado el camino de enemigos. Este Francisco de Paula me estaba interesando. Qué gran capacidad la suya para organizar, para administrar. Qué minucioso era, nada se le quedaba entre el morral. Tenía una memoria gigantesca y el detalle y la pequeñez no se perdían en sus actividades, se mostraban cumplidos y a su hora. Supe de su avance y de sus victorias. El español Tolra, fortificado en el trincherón de Paya y Pisba, fue batido por Santander en toda la línea. A Redondo lo atacó por la espalda, mientras que Santander y Reyes Patria lo hacían por el frente. El sargento Ignacio Terco y el teniente Eusebio Antolines perdieron la vida en ese encontrón. Además de Félix Blanco, Bautista Curzate y el capitán Diego Esparragoza.

Los héroes de las Queseras del Medio se estaban quedando entre las rocas del páramo. La murmuración y el cansancio dieron sus frutos. Otra nueva rebelión a bordo se me presentó. En el llano de San Miguel tuve que reunir a los jefes, estaban descontentos. La audiencia, al principio, no fue favorable a mi voz. Lentamente, mis palabras los fueron convenciendo. Me desprendí de mi arrogancia y como un maestro de escuela primaria me dediqué explicarles las razones que me movieron para adelantar esta estrategia. Al final de mi intervención, el cura guerrillero, Ignacio Mariño, con la sotana encinturada se dirigió a los presentes así: "General no me mueve un vil egoísmo, no; es sólo la convicción de que, en Venezuela, vuestra cara y desgraciada patria, serían inútiles nuestros sacrificios, mientras que aquí ellos serían fructuosos y nos procurarían recursos para marchar ya fuertes a Venezuela. Atended, señor, la

voz de un patriota que no ambiciona títulos ni honores. Si la providencia me concede la vida después del triunfo, ésta será mi única recompensa; yo volveré a mis claustros y dejaré las charreteras, porque me serán inútiles. Acceded señor, os lo suplico, os lo ruego, os lo pido, por esta corona que me consagra como ministro de Dios".

Yo había planteado el regreso. Sabía lo imposible que sería regresar embarcados como nos hallábamos en esta campaña, pero quise facilitarle el camino a los murmuradores, a los cobardes y, de paso, ponerle el cascabel al gato. Salom, Lara, Anzoátegui y Santander apoyaron las tesis de Mariño y la suerte de la libertad, puesta en duda por los eternos roedores de la grandeza ajena. Cobré ánimos. Proclamas, cartas, manifiestos, es decir, mi arsenal insustituible lo despaché al interior de la Nueva Granada por intermedio de Joaquín París. Mi palabra se desplegó por los rincones granadinos y caló definitivamente. La respuesta fue unánime en esos pueblos para respaldarme.

Paya, Pisba, Morcote, tres nombres, siete vocales y una irrupción de sonidos y de sugerencias que cunde el aire con el espíritu de la benignidad y de lo imprevisto. Tres nombres, y ¿quién, de los futuros pobladores de estas tierras, no va a tener que aprendérselos de memoria, para que en cualquier momento se le escapen de su boca y se le conviertan en símbolos patrios?

Paya, Pisba, Morcote, sobre la punta de las rocas, de los páramos atravesados de frailejones y calibrando el cielo con sus pelambreras indígenas, van a formar un solo bloque histórico, arrugadas de cifras y de citas manoseadas por la indiferencia de quienes no las conocen.

Cómo me gustaría que mis compatriotas, los americanos, se enseñaran a conocer a su patria que es toda América. Fueran a ella, la buscaran provistos de la ternura que se necesita para medir sus ríos, para acariciar sus colinas, para barrer sus ventisqueros, para sacar al aire sus valles, para doblar en mil imágenes sus caminos y, luego, darle rienda suelta a la emoción sin detenerse a conocer sus consecuencias. América es una unidad. Pero a veces esa unidad se rompe o se quiebra. Y al romperse o quebrarse todos sus pedazos y sus miembros disper-

sos se congregan en ciertos sitios y en determinados lugares que les recuerdan su corazón y sus entrañas.

Este reino de la Nueva Granada es particular. A donde quiera que se llegue, hay algo digno de conocerse o de tenerse en cuenta. En Morcote, esperé a Dios en el atrio de una iglesia de ladrillo y de mampostería, destruida pero solemne. Sus naves abandonadas habían resistido la injuria de los hombres y la carga de la intemperie. Estatuas silenciosas, doradas y maltratadas por la suciedad, me dieron la cara cuando las miré admirándolas. Talladas en madera y traídas por la Compañía de Jesús, cuando quiso darle a estas tres villas la prestancia de una gran factoría económica y social, hoy, empolvadas y sucias, meditaban su origen con la estolidez de los objetos inanimados. Nichos y altares, primorosamente elaborados y abiertos a la osadía de los pájaros, me dejaban ver sus rostros contrahechos, sin que la longitud de sus silencios fueran interrumpidos por el traqueteo de los vientos en sus costillas.

Antes, mucho antes de que este ejército transitara por aquí, hombres dignos, de reverencia, ya habían colocado sus plantas en estos suelos. Llegaron a evangelizar. El evangelio para ellos fue un viril pronunciamiento de esfuerzos, de fatigas, de movimientos creativos y perdurables. Al indio le enseñaron a laborar la tierra, a construir sus instrumentos de labranza con sus propias manos, a tomar el barro y a convertirlo en ladrillo y también a mirar a su creador como un amo capaz de manejar el relámpago, pero justo y sin preferencias. Los jesuitas con su organización, con su sentido del deber y del hacer, dejaron sus huellas en cada uno de estos sitios.

Los lienzos, las mantas, las cobijas que aún se tejen, son el resultado de una educación antigua que les legaron sus maestros después de abandonar estas parameras. El río Pisbano y la laguna de Piedra son los testigos que restan de una cuasicivilización que intentó sentar sus reales en estas orillas.

Estando yo con estas cavilaciones, paseándome por entre las ruinas mencionadas, se me acercaron dos campesinos mechudos pero lim-

pios. "Sumerced –me dijeron–, ¿fuera posible formar parte de esta revolución?". Les expliqué que lo único que yo intentaba era darles a todos una patria fundada sobre el orden y la autoridad. Se rascaron la cabeza y luego de consultarse mutuamente, volvieron a insistir para que los recibiera. Ramón Barrantes y Rafael Iza se llamaban mis nuevos soldados. Barrantes pereció en el combate de Gámeza y el otro, Iza, vino a morir en Ayacucho.

El 1 de julio continuamos la marcha. La cordillera andina con toda su magnificencia la teníamos frente a frente. A la laja de Pisba llegamos por la tarde, los que llegamos. Muchos se quedaron emparamados en Matarredonda.

El páramo de Pisba queda situado a cuatro mil metros de altura. Sus vecinos, los páramos de Rechínaga y de La Caña, asentados sobre el altísimo eje de la Cordillera Oriental, miran hacia el norte y son las puertas de entrada a las provincias del norte y del noreste. Al sur, el páramo de San Ignacio, más bajo y transitable, se comunica con Casanare por el pueblo de Labranzagrande. Hemos dicho que en esta vía estaban situados fuertes contingentes españoles. Y sobre esta misma orientación, las eminencias de Toquilla, Alfombras y Peñasnegras acababan de estructurar las grandes gibas de esta cordillera.

Estábamos, pues, recorriendo los picos más altos de los Andes. Lo que llamamos páramo entre nosotros es una region desértica, azotada por los vientos y con una vegetación raquítica, compuesta en su gran parte por una planta llamada frailejón. No sé cómo pudimos atravesarla. Seguían las pérdidas de hombres y de caballos, pero también seguía el milagro acompañándonos como un perro fiel.

El 6 de julio caímos a Socha. Caer es la palabra apropiada, la expresión más gráfica para demostrar este hecho. Santander, con la vanguardia ya había estado allí, alertando a las gentes y poniéndolas al tanto de nuestra llegada. Santander siguió para Tasco sin demorarse. Qué hombre tan complejo este granadino, organiza, distribuye, supera las dificultades y no se queja. Va más allá de sus deberes y de sus obligaciones. Además, sufre mis geniadas y las aguanta o las con-

testa según sus conveniencias. En esta campaña se ha movido como un huso.

El séptimo sentido que poseían los aborígenes los llevó a fundar esta población con suficientes vías de escape. Socha le pusieron por nombre, que quiere decir tierra de la buena luna. La religión y la guerra fueron entre ellos sus dos y más grandes diversiones. Con la religión, elucubraban para castigar sus apetitos y darle a su carne una orientación moralista y filosófica. Dioses y diosas se acuclillaban en torno a las dos deidades principales: el Sol y la Luna. Estas dos entidades aglutinaban el universo de sus creencias y al amparo de ellas entretejían sus leyendas y obligaban a sus sacerdotes a entronizar el misterio y la brujería. A la guerra se acogían como una conclusión práctica de sus principios religiosos. Batallaban entre sí, no por ambición, sino a manera de un ritual o de un cumplimiento litúrgico. Su vida era un hilo perfecto. El nacer y el morir, eran dos acontecimientos estéticos en un camino limpio. Se vivía para cumplir un destino. Y bajo el cobijo de este destino la oración y la lanza formaban el binomio de la salvación y del desarrollo comunal. Yo creo que alguno de mis antepasados tuvo que ser indio.

El cura Romero y el alcalde Sarmiento me estaban esperando. Como buenos reinosos se ingeniaron una trapisonda. A golpes de tambor avisaron por las veredas que el día viernes 7 de julio se celebraría una gran fiesta religiosa, acompañada de sermón y de pólvora. Mujeres, niños y hombres acudieron a la mentada festividad. Tomás José Romero, el cura, se revistió de sus mejores galas y desde el púlpito encendió la emoción de sus feligreses, hasta hacerlos llorar a moco tendido, por mi causa y por la causa de la independencia. El cura relató mis penalidades, las de mis hombres, infló mis sufrimientos y lo hizo tan bien que, sin haber terminado su sermón, la gente que nos estaba viendo casi desnudos en la plaza del pueblo se fue despojando, sin que nadie se lo pidiera, de sus prendas de vestir.

Las ruanas, los pantalones, los calzoncillos, los sombreros, las camisolas, las monteras, volaban por el aire, con impertérrito impudor. Desde el coro presencié el espectáculo. No sabía si reír o llorar. Una comezón me rondaba por el cuerpo al ver cómo las abuelas se quitaban

su faldamenta, las mozas sus sayas, los mozos sus pantalones y las señoras sus camisolas, arreboladas por los colorines y los encajes. Nadie soltaba una palabra. A todos los poseía el demonio de la generosidad. Las puertas del templo se mantuvieron celosamente cerradas para evitar curiosos, yo fui el único que pude presenciar esta visión digna de un pintor de genio. Y cuando la noche rasguñó las tejas de la población con sus uñas oscuras, una fila de encuerados se desparramó por las callejuelas con el fervor y la reverencia de una procesión de Viernes Santo.

La comedia y la tragedia hilaron tan cerca en esta oportunidad que se enredaron en sus propios cordones. Un acto de tal magnitud es merecedor de guardarse dentro del secreto de la confesión o de publicarse con todo el bombo y con todo el aparato de lo irreal. Un acto así tiene los bordes de la comicidad y los filos de la grandeza. Aquí, en Socha, se debiera levantar un monumento que no tuviera nada más que una camisa al viento. Gracias a los sochanos, pude vestir a mis andrajosos y a mis harapientos soldados.

El ejército en estos días se vio reforzado por una romería incesante de voluntarios. De todas las poblaciones vecinas venían a ofrecerse. Los chitanos, los socoteños, los jericoes, cruzaban los caminos cargados de presentes para venir a traérmelos. Chivos, corderos, mulas, potrancos, bueyes, terneros, obstaculizaban la entrada del cuartel. La peregrinación era incesante. Y esta peregrinación, combinada con el cerro de viejas que se apretujaban en la puerta de la casa donde yo me hospedaba, traía un hermoso barullo y un bello desasosiego en la calma y la paz de este pueblo.

A Soublette, a Mariño y a Salom, los había dejado cuidándome las espaldas y organizando el hospital y los enfermos. Se quedaron malhumorados. La guerra tiene dos caras: una brillante y peligrosa, aventurera y emocionante, la de triunfar o la de ser sujeto de la derrota. La otra oscura y segundona, pero importantísima. La tropa no se mantiene con viento raspado y agua molida, necesita vituallas, alimentos, médico, drogas y una serie de elementos a cual más definitivos para mantenerse viva y alta su moral. Esta labor de trasmano le había tocado cumplir a mis nombrados oficiales. Había dejado también a Vicente

Cegarra, mayor del Batallón Bravo Páez, para que terminara de hacer la limpieza por los lados de Labranzagrande, ya que por esa región un grupo de españoles estaba haciendo y deshaciendo, después de su derrota de Paya. Cegarra, que tenía inmensos deseos de participar en esta campaña, tuvo que cumplir con la ingrata misión de combatir las guerrillas y de hacer el aseo de los godos camuflados en los recovecos de nuestros quebrados riscos.

Santander, entre tanto, se hallaba en la vanguardia con mis órdenes precisas para tomar la ofensiva contra Barreiro. Las fuerzas españolas estaban diseminadas y sin unidad. El Batallón 3° de Numancia se encontraba en Tunja; el del rey, entre Duitama, Soatá y La Salina; el de El Tambo, en el Socorro. Barreiro podía reunirlos a todos en Sogamoso. Esto era lo que yo tenía que evitar. En Mongua y Monguí se movían unas partidas de soldados estratégicamente situadas en el sitio denominado La Chibatera. Sitio clave, puesto que dominaba los caminos por donde debían atravesar mis tropas.

Santander comisionó al capitán Reyes para desalojar esas unidades. Reyes destruyó la partida. Esto alarmó a Barreiro, quien reunió en Tópaga mayor número de fuerzas. En medio de los ríos Monguí, Chicamocha y Gámeza se levantan los molinos de Tópaga. Al sur, la altura del pico de Canelas clava sus garras contra el cielo en ademán de sorber las nubes. Barreiro se encontró en esos días con el coronel Briceño y con sus soldados. Un célebre capitán Bedoya, autor de muchas y controvertidas hazañas, quiso desafiar a combate cuerpo a cuerpo a quien se le atreviera a enfrentársele. Entre las filas de Briceño se adelantó un indiecito pequeño y frágil que soportaba el nombre de Inocencio y el apellido de Chincá. Se ofreció de voluntario para el reto. Cetrino y lampiño, Chincá se había impuesto en el batallón hasta alcanzar los galones de sargento. Su audacia y su temeridad rodaban de boca en boca. Manejaba la lanza con igual destreza que Nonato Pérez. Bedoya y Chincá se liaron en singular pelea. Y si no es porque Barreiro toca a retirada, Chincá termina con el español.

Barreiro avanzó un poco más abajo de Gámeza y se encontró con el teniente Ascanio, a quien obligó a replegarse. En esta escaramuza

murieron Santos Alquiza, Ramón Mesa y Juan Escovar. Al teniente Ascanio lo salvó la llegada de Santander y de Arredondo. La suerte quedó jurando esa parte. A la mañana siguiente, el encuentro entre las tropas de Barreiro y los patriotas sobre el río Gámeza favoreció a los primeros. Barreiro contestó con una salvajada: acuchilló a treinta patriotas, amarrados e indefensos.

El 15 de julio resolví volver a reunir a los jefes para deliberar. Y, con el pleno acuerdo de todos, abandoné las breñas donde me encontraba, para ocupar los valles de Cerinza y de Belén.

Mi principal preocupación era la de que Morillo me obligara a replegarme de nuevo a Casanare. Hasta después supe que Morillo ignoraba dónde estaba yo. Esta ignorancia me obligó a ser más precavido. Páez no me había resultado nada positivo. Se contentaba con mostrarle los dientes al enemigo y con demorarme los envíos de forraje, de ganados y de caballos. Páez estaba en el plan de dárselas de estratega y de táctico, cuando no podía pasar por alto que su labor era definitiva y que sin su cooperación la campaña que yo estaba adelantando podría fracasar.

Llevé a efecto la ocupación de los valles de Belén, Cerinza y Duitama, para mantener limpias las comunicaciones con Pamplona y el Socorro. A Soublette lo envié de regreso a Socha para que se apersonara de los trabajos de reparación de fusiles y apresurara la construcción de forjas y de talleres.

Antes del puente de la Tenería, camino de Belén, existe una posada que la conocen como El Topón. Allí nos aguardaban los belenitas principales: el cura, Primo Feliciano Mariño, José María Valderrama y Juan José Leyva. Embayetonados hasta los corvejones los tres me saludaron con señorío y con respeto. Quisieron salir hasta allí para demostrarme su adhesión.

Me alojé en la casa de los Leyva, mansión cómoda. Semejaba un cargador de tiestos de anchos hombros. Esa noche, uno de los dueños se me acercó con mucho sigilo y me dijo: “General, me molesta tener

que hacerle estas peticiones, pero resulta que, desde hace días, el hijo de unos concertados de mi casa me tiene loco para que le solicite a usted que lo acepte en sus filas. El mucharejo es terco como el que más y se le ha metido entre ceja y ceja el deseo de enrolarse en su tropa. Hace tres días, atacamos al mugroso, porque, empeñado en salirse con la suya, le dio por atalayar al ejército cuando venía de Beteitivá. El chino se llama Pedro Pascacio Martínez, y aquí lo tengo, todo mohíno, en el corredor, en espera de que usted dé su venia. En efecto, me asomé al corredor y allí estaba un muchachito zanquilargo y chato, quien al verme se coloreó todo como si sufriera de rubeola repentina.

"Pedro Pascacio –le dije–, tu amo me ha dicho cuáles son tus arrebatos y yo quiero complacerlo. De modo pues que a cuidar la recua de mulas en el batallón Rifles". A Pedro Pascacio se le pararon las mechas más que de costumbre y los ojos le brillaron como mararayes. No lo volví a ver sino hasta el día de la Batalla de Boyacá. Jamás pensé que ese descalzurriado fuera capaz de tomar preso a Barreiro. Y de tomarlo así, a punta de lanza y de coraje. ¿Quién se iba a imaginar que un rapazuelo boyacense entrara por la puerta ancha de la historia con esa proeza en las costillas?

Dejé a Belén y enrumbé para Cerinza. De este pueblo recuerdo que muchos de sus pobladores formaban parte de mis batallones: Pablo Infante, Mariano Rincón, Genaro Acero y otros más se cruzaban su pecho y su espalda con las correas migratorias del soldado.

Dejamos a Cerinza atrás y nos le metimos a la cuesta que lleva al alto de Portachuelo. Luego comenzamos a descender sobre el valle que desemboca en Santa Rosa de Viterbo.

Siempre me he preguntado el porqué de este nombre de tan marcada ascendencia italiana, en medio de tantos nombres españoles e indígenas que hay por estos lugares. En mis ratos de ocio, averigüé su historia y pude sacar en claro lo siguiente: los capitanes de don Gonzalo Jiménez de Quesada, una vez que redujeron a la impotencia al famoso cacique Tundama, se repartieron a su gusto las tierras del mismo. Al señor Ignacio de Valdespinos le tocó en este reparto la enco-

mienda que hoy es conocida como Santa Rosa de Viterbo. Don Ignacio, que era muy dado a la devoción de los santos que pueblan nuestra Iglesia y que tenía una relativa cultura religiosa, resolvió ponerle ese nombrecito, para rendirle tributo a una santa que, según él, le salvó su vida cuando luchaba en Italia en los tercios españoles.

Entramos a Santa Rosa y apenas puse el pie en tierra, me acordé de la promesa que me había hecho Casilda Safra, hace unos años en relación con el regalo de un potro. Hice que buscaran a Casilda y la mujer se me apareció cuando yo descansaba sobre unos costales ahítos de trigo. Casilda tendría unos sesenta y cinco años largos. Bajita, regordeta y morena, la cabeza entre canas y cazurro el sonreír, sin darme tiempo para nada, se me anticipó para decirme que no me preocupara, que el potro ya me lo tenía listo y que en tres días me lo mandaba sin falta. "Y no se olvide, general –me soltó al despedirse– que el potro se llama El Palomo, y que es blanco y lechoso, que no tiene una mancha y que le traerá buena suerte". En efecto, en vísperas de la Batalla del Pantano de Vargas, uno de mis ordenanzas se me acercó para decirme que ahí estaba el potro que me enviaba Casilda. El Palomo me acompañó en toda la travesía por América y tuve que regalarlo, por puro compromiso, al mariscal Santacruz.

Santa Rosa nos deparó todas las comodidades que necesitábamos. Se preocupó porque a cada soldado le tocara una pizca de atención. Mi ejército se iba agrandando. Más soldados, más oficiales y más gente se les sumaba. Un baquiano, José María Ruiz, conocedor como nadie de los vericuetos de estos terrenos, se agregó a mis filas. En esos días, el alcalde de Tibasosa, Javier Villate, nos llevó arreando una inmensa caballada. Él y su hermano Luis le habían jugado sucio a los españoles y nos estaban entregando estas bestias destinadas a engrosar las caballerías de los godos. Los Villate contaban la trastada con grandes aspavientos y haciendo chirriar los amarradijos de sus monturas con el estruendo de sus carcajadas.

El 20 de julio acampamos en Duitama. Mi vanguardia se adelantó hasta los corrales de Bonza, sobre el río Surba y el alto de Cargua. Allí se atrincheraron nuestros vigías. A las ocho de la noche, de ese mismo

día, descargamos en la plaza principal toda nuestra impedimenta. Esa noche dormimos en el antiguo imperio del Cacique Tundama. Bajo las mismas estrellas que nos miraban, el señor de esos valles pudo soñar antes de ser derrotado. Los duitamas lo amaban por su gallardía y su valor. Fue fiel a esas virtudes, pero intentó agredir su destino y se le sancionó con la muerte. Su imperio se desgarró, se desmembró y sus súbditos fueron entregados a la esclavitud.

Descansé inquieto. La proximidad de un encuentro con los españoles me tenía nervioso. Los soldados estaban lo mismo. Sus peleas eran frecuentes. Perdían la paciencia, por dácame estas pajas. Barreiro nos impedía el paso. Todas sus fuerzas las tenía colocadas en Boncita, en Los Sauces, muy cerca de Duitama. Ni él ni yo queriamos perder nuestros contactos con nuestras bases de operación. Casanare y La Guayana para Barreiro eran definitivos. Para mí, Tunja y Bogotá se hacían imprescindibles.

Los dos ejércitos no tardaron en hostigarse, en buscarse camorra, en punzarse mutuamente. El valor y el arrojo de mis hombres se pusieron sobre el tapete de la disputa. Los desertores aprovecharon las sombras para fugarse. Los llaneros, encorajinados por la presencia del enemigo, se turnaban para citarlo a combates cuerpo a cuerpo. Ni Barreiro ni yo nos decidíamos a un ataque a fondo. El día 22, falló un ataque por sorpresa encabezado por Santander para desalojar a los españoles de Boncita. La lluvia y la oscuridad contribuyeron para ese insuceso. Embarradas, en la madrugada del 23, volvieron las dos compañías que lo intentaron. "Nos perdimos, nos perdimos". Esa fue su respuesta cuando les pregunté la razón de su intempestivo regreso. "Ventura Niño y Cruz Ballesteros, los dos prácticos que nos guiaron son un par el hijuemíchicas –decían– que no conocen ni el patio de su casa".

Lo que más amamos es lo que más pronto se destruye. Nonato Pérez, a quien yo le había tomado un gran cariño, el día 23 sufrió un costalazo, tan tremendo, que de él murió. Es digno relatar el final de un hombre como éste. Y, además, es bueno resaltar la incongruencia de los hechos, para darnos cuenta de que somos, segun el Evangelio, una

brizna de paja en manos de las circunstancias. El caso sucedió así: don Francisco Angarita me había regalado dos potrancos hermosos y sin desbravar. El uno, zaíno, coliparado y reluciente de puro gordo, con las crines botadas sobre el pescuezo en forma de bandeja y los miembros finos y largos semejaban en su vibración y brío la estampa ambicionada para cualquier caballista. El otro, negro retinto, curvo en cuello, prieta la pezuña, el lomo sin prominencias y las ancas parejas, igualaba en su fogosidad al anterior, pero tenía un no se qué de marrullero, que se le notaba cuando por congraciarse con él se intentaba acariciarlo. El simple intento de pasarle las manos sobre sus ijares y costados enfurecía al animal, lo volvía violento y las coces y las dentelladas surgían de él, con la velocidad despampanante de un diluvio.

Nonato había estado muy frenado durante la campaña. La sentencia del tribunal militar que lo obligó a no mandar tropas lo tenía alicaído y pesaroso. Su genio alegre por naturaleza se tornó insufrible y quisquilloso. No aceptaba las chanzas ni las bromas. Encerrado en un mutismo aleve, apenas sí contestaba los saludos y, una vez cumplía este requisito, volvía la cara, se terciaba la ruana sobre el hombro y dejaba que su mirada se perdiera en la lejanía.

El Negro Mayor, que así lo llamaba yo, conversaba conmigo frecuentemente. Dos días antes de su caída habíamos sostenido una charla amarga, y ácida, porque la amargura y la acidez le mordían su alma. Ese día, por su propia voluntad, se había saltado las bardas de la conveniencia y del respeto que yo le merecía y, en un lenguaje salpicado de ajos, se me mostró inconforme con su suerte.

“No es justo, mi general –me dijo– que mientras otros con menos méritos personales que yo figuren en primera fila, a mí me dejan atrás como un bagazo, molido y remolido por los dientes de un trapiche. He servido con amor y con desinterés a la causa patriota. Mi tranquilidad y la de mi esposa Trinidad, a la cual abandoné para seguir esta lucha, quedó enterrada. ¿Qué cargo concreto tienen contra mí? ¿Qué soy independiente? ¿Qué soy rebelde? ¿Qué tengo suficientes cojones para hablar claro? ¿Qué soy cruel? ¿Qué soy impiadoso en las batallas?”.

No quise detener al mozo y dejé que la corriente que lo poseía se le volcara completamente. Él continuó. "Usted mismo sabe, mi general, que la rebeldía, la independencia, la personalidad, son atributos tan escasos que se hace necesario cortarle el cogote a quien los posea. Pero a mi vez yo le preguntaría: sin este coraje interior que me mueve, ¿que me da carta de naturaleza, qué hubiera sido de la independencia y de sus luchas? ¿Adónde hubiéramos llegado, si esa misma lucha no hubiera contado con hombres como usted y como yo? La masa, el montón, son bultos amorfos y sin carácter. Su entusiasmo no existe. Y el montón está representado en estas tierras por sus habitantes, sumidos en la indiferencia más absoluta, sin ningún entusiasmo, sin ningun ardor por el futuro. Para atraer a estas masas, para convencerlas, se requerían actos de valor, como los suyos y los míos, actos de audacia, actos de crueldad porque la fiera que reposa en cada uno de nosotros hay que alimentarla, sacarle las uñas a la brava, dejarle viva su agresividad para que así se lance, estremecida por los puyazos de la excitación".

Oí a Nonato y no tuve nada que contradecirle. Lo traté de calmar, dándole mi apoyo, mi protección. Diciéndole que tuviera fe y que yo estaría a su lado, aun en contra de los malos entendidos.

Nonato recobró su alegría y se empeñó en amansarme el potranco negro, al que le había puesto el nombre de El Diablo. No permitía que nadie le ayudara. Estaba contento con mis palabras y promesas. Enlazó a El Diablo magistralmente. El rejo se le hincó en las carnes del caballo y lo obligó a estarse quieto. El animal temblaba de cólera como una hoja. Nanato se le acercó y le estuvo hablando. La caricia y la palabra le sirvieron al bicho como tranquilizante. Su cuerpo dejó de temblar y de sudar. Su piel brilló aceitosa y lisa.

"Tráiganme rápido la silla, las riendas y la sobrecincha" gritó Nonato. Al pie de él se le colocaron los aparejos que pidió. Con cuidado, con sumo cuidado, como quien trata a un niño, Nonato le fue poniendo al caballo la jetera y el cabezal. Una vez puesta la falsa rienda, le barrió los lomos con el sudadero y le puso la silla, un armazón de madera forrado en cuero de oveja. Le apretó la cincha dos veces. La primera vez, el animal templó la barriga, se hinchó, cobró más volumen del normal;

la segunda vez, fue cediendo a la fuerza. De un brinco, el Negro Mayor se le acomodó en los lomos a El Diablo.

Todos estábamos pendientes. Nadie se atrevía siquiera a respirar. La maestría como chalán, de Nonato, se encontraba en pugna con el mismo Diablo, en cuatro patas. Las orejas en punta, los belfos espumosos, los miembros estirados, como cauchos sometidos a tensión, le daban a su figura un escorzo hermosísimo. Cada músculo de su cuerpo, cada fibra, cada tendón de su anatomía estaba listo a dispararse. El disparo llegó en forma de latigazo. El rebenque de Nonato cruzó las ancas de El Diablo, las flajeló y el alarido de dolor del animal no se vio crecer con la avasallante velocidad de la espuma. Los corcoveos, los saltos de frente y de costado, las dentelladas, hicieron trepidar el suelo. Fue un ciclón, una tempestad de movimientos, de cabriolas. Nonato se mantuvo firme en la silla, se sostuvo con las piernas apretadas en torno a los costillares de la bestia. El Diablo, ciego de ira, se lanzó contra la palanquera del corral dispuesto a estrellarse con todo y jinete. Nonato vio el peligro, quiso detenerlo, pero no pudo. El encontrón de El Diablo y su jinete contra la muralla de madera fue espantoso. Los troncos se rajaron y hombre y animal, confundidos en un solo cuerpo, cayeron al suelo. Una polvareda a su alrededor les sirvió de cortina. El caballo se levantó primero, Nonato quedó tendido sin conocimiento.

Graves lesiones internas le quedaron como consecuencia de este porrazo. Tuve que enviarlo a Soatá para ver si la calidez de la temperatura y la fortaleza de su organismo lo ayudaban a mejorar. Nonato estaba de malas. Un médico español, de apellido Cordero, no supo o no quiso atenderlo, dejó que la enfermedad avanzara. Nonato moría dos meses después. Dicen que se incorporó en la cama, que el color le tiznó la cara, que la voz le surgió del pecho como en sus mejores épocas y que sus gritos de guerra se treparon por encima del campanario para caer más allá de las lomas. Así murió uno de nuestros héroes. Tal vez el más original, el más auténtico, el más soberbio.

Mañana cumplo 36 años. Y en las vísperas de mi cumpleaños me encuentro sembrado en un sitio sin poderme mover. Frente a mí está

Barreiro, detrás de mí se encuentra Morillo. La situación de mi ejército es dificil.

El día de mi cumpleaños, ordeno a los hermanos Villate que se dediquen a cortar árboles por los lados del Pantano de Vargas. Los necesito para construir balsas. Busco un golpe teatral que aturda a los españoles. Y lo necesito porque me encuentro tan mal parado que no puedo dar la batalla ni tampoco rehuirla. El terreno en que me encuentro no me es propicio. Solamente atravesando el Pantano puedo salirle por la espalda al enemigo. Barreiro se me anticipa a llegar al Pantano de Vargas. Se sitúa en las casas de José Antonio Díaz y distribuye sus fuerzas por las alturas que dominan el camino. Lleva las de ganar y espera paciente.

Nadie puede decir con exactitud cómo y en qué forma se desarrolla una batalla. Ni aun yo. Los que se dedican a husmear en los papeles viejos pueden, con un poco de imaginación, dar una idea vaga, muy vaga, de las marchas y de las contramarchas de un ejército empeñado en combate. Esta batalla decidía la suerte de mi campaña. Hasta el momento era la única importante que se me había planteado.

Estaba escaso de hombres, necesitado de vituallas falto de animales. La victoria tendría que ser aplastante. Anzoátegui y Santander habían fracasado en la toma del cerro del Cangrejo. O'Leary estaba herido. Me vi asustado, tembloroso, azorado. Me debatí entre el miedo y la ambición con el terco empeño de un soñador. Decía plegarias entre dientes y las cerraba con maldiciones. Invoqué a la virgen de los tiestos, que no existía en ningún santoral, y vi perdida la batalla cuando la caballería española se nos vino al galope.

Juntó a mí, se encontraba Rondón, desde hacía rato me estaba exigiendo que lo dejara intervenir. En vista de las circunstancias, le solté las riendas y le dije: "Coronel, haga usted lo que pueda". ¿Qué vino después de estas palabras? Lo que llegó es mayor que ellas y se me desborda. No tiene dimensión, carece de volumen, es ancho, alto y largo. Tiene las proporciones de lo increíble. Lo pude ver pero no se si lo pueda contar. Decir qué pasó y cómo pasó, es meterme en camisa

de once varas. Es quemarme vivo como una antorcha o como una bandera. Es llenarme de gritos y empaparme de vientos. Es decir, lo que voy a decir y saber que es inútil.

Hombres y bestias se fundieron en un tropel que parecía de mil jinetes, cuando apenas llegaban a los quince. Quince jinetes y la tormenta perfecta. Quince jinetes en pelo, con estribos o sin ellos, babeantes los caballos, semiacostados, semidesnudos carne y casco, crin y acero, lanza y muñeca suciedad, destrucción y angustia. Y los pulmones estallaban y las lenguas que se brotaban y el alarido sollamante y la queja perdida y el tajo sobre el hueso y el hueso hecho cisco y el dolor que no es dolor, sino que se transforma en muerte. Y la muerte que atropella, que besa, que estruja, que quema, que abre las carnes y deja ver los músculos. Y el tiempo que se escurre peleador bajando del cielo a la tierra como un ángel de plomo. Y luego, nada, el silencio que recorre en puntillas los caminos que vieron transitar un relámpago. Esto fue lo que vi.

El clarín español, llamando a la retirada, me sacó del trance. "El rey ha muerto, viva el rey", me provocó gritar. América tendría un nuevo monarca y ese monarca sería yo. Cuatrocientos años de esclavitud se me estaban saliendo por las costuras de mi casaca. América me esperaba con sus harapos de mendiga, sus cordilleras, sus ríos, su bondad y su maldad. El viejo mundo había muerto ante mis ojos.

Tres días más duramos haciéndonos carantoñas. A pesar de la victoria, Barreiro continuaba siendo el más fuerte. Decreté una leva y los hombres más duros y los niños y los viejos de setenta o más, que creían en mí y también los que no creían, fueron llamados a reforzar mi ejército. A pesar de tanto esfuerzo, el español no nos dejaba paso libre. Tuvimos que recurrir a la artimaña. Nos fugamos para Tunja con los cascos de los caballos entrapados. Otro negro, Félix Pabón, nos ayudó a escabullirnos. Él, con unos cuantos más, mantuvo despiertos a los godos. Por Toca, silenciosos como monjes, desfilamos hacia Tunja.

La caminata de Paipa a Tunja fue alegre. Yo ya sabía que nadie me podía quitar mi victoria en el Pantano. Una corriente de despreocupación limpió el acre humor de los soldados. Y así, con esa generosa

propensión al optimismo, los aires tunjanos se nos metieron en los pulmones.

Solapada y suspirante, la ciudad de Tunja nos comió a lengüetazos. Su vigoroso aliento modificó las apariencias de mi ejército. Por sus callejuelas minuciosas, marchamos con la seriedad de un Jueves Santo. En cada esquina, el paladar de la historia agotaba la memoria. Sobre los paredones de sus monasterios, sobre los contrafuertes de sus casonas, sobre los campanarios de sus iglesias, el sol se apresuraba a secar la garúa. Casi estuve tentado a decirles a mis hombres que se quitaran las alpargatas para que caminaran descalzos, por estas vías donde los siglos transitan en vía crucis permanente.

Tunja es un poblado que apresura la circulación para darse el gusto de asordinarla más tarde. La sangre padece ante su presencia los fenómenos más extraños: se alborota y se licua; se alza rebelde, se somete humilde; de roja se transforma en blanca. Y en estos cambios, el tibio calor que nos envuelve se enfría, gracias a un congelador que hay en estas tierras que aún no ha sido descubierto por nadie. Sus casas, sus tejados, sus aleros, sus portones, sus escudos, sudan frío y soledad. Quien se atreva a contradecirlos es colocado en entredicho y a más de esto se le sigue un juicio por sacrílego y mentiroso. En los nichos de sus iglesias y capillas, las mil bocas del tiempo cuchichean en espera de que el chisme solucione sus problemas.

En Tunja y en sus alrededores no se puede vivir para afuera. Se requiere, para vivir feliz, renunciar a la carcajada, al gesto espontáneo y entronizar el disimulo y la paciencia. Aquí se adoran los ornamentos y las casullas, los cordones del monje y las togas de las prioras setentonas. Se le rinde culto al escalón convado por las plantas de los penitentes. Al alero patojo, al rincón encorvado, donde la salaz promiscuidad de la conseja sucumbe a la tentación de azuzarle los mostachos a la vida ajena. Aquí se tiene a la ironía por patrona y al ingenio por santo de la devoción diaria.

Tunja no tiene par. Hay en ella tal voracidad por la inteligencia que sus gentes y las gentes que a ella llegan acucian al espíritu para que rinda

mejor, para que produzca sin descanso la moneda del talento. Es una ciudad sin límites que, quizás, lo que le falta en longitud le sobra en hondura. No se le ve crecer, pero cada día alumbra con más fuerza. Tiene la ventaja de que se desarrolla hacia adentro.

Me instalé en casa de los señores Niño. Por intermedio de Julián Garzón, un chisgarabís de moda, me averigüé el plan de los españoles y tracé el mío, para interceptarlos más adelante. Tuve el tiempo sobrado y hasta se me facilitó la conquista de una hermosa tunjana, doña Pepa Acevedo de Pose. La muchacha era de aquellas que se derriten por los entorchados y las espuelas y, además, suspiran por la gloria ajena y tratan de acercarse a ella, para poner sobre la monotonía de sus vidas un mantón sevillano de colores y de sacrificios. Pepa me devolvió el ímpetu sexual que yo creía perdido por tanta abstinencia y trabajos pasados. Su amor me dio una inyección de vida. Pasados los años pude ayudarla, a ella y a su marido.

En el puente de Boyacá sellé la independencia de la Nueva Granada. Santander y Anzoátegui se destacaron como nunca. La caballería fue mi principal arma. El encuentro apenas duró dos horas y nuestras pérdidas fueron mínimas: trece hombres en total. Pero la táctica y la estrategia que allí pude desarrollar me vinieron a convencer de que la guerra y la victoria son cuestiones de inteligencia y de oportunidad. Yo sostengo la tesis de que los golpes que le di a los españoles, en Boyacá, fueron dados sobre un bulto sin alma y sin esperanza. Barreiro, sus oficiales y sus tropas se consideraron perdidos de antemano, y tuve el cuidado de refregarles esa suposición. Mi triunfo era mayor aún, porque venía a demostrar cómo y hasta qué punto la influencia y la magia de mi nombre estaban desmoronando al enemigo.

Capítulo IX

La minucia, el detalle, la pequeñez, son los aliños de la vida y, además, sus combustibles. Una existencia y el destino de esa existencia puede variar fundamentalmente cuando surge cualquiera de estos imponderables. El cambio puede efectuarse a partir de los treinta grados hasta llegar a los ciento ochenta. Esto lo digo porque lo he sufrido en carne propia. No una sino mil veces. Luego del triunfo del Puente de Boyacá resolví adelantarme solo por el camino de Santa Fe. Independizarme de los acontecimientos y de los amigos cataliza y madura mis ideas. Esa especie de cinta aislante la he aplicado con frecuencia. Me recluyo en mí mismo y pondero y equilibro en mi interior las cosas y los sucesos que me están afectando. Los desmenuzo, uno por uno, los analizo con un diagnóstico objetivo y serio. No me dejo conducir por las opiniones que me cercan y que me atosigan, sino que hago tabla rasa de cuanto me rodea y, en una especie de trance voluntario, pongo las cartas de mi juego sobre el tapete de mis condiciones personales y escojo, comparo y me decido.

Me adelanté pues, solo, sin ninguna escolta, para meditar. El paso fino de la mula que me conducía me daba el ritmo acompasado y sedante que necesitaba. Mirando al animal, caí en cuenta de un hecho lleno de gracia y de incongruencia a la vez. Las mulas son las que más he utilizado para darle la vuelta a este continente. Y la gente que me conoce y la que me desconoce piensa que ha sido el caballo mi mejor vehículo. Falso. El caballo o los caballos que he tenido los he ocupado para desfiles, para entradas triunfales, para entusiasmar con su brio y con sus cabriolas a la multitud, para ofrecerle a la masa ese espectáculo indispensable de confundir al héroe y al caballo en un solo cuerpo.

Existe en la retina de los hombres cierta predisposición para dejar la imagen preferida por ellos, inmodificable. Esa rara inclinación demora el pensamiento y lo rodea de un halo específico. El gesto, la postura de los que han hecho historia, se paraliza, por así decirlo, en determinado instante y queda ya de por vida la estatua formada o el busto esculpido. El caballo ha sido el mejor instrumento para acercar a la masa a los individuos que se alzan por encima de ella. La bestia tiene que confundirse con el ser pensante para darle fuerza y consistencia. Tiene que ligarse a él para fijarlo y aquietarlo sin que pierda su majestad. Reyes, emperadores, conquistadores se integran en la vieja leyenda del centauro, que trastornó las mentes primitivas para endiosar con sus trazos la antagónica función del musculo con la inteligencia. En mi caso, la verdad es otra. Más sencilla, más simple. La mula ha contribuido más que el caballo para mis desplazamientos. Su fortaleza es superior, su nobleza es igual y su seguridad es el doble. Sobre sus lomos he recorrido lo que ningún otro mortal ha podido recorrer, kilómetros y kilómetros, distancias infinitas, largas y ciertas leguas. Escuchamos hablar sin que nadie nos oiga, es un placer inagotable. Soltar a campo abierto, y en voz alta, las ideas que nos agobian es una medicina que solo puede aplicarse aquel que no le teme a encontrarse frente a frente. El darnos la cara cuando nadie nos mira, significa voluntad, convencimiento de que no estamos equivocados, sino al contrario, que vamos en línea recta, consumidos por la llama de la verdad ardidos en la hoguera del deseo de acertar. Eran tantos y tan variados los problemas que tenía que aclarar que me urgía estar solo.

Conviene que el mundo y las generaciones venideras se sigan enterando de cuál era el medio y de cuáles los hombres con quienes me tocaba actuar. Muchas veces, la falta de la verdad completa hace dar un juzgamiento equivocado.

Las noticias de Venezuela me tenían molesto. Pensé que con mi actuación en el Congreso de Angostura había dejado asegurada la paz y el orden en esa provincia. Creí que tanto mis amigos como mis enemigos se darían una pausa y me la darían a mí también, para evitarme mortificaciones e inconvenientes. Nada de esto sucedió. Emprendida la campaña de la Nueva Granada, el Congreso y el Gobierno de

Angostura se volvieron un enjambre e intrigas. El señor Zea, encargado del poder ejecutivo, con su debilidad aparente o sostenida, le dio pábulo a todo género de falacias. Zea, como casi todos mis amigos, actúa frente a mí de una forma y lejos de mí de otra. Cambiante, indeciso, complaciente, deja, por su manera de ser, abiertas las ventanas al qué dirán. Y se vuelve mañoso, cuando debe ser imperioso, y se trueca en componedor cuando debe mandar sin remilgos, y se hace el remolón, cuando las circunstancias indican una accion rápida y eficaz. Zea es así. Una gran inteligencia que guarda las apariencias históricas; un gran talento, que le da cabida a la suspicacia y al resbalón; una inmensa asimilación de los asuntos públicos, intervenida siempre por el tartamudeo y la debilidad. Zea, pues, con su comportamiento, se situó en el terreno del dejar hacer a los demás y los dejó hacer tanto y con tanta saña que lo destituyeron. La trapisonda de los políticos que en todas partes es exacta y cortada además por la misma medida, consistió en poner de punta a los civiles con los militares. En ofrecer blanco seguro a las quejas, pequeñas o grandes, que surgen en todo gobierno. Los diputados Domingo Alzurú y Gaspar Malcano, emisarios de mis amigos Santiago Mariño y Tomás Montilla, por las minucias, por las pequeñeces de que hablaba antes, se dieron a la tarea de quitarle piso al mandato de Zea. Ellos sabían que en el fondo Simón Bolívar era el blanco y que lo que hicieran con Zea repercutía en mi persona. El cordero pascual tenía que ser el encargado del poder. Arismendi, de quien había recibido demostraciones de aprecio y de lealtad, parece que no estaba contento con su papel y quería más figuración, más brillo, más reconocimiento a sus méritos. Entonces, Mariño y Montilla usaron a Arismendi para dorar la pildora. Y lo usaron con tal descaro que impidieron que las órdenes dadas por mí a Rafael Urdaneta, para efectuar una leva, pudieran cumplirse. Y se opusieron a ellas y llegó el momento en que pusieron a Urdaneta sobre la pared. Arismendi permitió que lo siguieran utilizando. Aceptó ser el reemplazo de Zea y aceptó tambien que se me tildara de traidor, con el cargo de haberle sustraído tropas a Venezuela para dedicarlas a la conquista de la Nueva Granada. Eran tan torpes y tan necios los procedimientos de esta cafila de mezquinos que, con otro género de amigos, seguramente se hubieran empantanado. Mis amigos, al contrario, se hicieron a un lado, ampliaron con su silencio el círculo de las consejas. Páez, sin ir más allá, se

mantuvo a la expectativa, no alzó un dedo en mi favor, pecó por omisión, su pecado capital. Y con el tácito entendimiento con Mariño y con Montilla se dio trazas para aparecer distraído y distante a las mezquindades que contra mí se estaban propagando.

Até cabos y reuní posibilidades. Mi regreso tenía que ser pronto. No me detendría en Bogotá por mucho tiempo. Lo que debía hacer era encargar, en esa ciudad, a alguien que me representara. Es decir, continuar con la noria de mis experiencias, dándoles oportunidad a mis distinguidos subalternos para que me traicionaran. Si no hacía esto, me vería en un callejón sin salida. No hay peor enemigo que el que sabe nuestros defectos y menosprecia nuestras cualidades. Regresaría, como en efecto lo hice, y para sorpresa de los demás, no mía, puesto que ya tenía callos en el cuerpo y en el alma. Regresaría y encontraría al mismo diputado Alzurú, el propiciador de las calumnias y de los ataques, sosteniendo en alto mi nombre para que figurara en una placa de bronce y mármol con sentencia latina al fondo. Regresaría y encontraría a mis amigos batiéndome la cola y golpeándome los hombros con alharacas de felicitación. Regresaría y encontraría a esos minusculos hombrecitos que cuando yo les daba la espalda me punzaban con el aguijón de sus envidias.

Cavilar es un ejercicio de aflojamiento. Los nudos mentales se sueltan o se aflojan con solo concentrar en ellos la atención. No hay problema insoluble. La muerte es la única que no tiene solución.

Me despejé la cabeza mirando el paisaje que me rodeaba. La sabana que envuelve a la capital de la Nueva Granada es de un hermosura complaciente. Una gama de colores tenues, apenas insinuados, estucan las colinas y los árboles. El río que lame esté llano es manso y apacible. Se estira con la flexibilidad de un felino viejo y serpentea con la gracia y el descaro de un fauno joven. La población ya estaba muy cerca porque las chozas se iban repitiendo con más frecuencia. El grueso de mi ejército y de mis Oficiales venía atrás, su rumor se percibía y ese fue mi propósito: alejarme de mi escolta. Yo ya conocía la acción y la reacción de los bogotanos, siempre utilizaban los saludos en conjunto, los discursos, los parabienes, las exageradas demostraciones de alegría

y de afecto. Afecto y alegría que nunca sentían sinceramente, pero que, pensaban ellos, que se necesitaban para dar la sensación de regocijo y evitarse los reclamos y las malas interpretaciones.

"¿Alto, quién vive?" Un jinete mal encarado, lanza en ristre, el sombrero en la nuca, me estaba pidiendo mi identificación. Lo conocí al rompe. Maza se apellidaba el militarote. Tenía noticias de su malcriadez y de sus desplantes. Sus hazañas me habían llegado un poco manchadas por la envidia. Seguí, sin darme por aludido, simplemente levanté la cabeza para que mi rostro fuera mi carné de seguridad. Lo miré a los ojos fijamente, no estaba el horno para bollos, y él se quedó quieto, me observó como si fuera un fantasma, bajó la lanza y se hizo a un lado. Al pasar junto a él sin detenerme, le dije: "No sea pendejo, Maza, deje los escándalos". Le apreté las espuelas a mi mula y sin volver a saber qué pasaría me alejé del futuro vencedor de Tenerife.

Maza, sin decir un acento, me escoltó lejos.

Presumió mi mal genio y tuvo la inteligencia de callarse y la prudencia de conservarse a distancia.

Al poco rato sentí que un tropel de caballos me estaba alcanzando. Los dejé que se pusieran a mi diestra y a mi siniestra. Tampoco los volví a determinar. La comitiva de los notables bogotanos estaba acercándoseme. Quise pasar por en medio de ella, sin darle importancia. Me detuvo la curiosidad. ¿A quién habrían nombrado para el discurso de bienvenida? Entre cohetes y vivas surgió un joven flaco y desgarbado. Enjuto de mejillas y largo de brazos, se le notaba esa timidez soberbia de los intelectuales incomprendidos. Se subió a un taburete que por arte de magia apareció a su lado. Miró a los presentes sin mirarme a mí mucho. Se estiró las solapas con mano nerviosa y sacó del bolsillo de su casaca unas hojas escritas. Me acomodé en mi silla dispuesto a soportar la andanada de alabanzas. Y efectivamente fue así. El héroe que pintó el joven Vicente Azuero no tenía ningún parecido conmigo. Es posible que tuviera rasgos de semejanza con algún personaje griego o romano o etrusco. Azuero fue un exagerado. Fue un exagerado en sus odios y en sus amores. A los primeros se especializó en darles un

fulgor de tragedia que no correspondía a la realidad. Azuero vivió para los libros y murió en ellos. Intoxicado por la literatura y por las opiniones ajenas se dejó incluir en un paraíso terrenal que no existía. Que fuera o que no fuera un atormentado por la realidad, sus tesis en política dejaban un sabor de inequívoca fantasía. Vicente Azuero terminó de leer su magnífica oración y me sorprendí yo mismo cuando de mi boca se escaparon estas palabras: "Noble orador, el héroe que habéis pintado no soy yo. Emuladlo y os admiraré". Sin más, continué al paso de mi cabalgadura. En Azuero dejaba a un enemigo, y no me arrepentí. El contestarle a sus imprudencias, con más largueza y más detenimiento, hubiera sido quizás un halago para él, pero para mí se hubiera convertido en una fatiga. Ese día, como muchos otros de mi vida, no estaba para hacerles arrumacos a los atrevidos.

La casa que los bogotanos me habían destinado la encontré llena hasta los topes de toda clase de ambiciosos. Los había de buena fe y los había de mala fe. Con todos departí y a nadie desairé. Los bogotanos no habían sentido el peso de la guerra. Ellos continuaban iguales a sus padres y a sus abuelos. Sus rutinas y sus costumbres estaban rayadas con la aguja de la parsimonia. Fiestas, tranquilidad, chocolate y buñuelos al atardecer, vísperas y rosarios, bautismos y chismes, buen yantar, plácida convivencia con los numerosos españoles que allí vivían. En fin, el ruido del cañón y el olor de la pólvora estaba ausente y lejano para esos señoritos. Su sociedad, rica en bienes materiales y en bienes espirituales, se movía con la lentitud de un paquidermo. Los grandes latifundios continuaban intactos en las manos de los chapetones. La esclavitud se sostenía bajo la vigilancia y el cuidado de la clerecía.

Me puse en contacto con la realidad y me encontré que la Nueva Granada tenía que ser, por razón o por fuerza, el motor económico de mis campanas. Esto no gustaría. Mi persona se veía atacada por los chicos y por los grandes. A males viejos, resignación perpetua. El plan que ya tenía meditado, lo puse en ejecución inmediata. A los empleados públicos les rebajé el cincuenta por ciento de su salario. Drástica medida que afectaba a la clase social más desposeída por la fortuna, pero que le permitía al erario público un respiro y un respiro muy

fuerte. Ordené la confiscación de todos los bienes de aquellas personas que habían adherido a la Corona en una u otra forma. Impuse a los clérigos la obligación de pagar los diezmos al Estado. Y por medio de una nota, extensiva a todos los sacerdotes y a todas las parroquias, dejé muy clara la esperanza de que sus contribuciones voluntarias no se hicieran de rogar.

Ya tenía decidido que fuera Francisco de Paula Santander quien me reemplazara en mis ausencias como Vicepresidente. Desde varios años atrás, había seguido de cerca los rastros de esta personalidad. Sombras y luces se insinuaban en ella, pero esas sombras y esas luces no entorpecían para nada ni organización futura. Santander estaba medido, pesado y repesado dentro de mí. Me sabía de memoria todas sus fallas, las presentes y las futuras, y las aceptaba, con el pensamiento fijo en ellas para no equivocarme. De este montón de generales que me rodeaban, muy pocos podían levantarse una pulgada por encima de lo normal. Nuestra amistad, si hay que darle un nombre a los afectos y a los desafectos que nos vincularon, nuestra amistad digo, con Santander, estaba y estuvo sujeta a mis reacciones temperamentales y a sus reacciones cerebrales. Frío, déspota, ambicioso de triunfos y de dinero, seguro de sí mismo, incrustado en la oligarquía criolla, Santander me ofrecía peligros y también me daba seguridades, en virtud a su manera de comportarse frente a los problemas de organización y de administración. La campaña que acababa de pasar fue dirigida, en líneas generales, por su mano. Previsor y transaccional, Francisco de Paula tenía a su favor un noventa por ciento de lo que yo necesitaba en esos momentos. A pulso se fue levantando en la carrera militar. No era lo que se pudiera decir un militar completo. Era, más bien, un instintivo del derecho y de las leyes porque su compleja y tortuosa condición mental lo llevaba a darle, sin mayores esfuerzos, a la ley el cariz que se deseaba o pretendía. Inteligente en grado sumo, aplicaba su capacidad de trabajo en lo propio y en lo ajeno. No daba puntada sin dedal, es decir, escogía con mano sabia cuándo y cómo se debería comportar para hurtarle el cuerpo a los compromisos. Se dejaba querer de sus amigos y los protegía, sin comprometerse. No espero definirlo de un plumazo, lo voy a ir entregando a la posteridad a medida que sus actos vayan reflejando en él sus sombras y sus luces.

Decía que a Santander ya lo tenía de candidato para reemplazarme y, por lo tanto, todas estas medidas que tomé le fueron consultadas a él previamente para recibir su voto de aceptación. De Santander me gustaba la poca capacidad de servilismo que tenía. Aun conmigo se mostraba reacio para recibir mis puntos de vista con entera sumisión. Santander no estuvo de acuerdo con muchas de estas medidas, me quiso dar largas para la aplicación de las mismas, en todo caso, las eché a andar, porque he considerado que cuando se toma una determinación hay que imponerla.

Francisco de Paula era partidario de las mediastintas y de las aguastibias. Yo no. Los pocos éxitos que he tenido han sido el resultado de unas resoluciones un tanto arbitrarias pero oportunas. Mal podía ponerme a contemporizar con una República que estaba en pañales y que todavía no se me mostraba con la fisonomía de los seres maduros.

Yo necesitaba dinero, armas y hombres. Y esto no lo podía conseguir sugiriendo a mis conciudadanos que me los dieran por las buenas. O tomaba por la fuerza lo que estaba a mi alcance o dejaba, para una vida posterior, esta empresa de titanes. Fui claro con Santander. Él ya me conocía. Él no podía olvidar mi actitud en La Grita, cuando lo conocí, y lo puse en la escogencia de fusilarme o de obedecerme. Repito, fui claro con Santander. Y me marchaba o pensaba en otro. Y me marchaba sin disculpas, sin travesuras. Santander aceptó de plano. Yo continué adelantando mis programas.

Un punto muy delicado me tocó tomarlo por los cuernos. El problema de la esclavitud. Mi promesa al general Petion estaba fresca en mi memoria, pero mi promesa tampoco me podía atascar en forma tal que me dejara inerme y sin recursos para cumplir mi verdadero cometido.

He dicho y sostenido que nada se nos da regalado. Y yo menos que nadie estaba en condiciones de regalarle a los esclavos su libertad sin que ellos aportaran un esfuerzo para conseguirlo. Nada de consideraciones. Si querían libertad, estaban abiertas las puertas para alcanzarlas,

con una condición: que se enrolaran en mis filas y formaran una fuerza de combate. Santander estimaba que esto lesionaría mis relaciones con los ricos, con los dueños de esclavos, con la oligarquía sureña. No había tal equivoco. Y me pareció oportuno dilucidarlo. América y la raza americana estaba en formación. En este gran tonel cabía toda clase de líquidos y de sangres. La sangre blanca y la negra, la mulata y la mestiza, la india y la zamba. No era justo, pues, emplear para la lucha solamente los hombres libres, no, los hombres nacen libres pero su libertad les cuesta caro, y, cuanto más les cueste, más la aprecian. Salí sin el rejo en el pescuezo y convencí a mis oficiales de la bondad de esta medida.

Pamplona y Socorro todavía estaban en poder del enemigo. Envié las partidas correspondientes para aniquilarlos. Antioquia se encontraba en la misma situación. Destaqué al coronel Córdoba para esa tarea. La provincia de Neiva y las fuentes del río Magdalena sufrían la ocupación española, a mi simpático y escamoso coronel Hermógenes Maza lo mandé para esas tierras. Su vigor, su crueldad y su arrojo me dieron los resultados que requería.

En mis manos estaba la ciudad de Bogotá. En mis manos estaban las pocas cosas que dejó el virrey Sámano en su huida. Y a pesar de que el resto del territorio granadino aún no estaba bajo el cuidado de mis armas, consideré que el corazón de esta provincia se hallaba aquí, en Bogotá. De ahí, que le puse toda mi atención a sus problemas y a su organización. La administración local la dejé intacta. Mantuve la Corte Suprema pero creé la Corte de Apelaciones. Volví a mirar la educación y encontré el desamparo más grande en ella. Adopté la norma de que la República en el futuro se encargaría del cuidado de la instrucción de los niños huérfanos y cuyos padres hubieran caído en la lucha libertaria.

Supe que en Popayán el obispo me había impuesto una excomunión más. La medida no me disgustó, porque me dio la ocasión de apretarles las clavijas a los notables sureños y a los frailes enquistados en el enemigo. La revolución, mi revolución, estaba en marcha y nada ni nadie la detendría. Las instituciones bien podían dejarse por el mo-

mento mientras eran reemplazadas por otras, pero a los hombres no, y por lo tanto fui colocando a mis amigos en los cargos de representación y de importancia. En las parroquias, los curas rebeldes fueron cambiados por párrocos de mi confianza. El porcentaje de estos curas rebeldes era muy alto y esta situación me estaba perjudicando en los pueblos y en los sitios de sus influencias. El campesino tenía que ser la cantera de mis ejércitos y si el campesino se dañaba por los sermones y las opiniones de unos sacerdotes antibolivarianos, la fuente se me secaba, sin rendir lo suficiente.

Yo tenía que estar en todo y de ahí la razón de mi permanente correspondencia con Santander. Correspondencia que no era tanto por mantener vivos los contactos de persona a persona, sino para darle a él instrucciones pormenorizadas, para que las cumpliera. Yo ya sabía que durante un tiempo, más o menos largo, Santander acataría mis órdenes y obedecería mis mandatos, después no. Después él estaría en condiciones de querer dictármelas a mí. Pero mientras estas novedades se presentaban, mi control debía ser activo y permanente. Mis críticas a sus gestiones, mis reprimendas a este hombre, no fueron el fruto de la envidia ni de la antipatía, ni el de querer dejarlo a un lado, fueron la manifestación de un sincero afecto a su persona. Al contrario, Santander encontró en mí un respaldo oficial y personal a todos sus dictados. Sus manclos como gobernante fueron elogiados por mí. Se lo merecía, eran formidables y me sacaban de apuros. Sus manejos como comandante y representante de la más alta autoridad, que era yo, también estuvieron apoyados por mí.

Examinemos, para no decir mentiras, el caso del fusilamiento de Barreiro y de los oficiales españoles. A Santander lo dejé como vicepresidente, con plenos y augustos poderes. No le limité su mando. Santander fue un segundo Bolívar. Cuando se vio obligado, por razones de Estado, a ordenar el fusilamiento de esos oficiales, yo no desautoricé su decisión. Consideré y considero que esa medida fue indispensable. El hecho de que yo estuviera, meses antes, gestionando con Sámano el canje de prisioneros, no indicaba mi desacuerdo con la muerte de Barreiro. Sámano no me contestó y me dejó libre de compromisos con su silencio. Ahora, yo mismo le había dicho a Santander

sobre la necesidad de aplicarle mano fuerte a los granadinos, porque estos no estaban muy vinculados a nuestras personas y miraban las posibilidades de un salvador. El pueblo, que tampoco nos pasaba, no lo podíamos dejar perder con nuestra flaqueza o con nuestra indiferencia, era inaplazable darle el tono autoritario para que no se desgaritara en cualquier momento.

El 18 de septiembre, días antes de mi partida, pensé conveniente que el pueblo se pronunciara públicamente de viva voz. Y se pronunció por medio de unos festejos infantiles y ridículos, pero que demostraban su conformidad con mi obra de gobierno. Vinieron los clásicos desfiles de las escuelas, la entrega de una corona de laurel, de las manos de la hija de un español fusilado, el coro de veinte niñas vestidas de blanco y el tédeum solemnísimo.

Además, las solemnidades, las fiestas, los banquetes, las paradas, los desfiles, me atraen. Y me atraen cuando yo soy la estrella de esas solemnidades. Me parece que es una forma de retribucion del mundo a mi persona. Una forma que revela y autentica mi manera de ser. Mi espontaneidad es tan grande que se vuelca sobre los demás sin exigirles nada distinto al respeto y a la sumisión que se me debe. Así como se oye, o como se ve escrita esta frase: Los de abajo y los de arriba. Antidemocrática confesión, antirrepublicana, pero evidente. La democracia pide libertad y no la da. Da solamente la oportunidad para subir, para medrar, para cosechar éxitos a la par que todos, pero la igualdad jamás la entrega. Y no la entrega por la razón de que la igualdad nunca ha existido bajo estos anchos cielos.

No se puede comparar a un pobre con un rico, a una mujer hermosa con una mujer fea, a un hombre inteligente con un pobre diablo. El pueblo, en medio de su sabiduría innata, no pretende en sus conquistas sociales alcanzar la igualdad, busca que la norma, que la ley, empareje las obligaciones y los deberes de los ricos con los pobres. Y que fuera de emparejarlas las distribuya con justicia y con equidad. El pobre, a lo sumo, puede aspirar a que el rico le entregue a la comunidad parte de sus riquezas para que la comunidad, a su vez, las devuelva convertidas en servicios. La fea persigue la igualdad con la bonita satu-

rándose de simpatía o de conocimientos. El torpe esconde su torpeza con la sagacidad necesaria para causarle destrozos al talentoso.

No es pretensioso, de mi parte, sostener, como sostengo, mi orgullo de casta y mi prestancia como ser humano. Tampoco es soberbia mi actitud frente al mundo al exigirle una compensación de lo mucho que yo le he dado. Los homenajes que me han rendido son una muestra gratis y muchas veces obligada, por parte de los mediocres para conseguir de mi persona favores y prebendas. Sé que mi vida es un holocausto. Y, sin embargo, he ofrecido este sacrificio con el convencimiento de que soy la víctima, luego, aspiro a ser también el guía.

Nunca he explotado las vanidades naturales y personales en mi favor. Dilapidé mi fortuna para entregarla a otros. Mis subalternos van a morir ricos y yo no lo ignoro, antes bien, me complazco de que así sea. En el baile que se me dio antes de mi partida, el día 18 de septiembre, persistí en conquistarme el amor de Bernardina Ibáñez, hermosa mujer, provocativa, coqueta y ambiciosa. Fuera de mi persona tenía en espera a un coronel Plazas y al propio Santander. Cuando la poseí, encontré en ella la frialdad repulsiva de la que se sabe deseada por todos. Esto me disgustó y me alejó de su lado. No ha entrado en mis libros de contabilidad amorosos el dejarme manejar por la mano femenina. Aprecio a la mujer por lo que representa, por su voto de ternura, por su sexo exquisito y anhelado, por su mimo y por su capricho. Hasta ahí llego. Me rindo ante una sonrisa, ante una caricia, ante un acto sexual pleno y satisfactorio. Me rindo y concedo. Concedo favores, servicios, dineros y nada más. Bernardina no quiso ser en mis manos una blanda seda. Y al no querer serlo rechazó, igual que yo, nuestras relaciones y la continuidad de ellas. La admiro y la admiré. Se entendió con Santander por largos años y dejó al pobre coronel Plazas en remojo. Santander representaba, casi lo mismo que yo representaba, el poder, el fausto, el brillo. Pero Santander también tenía sus esguinces y sus recovecos y no se dejó pescar con la argolla matrimonial. Bernardina, al fin casó, se casó muy bien, nada menos que con Florentino González, el filósofo del liberalismo, el polemista, el ministro sin cartera de esa generación de leguleyos que me atormentaron.

Una vez más atravesé la Nueva Granada y recibí las ovaciones de sus gentes. Una vez más atravesé el Orinoco y el Apure, hasta llegar a la ciudad de Angostura, donde me esperaba la continuación de la comedia iniciada por los diputados, meses antes. Encontré a Zea como lo había dejado, fatuo, incapaz de adaptarse a las circunstancias, brillante en el estrado, pero con un ceño civilista y contumaz que lo estaba haciendo impotable ante mis compañeros de campaña. Arismendi, Mariño, todos estaban en su contra. No podía soltar a Zea, porque, a su manera, me había sido fiel y hubiera sido un precedente antipático el que yo le diera la espalda en esas instantes. Juzgué que no estaba lo suficientemente maduro su desprestigio para salir de él. Lo dejé en el cargo y lo instigué con mi conducta para que continuara siéndome aparentemente fiel. Con esto obligaba a mis enemigos a que se destaparan, a que me dieran la cara, a que me hicieran frente. Mi combinación política con estos hombres estaba en entredicho. Impávido la sometí a la prueba de fuego. A mi llegada los traté como si nos hubiéramos despedido la víspera. Nada les dije sobre su comportamiento. Tomé posesión de mi cargo, o mejor, lo recuperé por derecho propio y anuncié ante el Congreso mi voluntad de crear la República de Colombia por la Gran Colombia.

Este nuevo Estado se formaría por tres grandes departamentos: Quito, Bogotá y Caracas. El Congreso elegiría a su presidente. Los gobernadores de cada uno de estos estados tomaría el título de vicepresidente.

Había soltado la bomba, tenía que esperar los resultados. Manifesté, eso sí, que, en el año de 1821, un congreso se reuniría en Cúcuta para decidir sobre los estatutos definitivos de esta nueva República.

Este anuncio me sirvió de mucho. Los diputados juzgaron que, si le daban su aprobación inmediata, no se comprometerían demasiado y tendrían tiempo suficiente para echarse para atrás o para enmendar su voto más adelante. Por unanimidad de votos, la Gran Colombia se creó, dejándole al Congreso de Cúcuta su ratificación. Y, también por unanimidad de votos, fui elegido nuevamente para ser su primer presi-

dente. A Zea le conseguí su reelección como vicepresidente. No podría hacer nada distinto con él. Si lo hubiera hecho, mis enemigos se considerarían gananciosos y exigirían de mi parte más entregas.

Desplacé a Arismendi para un lugar y a Mariño para otro. Les busqué los polos opuestos para que no se encontraran y no se unieran en contra mía. Pretendí anularlos. Encajonarlos a cada uno en cajones diferentes.

Un suspenso total reinó en la Nueva Granada y en Venezuela. El supenso de la espera. El suspenso donde cada quien estaba tomando posiciones. El suspenso fatal para mis ideas, porque se verían examinadas con lupa y con el natural sobrecogimiento de los ambiciosos, que no encontrarían en ellas, colocado su nombre en los primeros renglones.

Las diferencias no tardaron en presentarse. Escasamente visibles, las pude notar por detalles y por los naturales celos entre el tumulto de envidiosos que me rodeaban. Con Santander, estábamos a partir de un confite y lo escogí como mi confidente, como mi hombre de confianza, para declararle por escrito todas mis dudas y todas las decepciones que me atacaban. Mortificado por el rasguño permanente de los mediocres, mortificado por la incomprensión generalizada de estos pueblos, me quejaba ante Santander doloridamente. Y le anunciaba mi retiro, mi desplazamiento a otros lugares, lejos de la ingratitud que ya me olía mal. Declaraciones de recién parida, porque, en esas épocas, jamás pensé en serio dejar lo ya adquirido. Quería tocar fondo con Santander. Quería saber hasta dónde podía confiar en él, medirlo, inclinarlo a mi favor por el lado de la compasión y de la gratitud.

Mis quejas y mis reblandecimientos momentáneos estaban de más y así lo entendí. Las corté en seco. Otros asuntos llamaban mi atención. Venezuela seguía casi en su totalidad en manos españolas. Si yo continuaba con este engaño de pokarista, me quedaría sin los unos y sin los otros. Seriamente preocupado con la situación, resolví serenarme y pensar en grande.

Estaba rodeado de avispas, de tábanos y de zánganos. Estas avispas me picaban y estos tábanos me hostigaban y estos zánganos me estorbaban. Me decidí darles oficio, a cada quien, sin interesarme sus opiniones. Mantenerlos ocupados para que me hicieran menos daño, fue mi objetivo.

Comencé por Zea. ¿Dónde lo ponía? ¿Qué sitio le buscaba? ¿Qué posición le ofrecía? Zea me estaba atrayendo demasiadas resistencias y no podría engañarme en estos instantes delicados y complejos. Tenía que proceder con cautela, con sutileza. Evitar es mejor que recomponer. La Gran Colombia, estaba en vías de crearse, pero ¿valdría la pena dejarla sin representación ante el mundo? ¿Dejarla viva en un papel, en un acta, ignorante e ignorada por las demás naciones? Ilógico hubiera sido ese proceder y por ilógico lo taché. La Gran Colombia tenía que salir fuera, al viejo mundo, a los Estados Unidos, a que la conocieran, a que le dieran participación, a que le facilitaran préstamos y dineros, para construirla. Sin presentarla en sociedad, la pobre, continuaría desvalida e inútil. Zea tenía que ser el hombre. Zea poseía relaciones personales y se movía en los círculos diplomáticos con cierto donaire. Zea fue nombrado para estos oficios. Y Zea, fracasó en los mismos. ¡Qué vaina ésta, qué desgracia, la de tener que utilizar a unos asnos y esperar que estas acémilas se porten como potros de pura sangre! Pero así era. Fue darle una misión oficial de la trascendencia de la mencionada y Francisco Antonio Zea se coló al mundo de sus finanzas personales. Gastó, malbarató, se endeudó, endeudó a la República, hizo el oso, negoció a mis espaldas, no cuidó de los pagarés ni de las obligaciones contraídas, se infló por fuera, se infló por dentro, se infló por todos los lados y me enloqueció con la torpeza de sus maniobras y con sus resultados.

Si yo hubiera tenido a mi servicio un puñado de hombres decorosos, leales y capaces, otras hubieran sido las consecuencias de esta independencia. No los tuve. O los tuve muy contados. Los dedos de una mano me sobraban para saber a quién y en quién debía confiar. Por ahora, tenía que contentarme con Santander. Estaba respondiendo bien y, posiblemente, con un general que no sabía que existiera,

hasta que me lo encontré una tarde en el Orinoco navegando en bote. Una tarde tropecé, cuando iba rumbo a Angostura con un bote y le pedí la identificación a sus tripulantes. Me contestaron que el general Sucre lo comandaba. Como yo no sabía que Zea había ascendido a general a Sucre, me impacienté y dije en voz alta, para que todos me escucharan: "No hay tal general Sucre, ¿de dónde sacaron ese nombre? Sucre surgió entre las sombras y con esa delicada manera de ser suya me explicó mi error y me hizo reformar mi equivocación. Desde esas fechas, lo tuve ocupado. Y en cada misión que le asigné, lo admiré más, me quedé sorprendido de su eficacia y de su comprensión. Sucre me tuvo aturdido. Hace poco le di como tarea, la compra de unas armas y de unas municiones y, además, distribuirlas en Angostura y en la Nueva Granada. Sin alardes, sin esfuerzo aparente, Sucre me entregó, a los pocos meses, saldo favorable y su misión cumplida. Compró los fusiles, los llevó a Angostura, luego al Orinoco, después al Apure y por último a la Nueva Granada

Me sentí complacido de contar con alguien que respondiera con eficacia a mis órdenes. La fortuna en los grandes momentos de mi vida me ha acompañado. Pero esa fortuna no me ha llegado llovida del cielo, ni en forma de maná. La he visto venir, la he comprendido, la he olfateado y la he aprovechado en su momento preciso. En Angostura, mis problemas inmediatos quedaron en suspenso. La aprobación del Congreso a la Gran Colombia, los tenía a los venezolanos y a los granadinos, inquietos. Santander tuvo un gesto leal, se apresuró a reunir en Bogotá, a un semicongreso y le dio carta de naturaleza a mi idea. Ni los unos ni los otros alcanzaban a captar qué buscaba yo con esta creación y pienso que nunca la entendieron cabalmente. Sus rencillas personales eran tan fuertes que les impedía dedicarse a pensar seriamente sobre esta concepción. Sencillamente, no la querían entender. Se hacian cábalas sobre cuál podía ser mi inmediato interés. Desde esas fechas, el infundio de mi monarquía fue tomando entidad. Se soplaba en los corrillos y se atizaba, en la correspondencia, el fuego de la duda respecto a mis pretensiones. Los dejé con su imaginación trabajando a todo vapor. Los dejé prendidos de sus miserias y me coloqué en otro plano distinto.

Decía que la fortuna ha colaborado conmigo en mis grandes intenciones. Es verdad. El año de 1820 entraba con muy pocas perspectivas de una gran batalla en cualquiera de los frentes. Comencé a prestarle atención a una noticia que se estaba filtrando apenas como chisme. El Rey Fernando atravesaba una difícil situación porque España, desfalleciente con sus guerras, internas y coloniales, lo instaba para que jurara una constitución. Una Carta Magna más de acuerdo con el momento histórico que vivía. Fernando VII, remolón y cazurro, dejaba hacer y no hacía nada. Un general español tomó la determinación de apresurar los acontecimientos. El oportuno general se llamaba Riego y Quiroga. Riego y Quiroga, sabedor de que fuertes contingentes esperaban embarcarse para la América, quiso aprovechar esas fuerzas para que se sumaran a su movimiento. Utilizó también sus manejos que paralizó la acción de la Corona española. Fernando VII tuvo que jurar esta nueva constitucion y este juramento repercutió dentro y fuera de sus dominios. Morillo, a quien le llegaron las órdenes de hacer cumplir los nuevos lineamientos constitucionales, sufrió un golpe bajo de la suerte, ya que él no estaba en condiciones mentales para aceptar el viraje a que lo sometían. Morillo quería a su rey sin recortes, sin tijeretazos a su autoridad y a su soberanía. Y es posible que se sintiera decepcionado al tener que cumplir una labor tan distante de sus afectos.

Frente a estas presiones externas e internas, Morillo comenzó a buscarme para celebrar conmigo un armisticio. Me dejó de buscar y al fin escogimos entre ambos la localidad de Santana al oriente del Golfo de Maracalbo, para tal encuentro. Yo sabía que Morillo estaba mal parado espiritualmente y que esa lesión tendría que reflejarse en sus deseos de firmar conmigo la tregua. Esta tregua era para mí indispensable y para él contraria a sus principios. Preparé todo el escenario. Orienté mis acciones y las acciones de mis acompañantes, hasta sin fin determinado: el de dar a Morillo la seguridad de que bien podría emprender su viaje a España, con toda tranquilidad, puesto que dejaba en mis manos, también amargadas y definitivamente cansadas, la posibilidad de una victoria. Mis libaciones en esa entrevista, ajeno como soy al licor; mi conducta descocada, mi afán de aparecer despreocu-

pado e indiferente a la suerte de estos países, formaban una estrategia, convenida de antemano conmigo mismo, para engaitar a Pablo Morillo.

No lo entendieron así mis amigos ni mis enemigos. Se agarraron a ese clavo ardiente para presentarme ante la opinión como un cómico, como un borracho. Mi lucha con Morillo era una lucha psicológica, una lucha en la que vencía el que mejor demostrara su incompetencia, presente y futura. El marco del armisticio estaba formado. Existía la urgencia de llenar el cuadro con unas pinceladas, reales y humanas, y para que adquiriera esas realidades, me emborraché y conseguí que Morillo también se emborrachara conmigo. Desmonté con esta escena, de nuestra borrachera, la posibilidad de que sus subalternos compararan, nos igualaran en nuestros tumbos, ridiculeces y actitudes. Penetré, además, en el interior y en la confianza de Morillo, venciendo sus resistencias personales para conmigo. Nada estrecha más los lazos de una amistad que una juerga compartida. El hombre se desnuda de sus defensas y se desnuda con la esperanza de que su compañero también lo haga. Si ve que el otro se retrae, él, por mas porfiado que sea, consigue esa misma contensión.

Los espectáculos, cuando se montan con la cabeza fría, adolecen de la vulgaridad de las improvisaciones. Este defecto es apenas de dientes para afuera, de dientes para adentro, la maquinaria aceitada y lista de la previsión consigue sus efectos. Acepté y propicié las libaciones y dejé que mis oficiales y los oficiales españoles la tornaran más copiosas. El alcohol desmigaja los rencores los odios. Yo mismo exageré el resultado de mis copas y en cada brindis conseguía la victoria colectiva de la despreocupación y de la alegría.

Mis amigos y mis enemigos no saben lo que es permanecer en estado de alerta año tras año. No saben lo que es estar pendiente de que la muerte lo sorprenda. No saben las tensiones de la guerra, sus crueldades, sus depredaciones, sus angustias. No saben que un hombre sometido por un largo espacio de tiempo, a este tipo de acciones y de reacciones, cambia de personalidad y se transforma en un animal hechizado por los ruidos, por el estallido de las balas, por la espera

constante del incierto mañana. Un amasijo de nervios tirante es el único patrimonio para ese hombre.

Pero hay más: ¿Acaso la guerra no es una finta, un engaño, un saber que se tiene determinada fuerza y un querer demostrar lo contrario? ¿Acaso la guerra no es un utilizar, a toda costa, cuantos recursos físicos y mentales se necesiten para desbaratar al enemigo? ¿O es algo diferente? Yo estaba en mi derecho de emplearme a fondo con Morillo y para emplearme a fondo no podía hacerme el remilgado con los medios que debía utilizar. Criticar es sencillo, fácil, simple. Criticar es envidiar la potencia de los demás y sustituir nuestros arrojos con nuestras debilidades. Que Bolívar y Morillo se emborracharon, que Bolívar y Morillo se abrazaron y que, por el exceso de tragos, se cayeron al suelo, es aberrante, es ramplón, es odioso. Que Bolívar y Morillo dieron un espectáculo poco digno de sus calidades de generales. Malaya, las lenguas viperinas que se suelen estacionar en los defectos y aplicar sus ponzoñas en las situaciones sin importancia. Malaya, esos vociferantes escondidos que siempre le encuentran la sombra, el pecado, la falta, a las grandes acciones y se atreven a lanzar su veneno sobre aquello que sus pobres cabezas no pueden ni entender ni manejar.

Morillo pactó la tregua. Eso era lo que me interesaba. Ahí radicaban todos mis afanes. Morillo, excelente militar, se vio obligado a dejar en manos de un segundón, como Latorre, las fuerzas españolas. Eso me favoreció impresionante. Eso era lo que yo quería, puesto que no era lo mismo tener frente a mi a un General, que sabía lo que hacía, que a un militar más interesado en no dejarse matar, que en ganar la parada. Además, Morillo tuvo que reconocer que yo era el centro del poder político de la Nueva República.

Sus intentos de negociar sin mi consentimiento fueron bloqueados por mí, y cuantas veces se arriesgó para adelantar sus conversaciones de paz, fuera de mi campo, los caminos se le cerraron. El armisticio no nació por generación espontánea. No solo lo luché en los campos de batalla, logrando importantes victorias en todos los frentes, consi-

guiendo que la vía más definitiva para las comunicaciones, como era el río Magdalena, quedara en mi poder; tomando Mérida y Trujillo y Santa Marta y adelantando contactos por escrito, en todos los órdenes y en todos los frentes, sino que también le fui demostrando a Morillo que la tregua se hacía más indispensable para él que para mí. Lo que siguió de ella, fue un resultado natural de lo que durante meses y meses fui preparando con constancia. La misma borrachera con el Pacificador estaba dentro de la minuta de mis objetivos. Yo calculo y dramatizo a mi antojo. Y encuentro en el dibujo de estas tácticas el modo de superar a mis adversarios. No me niego nada y, en esta oportunidad, el pacto de no agresión, conseguido por mí, fue desastroso para los españoles y benéfico para mis fines.

Yo entiendo la razón de muchas opiniones en contra. Entre ellas figura la siguiente: La corona española tuvo que tratarme de tú a tú, es decir, fui reconocido como el Presidente sin discusión de la Gran Colombia, por parte del Rey o de su representante, en este caso, Morillo. Este reconocimiento le podía caer muy bien entre mis enemigos, los derrumbó, los solivantó, los amargó tanto que recurrieron, como siempre, a disminuir mis acciones, a darles a ellas ese tono premonitorio y gris que nunca han tenido.

Mis enemigos pensaron que porque yo le exigía a Santander que no hiciera pública esta tregua, en esta medida, influía el miedo de mi parte para que no se conociera. Al contrario, lo que me propuse fue tener un arma en el bolsillo y continuar ejecutando y adelantando los planes de la guerra grande. Páez, en esos días, me escribió para decirme que él pensaba que había llegado el momento en que yo debía salvar de nuevo a Venezuela. Y yo le conteste que mi pensamiento estaba inclinado a salvar a toda la América.

Ante estas salidas de mi parte, ¿me podían entender mis subalternos? No, no me entendían, se sentían ofuscados, se sentían ofendidos, porque con sus limitaciones esperaban que mis reacciones fueran iguales a las de ellos, y al ver que esto no sucedía, y al ver que no se podían aprovechar de mi poder, para reforzar los suyos, se retiraban irritados y continuaban vomitando blasfemias y rencores.

Esta oscilación, entre la venia y el castigo, ha sido una de mis caras. He tenido que volverme un maestro en la zalema y un catedrático en el látigo. He vivido en trance de pasarle la mano por la nuca a los retrasados y a los infantiles y también no me he descuidado en hacer sentir la punta de mis espuelas en los costados de los torpes y de los negados. Mi desgaste físico corre parejo con mi desgaste interior. Me siento con 38 años como si tuviera 100. No en vano puedo contravenir las leyes biológicas. Ellas se están imponiendo en mi cuerpo, me lo están debilitando, me lo están carcomiendo y, a medida que mis capacidades físicas disminuyen, me fustigo más y más, para inmunizarme contra las enfermedades que me atraviesan con insistencia mi cuerpo, día tras día. De las pequeñas molestias que tenía hace 10 años, se me están presentando dolores e impedimentos que me inclinan y me aflojan. Nadie me cree. Y solo yo, cuando me puedo contemplar en un espejo, me digo para consolarme: "Simón, te falta redondear tu destino y solo tú puedes hacerlo. No desmayes".

Pero esta frase, Simón, no desmayes, no me mejora no me alienta. Por más de que me recubro de cuanta fortaleza de alma poseo, las enfermedades me toman por el cuello y me dejan exahusto. Y, sin embargo, tengo que superarme y me supero. No pienso en mi carne, no pienso en mis dolores, los dejo arrinconados, como si no existieran, y me someto al martirio de seguir dentro de esta rueda loca, de río dormir, de no comer, de cabalgar noche y día, de acostarme empapado y de levantarme afiebrado y con convulsiones. ¡Qué atroz exigencia la de mi propio espíritu para acallar y hasta negar la presencia de mis huesos casi desleídos!

Una de mis grandes ilusiones es la que si, dentro de 100 años, alguien se tomara el trabajo de biografiarme, lo haga apagando al hombre. A este hombre que soy yo, anudado de males, histérico de dolencias. Y que a este hombre lo desmistificaran para evitarle a la humanidad, el conflicto que presentan los héroes mal interpretados. El héroe es un símbolo, un ejemplo, pero si ese símbolo o ese ejemplo, es levantado a la par que las deidades o es puesto a nivel de los dioses, de nada sirve, trastorna los juicios de la posteridad puesto que se hace imposible de juzgarlo imparcialmente, ya que no tiene, como los demás hombres, las moléculas mortales que los identifican. Y tras ese

conflicto, viene el asombro, el asombro de los jóvenes y de los viejos, al preguntarse cómo pudo este héroe equivocarse, como pudo enfermarse, cómo pudo morirse, si su constitución era de hierro, si no tenía sangre sino un líquido, inodoro e insípido, que lo apartaba de las fiebres, de los males, de los vómitos. Es horrible desgarrar la naturaleza humana para darle la consistencia del mármol, es perjudicial para el progreso y la superación de los pueblos, ya que la criatura parida de mujer queda sin opción para treparse encima de sus lesiones físicas y caminar con ellas, multiplicando sus afanes y alcanzando sus metas.

Quiero que cuando se hable de mí se me muestre como soy, como me veo flaco, sucio, desnutrido, antipático, mal geniado, grosero, sexual, amoroso, tierno, violento, con una voz aflautada y horadante, bueno y malo. Quiero que me muestren así y que digan que Bolívar se hastiaba de tener que viajar a lomo de mula o de caballo, y de dormir en gergones y de no poder bañarse con agua limpia y de tener que soportar la debilidad de su carne. Quiero que lo digan y verán como les van a creer más, que si me envuelven en condecoraciones y en uniformes vistosos, inalterable y lejano, para el tacto del hombre común y corriente. Las treguas son para prepararse más y mejor, a lo que vendrá. En enero de 1821, seguí para Bogotá. Por el camino me llegaron noticias que no me gustaron. San Martín había cruzado los Andes, libertando a Chile y estaba con los ojos puestos en el Perú. Me apresuré a hacerle llegar al Consejo de Guayaquil, mi voz de ayuda. Los ecuatorianos estaban incluidos en la Gran Colombia y, de pronto, se me anexaban al Perú. Mi viaje a Bogotá obedecía a razones de salvaguardia personal. El Congreso de Cúcuta, próximo a instalarse, debía contar con la misma unanimidad que tuvo el de Angostura y los granadinos, listos para escabullirse, me preocupaban. De ahí que mi estancia en esa ciudad se justificara, aun dejando cabos sueltos, como el de Maracaibo, que me tenían esperanzado de que se ataran por fin.

A Rafael Urdaneta le di instrucciones, antes de mi viaje, para que propiciara el alzamiento de Maracaibo. En plena tregua, tenía que estar dando golpes, bajos y altos, pero golpes que afectaran al enemigo. Urdaneta supo comprenderme. Y Maracaibo se alzó contra el español y ese alzamiento me dio piso para reanudar las hostilidades.

Las protestas no tardaron en presentarse. Y les di largas y asumí toda la responsabilidad y fijé un tribunal de arbitramento para que estableciera, si yo había sido responsable de romper el armisticio. Latorre furibundo no cesaba de enviarme cartas. Yo complaciente no terminaba de contestárselas. Entre tanto, mi idea de unirme con Páez y con Urdaneta, para tomar a Caracas, seguía su curso. Mi cortina de humo estaba en plena acción. Y tras ella me agazapaba para continuar mis objetivos.

Vuelvo a Venezuela. Vuelvo a Venezuela y sigo, con el rabillo del ojo, fisgoneando la reunión del Congreso de Cúcuta. Mis dos representantes personales, Azuola y Rossio, se me murieron de un infarto y de repente. Surge, entonces, como un duende, la figura de don Antonio Nariño y la tomo y la pongo en mi reemplazo y él preside la instalación de esa Asamblea. En tanto que organizo mis tropas para la reconquista de Caracas, me veo sentado en el filo de un abismo, con los eternos y dilatorios procesos a que me impulsan los políticos. Renuncio de la Presidencia y no se acepta mi renuncia. Renuncio a seguir mandando y me sostienen en el mando. Renuncio a que las lenguas se sigan cebando en mi honra, tachándome de dictador, de sátrapa, de ambicioso. Y no se me escucha.

Les estoy demostrando que todos mis actos están identificados con mi indiferencia por el poder. Que aspiro solamente a dejar a unas naciones libres, pero unidas, y no aceptan mi retiro. Restriego mis aspiraciones contra el hocico de la falacia y la falacia, en manos de unos pocos, se escuda tras la discusión sin término de la filosofía republicana. Filosofía que no rechazo, sino que al contrario patrocino con la formación de la Gran Colombia.

Si se reunieran en un libro mis cartas, absolutamente sinceras, en las que me refiero al deseo de entregar las cartas, formarían varios volúmenes. Pero mi condena es esa, que no me creen. Y me siguen considerando fariseo y mentiroso. Paradoja abierta pero real. No me dicen escuetamente lo que piensan sobre mí, pero me recortan mis poderes y me limitan mis acciones.

Napoleón me hizo un gran mal habiendo coexistido casi al tiempo conmigo. Lo conocí de lejos y lo admiré de lejos y me impactó de lejos, pero nunca comprometió mi forma de pensar, ni de lejos, ni de cerca. Mi idea de la Gran Colombia es, ante todo y sobre todo, antinapoleónica. Esta obra es el reverso de las obras del Corso. Él aplastó naciones, yo liberté pueblos. Él se impuso por la fuerza, yo me trato de imponer por la ley. Él se limitó a invadir y yo me he limitado a limpiar de invasores mi tierra. Nada nos une y mucho nos separa. Mis enemigos, y también mis amigos, para qué negarlo, le tienen terror a que una constitución cobije a tres grandes territorios, como si se esperara que nadie más que mi persona pudiera estar en condiciones de asumir el título de soberano, en este inmenso pedazo de la América. Todos ellos se enredan en achacarme pretensiones de monarca y de dictador, cuando aun no sé si se pueda conseguir la libertad de estos mismos Estados, que son fruto de mi imaginación. Estos Estados todavía no existen sino en mi mente. No quieren dejar que la criatura nazca, y se pelean por el nombre de la misma. Torpes, más que torpes, iracundos y bellacos. Mi obra está en pañales y ya se están peleando por lavarlos. Estas gentes son tan menudas que se sacan los ojos, mutuamente con tal de no darle al vecino la ocasión de que los encuentren unidos.

Me dieron ganas de plantarme en la mitad de ese Congreso y de gritarles a los congresistas: "Cretinos, si la Gran Colombia no vive aún. Si Quito está en manos de los españoles. Si Venezuela tiene manchas oscuras, donde las sombras de nuestros enemigos se mueven y se agrupan. Si por la Nueva Granada desfilan soterradamente las voces de los inconformes y de los negociantes godos. Si esto es sólo un fantasma con el sudario en la cabeza y las cadenas en los pies. Necios, abrid bien las pupilas para que la pequeñez de vuestras miras no enturbie vuestra mirada. La Gran Colombia soy yo, Bolívar, y nadie más. Si queréis disponer de ella, asesinadme, pero no cubráis el cuerpo sin haber plantado el árbol. Necios y más que necios, ciegos".

Cómo me hubiera placido decirles estas frescas para ver qué rumbo tomaban. Tuve, en cambio, que paliar y recomponer y aplacar y seguirles el juego, para que el juego se tornara interesante y hasta novedoso.

En el Congreso de Angostura, los granadinos brillaron por su ausencia. En este Congreso de Cúcuta, parece que los venezolanos se pueden contar con los dedos de una mano. Pero, a la hora de la verdad, todos son iguales. La fiebre de la elocuencia los trastorna y los masturba. Se quieren oír, sin escuchar a los demás. Son vanidosos por conformación anímica y no por el convencimiento personal de sus calidades. Ni siquiera son sinceros cuando se reúnen y se dejan estrechar por los brazos de la imprudencia, para documentar su aparente prudencia.

Nariño se portó muy bien presidiendo esas sesiones. Pero su presencia despertó unos celos inconmensurables en Santander y en el grupo que él capitaneaba. Celos injustos, porque el Precursor estaba de regreso de sus aventuras. Si bien es evidente que aún continuaba siendo el inteligente político que siempre había sido, también lo es que su garra ya no tenía la dureza de otras épocas. En este Congreso se resucitaron contra Nariño los viejos odios. Él, quizás, con su comportamiento, un poco atrabiliario, dio lugar a que esto sucediera. Tuvo demasiados encontrones con la facción santanderista, que ya se encontraba formada y esos encontrones se los cobraron caro en el Congreso de 1823, llamándolo a juicio por los pecados de su vida pasada.

Nariño venía transformado. Ya no era el aguerrido luchador de las ideas centralistas, ahora se aparecía como el defensor del federalismo y esos cambios de rumbo no pegaron lo suficiente en los que conocíamos su vieja trayectoria. Se nos hicieron apresurados. Sus nuevos caprichos carecían de la lucidez de los antiguos y su dueño, viejo y adolorido por los desengaños, se apergaminó en ellos y los defendió con la misma ardentía que tuvo para los que había dejado atrás. Para mí es admirable el temperamento y la voluntad de don Antonio. Su trato personal puede ser chocante. Hay en él demasiadas aristas por limar, que lo llevan a dar una sensación de dureza, que me parece un poco buscada por él mismo. Nariño es un monstruo en su resistencia y un monstruo en su capacidad de lucha. Como periodista no tiene igual. Maneja la pluma y con ella, la ironía y el desplante, en forma tal que desbarata al mejor de sus adversarios. Es ágil, vivo y persistente y tiene las espuelas del gallo viejo, firmes y rijosas, pero prestas a entrar en

combate. Don Antonio está viejo, ajado, tembloroso, las arrugas le cruzan el rostro como si fueran cicatrices de pirata. Su frente alta y sobria se conmueve y se agrieta con facilidad. En sus mejillas, la carne se ha ido chupando y unos hondos surcos lo succionan hacia adentro. Encorvado y arrastrando los pies, luce como un antiguo filósofo dispuesto a arrancarle a la vida los últimos placeres que le restan. Se agita en exceso, y cuando yo lo miro, lo compadezco y me sumo a sus glorias en silencio. Nariño ha sido un batallador sin suerte, un aventurero que pasó su vida dándole respiración artificial a los pulmones del ideal y de la locura. Su carácter no se mella, tiene filo y causa heridas. Como presidente del Congreso no se dejó manosear. Impuso un ritmo seguro a sus reuniones y trabajó con firmeza. Su temperamento le siguió causando perjuicios, es tan impositivo y autoritario que hasta las mismas mujeres han sufrido sus planazos. Y lo que más me atrae de don Antonio es que no se deja conocer el cobre. Continúa siendo un activista, empuja y empuja sin importarle las consecuencias.

Cuando vino en el Congreso la elección para presidente y para vicepresidente de la República, no moví un dedo en favor de Nariño, respetándolo como lo respetaba. Los hombres debemos deponer nuestros afectos y revestirnos de frialdad en ciertos momentos. Y éste era uno de esos momentos. Para mí, Nariño ya había cumplido con su destino. Lo que estaba haciendo, lo estaba haciendo de gorra, de ñapa. Si de nuevo le dejaba intervenir y reemplazar a Santander en la Vicepresidencia, yo ya no tendría un colaborador amañado y socarrón como Francisco de Paula, pero eficaz y moderno. Tendría, en Nariño, un juez, un catón de siete suelas. Temperamento y carácter con grandes similitudes con los míos, este viejo no se podía modificar y me podría causar serios disturbios en mis programas y en mis fines. Ni lo ataqué ni lo defendí. Lo dejé que se batiera solo y consiguió la derrota por sus propias manos.

El triunfo de Carabobo terminó de convencer a los diputados de que aún se me necesitaba. Páez, en este combate, siguió siendo un bravo capitán. En el mando español, Latorre y Morales estaban abiertos, estaban de pelea. Esta situación causó diferencias de criterio y errores en su conducta. Me aproveché de ella y la exploté a mi favor.

Engañé a sus jefes al adelantar dos de mis divisiones como si temiera ser atacado por el centro. Cayeron en la trampa, porque previamente había ordenado a Páez, que los atacara por la retaguardia. El León de Apure es un ciclón, un ciclón sobre su caballo y contagia a sus hombres de su audacia y los arrastra tras de sí con una facilidad miedosa. Páez con su caballería destrozó a la caballería española. Yo mismo, que estaba en la colina de Buenavista dirigiendo las operaciones, me bajé a la llanura para impedir la fuga de Morales y de Latorre. La fuga estaba en pleno auge y, al tratar de contenerla, me podía causar el mismo desbarajuste que me ocasionó en la batalla del Semen. Grité como loco y a voz en cuello: "No más persecución, recuerden la batalla del Semen".

Entré a Caracas y de paso a San Mateo. En la casona de la hacienda, tres de mis antiguos servidores me esperaban. Eran los últimos que quedaban de la servidumbre que me acompañó de niño. Sin apresurarme, fui recorriendo estancia por estancia. Todo estaba igual, el polvo y la vejez esquilmaban los muebles y los tapices. Mi alcoba, la que compartí con mi esposa, se encontraba quieta, dormida. En ella hice que depositaran mis baúles. Y en ella pasé unos días deliciosos, dedicado al descanso, al recuerdo, a no hacer nada. Y me vi de nuevo armado campesino y patrón, recorriendo por las mañanas los potreros, hablando con mis concertados, dándole al sol un motivo para que me quemara los brazos y la cara y me los dejara tostados y calientes. Pensé, en serio, abandonar este galope infinito y dedicarme a mí mismo. Dedicarme a cultivar lo que tengo, a satisfacer el anhelo de paz y de tranquilidad que a ratos me enloquece. Las semanas se me sucedieron cautelosamente, con esa cautela gatuna que tiene el tiempo para envolatarnos y apelmazar nuestra conciencia en espera de lo que nunca llega. Yo creo que hasta engordé.

Comía a tiempo, dormía hasta bien entrada la mañana. Y soñaba, soñaba tendido en una hamaca, con el horizonte abierto ante mis ojos como un libro de cuentos.

Al cabo de pocas semanas, un salpullido de inquietud me cundió por el ánimo. Y el salpullido avanzó tanto que una mañana, sin darles

explicaciones a mis criados, mandé cerrar baúles y rellenar alforjas y traer los caballos y ensillarlos y partir, como alma que lleva el diablo, a seguir cumpliendo con su destino. Estaba escrito. Estaba escrito que yo no tenía derecho a ser un hombre común. El pulso se me alteraba cuando me detenía a meditar sobre un futuro próximo o remoto y me veía en él anclado, fosilizado, repleto por las algas del hábito y plácido y mofletudo y nalgón, recostado en esta misma hamaca, sin tener que hacer porque ya todo estaba hecho, sin otro querer que el de esperar quieto y mudo a que un amanecer tras otro me coronara de luz las sienes y las canas. Esta visión me bastó y me sobró para salir de mi hacienda a toda prisa. Para salir como un torbellino, pidiéndole a mis oficiales que me contaran las últimas nuevas, gritando a mi ordenanza para que mandara correos y propios, a mis tropas a fin de anunciarles que Simón se reincorporaba al mundo de su espada.

Entoné mi cabeza sobre mis hombros y amenacé mi voz con silenciarla de un carajazo si se atrevía a insinuarme otro descanso.

La Constitución aprobada por el Congreso de Cúcuta no era lo que yo había esperado y menos lo que yo quería. Sus puntos flacos se destacaban como joroba de dromedario. Los diputados votaron una ley convencidos de que la Gran Colombia estaba viva. No quisieron entender lo contrario. Y con esto le dieron pasaporte a la rivalidad que yo me temía. A la rivalidad de los civiles contra los militares. Rivalidad peligrosa, porque estos soldados ya no eran los mismos de antes. Estos soldados estaban fatigados, sudorosos y ambiciosos y consideraban, con razón, que se merecían más de lo que esta Colombia raquítica les estaba dando. Mis compañeros de armas anhelaban mandar y se encontraron de pronto con una bancada de leguleyos, de ideólogos, que les cerraban el paso y que como ellos también esperaban ceñirse la banda de los Presidentes sobre sus pechos.

¿Y qué sabían estos tinterillos de los sufrimientos de la guerra? Los ignoraban de cabo a rabo. Sencillamente, sobre las cuartillas de sus papeles emborronaban sus pretensiones como si fuera lo mismo, esa labor que el largo sacrificio de mis soldados y de mis oficiales en los campos de batalla.

El enfrentamiento entre los civiles y los militares, gracias a la Constitución de 1821, fue un hecho. Un hecho notorio, fehaciente, público y negarlo hubiera sido felón y mentiroso. Los militares, sin excepción, estaban furiosos contra los ideólogos, contra los políticos, contra quienes, prevalidos de una aparente cultura, se atrevían a enredar los hilos de la ley para hacerla servir a sus propios intereses. A los intereses de las castas sociales, económicas, políticas, que ellos representaban. No hay que olvidar que los abogados y los doctores venían de arriba. Venían de las oligarquías. Venían como hijos de los ricos. En tanto que los militares, mis compañeros, venían de abajo, del pueblo raso, de la pobrería. Santander, en Bogotá, obsequiso y cepillero, recordando posiblemente los cuantiosos regalos que le hice en dinero y en especie, a partir de 1819, me escribió agradeciéndome su elección como vicepresidente, en los términos más amables y pulidos. El sabía que fui yo el que incliné el peso de la balanza hacia su nombre y no hacia el nombres de Nariño. Mis razones personales para tomar esa determinación ya están consignadas. No pretendo aumentar la importancia de mi intervención, ni encaminarla por los terrenos de una forzada generosidad de mi parte. Generosidad que no existía, porque yo obré guiado por el raciocinio y la frialdad. Santander me manifestó que él también se encontraba receloso de la Constitución de 1821 y con él, Páez, Bermúdez, Mariño, Arismendi, en Venezuela.

Cuando tuve la ocasión de encontrarme personalmente con estos caballeros, los encontré predispuestos contra los congresistas que arreglaron las sesiones de ese Congreso y la empapelaron con sus términos y con sus normas. Las geniadas de estos hombres, es decir, de mis soldados no se quedarían impunes, tendrían repercusiones fatales. Así lo entendi y me apresuré a darles, a cada uno de estos libertadores, una posición de mando que contrarrestara por el momento sus insatisfacciones. Tenía que hacerlo, mientras que la ley me maniataba. Mis compañeros me pedían y me exigían más y más. Fui domeñando el temporal, hasta ordenarlo.

Mis desvelos, por ahora, tenían un blanco: Quito. Y estas cinco letras me estaban sacando de mis casillas, porque no veía la hora de marchar con mi ejército hacia allá.

Capítulo X

El perfil de cernícalo, duro y seco, del general San Martín me tenía preocupado. En mis sueños se me amontonaba como una sombra gigantesca y me causaba la impresión de una nube, bronca y silenciosa, que avanzaba cubriendo mis pasos. San Martín estaba dando vueltas alrededor de mi presa y no solo se contentaba con rondarla, sino que, además, ya había tenido contacto y comunicación con ella. Sus reuniones, sus conferencias con el virrey Laserna me sugerían un entendimiento y algo más. En ellas supe que el general San Martín, monárquico por estrabismo, le propuso al virrey el establecimiento de una monarquía para gobernar estos países. El general no andaba descaminado, es posible que se acordara que a Carlos III, su ministro Floridablanca ya le había propuesto esa misma salida y como en San Martín todo obedecía a un lento proceso digestivo, la idea le pudo parecer propia y original y, sin más, se la soltó al virrey quien, gracias a su poca y nula comprensión, la rechazó de plano.

En julio de 1821, las tropas argentinas se habían tomado a Lima y, para no hacerse el pesado con las castas limeñas, San Martín se presentó ante ellas con el título de el Protector. Qué extraño hombre éste. Macizo como una roca por dentro y por fuera. En él no existía la ligereza de la imaginación, su material era el mármol. Ascético, introvertido, se consumía en sus propios subterráneos. Alto, sólido, bien plantado, su misma figura le dio entrada, sin examen previo, al reino de la milicia. Sus hazañas eran iguales a su persona: pensadas, repensadas, medidas y vueltas a medir; ocultaban una poderosa fuerza intelectual colocada al amparo de una no menor potencia física. Educado como un monje, jamás se permitió el más mínimo desliz amoroso. Se

casó y tuvo una hija. Su vida privada fue privada para él y para los demás. Escasamente le conocí una amante y esa amante no le significaba un traspiés en el amor, era una forma de disciplina sexual. San Martín le hurtaba el cuerpo a todo lo que sonara a jolgorio y a alegría. Estaba forrado por las piedras de la cantera de un monasterio y, cuando hablaba, sus palabras se componían de fuertes periodos sometidos a su voz de bajo profundo.

Mi campaña contra el español en Quito me ofrecía serias dificultades. En Pasto, el general Aimerych, junto con don Basilio García, copaba los riscos y los despeñaderos de esas regiones. Y los copaban con pocos soldados españoles y muchos nativos. El pastuso es un engendro diabólico de resistencia física, de ignorancia y de fanatismo realista. El pastuso era el único representante de esta América que aun se mordía la lengua antes que renegar de su rey. Ciento por ciento indígena, remontaba sus tradiciones y su historia por encima de los picos andinos y hundía su planta en las raíces legendarias de sus antepasados los incas. Pequeño, menudo, fibroso y poco hablador, este ser humano se vino a convertir en el mejor soldado español. Aupado por sus curas y clérigos, se incrustó en la religión con una azarosa inclinación por el milagro y el fetichismo. Con el escapulario cayéndole entre sus costillas, se sentía inmune al cansancio, al frío, al hambre y a la muerte. Sus caudillos fueron una rara combinación de monjes y de guerreros. Y con ellos se sentía ligado al más allá, evitando que el más acá lo pudiera presionar para sus decisiones.

Su valor personal es y era impresionante. Y a más de esta cualidad, el medio geográfico donde se desenvolvía le daba su protección y le brindaba su apoyo hasta hacer de él una segunda piel.

Es imposible concebir la magnitud de este territorio. Es imposible concebir la grandeza de estos peñascos y de estos farallones. Solamente se puede tener una idea de ellos, cuando los ojos recorren sobrecogidos de horror tamaña corpulencia. La peña, el risco, el desfiladero, la garganta, se vierten sobre esta tierra pastusa con una rabia tal que la dejan ahogada y acesante.

Sus ríos y quebradas escasamente se escuchan en el fondo de esos despeñaderos y se oyen mugir como si se lamentaran eternamente por el sojuzgamiento a que se ven sometidos de por vida. El aire, frío y lerdo, penetra como una lezna en la carne y se acomoda en ella hasta conseguir que se erice y se decolore. Los caminos y los senderos se dibujan levemente entre esa inmensidad caótica de sus paisajes. El mundo parece hostil y bravo cada madrugada y esa hostilidad y esa bravura contagia al hombre, a la mujer y al niño, de un virus silencioso pero detonante que los hace ser lo que son.

Los pastusos nunca me pudieron ver con buenos ojos. Personalmente quise limar esa antipatía y, cuando se me presentaba la ocasión, conversaba con ellos y hasta me entretenía con sus dichos y con el dejo nostálgico y rico en matices de su lenguaje. Hablan como si un salmo interior estuviera siempre moviéndoles la lengua. Agotan las sílabas sin importarles dónde puedan terminar. Son niños, de elemental ternura, que asumen sus deberes sin precipitud ni inseguridad y, a más de esto, se unen a ellos para darles el color y la huella de su extraña personalidad.

Don Basillo García venció en Genol a Manuel Valdez, mi única esperanza por esos lados. Me quedé sin a quién acudir y me vi en la necesidad de ser yo el que tendría que dirigir personalmente esta campaña. Pero aquí no se terminarán mis complicaciones. Seguían agudizándose, seguían afilándome y se me enroscaban dejándome pesaroso y pensativo.

Popayán me aligeró esa pesadumbre y permanecí en esa ciudad preparándome, para lo que me esperaba. Popayán, para mí no es una sola palabra. Es, si se la pronuncia adecuadamente, un golpe de voz repetido tres veces. Ese golpe de voz se formó en el idioma quechua hace miles de años. En sus inicios fue Pampayam. Pampa que significa llano, sitio, paso. Yam que quiere decir río. Con el correr del tiempo, su silabeo se empequeñeció, se acortó. La m se transformó en n. Escribir y describir a Popayán es difícil. Desde hace 300 años se está escribiendo sobre ella. Juan Flórez de Ocáriz, Lope de Vega, Alejandro Humboldt, Cieza de León, han entregado a la posteridad sus

impresiones y sus conceptos. Ha sido alabada, vilipendiada, ennoblecida, controvertida. Es tal la montaña de pareceres y de apreciaciones que se agrupa a su alrededor, que su imagen real queda difuminada, lejana. Popayán se nos ha convertido en un mito, en una brujería, en una cola de ángel con cuernos de demonio. Y eso no es justo. Y no es justo, porque el mito o la brujería tienen de malo que son asuntos concluidos, finiquitados, aceptados a regañadientes, puesto que si se le discute es signo de irrespeto o de irreverencia. Y, entonces, hay que recibirlos con todo el peso de la leyenda y, al recibirlos así, pierden la gracia de la realidad, la virtud humanísima del trato, el mensaje de la vida. Las diez o quince chozas que levantara el conquistador en el Valle de Puben nunca pensaron que 300 años más tarde mantuvieran en vilo el interés de una nación. América, en la conquista, fue una inmensa hacienda en donde el alba o el atardecer estrenaban techos y capillas. El español llegó a estos lugares a mandar. De la Península se trajo dos símbolos del poder: la cruz y la espada. Eso ya lo hemos dicho. Pero lo que no hemos dicho es la rara semejanza de ese par de símbolos. La espada era una cruz con punta y filo. La cruz era una espada con agallas de eternidad. Sembraron la cruz y blandieron la espada y así conquistaron el suelo, el subsuelo y el cielo y, de paso, a nuestro antepasado el indio.

A Popayán no la fundó Belalcázar, la fundó el clan de los apellidos más sonoros, más castizos, más representativos de la España de esos tiempos. Los segundones de esas nobles casas hicieron su irrupción junto al río Cauca. En sus orillas se juntaron las olletas de panza gorda de los pobres y los cuarteles heráldicos de los ricos.

El caso no es para sorprender. Don Sebastián de Belalcázar fue un plebeyo, un arriero de asnos, un vivandero de la Extremadura. Y en la faluca que lo trajo a esta costa, es de presumir que, además de los toneles de pescado en salmuera, de las pócimas, de los sinapismos, se agruparan en la sentina del mismo navío la fregona sevillana, la moza desparpajada del Guadalquivir y el alcahuete de los puertos andaluces.

El plebeyo conquistó estas tierras. La aristocracia las gobernó, las usó, las gozó y las distribuyó a su talante. Las partió como quien parte

un queso. Tajada por tajada, las fue dando al conquistador ascendido a noble o a su hijo. Veamos por curiosidad cómo le repartieron algunas encomiendas. El Valle del Patía se le dio a Diego Sánchez de Narváez; el Valle de Paletará a Pedro de Velasco; el Valle de Coconuco a ese mismo Pedro. El De y el Don se imponían por todos lados. Ay de quien no los tuviera. Un ejército de hijosdalgo cruzó el mar y acampó con sus prosapias, sus espuelas, sus casullas, sus ringorrangos a lo largo de las llanuras caucanas. El Soratá y el Puracé recargaron sus cenizas y sus nieves, en la hebilla de plata, las basquiñas, el guardainfante, la sortija y el escudo.

Las diez o veinte chozas que bautizara el hombre del pueblo, Belalcázar, se fueron embelleciendo con sus portadas emblemáticas, adornando de callejuelas empedradas. Las bacias de los barberos, las cazuelas, los peroles, los candiles, pasaron a segundo término, al último rincón de la casona, a la cocina. Allá quedaban bien. Servían pero no estorbaban. Corrieron igual suerte que los soldados enrolados en el puerto de Sanlucar. El vino indiano era para los de capa y calcetín. El Camino de Santiago había terminado. La Colonia comenzaba en Popayán su comadreo secular. Pero no se crea que la Colonia fue aquí un simple toma y daca de diezmos y de primicias. Tampoco se crea que el arcón de cedro aromado de espliego, la esclavina con las santas veneras en su interior, las caballerizas impregnadas de paja, la misa del alba chamuscada de endriagos y de beatas, la lectura del año santo, el palique de la sobremesa, las noticias de la Península, los fantasmas de la viudita, de la mula herrada, del descabezado, eran los únicos ingredientes de la vida diaria. No, las zambombas, las pandorgas y los castrapuercos que armaban los indios, también tenían su sitio en el manso y abacial transcurrir de los amaneceres coloniales.

Juan de Borja fue el encargado de hincarle el diente a la tribu de los Pijaos, que traía a los payaneses de esos tiempos de la ternilla, de la nariz, intranquilos y azorados. Don Juan los derrotó como era de esperarse. El trabuco y el mastín contra el dardo y la macana. Y el indio se silenció aún más dejando en sus recuerdos los nombres de sus jefes, el de un Calarcá, que puso en calzasprietas la prepotencia de un mariscal hispano. Desde entonces, el derecho de rebelión como el derecho

de pernada fue patrimonio exclusivo de las clases altas. Álvaro de Oyón y Pizarro confirman esta tesis. La rebeldía fue otra encomienda más para los españoles y los hijos de españoles.

Se clausura la época del soldado y comienza la época del escribano, del golilla. Popayán padece una larga lista de gobernantes. Madrid se encarga de escogerlos. La nobleza, enfermedad con diferentes diagnósticos, daba condes, marqueses, vizcondes. Los siglos XVII y XVIII se presentan abastecidos de caballeros de las órdenes de Santiago y de Alcántara. De vez en cuando, la jura de lealtad a un monarca le turba sus meditaciones y su eglógico pasado. Surgen las fiestas reales y el cabildo se empolva la peluca. El alguacil y el pregón se dan el brazo por las esquinas y los altozanos. Las campanas se intoxican de maitines y de tédeums, en tanto que la hiperestesia de los legos, sacristanes y canónigos prende en las solapas de la devoción los carbones de las aleluyas y de los salterios.

Después la calma se impone de nuevo. Un barniz de mansurronería acogota los tejados y los campanarios. Todo retorna al orden. El raspar de las plumas en las oficinas del Gobierno, concierta la paz con el cuchicheo de las ñapangas en los portales

En los campos, los esclavos miden su soledad palmo a palmo. La rueda dentada del imperio español hace una apacible digestión, sin mayores esfuerzos.

Esta revolución se le atravesó a Popayán en su garganta. Parte de su aristocracia se solivianta y se amosca. El pueblo, al contrario, se aglutina en torno a las células reales. Caldas, Tenorios, Arboledas, Mosqueras, aprietan la soga de la libertad entre sus manos y husmean un mundo de privilegios y de prebendas. Sobre todo los Mosqueras. Don José María Mosquera y Figueroa me abrió de par en par las puertas de su casa. Monarquista y soberbio, intuyó la posibilidad de un futuro para sus cuatro hijos varones: José Joaquín, Tomás Cipriano, Manuel María y Manuel José. Y aquí me tiene en sus feudos, a todo dar, complaciente y risueño, mandando papeles y recados a sus amigos para que envíen a sus esclavos y a sus criados a rellenar mi ejército.

Descanso y descansan mis hombres. Y al fin me decido y redondeo mis planes bélicos. A los españoles no se les puede atacar por un solo frente, es menester atosigarlos con dos o más. Sucre me saca de dudas y lo envío por barco hacia Guayaquil. Yo me ofrezco la parte más dura y más trabajosa de la campaña, atravesar la tierra de los pastusos. He dicho cómo son los hombres que pueblan esta tierra. Vamos a examinar su geografía, su forma convencional, su cuerpo y algo de su espíritu.

Los Andes, al llegar a su territorio, se achatan en una gran planicie donde el páramo construye su vivienda. Allí, el frío, la ventisca y el frailejón le dieron a la tierra la bondad de la harina y, como si fuera poco, le permitieron que subiera en hombros de sus volcanes. El azufral, apagado y silencioso, como un pulmón sin aire, mira, por encima del cañón del Guáitara, los labios entreabiertos del Galeras, mientras que más atrás el Chiles y el Cumbal le sirven de testigos al paso del tiempo.

El lomo de las cordilleras se prolonga más allá de los límites del Cauca. Y sobre los pueblos de Ipiales, Túquerres y Pasto, se amontonan trabajosamente. La altiplanicie desciende en contrafuertes y laderas. Las que corren hacia el océano Pacífico se irrigan con las aguas de los ríos Patía y Telembí. Los dedos del río Mira y los de sus afluentes, el Nulpi y el Conjupi, se extienden largamente. En tanto que el Iscuandé, el Tapaje y el Sanquianga se precipitan sobre las playas y las arenas del quieto océano.

Del otro lado, la pendiente amazónica es asediada por la selva. Las maniguas del Napo, del Putumayo, del Caquetá sientan sus reales en medio del estruendo de la selva y del desconcierto de la naturaleza. Allí, los últimos descendientes de las tribus Caribe y Pampeana se enquistan entre el monte y sus creencias.

Hasta aquí el cuerpo físico de la provincia de los Pastos. Veamos parte de su espíritu. Cuando el inca Tupac-Yupangui y su nieto Huaina-Capac decidieron ampliar el cinturón de su imperio, enviaron un chasqui o mensajero al valle de Atures, gobernado por la gran familia de los

quillancingas. El sello real ordenaba el sometimiento o la guerra. Los quillancigas se aliaron con los Pastos para reprimir la opresión, fueron vencidos y, desde entonces, subordinados a los Incas, les enviaron oro en canutillos.

El tiempo transcurrió y el rencor se hizo grande. Cualquier mañana de tantas y en los comienzos del siglo XVI, sobre el lomerío que circunda el valle de Atures, sus habitantes vieron el espectáculo de una nueva conquista. Seres extraños los rodeaban. Caras con barbas azufradas y cabezas brillantes tomaron posesión de sus barbechos. Un hombre con sandalias y un madero en la mano –quizás un dominico–, les aspeaba la lumbre de sus ojos con señales desconocidas. El miedo los tomó por su cuenta y desde entonces dejaron de hablar en voz alta y permitieron que los extranjeros plantaran en el centro de sus melgas un palo atravesado por otro mas pequeño. Aceptaron a sus nuevos amos y aceptaron también sus costumbres y su lenguaje y, con tanta devoción como ignorancia, se convirtieron a la religión Católica, plato fuerte de sus vidas.

El fanatismo contra la República, es decir, su odio contra la República, es un recurso de su inteligencia para evitar ser engañados otra vez. Se les está obligando a luchar contra ella y contra mí, con todo lo que tienen: con sus uñas, con sus músculos, con sus guaguas, con sus guambes, con sus ingas, con sus taitas y con sus caciques. Y me odian sin saber por qué o, mejor aún, porque les han dicho que yo encarno al Mandingas y eso les basta para ofrecerme toda su resistencia y toda su rabia.

En el valle del Patía se quedó más del 40% de mis hombres. Y seguí adelante. En las orillas del Guálitara me esperaba Basilio García y las pastorales del obispo Jiménez de Enciso, cargadas como los trabucos de los pastusos con los perdigones de la herejía y del cisma, apuntados contra mí. Allí, en medio de esas gargantas logré dos semivictorias y dos semiderrotas. La primera de esas semivictorias fue la de conseguir que entrara a mis filas, con el grado de coronel, José María Obando, pariente de los Mosqueras y guerrillero constitucional. José María se me presentó a mi campamento con estampas de santos en el pecho,

crucifijos en el cuello y pistolas y puñales en el cinto. Tenía la facha de un bandolero, pero la mente de un general y de los buenos. Su instinto y su olfato lo mantuvieron hasta que su mismo instinto y su mismo olfato le ordenaron la defección y la fuga a otros bandos. La otra semivictoria fue la batalla de Bombona.

En mi larga historia de armas nunca me había tocado enfrentarme a un tipo de estrategia como la que me obligaban a hacer los pastusos. Las guerrillas de los llanos eran lógicas, hasta cierto punto. Sus complicaciones se formaban por las naturales incomodidades, pero el terreno fácil y plano se prestaba para cumplir con precisión todos los movimientos. Aquí, yo estaba peleando contra las águilas. Peña y fogonazo sustituían el horizonte abierto. Piedra, ladina y resbalosa, sin más auxilio que el cielo encapotado y las nubes gotosas. Bomboná me costó muy caro, me trancó en mi avance y, lo que es más serio, mi vanidad se vio despellejada por estos farallones.

Sucre, victorioso en Pichincha, vino a salvarme de mi encerrona. Yo, lindando casi los 40 años, continuaba siendo infantil y primitivo. Un algo de misterioso y de mágico seguía manejando mis inclinaciones y mi temperamento. Mis emociones, aun a esa edad, eran campo abierto a los relámpagos de mi cólera y sufría los más tremendos impactos frente a las circunstancias que yo no puedo controlar. Afinado por estos toques inclementes de mi manera de ser, me rendía con facilidad a las elementales fuerzas de lo imprevisto y, en mi rendición, había una llamada de rencor contra mí mismo, porque me culpaba de ser un animal poseído por las fuerzas abscónditas de la naturaleza. Ese soy yo y nada hay que hacer. Ese soy yo y mi desgarramiento es superior a todos los dolores de la humanidad. Nadie puede percibir mi honda pena al verme tan frágil y tan quebradizo. Nadie se alcanza a asomar a esas simas de mi carácter, nadie, sólo yo, atraviesa por esas etapas de franca decepción, al comprender, luego de que ha pasado la tormenta, lo inútil de mis explosiones, de mis pataletas, de mis estremecimientos.

Sucre ha debido ser el hombre que menos celos me inspirara. En él, la vanidad no existía. Su sencillez y su nobleza me confundían hasta

hacerme avergonzar. Nunca de sus labios salió un reproche directo a mi persona. Siempre leal y firme con mis órdenes y mis mandatos, se unió a su general Bolívar como pocos de mis oficiales. Y, sin embargo, Sucre me causó más celos, más envidias que ningún otro. La razón hoy la veo, él era el más capaz de mis generales. Él era el verdadero genio de la guerra. Él poseía el don de la organización y de la planeación y lo poseía sin hacer alardes, sencilla y simplemente. Y lo que es más extraordinario de su parte, lo entregaba sin detenerse a pensar que otros lo podían aprovechar para sí.

Mis celos con Sucre llegaron a situaciones desgraciadas para mí. Me recuerdo cómo en Lima, al terminar la Campaña del Sur, en un banquete en el que me ofrecieron una corona de oro, me quité esa corona y la deposité en las sienes del general Córdoba. Este acto, casi inconsciente de mi parte, lo hice para sacarme el clavo contra Sucre. Córdoba procedió con más prudencia, y sin inmutarse se quitó los laureles y se los entregó a Sucre. El, con una sonrisa limpia y sin mancha, me los devolvió, suplicándome que los recibiera ya que formaban parte de mi gloria.

Sucre, en Pasto, me sacó las castañas del fuego. Y me las sacó con la naturalidad más grande. Y el Simón que odio y el Simón que amo, este Simón infantil y complicado, insistió en dárselas de importante en esa ocasión y le escribió a Santander una carta en la cual le relataba sus trabajos y sus luchas contra los pastusos y le pedía que la publicara en la *Gaceta*, a fin de que vieran cómo sus esfuerzos casi doblaban los esfuerzos de Sucre. Ese Simón se empezaba en empequeñecer al Mariscal en su triunfo de Pichincha.

Basilio García, sabedor del avance de Sucre, pactó una tregua, que no fue aceptada por los pastusos, quienes, violentos y exaltados, cambiaron sus consignas y las enfilaron contra Basilio tildándolo de entreguista y de felón. El temple de estos hombres todavía me conmueve y me conmueve porque suplían con su ferocidad su carencia de armas y de elementos y aun así se revolvían como alacranes contra su misma ponzoña.

Basilio García, con sus bigotes de mosquetero y su sonrisa torcida y guasona, se marchó a España y supe que murió fusilado por órdenes de ese mismo Rey a quien aquí defendió con tanta ardentía.

El 8 de junio entré a Pasto. Entré como un improvisado visitante no como un conquistador. Mis tropas tuvieron que mantener las bayonetas caladas y prestas. No hubo flores ni discursos. Entré a Pasto casi como un derrotado. Y les apreté las cuerdas a los pastusos. Hice sentir el peso de mi rencor contra ellos. Así como suena, de mi rencor. Acaso yo no puedo sentir rencor, yo no puedo sentir odio? ¿Soy divino, o un ser extraterrestre, no tengo capacidad para odiar, como la tengo para amar? El héroe es un hombre con todas sus consecuencias. Y no me pesa haberle dado salida a mis deseos de venganza en esa ocasión. Los pastusos no me entendían y yo no los entendía a ellos. Nuestro mutuo desacuerdo consistía en saber quién aguantaba más y mejor. El odio no se trueca en amor repentinamente. Subsiste, daña y corroe, pero también crea, empuja y aclara posiciones. Los pastusos tuvieron que pagar más impuestos y aceptar que sus cabecillas fueran colgados y dominarse hasta cuando no pudieron más. Entonces, y sólo entonces, se resolvieron a hacerse presentes y a quitarse su máscara. Agualongo y Mercanchano se alzaron en armas y lo hicieron bien. En el fondo de mi conciencia los respetaba y los admiraba. La autenticidad de un hombre y de un pueblo es ser como es hasta el final de su vida. Lo demás es artificio, pantomima, mentira.

Sucre, Salom, Córdoba fueron los encargados de darles a los pastusos lo que se merecían. Sucre, con mano liviana, buscó que la hoguera de ese pueblo se apagara sin demasiada violencia y muerte. Inútil actitud. Salom entró a sangre y fuego por los corredores de sus gargantas y de sus desfiladeros y cumplió mis órdenes en relación con ellos, con los pastusos. Córdoba dejó a un lado el corazón y los convencionalismos y, de una vez por todas, decapitó las insurrecciones que se presentaban en la tierra de los Pastos.

Admito que fui cruel y despiadado contra los pastusos. Lo admito, porque negarlo sería tanto como querer tapar con un dedo la hendija de un inmenso botijón de sangre. No me quedaba otro recurso. O

ellos o yo. Su fiereza, su valor, su constancia, fue premiada por mi fiereza por mi valor, por mi constancia para exterminarlos. No hubo medida que no se me quedara para aplicarles una sanción. No hubo medida por fuerte que fuera que no la impusiera. Los signos de la guerra son crueles y a ellos debemos atenernos.

Con una semiderrota y con una gran victoria, entré a Quito el 22 de junio de 1822. Sucre me acompañaba. La ciudad se desbordó en atenciones para mí. Nada me fue negado. Fiestas, medallas, espadas, monumentos, cayeron sobre mis hombros con una prodigalidad asustadora. Esta fecha, nunca la podré apartar de mis recuerdos. Al anochecer de la misma, en un baile, conocí a Manuela Sáenz. Y al decir, conocí, cumplo apenas con el requisito de anotar un gran acontecimiento.

La conocí y nos enamoramos. La conocí y volví a vivir. La conocí y se partió en dos mi existencia. Manuela tenía todos los encantos y todos los defectos que hacen de una mujer una criatura adorable y única. 18 años menor que yo, se apoyaba en la vida con la fuerza de su propia gracia. Casada, por esas épocas, con un inglés, renunció a él, con la carta más extraordinaria y más fina que se pueda imaginar. Ella, sin preámbulos, reconoció su equivocación al haber contraído matrimonio y se lanzó encima la culpa, toda la culpa de su fracaso. Manuela, plena de sensibilidad y de talento, se movía en el círculo de las clases altas, en virtud a su inmensa condición humana. Amiga de Rosita Campuzano, la amante de San Martín, compendiaba lo bueno y lo malo de esa sociedad quiteña, rococó y perezosa, que, sin saber para dónde iba, pensaba alcanzar, con las risas y la alegría, el triunfo de los tiempos que transcurrían.

Que el amor es loco, trágico, burlón, destrozador, inquieto. El amor es todo y mucho más. Y aquellos que se ponen en el trabajo de circunscribirlo a una definición, es muy posible que jamás lo hayan sentido, o lo hayan sentido sin la lujuriosa y quemante sensación que yo tuve y le tengo a Manuela. Fuego con fuego, calor con calor, densidad humana contra densidad humana, celos, ansias, vertiginosa insatisfacción física y sexual, cansancio y lucha mutua, agresión y desvelos, ternura y solicitud, eso, eso fue lo que Manuela y yo gozamos por muchos años.

Yo estaba al tanto de las conversaciones poco santas de que los dos padeciamos a costa de nuestro amor. Y me tenían sin cuidado. A ella también. Manuela, a diferencia de muchas mujeres, se me entregó totalmente, sin reservas, sin misterios. Y, al dárseme como se me dio, dejó a un lado los convencionalismos y las críticas que naturalmente suscitó. Los años que estuvimos unidos me fue enteramente fiel, tan fiel como podía serlo la mejor de las esposas, tan entregada a mi cuerpo, a mi sombra, a mis maldiciones, a mis groserías, a mis enfermedades, que a veces yo mismo me sorprendía de su entereza por dar tanto y recibir tan poco.

Con el amor de Manuela, me sentí joven, atractivo, lleno el cuerpo y llena el alma de ambiciones y de ilusiones. Me sentí poseído y poseedor del mundo entero. En esa confusión integral de mi cuerpo, de mi sexo y de mi espíritu, saturé mi sangre del más sagrado aceite que pueda existir para un hombre: el gozo de vivir. Yo no había amado jamás. Las mujeres llegaron a mi vida por el camino del sexo. Nada me ataba con el amor y fui desatado por él a un mundo de inmensas proporciones y de grandes espacios. Mi vitalidad se pudo consumir momentáneamente en el amor de Manuela, pero luego se creció sin más ayuda que la de ella, y me sostuvo los pocos años que seguramente me restaban.

Es inútil desconocer esta unión y este estrecho abrazo de dos seres que el destino puso cara a cara.

Ambos tuvimos la valentía de darnos en público y en privado. Ella, quizás, fue más valiente que yo. A sabiendas de que mi amor no desembocaba en matrimonio, pudo dejarme, pudo convertirse en una aventura más y, sin embargo, no me dejó, al contrario, se aferró con sus uñas y con sus angustias a ese amor. Y al entender que Bolívar, el ser que amaba, no estaba hecho para terminar su ciclo vital con una argolla en la mano, lo amó más, lo consideró más, se ató más a mi parábola, sin importarle nada de lo que pudiera existir fuera de ella.

Al principio, nuestro amor fue lento, reservado. Nos daba un pequeño temor a los dos. A mí me limitaba mi propio carácter. No

aceptaba ni podía aceptar amar a una mujer por largo tiempo, y no me resignaba a perder lo que yo titulaba mi independencia para dejarla en manos de una segunda persona. A ella la frenaba el pasado, mi presente y mi futuro. Desde que me trató, supo a qué atenerse conmigo. Le fui enteramente franco. No negué amarla, pero tampoco le prometí lo que toda mujer espera que le prometan: fidelidad y ramillete de novia. Su orgullo se vio afectado por mi terquedad. "Simón –me decía– tú eres libre, te puedes casar con quien quieras, ¿acaso no me deseas, acaso no significo algo para ti?" Las frases de Manuela no me causaron impacto. Me mantuve firme y decidido a no aceptar sugerencias de ese aspecto. Ella se empapó de mi determinación y se enfrentó a dos soluciones: aceptaba ser mi amante o terminábamos. Aceptó ser mi amante y no creo que Manuela, esté donde esté en estos instantes se arrepienta de lo que hizo. Y no pude arrepentirse, porque pudo no tener un esposo, pero tuvo un hombre que la adoró y que, desde la orilla de la muerte, donde se encuentra, suspira por verla, por estrecharla entre sus brazos, por dejar que su cabeza se quiebre sobre su regazo como la cabeza de un mártir.

Manuela soportó mis infidelidades. Mis pecados veniales de la carne. Supo de mis amigas, las Garaicoas y de otras más. Supo de mis cartas y de mis requiebros y de mis apetitos y deseos. Se enteró de la existencia de Manuelita Madroño, moza de 18 años, que fue mi amante por unas cuantas semanas y que me hizo comprender que, en la sangre del indio, del negro, del blanco y del mestizo, el fuego se prende con la facilidad que le imprime el ventarrón de las pasiones. Mi pasión surgía rápida, exhaustiva, voraz y con la misma facilidad desaparecía, consumida por el hastío, por el cansancio. Manuela me supo llevar.

En Quito la dejé para volcarme sobre el Perú. Y puedo decir que casi me olvidé de ella. Ocho meses después, el capitán Santana, muy en secreto, me contó que había recibido una carta de Manuela, en la cual le preguntaba por mí y le pedía información de mis hechos y de mi vida. Inmediatamente, la mandé llamar, ya que Manuela nunca estuvo separada de mis pensamientos. Y, además, procuraba hacerse presente cada vez que le interesaba. Su amor por mí la llevaba a tomar los caminos más equivocados y me ponía, a veces, en situaciones delicadas

al verse comprometida en disturbios y en escándalos públicos. Escándalos y disturbios que su temperamento resolvía saliendo en mi defensa. En Quito y luego de nuestro encuentro inicial, se quedó sola, acompañada de dos criadas negras que le fueron siempre fieles, como ella a mí. Mi salida precipitó una serie de acontecimientos que llevaron a Manuela a intervenir sin mi consentimiento, violentamente en ellos. La llevaron a intervenir, armada de un látigo, en una manifestación que se formara en contra mí.

Estos detalles, que a cualquier persona seguramente le hubieran molestado, a mí me complacían y me llenaban de una gran satisfacción, al verme erigido ante ella en Dios, en maestro, en marido, en amante, en hijo. Su violencia no era más que el resultado de su inmensa ternura y, si se desmandaba, lo hacía conducida por el brusco despertar de su pasión, que no aceptaba, ni por chanza, el más leve ataque a mi nombre.

Antes de la batalla de Ayacucho, nos volvimos a encontrar y así se convirtió en mi compañera respetada y valorada por mis oficiales, por su misma personalidad, que la hacía respetable y valiosa.

En Lima, en la Quinta de la Magdalena, quinta que fue mi refugio y mi castillo feudal por un período más o menos largo, Manuela fue la señora de casa. No faltaban y no faltaron las escenas que su exagerado amor le impelían a hacer. Su genio arrebatado me costó zanjas en mis mejillas. Sus uñas me las hicieron y la sangre que salió de ellas fue del prodigioso color de la exaltación. Sangre que valía la pena hacerla brotar. Apasionada y celosa, no reflexionaba cuando una corriente de esas le atravesaba la garganta. Como una fiera, como una tigra, se me lanzaba a la cara y, si yo no le sacaba el cuerpo, bien podía haberme perdido entre sus garras.

Ausencias y cercanías nos fueron fundiendo del todo. Ella plantó su porvenir a mi lado. Yo, más precavido y experimentado, supe que algún día tendría que dejarla, como así fue. Y la soporté con paciencia y con amorosa alegría, porque Manuela copó, con los años que nos unieron, mis tendencias frenéticas y mis exaltaciones sexuales.

En Bogotá, en la Quinta donde me alojé, mansión que se arrinconaba al pie de los cerros de Monserrate y de Guadalupe, la tuve aún con sus ojos brillantes y su voz de ternura, inspirándome valor y confianza. Susurrando a mis oídos las palabras que yo más necesitaba. Haciéndome interesar por la vida, a mañana, tarde y noche. Tratando de quitarme ese dolor, que se me quedó quemándome el corazón después del atentado septembrino.

La veo, la siento y la palpo en estas noches húmedas y calurosas de mi agonía. A veces me despierto y me parece que su cuerpo se tiende a mi lado y paso las manos por las sábanas para tratar de encontrarlo debajo de ellas. Me duele no hallarlo y me duele más el saber que pude traerla junto a mí en este triste final. Mis decisiones son absurdas, absurdas y sin razón. Cuántas veces Manuela me salvó la vida y me ungió con sus manos mis lágrimas y mis pesadumbres. Ni siquiera le he escrito. Ella debe conservar unas cuantas cartas de mi puño y letra en las que la acaricio en la distancia y en la lejanía. Y la acaricio no sólo con mis palabras sino con mis recuerdos. Se me llena la boca al pronunciar su nombre. Me sonrió al pensar en sus contestaciones. ¡Qué ortografía, por Dios! No valía que le indicara que no perdiera su tiempo en la política, ni en averiguar los chismes que contra mí corrían. No valía mi pretensión de educarla y mi pretensión de que empleara, al menos, una hora al día, en repasar las lecciones de gramática que le había dejado. Inútil requerimiento. Inútil y simpático, porque me lo devolvía, combinado con sus reproches, con su salero de hembra ofendida porque su hombre no le permitía ocuparse de él.

La única. La única, como yo la nombraba, me hizo la vida amable y odiosa. Una mezcla de esos ingredientes fue la pócima que me ofreció durante nuestra unión. Y qué agradable pócima, qué fuera de lo común, qué bocado rico y especioso el que yo con ella tomaba y retomaba. ¿No se repetirá jamás? Nuestras separaciones fueron constantes, y estaban adobadas por una doble transferencia de sensaciones. Manuela me hacía falta y ella lo sabía, pero no quería interrumpir mi forma de vida, ni mi manera de ser, por el temor de que yo la rechazara al final. Me dejaba viajar y cumplir con mi destino, sin reproches.

No me amarró a sus faldas, no se impuso sobre mis determinaciones, no quiso ser el ombligo de mis pensamientos ni de mis acciones. Tuvo la delicadeza de ocuparse, cuando estaba a mi lado, de toda mi persona. Tuvo la delicadeza cuando me veía ansioso de soledad, de silenciar sus pasos y de apagar su sombra. A mis llamados, nunca se negó y siempre en los peores instantes de mi vida la tuve a mi lado.

A Manuela, a la verdadera Manuela, la vine a conocer cuando el atentado de los septembristas. Qué mujer tan admirable. Qué valor, qué temple, qué serenidad. Si no es por ella me asesinan. Si no es por su sangre fría y su intrepidez, Bolívar hubiera muerto con los puñales de mil Brutos clavados en su pecho. Al conocer las intenciones de los que invadieron el palacio y al sacar conclusiones por los ruidos y los gritos, que a mí se me escaparon, talvez por el exceso de preocupaciones de esos días, Manuela me indujo a vestirme con rapidez y, poniéndose un dedo entre sus labios, me llevó a la ventana salvadora y ella misma la abrió y ella misma estuvo pendiente hasta que yo desaparecí entre las sombras. Todo el mundo sabe su comportamiento y me satisface que así sea. Un calor, de amoroso orgullo, me corre por las venas al saber que Manuela fuera la única, que me ofreció su apoyo y su protección, aun a costa de su propia vida.

¿Qué pensará Manuela de mí en estos instantes? ¿Sabrá de mi gravedad? ¿Por qué no la llamo? ¿Quién me lo impide? Mañana, mañana tengo que tomar la pluma para escribirle. Mañana, si es que llega ese mañana. Pero ahora, dejemos a Manuela en paz. Sé que la veré de nuevo. Así ella no se dé cuenta de que soy yo el aire que arropa su mantilla, de que soy yo la luz que se coloca sobre su cabeza, de que soy yo esa caricia fresca que le baña las mejillas cuando este triste y de que también soy yo la voz de sus recuerdos, la voz que la acompañará siempre que ella los convoque, los suscite, al pronunciar esa palabra cariñosa y amorosa con la cual nos acercábamos antes de fundir nuestros cuerpos y de estrechar nuestros corazones.

Qué fatiga tan grande prodece escribir y cómo se aumenta cuando tengo que escribir tantas cosas con el corazón sangrante.

El tiempo no se detiene y no quiero detenerlo. Quiero devolverlo y viajar a través de él de regreso a mis glorias.

Necesitaba entrar a Guayaquil antes que el general San Martín. Y entré. Una semana antes de que él llegara yo ya estaba dando y tomando los contactos y las disposiciones pertinentes. En una semana se puede hacer mucho, si se le aprovecha. Siete días sirven para crear un ambiente y para destruirlo. En siete días, Dios hizo al mundo. En siete días, yo, Simón Bolívar, le presenté al protector San Martín una escena, armada, montada y completa de lo que le esperaba a él si insistia en quedarse por estos lados y en hacerme sombra.

San Martín llegó. San Martín llegó sin estruendo ni cohetes. El Protector estuvo a mi lado casi sin que yo me diera cuenta. Supe de su arribo cuando me anunciaron que una noche había fiesta en honor de los dos. Yo lo esperaba, pero no tan pronto.

La fiesta, como todas las fiestas en las que estaba San Martín, adoleció de un ceremonial supino. Fue verlo a mi lado para que las parejas se aquietaran y los comentarios se tornaran en susurros. San Martín saludaba y se mantenía a distancia. A mí me tocó asumir el papel del hombre simpático. Al rato, San Martín me llamó aparte y me dijo que quería conversar conmigo. Yo me manifesté extrañado, porque sabía qué me iba a plantear. En la tarde de ese día, varias manifestaciones frente al alojamiento de San Martín, se hicieron presentes para gritar su anhelo de que Quito se anexara a Colombia y no al Perú. Esas manifestaciones, poco le gustaron a San Martín y lo pusieron en guardia y un tanto receloso. Me dejé convencer del Protector para nuestra charla y les indiqué a mis amigos que nos dejaran solos para mayor intimidad y libertad de nuestra parte. Así lo hicieron. Las puertas de un pequeño salón se abrieron, y en ese pequeño salón nos vimos la cara por primera y última vez el Protector y yo.

Dos hombres dialogando son dos gallos de pelea con las plumas en descanso. Cada uno interiormente está midiendo al otro. En lugar de espuelas usan la inteligencia. En cambio del pico, emplean la pala-

bra. Cada quien se traza el itinerario de ataque sobre el otro, examina sus puntos flacos, se detiene a mirar qué nervio, qué tendón no se mueve con la suficiente elasticidad para hacer de él el centro de su ataque. Esto nos sucedió a San Martín y a mí. Él y yo sabíamos qué pretendíamos con esta conversación. El y yo nos adelantamos a cubrirnos los flancos por medio de las frases engañosas, de los elogios mutuos, de los contentamientos personales. Mi vanidad y la vanidad de San Martín estaban en juego. Detrás de estas dos vanidades, se ocultaba el inmenso orgullo de Bolívar y el no menos grande de San Martín. La situación, pues, tenía mucho de teatral, de arreglada, de compuesta. Un pequeño escenario, sin testigos, sin público, nos rodeaba: cuatro paredes, unas sillas, un canapé, una mesa y un florero. En este escenario, nos encontrábamos libres de las miradas de los curiosos, de sus comentarios. Éramos unos actores sin el lastre de los aplausos o de las rechiflas. Unos actores sin caretas, sin afeites, sin maquillaje. Unos actores que se sabían sus papeles con la meticulosidad del catedrático. San Martín, lento y campanudo, al mediar más o menos media hora de nuestra charla, se acomodó en la silla y tomándose fuertemente la mandibula con la mano izquierda, gesto del cual me había informado y que significaba, de su parte, recelo y concentración, sin mirarme a los ojos, inició ya no un diálogo, sino un monólogo. Me retraje y lo dejé que se abriera, que se mostrara, que me indicara sus defensas y sus líneas de ataque. Su vida y sus sacrificios personales, San Martín no los mencionó para nada. Ese santa santórum no era de mi incumbencia y, por lo tanto, debía continuar ausente de mi conocimiento. Esbozó con frases tajantes la situación de Argentina, de Chile y del Perú. Lo escuché sin entusiasmo. Su precisión, su sentido del deber, su innata soberbia, se ocultaban detrás de cada una de sus palabras. En sus planteamientos me dio una visión general de estas tres grandes provincias que aún continuaban en las manos de los españoles. Ellas adolecían de los mismos defectos de la Nueva Granada, de Venezuela y de Quito. La inseguridad era su fantasma. La carencia de recursos económicos era el vórtice del volcán. La pequeñez humana de los hombres era su común denominador. San Martín, pensaba yo, conocedor como pocos de mi naturaleza, resolvió quitarse la casaca, para entenderse conmigo y se la quitó con estilo, con esa severa expresión de los varones sensatos, que pueden estar equi-

vocados en sus tesis, pero que las defienden y las sostienen con bravura y con inteligencia.

En ese monólogo, intervine dos o tres veces para hacer comentarios aclaratorios y conducentes a los casos. Él aceptaba mis paréntesis y seguía sin ponerle mayor atención a mis intervenciones.

San Martín terminó la primera parte de su recitado y yo tomé la palabra para comenzar el mío. Siguiendo su estilo, me extendí en la presentación objetiva de mis propios problemas. Sin ocultarle nada coincidía con él en las dificultades en los compromisos. Fui enfático, al recabar mi determinación sobre la provincia de Quito y, sin dejarlo siquiera pensar dos veces, sostuve la necesidad de que Quito perteneciera a la Gran Colombia. Me detuve a mirarlo cuando dije eso y me encontré frente a un muro de carne sin palpitaciones. Su rostro impenetrable no cambiaba, estaba tan lejano como al principio y, si alguna emoción se le notó, fue quizás en el más rápido parpadeo de sus ojos.

Dos horas hacía que estábamos charlando. Nada concreto se vislumbraba. Resolví darle un giro más a tono con mi manera de ser y, de improviso, le pregunté, si estaba dispuesto a seguir en la lucha. El me devolvió la pregunta, con otra: ¿Y usted, mi general, sí lo está? Sí, fue mi respuesta contundente. Sí, y hasta sus últimas consecuencias. Sí, y, mientras yo tenga un hálito de vida, mis intenciones son las mismas y también lo serán. San Martín se quedó pensativo unos segundos haciendo con la cabeza una señal de asentimiento, me miró a los ojos por primera vez y, con estudiada parsimonia, me dijo: "General Bolívar, acepto y admiro su determinación, pero deseo que me escuche en algo que puede ser de suma trascendencia para los dos". Esperó que yo dijera un acento y, al notar mi silencio, continuó: "El Gobierno de estas Américas es un problema difícil y de cuidado, yo personalmente no creo en que las repúblicas o las democracias puedan darles soluciones. Las repúblicas y las democracias me parece que son los medios menos indicados para que el pueblo consiga alguna esperanza de redención".

"Su señoría, se encuentra equivocado", le contesté. "Y su equivocación radica en pensar que a estos pueblos se les puede seguir gober-

nando con el sistema opresivo de las monarquías". Al decir esto, me di cuenta de que había dado en el clavo. Insistí en seguir golpeando ese clavo. Y así continué: "La monarquía, sea del tipo que sea, no cala en estos medios. Una juventud independiente y rebelde se apresta a luchar por su libertad ideológica en todos los rincones de estas tierras. La idea de la libertad, usted tiene que aceptarlo, ya no se puede detener y el tratar de detenerla traerá la explosión y la perturbación de este continente. Si se insiste en poner aquí a cualquier príncipe o monarca de la casa real que se escoja, ésto agravaría y entorpecería nuestra misión, la suya y la mía. Y nos colocaría a los dos en una situación insólita e innecesaria".

Las mejillas se le tensaron al general San Martín y carraspeando un poco, me interrumpi secamente, diciendo: "Cualquier monarquía asegurará para estos pueblos un mejor desarrollo en el futuro". No había terminado de pronunciar la última letra, cuando yo salté para manifestarle: "Perdone, mi general, pero usted está equivocado. Considere lo siguiente: usted o yo, o los dos juntos, nos aliamos para llamar a cualquier príncipe sin corona y que venga éste a ocupar el trono de la América. El personaje viene y viene sin hacerse de rogar y se instala aquí y se trae una larga cola de cortesanos y de lagartos que absorberán todas las posiciones de mando en el Gobierno. ¿Y nosotros qué hacemos? ¿De qué nos quedamos? ¿De espectadores? ¿De entrometidos? Piense usted –seguí como una tromba– ¿cuál podría ser la actitud de nuestros amigos y compañeros de armas, se quedarían impávidos? ¿Se cruzarían de brazos? ¿Se someterían, sin más a sus nuevos amos? Si eso cree usted no conoce la naturaleza humana. Hasta el momento, tanto usted como yo hemos luchado con uñas y dientes contra todos. Esta libertad y esta guerra ha sido antes que nada orientada contra las castas económicas y sociales reinantes en estos sitios desde hace muchos años. Esas castas no están derrotadas, están esperando que tanto usted como yo claudiquemos y nos retiremos dejándoles el campo libre. La libertad para ellas ha sido un simple negocio. Sí, un negocio con mayúscula, un negocio en el cual ellas han intervenido como compradoras y como vendedoras. Ellas son las compradoras y nosotros los vendedores. Les vendemos una idea, una revolución, un cambio, una transformación, para que ellas las puedan revender a su vez y conseguir con esto pin-

gües ganancias. La guerra y su material humano, los hombres, han sido los esclavos en este movimiento. Y usted sabe, mi general, el precio que pagamos por ellos, el precio en oro, el precio en morrocotas, el precio en doblones, el precio en cualquier moneda, dura o débil, precio que estamos pagando a los esclavistas, a los latifundistas, a la oligarquía. El porqué lo pagamos es harina de otro costal. Lo pagamos porque lo necesitamos y basta".

Con esta andanada, San Martín se quedó pensativo. Se metió dentro de sí y pescó en el río revuelto de sus pensamientos. Al rato, me miró a los ojos y pude ver en los suyos una luz de inconformidad. Más sosegado, continué: "¿Cuál ha sido, general, nuestro mutuo problema? Los soldados, la tropa, la carne de cañón. Mientras los españoles están manejando un tipo de soldados, disciplinados, bien vestidos, bien comidos, nosotros le arrancamos a la tierra al esclavo, al indio, al zambo, al desarrapado, al miserable y le ponemos un fusil, o una lanza, o un machete entre sus manos y así lo soltamos contra el enemigo. De ahí el inmenso número de desertores que hemos tenido en nuestros ejércitos".

"De ahí la necesidad de impedir esa deserción, por la fuerza, por la violencia, con las armas. Si no procedemos a fusilar a los desertores como los hemos fusilado, nos quedamos viringos, empelotos, desnudos del elemento hombre. Ahora, mi general, usted comprende que la empresa que estamos adelantando tiene múltiples enemigos y que esos enemigos no cejarán hasta vernos a los dos vencidos, y, si no nos ven vencidos, procurarán, que nos abramos el uno contra el otro. Es decir, que nos declaremos la guerra, que nos destruyamos mutuamente. Los movimientos políticos que se están suscitando con su presencia y con la mía, en todos estos lugares, persigue nuestro rompimiento. Rompimiento que a los únicos que puede favorecer es a los ricos, es a las castas de que le hablaba".

San Martín estaba razonando en silencio y se le notaba un esfuerzo de voluntad para ceder en el terreno de mis planteamientos. Se levantó de la silla, dio unos pasos, se volvió a sentar y, poniéndose la mano en su mentón, me preguntó: "General, ¿usted sigue adelante?". Sin titubear

un segundo, le contesté un sí, seco. Y bajando el tono de mi voz motivé esa afirmación. "Sí, general, tengo que seguir adelante, de no ser así, todos, pero todos los planes que hemos hecho para esta América se nos vienen al suelo. Mis gentes piensan que yo estoy detrás de la idea suya: de la monarquía. Pero con una diferencia, ellos quieren que yo sea el monarca, el rey. Nada más alejado de mis pretensiones. He intentado darles a los tres países libertados por mí una constitución, donde impera un gobierno fuerte, un ejecutivo con instrumentos de mando, un poder legislativo y un poder judicial. Mis actos están encaminados a demostrarles a mis amigos y a mis enemigos que, en sus críticas, estáis fallando por la base. Quiero, eso sí, una presidencia vitalicia. He dicho vitalicia, porque no tengo hijos, ni descendientes directos, indirectos, legítimos o ilegítimos que me puedan suceder. Considero que se me debe este reconocimiento y pelearé por alcanzarlo. No aspiro a la corona o al cetro. Ridículo sería de mi parte implantar en esta América mestiza, mulata, negroide, comenzando por mí, la nobleza una que apareciera como por arte de magia o por disposición de un decreto real. Ridículo y ramplón. En la vida se debe tener sentido de las proporciones y de la estética y la falta de estas condiciones lleva a cometer a los hombres algo más grave que los delitos: las equivocaciones".

"Imagínese usted –continué– a mis generales, a Páez, a Santander, a Flórez, a Soublette, a Mariño, a Bermúdez a Córdoba, y a esa runfla de coroneles y de capitanes que me secundan envueltos en el incienso de la aristocracia. ¿Qué diablura sería esa? ¿Qué mascarada? Cómo se arañaran los unos y los otros porque la escala de Jacob, de esa nobleza, de esa aristocracia no quedaría bien ordenada o bien dispuesta a su favor. Condes, duques, marqueses, vizcondes, ya no serían las estrellas y los galones ganados en los campos de batalla, sería el pandemónium de la ambición, sublevado, detrás de las pelucas empolvadas de los nobles. Páez, Duque, Santander, Conde, Sucre, Vizconde, Bermúdez, Conde. La guerra total, mi general, la guerra total de unos contra otros, por considerar que su título desmerecía con sus méritos. Y me enloquecerían con la sublevación, con sus peticiones, con sus demostraciones de deslealtad o de lealtad. Y antes, mucho antes de que yo pudiera hacer nada, todos estarían levantados en armas contra su majestad Bolívar I".

La boca de San Martín alcanzó el esquema, de una sonrisa y, al mirarnos, no pudimos menos que soltar una gran carcajada. San Martín tomándome del brazo con cierto afecto, raro en él, me musitó al oído: "Lo considero, mi general. Si usted insiste en seguir en esta lucha, va a tener más decepciones que yo. Por mi parte, continuo diciendo, ya alcancé el nivel más alto de asco y de insatisfacción personal. El amor y la política se parecen, mi general Bolívar. Para mí, el amor es una ausencia completa del asco, de la repugnancia física y moral hacia mi persona amada; la política y el poder son iguales al amor, se requiere no tener un ápice de repugnancia por lo que hagan los demás. Me convencí de que no sirvo para estos trotes, de que mi espíritu está hecho para otras cosas, quizás menos resplandecientes, pero más efectivas para mi tranquilidad. Me marcho a Europa, me voy a un exilio voluntario, antes de que me suceda lo que a usted le va a pasar. No quiero ser un profeta de las desgracias, menos con usted a quien admiro tanto, pero le anuncio que, al dejarle a usted el campo abierto, usted seguirá subiendo como un meteoro, como una estrella y brillará con luz propia, con su genio con el cual asombrará al mundo, pero cuídese, mi general, cuídese de los que hoy lo adulan, porque mañana, esos mismos van a ser sus verdugos".

Yo estaba tan entusiasmado con mi éxito frente a San Martín que en verdad pocas bolas le puse a sus últimas recomendaciones. Hoy las tengo en mi memoria pulidas por la experiencia, bruñidas y brillantes, como si fueran de fuego. Las profecías de San Martín se cumplieron completas.

Al día siguiente de nuestra entrevista se celebró, en casa del señor Luzárraga, un gran baile, donde la señorita Carmen Garaicoa nos coronó, al Protector y a mí, con laureles. Esa noche, Carmen y sus hermanas me fascinaron. Era tal su gracia y su hermosura que no tuve ojos sino para ellas. No podría decir cuál de todas me gustaba más. Mientras me dedicaba a bailar con estas damas, el general San Martín se retiró de la reunión sin despedirse de nadie. Tomó su capa, llamó a sus ordenanzas y se embarcó en el buque insignia. El Macedonia, buque que levó anclas y tomó el rumbo que San Martín le indicó.

Posteriormente, al escribirle a Santander, quise ser lacónico y poco expresivo en relación con esta entrevista. Mucho se preguntó sobre lo que hablamos y sobre lo que decidimos con el Protector. Poco y nada dejé que se trasluciera: consideré que esta relación y este contacto, con uno de los grandes militares de la historia americana, se debía conservar con el respeto, silencioso y reservado, que ambos le dimos. A las gentes les dejo sus conjeturas, sus afanes por descubrir qué se dijo y qué nos dijimos en este misterioso encuentro. Mi estrella, como lo mencionó San Martín, ascendió fulgurante y exitosa. La de él descendió opaca y oscura. Así lo piensan muchos, yo no estoy de acuerdo. Si mi fama creció, se la debo a ese sentido de patricia dignidad que tuvo el Protector. Todavía dudo de cuál de los dos alcanzó la verdadera plenitud en vida. Si yo, que saboreé todas las glorias y también todos los fracasos, o él, que se supo retirar a tiempo, que se contentó con vivir sin brillo, en un exilio voluntario, escribiendo sus memorias y dándoles gusto a sus pequeños caprichos. Aún dudo de quién logró esa plenitud.

Una preocupación menos es un alivio más. San Martín había escogido su ruta y yo la mía. Estábamos en paz. Ahora me correspondía a mí salir de los atolladeros en que me había metido. Colombia tenía un satélite: la Confederación de los Estados Americanos. Y ese satélite le daría su propio piso y su propia dimensión. Envié como embajadores extraordinarios, para que la idea no desfalleciera, a Miguel Santamaría a México y a Joaquín Mosquera a Chile.

Argentina y Perú le sacaron el cuerpo a la gran reunión que debía efectuarse en Panamá. El General Mantilla y el joven Padilla, negro de muchos merecimientos, quien ya se estaba destacando como magnífico marino, recibieron órdenes mías para que se adelantaran sobre Panamá y apoyaran su grito de independencia.

Panamá me parecía el mejor de los lugares para efectuar en él la mentada reunión. Equidistante a la América del Norte y a la del Sur, establecía su equilibrio geográfico con su estratégica colocación. Todo esto yo lo tenía ya estudiado y simplemente esperaba los resultados. Los Estados Unidos acababan de reconocer la independencia de la Gran

Colombia. La Santa Alianza impedía o trataba de impedir cualquier intervención extranjera para este reconocimiento. Los quiteños me dieron su voto afirmativo para que los integrase a la Gran Colombia.

El panorama del futuro estaba más o menos compuesto. Ahora me acuciaban otras cosas. Santander insistía en que mi presencia en Bogotá se hacía indispensable; Páez no cesaba de llamarme para que me presentara en Caracas y yo no quería ni lo uno ni lo otro. Mi meta inmediata era la libertad del Perú. Sin vencer ese obstáculo, mi misión y la tarea de mis ejércitos no estaba cumplida. Algo en mi interior me estaba diciendo que me sustrajera de las minucias parroquiales de los bogotanos y de los caraqueños. Sentía, casi físicamente, el rasguño de las pequeñeces de mis coterráneos en contra de mis aspiraciones. Ellos continuaban envueltos en las torticerías de lo cotidiano y no alcanzaban a vislumbrar mis afanes. Todas mis cartas continuaban siendo saturadas por estas ideas. Páez y Santander hicieron tabla rasa de ellas. La insistencia de mi parte los llevaba a una mayor terquedad de la suya. Querían que los acompañara a zurcirles los calcetines de sus gobiernos. Tenían toda la independencia en sus órbitas administrativas. La tenían pero se aprovechaban de ella para unas cosas y necesitaban de mí para que les taponara sus intrigas y les respaldara sus arbitrariedades.

Santander me ponía como señuelo para que yo viajara a Bogotá la reunión de un nuevo Congreso. Congreso que parecía dispuesto a recortar todas mis atribuciones. Fui rudo al contestarle y un poco violento. Le pregunté que qué era esa maña de vivir renovando constituciones, constantemente. No habíamos quedado en que la última constitución tendría una duración de 10 años? ¿Cómo se podía entender esa precipitación de los congresistas para reformar lo que apenas estaba en vías de hacerse? ¿Existía una locura más grande?

Tuve que anunciar otra vez mi retiro ese retiro, que ya se me estaba volviendo un chantaje desagradable. Ese retiro que lo estaba utilizando como espada de dos filos. Con este sermón, logré calmar momentáneamente a la facción santanderista y me dejaron en paz como siempre sucedía cuando les hablaba en voz alta.

Santander consiguió que el Congreso de 1823 me aprobara la dirección de la guerra del Perú. Además, que me diera una pensión. Pensión que jamás utilice. Y se entretuvo tanto el Congreso como Santander en su guerra fría con don Antonio Nariño.

Esta guerra fría, o guerra caliente, tiene sus bemoles, sus gracias y sus desgracias. Y me parece oportuno relatarla, muy por encima. Asistir a una corrida de toros o a una riña de gallos es un escape, voluntario o involuntario, del deseo de sangre y de violencia que existe en todo ser viviente. El hombre es un animal carnívoro por excelencia. Come y vive de ella y ese alimento le da también los instintos de fiera que posee. El deseo de la lucha es lo último que desaparece en nosotros y ese ánimo se engalla cuando siente o presiente los mordiscos de la felonía. En las corridas de toros y en las riñas de gallos, la sangre, la sangre fisica, reemplaza la voracidad del felino que se acurruca en nosotros y, al reemplazarla, consuela y rebaja las vías directas de la destrucción que están aflorando en nuestro carácter.

La violencia vista es menos dañina que la violencia ejecutada. Una metamorfosis se opera en el hombre al contemplar la sangre que no ha sido vertida por él. Se aquieta, se desgonza, se tranquiliza. El animal que hay en él está recibiendo su ración y la fiera saciada no perjudica a su dueño.

Santander y Nariño se habían encontrado al fin, rostro contra rostro. Las viejas heridas que se habían infligido no habían cicatrizado. Con ellos, dos generaciones entablaron la batalla. Santander, con sus 32 años, representaba el empuje de la novedad en todos sus aspectos. Nariño, con sus sesenta y pico, ejemplarizaba a los varones del pasado que, sin perder el aplomo en sus golpes, se resentían en la potencia de los mismos.

Santander y Nariño se sacaron todos sus cueros al sol. Ni el uno ni el otro tuvieron la prudencia de callarse. Dos pasquines, *El Patriota* y *Los Toros de Fucha*, ambos iguales de avinagrados y de zoeces, se presentaron en público para divertir a los santafereños con sus artículos y sus notas, donde la carne del prójimo era cubierta de cuanta

basura y de cuanta pestilencia podía existir. A Santander le dolió y tuvo que dolerle, que Nariño lo puyara con el estoque de su lengua y le dijera con esa sorna malévola de don Antonio, que tiene cuando escribe, que no se quejara del pago recibido por su patriotismo. "¿No hay algunos doblonejos en el baúl? ¿No hemos pillado algún empleíto con buen sueldo o alguna casita de campo? ¿Aflojamos para la patria o agarramos para la patria?". Estos mordiscos, en los cuales se le recordaba a Santander sus $20.000 anuales de salario y su hacienda de Hato Grande, regalo mío y de la revolución, pusieron a Santander hecho una hidra y no tardó en contestar con la misma moneda a Nariño, dejándole al aire sus derrotas militares, sus desfalcos a los canónigos en tiempo del virrey Espeleta, sus especulaciones y sus negociados con la quina.

No contentos con estos grotescos e insidiosos reproches, los santanderistas emplearon una zancadilla innoble: trataron de impedirle a don Antonio su ingreso al Congreso, alegando que todavía era un deudor fallido de la caja de diezmos y que el haberse entregado al enemigo en Pasto y el vivir fuera del país durante varios años no le daban el suficiente tiempo de residencia para desempeñar el cargo de diputado. La tremolina se armó. Nariño, con razón, se subió 20 codos sobre sus adversarios y pidió ser juzgado públicamente por los miembros del Congreso. Los santanderistas cometieron el error de dejar al toro que embistiera en sus propios medios.

Según mis agentes noticiosos, el éxito de Nariño fue total. El 15 de mayo, comenzó su intervención. Arrogante todavía, el Precursor se subió sobre una plataforma cubierta de una gualdrapa color rojo y oro. Al frente tenía una mesa adornada con terciopelo carmesí y guarniciones de encajes y ricas borlas.

Con cierta dificultad, se levantó Nariño sobre ese proscenio. Sus piernas comenzaban a flaquearle, pero su mente seguía clara y rápida. Con mano nerviosa arregló los papeles y los escritos de su defensa. Los alisó con la palma y los desarrugó. Se aclaró la voz con un sorbo de agua y poniéndose la diestra sobre la solapa de su chaqueta comenzó ante el Senado la defensa de su honra.

Encorvada la espalda, más por los sufrimientos que por los años, chillona la voz, al comienzo de su intervención, arrugado el rostro y todavía despejada la frente y brillantes los ojos, don Antonio puso en éxtasis al auditorio. Se dice que la última página de un escritor o el último cuadro de un pintor o la última sinfonía de un músico resumen toda la sabiduría y la experiencia adquiridas por ese maestro en esas mismas labores. Es la obra cumbre del cerebro que sabe que ya no va a producir más. Así pasó con la pieza oratoria de Don Antonio Nariño. En ella se superó y superó cualquier otra de sus intervenciones como orador, como polemista, como parlamentario.

Nariño dio de sí todo lo que tenía, que era mucho. Y se volcó, con la sinceridad que da la razón, sobre el pueblo de sus entrañas, sobre Bogotá. Y lo electrizó. Su lengua se hizo llama al describir sus padecimientos al servicio de la patria y quemó las palabras cuando relató sus vanos intentos de lucha, de victoria, de entrega y de derrota. Con la minuciosidad del que conoce el tema, fue presentando ante sus oyentes los retablos de su vida y poniendo en cada uno de ellos las pinceladas más limpias y los momentos más amargos para demostrar cómo los latidos de su corazón se consagraron al amor de estas tierras, a su organización y su beneficio. Su prisión en Cádiz, su entrega en Pasto, su regreso, marcaron en los rostros de los bogotanos las huellas de la compasión. Mostró sus arrugas y sus canas y con un gesto soberbio hizo entrega de las mismas, a las generaciones venideras, para que lo juzgaran y lo condenaran, si así se lo merecía.

Don Antonio fue absuelto. Ningún diputado se atrevió a votar en su contra. Salió de la sala con el paso recio de los triunfadores. No volvió a mirar a nadie. A la mañana siguiente, muy temprano, las callejuelas santafereñas vieron a un caballero que desfilaba rumbo al norte, montado en una mula. Ese caballero era don Antonio Nariño, que sin laureles ni despedidas iba a la Villa de Leiva para cumplir su última cita.

Quiero, en un alarde de imaginación, relatar en cinco renglones cómo debieron ser los últimos minutos de don Antonio. Lo veo y lo siento asi: Una estancia donde reina la paz. Una cama con dosel, austera y fuerte. Una estera de esparto. Una vela cegatona alumbrando a

medias un Cristo igual a todos. Don Antonio sentado en una silla cordobesa. Un sacerdote, con la cruz en alto, y el *ego te absolvo* entre dientes. En el corredor de la casa, cuatro músicos con camisas de lienzo gordo sonándose ruidosamente. Cuatro músicos templando sus instrumentos: el tiple, la bandola, el requinto y la guitarra. Cuatro músicos arrancando con un pasillo mientras don Antonio miraba serenamente el reloj que lo acercaba a la eternidad. Luego, un largo silencio. Después, los sollozos de la criada, del cura y de los músicos. Más allá, las tinieblas y la nada.

Capítulo XI

El retiro de San Martín trajo el caos al Perú. Les ofrecí mi ayuda y no la aceptaron. Pretendían que yo les diera armas pero no aceptaban mi conducción. El desboronamiento del triunvirato que reemplazaba al Protector fue inmediato. Los españoles lo acabaron de apresurar con sus victorias de Torata y Moquegua. Los triunviros se desplomaron, como todo gobierno plural. Riva Agüero fue designado presidente. Y me inició el asedio para que yo interviniese directamente en la libertad del Perú.

El Sancho, que en todo hombre reposa, me daba tirones de pelo para que reflexionara antes de asumir esa responsabilidad. Me decía: "Tienes a la Gran Colombia, es tu hija, edúcala y levántala, no inviertas las energías que te quedan en atender la casa del vecino, que puede que se esté quemando, pero no es tuya". A ese Sancho lo tenía llamando a mi puerta, en las cartas de Santander, en las cartas de Páez, en las llamadas de todos mis subalternos. La mejor política, en verdad, consiste en financiar la despensa de la casa. Y la despensa de mi casa estaba exhausta. Y mi casa era la Gran Colombia. Pero la mejor política es también egoísta y no le deja espacio al ideal y acuña lo minúsculo para que lo minúsculo sea el único patrimonio seguro. Un pueblo me estaba llamando, un pueblo más, es decir, un hijo más. Y no pude soportar las ansias de hacerlo mío. En cambio de hijos de mi carne tenía que aceptar los hijos de mi espíritu y emprendí esta nueva aventura.

Mi aceptación estaba condicionada a las buenas o a las malas noticias que me llegaran sobre Venezuela. Al principio, me llegaron malas y

organicé mi viaje para allá, a fin de apechar los sucesos. Ya en camino se me comunicó el retiro de Morales, quedé tranquilo y regresé a Guayaquil. Varios problemas más me estaban escaldando. A uno de ellos le di salida por intermedio de una carta a Riva Agüero, en la que le exponía que mi viaje a Lima se podía interpretar como un acto más de cesarismo por mi parte. En pocas líneas, le aclaré mis dudas y el estado de mi alma para asumir esta nueva responsabilidad. La carta sirvió para que Riva Agüero me rogara con más ahínco y sirvió, además, para curarme en salud y demostrarles a los demás que mi ambición de mando y de poder quedaba enmudecida ante la urgencia de la América por conseguir su emancipación total. Los demás problemas se me fueron solucionando gota a gota.

El permiso del Congreso para la campaña peruana, al fin, me llegó. El ejército español había sido derrotado al norte de Colombia. Así pues, las dificultades se fueron allanando y aún quise asegurarme de una mano amiga, para convencerme de que esta aventura peruana no sería un fracaso. Escogí a Sucre y lo envié para que durante unos meses me informara detalladamente de la situación interna de ese país.

En mí ya no cabían arrepentimientos. Estaba sellado y lacrado mi destino. El desequilibrio de los acontecimientos y de los hombres me había mantenido en vilo por unos meses. Ahora estaba decidido. Las negativas me chocan cuando quieren quebrar mi voluntad. Y esas negativas quisieron interponerse en el camino de mi gloria, convencidas de que ellas podían disponer de mi libre albedrío como y cuando se les antojara. Me mortificó la demora del Congreso para darme su permiso. En el seno de esa corporación, se me quería mantener como un perro de presa a su servicio, encadenado a unas leyes que yo mismo propusiera y ellos aprobaran. Supe de los debates al respecto y esas discusiones me hicieron hervir la sangre y les mandé una carta en la cual les decía que con su permiso o sin su permiso estaba dispuesto a marchar al Perú. Se apresuraron a darme el visto bueno.

Es increíble la marejada de imprevistos que siempre me rodean. Basta que yo pretenda tomar por un sendero, para que una nube de zánganos se cierna sobre mis pensamientos, para criticarlos antes, mu-

cho antes de que estos pensamientos se puedan convertir en actos. Estas traillas impuestas me ensoberbecen y me rebelo contra los dogmatismos legales y los mandatos escritos sobre un papel.

Ese sólo hecho, de que el Congreso demorara mi intervención, o mejor mi petición para dirigirme al Perú, me bastó y me sobró para recobrar mi independencia. Si el Congreso hubiera persistido en su negativa, la campaña sobre el Perú, de todas maneras, la habría cumplido yo hasta sus últimas consecuencias.

Estaba pidiendo sacrificios a unos pueblos libertados por mí, pero también les estaba dando, de mi parte, inmensos sacrificios y en qué proporción. Mi salud destruida, mi vida personal desbaratada, mi seguridad económica en el aire. ¿Qué más se me podía exigir, cuando vida y aliento los estaba poniendo al servicio de los demás? Y aun, con este bagaje de holocaustos, tendidos y desparramados sobre el lomo de un continente, unos abogadillos, unos ideólogos baratos, intentaban cuartear las paredes de mi voluntad con los golpes de pica de sus argumentos legales. Mi lenguaje se torna grosero y violento cuando estos recuerdos se me vienen a la mente y quiero romper la barrera del tiempo igual que un meteoro, para que mis reacciones y arrebatos queden impresos sobre el cielo de estas repúblicas que no se contentaban con ser libres por mi mano, sino que además me exigían que mis tendones, poros, nervios y venas los dedicara a cultivar sus mezquinas apariencias de guardianes de una ley o de una constitución hija de mi inteligencia.

Mis reacciones, por fuertes que fueran, tenían sus motivos. La conspiración que contra mi persona se preparaba. Ya le estaba viendo asomar su testuz. Los golillas de Bogotá, en asocio con la oligarquía, dividieron, en parte, los ataques de que yo iba a ser víctima. Primero pusieron al descubierto la ley. A este gran fantasma lo vistieron de blanco y oro y fueron insinuando mis pretendidas intenciones de hacerlo desaparecer. La virginidad de la Constitución me la encargaron a mí y me nombraron su guardián y su lacayo. La virginidad de la Constitución, virginidad que nunca ha existido, porque cada quien se considera llamado para violarla, la hicieron pública y corrieron la voz de

norte a sur y de oriente a occidente, para que esa inmensa masa de desarrapados y de ignorantes que forman nuestro pueblo se vinculara a esa virginidad, igual como se habían unido a las presuntas divinidades del rey y de la Corona española. La ley es virgen, inviolable, intangible e invisible. Eran las mismas condiciones que tenían el cetro del monarca hispano y la invisible cruz de los pontífices. Y así se aprovecharon de la ingenuidad de los colombianos para divinizar la ley aceptada por mí y, más aún, patrocinada por mi espada, pero dispuesta a transformarse en moza de cuartel de unos cuantos elegidos. Inteligentísima mezcla de los poderes celestiales con los poderes humanos. Inteligentísima y muy bien concebida por parte de aquellos que perseguían una ganancia ilícita, agazapados tras de los velos de novicia que amparaban esa ley y esa Constitución.

Montaron el altar y me nombraron vigilante del mismo. Por lo tanto, yo tenía ante el mundo la responsabilidad de lo que le pudiera pasar. Si desaparecía un artículo, un inciso, una norma, la culpa era mía. Si se escabullía un parágrafo o quedaba sin definir un capítulo, yo cargaba con el muerto. Pero mi puesto de vigilante era muy gracioso. No debía permanecer en el recinto, ni siquiera frente a sus puertas, sino que debía estar ampliando la órbita de su influencia. Cada país que yo libertara tenía necesariamente que entrar en la comunidad de ese dios invisible, respetarlo y amarlo, sin conocerlo. Un pacto secreto, se formuló entre mi persona y aquellos que utilizaron la ley para atacarme y explotar la buena fe de los pueblos libertados por mi espada. El pacto consistía en que yo les conseguía la hacienda, la vestía, la poblaba de ganados, la sembraba de pasto y luego se la entregaba a ellos con un arriendo simbólico. Las ganancias por parte de mis socios era natural que fueran pingües. A ellos no les correspondía otro oficio diferente que el de esperar a que yo hiciera todo el trabajo. Eso sí me exigían el cumplimiento de mis compromisos con la petulancia y la agresividad de los que no dan nada y esperan recibir mucho.

La conspiración de que yo he sido objeto estaba por esas épocas larvada y en formación. Todavía era un feto. Aún no tenía cuerpo ni figura, pero su mismo proceso evolutivo la llevaba a dar, anticipadamente, todo lo malo para que pudiera afectarme.

He dicho que el ataque contra mi persona había sido dividido en dos partes. La primera, ya la he mencionado. La ley como mampara, la ley como cabeza de turco. La ley que ya estaba lo suficientemente curada y bendita para que yo me atreviera a mofarme de ella. En el Congreso, los politicastros, tímidamente, dejaron entrever mis ansias de poder y de gloria. Esas ansias de poder y de gloria, según ellos, atentaban contra el cuerpo santo de la Constitución. A un mayor esfuerzo de mi parte por darle a la América un contenido de independencia y de autenticidad, se presentaba un mayor esfuerzo por parte de ellos para propiciar el escándalo y el sacrilegio de mi vocación de dictador y de déspota.

Entre los años de 1823 y 1824, esta primera parte del ataque fue velada y tímida. A partir de esas, fechas se descararon con tal efectividad que la Gran Colombia murió en manos de los que aspiraban a reemplazarme en el Gobierno.

La segunda parte de esta estrategia no me la querían mostrar de frente. Existían reservas y negativas para que se le conociera en toda su dimensión y su volumen. Esta parte correspondía al pésimo estado de las finanzas. Y el pésimo estado de las, finanzas existía. Era una verdad categórica y dura. Mis enemigos y mis amigos estaban alerta para entrar en el circo de la publicidad y soltar a los cuatro vientos mi responsabilidad por este hecho. El montaje de esta farsa aún estaba en ciernes. El caballo de batalla de esta comedia yo lo estaba domando: era la guerra del Perú. Mucho se ha discutido y mucho se discutirá de que la causa fundamental de la miseria de la Gran Colombia fue esa empresa quimérica e ilusoria. Mucho se ha discutido y se discutirá la intervención y la ayuda del Gobierno colombiano, dirigido por el general Santander para la financiación y el sostenimiento de la libertad del Perú. Yo tengo mis dudas al respecto.

No niego que la contribución, en armas, dineros y hombres de Venezuela y de la Nueva Granada, fuera importantísima para el triunfo final de esta obra emancipadora. No niego que sin esas ayudas es muy posible que no se hubiera logrado esa meta. No niego que, a regañadientes y con cuentagotas, me eran entregados, tardíamente, esos

elementos para llevar adelante mis planes y conseguir mis triunfos. Pero lo que sí yo quiero establecer es que yo le entregué el gobierno de la Gran Colombia a Santander y le di todas las atribuciones y poderes, para que lo hiciera próspero. Además, no intervine en nada en las negociaciones y en los empréstitos que Inglaterra le facilitó continuamente a la Gran Colombia.

El haber escogido al señor Francisco Antonio Zea como negociador inicial de estos empréstitos no me crea ninguna responsabilidad sobre el desacierto con que Zea llevó a cabo estos negocios. Su ingenuidad y su indiscutible falta de peso en el rabo, para manejar y arreglar las deudas contraídas y por él no son de mi incumbencia. Y no lo son porque, desde un comienzo de mi vida pública, tuve que echar mano de los pocos sujetos disponibles para formar esta república, frutos de mi tesón y de mi coraje. Y esos pocos hombres, no sólo se repetían en todos los cargos públicos, porque no había más sino que eran incapaces, ineptos, ignorantes y de mala fe.

Ante la historia yo no puedo cargar con la responsabilidad de los actos de mis agentes. Ellos fueron escogidos por mí y nada más. El desempeño de sus funciones y el éxito o el fracaso de las mismas no me pueden poner a mí en el banquillo de los acusados.

Zea se adjudicó una vida cómoda y fácil con la misión que yo le di. Pensé que su inteligencia, que la tenía, la debía poner al servicio y al equilibrio de los intereses nacionales. Su inteligencia de nada le sirvió y armó un enredo de los mil demonios con los préstamos que consiguió.

Veamos por encima sus pecados mortales: El 1 de agosto de 1820, firmó un acuerdo provisional con los acreedores ingleses, representados en los banqueros Herring, Graham & Powels. Este trato buscaba unificar las deudas de Venezuela y de la Nueva Granada. Estas deudas habían sido contraídas por López Méndez y por Del Real. Zea hasta el momento se estaba portando con cierta prudencia. Su magno error, su impericia, su irresponsabilidad, consistió en que el nuevo negocio que firmó no equivalía en su totalidad a la verdadera deuda. Se comprometió por más de lo que se debía.

En el papel figuran las siguientes cantidades:

Deuda de Venezuela (López Méndez) libras esterlinas	413.489
Deuda de la Nueva Granada (José M. del Real)	49.187
Suministro de armas y municiones	18.440
Deuda personal de Zea	66.666

Zea no se cotizaba por lo bajo. Arribista hasta donde más, usufructuó sin derecho la representación para vivir a lo gran señor. Cobró caro sus oficios. A nombre de la Gran Colombia pignoró los derechos de aduana y las rentas del Tesoro nacional. Los banqueros ingleses se convirtieron en los dueños de este país. Zea no quedó contento con sus barbaridades y en 1822, en vista de que no se pagaron los intereses, consiguió un nuevo préstamo de 140.000 libras, al diez por ciento de interés y con el 35% de descuento inicial. Colombia no recibió un centavo de esta negociación. La deuda de Colombia ascendía al millón de libras esterlinas en esos tiempos. La suma era fabulosa, pero lo grave consistía en que la nación no había alcanzado a recibir en armas, municiones, vestuario y demás objetos ni siquiera 400.000 libras. Las demás, o sea 600.000 libras, se esfumaron como por encanto. Zea, atortolado ante la enormidad de su fracaso, consiguió, en 1822, otro préstamo de 2.000.000 de libras esterlinas, con el 20% de descuento inicial y el 6% de intereses, a los mismos banqueros, dándoles a ganar el 5½% como comisión. De esta enorme suma, Colombia recibió solamente en barras de oro 150.000 libras.

Zea fue destituido de su cargo. Y no me explico cómo jamás se le siguió un juicio de cuentas. Don Francisco Antonio pertenecía a la rosca de los ricos y se pudo escabullir y pudo escamotear, de buena o de mala fe, miles y miles de libras, sin que, fuera de la gritería usual en Bogotá, las autoridades lo juzgaran por sus malos manejos.

Fui el primero en aprobar lo que Santander hizo con Zea, suprimirle la representación de Colombia. En asuntos de dinero tengo una vida inmaculada. Nunca me ha preocupado el negocio o mi seguridad económica. Nací rico y moriré pobre. Las sumas que los Congresos me daban para mis gastos se quedaron apuntadas en los presupuestos,

porque no las utilicé. De mis propios recursos enmendé muchos errores, socorrí a cantidades de necesitados, regalé a gentes desconocidas, auxilié a viudas y a soldados. Puedo decir, con la boca llena, que el oro no fue ni mi inclinación ni mi pecado. No puedo decir lo mismo de la gran mayoría de mis subalternos, puesto que a ellos, como a los nuevos conquistadores de estos países, les di haciendas, casas, terrenos, pensiones, joyas y cuantas riquezas en bienes materiales estaban a mi alcance para premiar sus méritos.

Me desprendí de lo mío, de mi capital, de mis bienes, sin una mueca de dolor, y los ofrecí a esta América hambrienta de necesidades. Fui generoso en exceso, y no me pesa, porque puedo llevar a mi tumba los laureles marchitos de mis triunfos, pero no las joyas ni las coronas de oro que me gané en franca lid. Ellas, como todos los tesoros y los valores materiales, ciñeron las sienes de mis amigos y de mis enemigos y las ciñeron porque mis manos tuvieron el decoro y la dignidad de no untarse con nada que pudiera significar pago a mis acciones o a mis méritos.

Las torpezas y los malos manejos de Zea pasaron en silencio. Y yo no patrociné ese silencio, porque estaba ocupado en otras cosas de mayor cuantía. A los gobernantes directos era a quienes les correspondía el deber de investigar, de sancionar o de premiar a los empleados públicos. No a Simón Bolívar.

Zea murió en el hotel más aristocrático de Inglaterra. Y es muy posible que su figura vaya a adornar la galería de los próceres, la galería de las academias y los pasillos de las casas de Gobierno. Allí, seguramente, su figura perfilada y ladina servirá de ejemplo a las generaciones venideras, para que se admiren sus talentos, por estos colombianos saturados de inciensos falsos y de méritos borrosos.

José Rafael Revenga reemplazó a Zea en sus funciones. Y como sucede siempre en estás tierras, se cambia lo malo por lo peor. Al empleado público, eficaz y dinámico, se le permuta por el cepillero o por el inútil. Las buenas condiciones, aquí, se premian al revés. En esta forma, la administración pública ha tenido, y siempre tendrá, una historia de felonía consentida, que hace imposible su modificación o sus

cambios. Estos pueblos van a heredar el miedo patológico, al inteligente, al capaz, al independiente. Los términos medios, los mediocres y las aguas tibias serán las cataplasmas oficiales que se buscarán para curar los males del Estado.

Revenga, pues, se fue para Londres donde nadie lo conocía y él no conocía a nadie. Zea, al menos, tenía la ventaja de ser un espíritu abierto y aventurero que le abría las puertas y le brindaba los afectos de a gentes de todo pelambre. Revenga llegó a pedir limosna y sus huesos fueron a parar a la cárcel. Los acreedores, teniéndose por engañados, lo persiguieron como a una liebre y lo cazaron como a una comadreja. Cómo sería de caído de la hamaca José Rafael Revenga que se dejó urdir una trapisonda de un irlandés de apellido Mackintosh. El sujeto en cuestión juró y perjuró, ante los Tribunales del Rey, que Revenga le debía una suma equivalente a las 90.000 libras. Esta cantidad que, en efecto, sí la había contraído como acreencia López Méndez, a espaldas del Gobierno, se la endosaron a Revenga quien fue alojado en la prisión de King-Bench, el 20 de marzo de 1823. Revenga me escribió y culpó a Santander de su vergüenza y de su deshonra. Sostuvo que Santander lo hizo fracasar en su cometido y tomó las medidas necesarias para que Mackintosh lo persiguiera a él, en cambio de acosar a López Méndez. Revenga me dio como motivo de esta intriga la mortificación de Santander con él, porque éste, por carta, a fin de que el Gobierno no se embarcara en un nuevo préstamo, lo prevenía contra las proposiciones usureras de los banqueros londinenses. La carta de Revenga a Santander decía así: "Cuidado, cuidado mi amigo, con los luises de oro y las palabras dulces. A la verdad hay mucho dinero; y en la bolsa no se hace otra cosa que jugar, mas sucede en la bolsa, como en los garitos, que los que pierden nada le dicen a un Gobierno nuevo y distante, no reconocido, y que tiene la reputación de menesteroso". Es interesante examinar cómo se desenvolvió el hilo de este negociado económico.

Vamos a tratar de encontrar su final. Ese hilo nos tiene que llevar a puerto seguro. Y ese puerto es el lugar de partida de mis amigos y de mis enemigos, para adjudicarme, sin más, el desastre económico de la Gran Colombia, sin que yo hubiera participado en nada de estos sucesos. Mi situación en el Perú era muy difícil. Necesitaba de todo y se me

negaba de todo. Si pedía armas, me mandaban alpargatas; si pedía municiones, me mandaban bayonetas. A mis ruegos y súplicas, se me contestaba con cartas artificiosamente hechas para que el grueso público viera cómo Bolívar desangraba las arcas granadinas.

Investiguemos el hilo mágico, causa de estas conjuras. El Congreso, que tantos inconvenientes me puso para emprender la campaña del Perú, por sugestión de Santander, quiso salir del atolladero en que se encontraban sus representantes ante Inglaterra y nombró primero a Manuel José Hurtado como agente oficial de Colombia y después a Francisco Montoya y a Manuel Antonio Arrubla, dos ricos de la casa santafereña y amigos muy allegados a las altas esferas santanderistas. Estos señores eran los únicos que poseían en la capital de la República casa decente y bien puesta. Allí se reunía la flor y nata de la sociedad y allí Bernardina Ibáñez, mi antigua amante, consiguió un magnífico partido en la figura de Florentino González, con quien se casó.

El señor Manuel Hurtado, apenas desempacado en la capital inglesa, ya estaba en contactos y en conversaciones con los hombres de la banca y del dinero. Sin autorización para adelantar ningún tipo de contrato, pasó por encima de la decencia diplomática y tuvo que soportar un fuerte regaño por parte del señor Canning, primer ministro, quien en carta al coronel Campell, mensajero de la Gran Bretaña en Colombia, le manifestó su inconformidad con los procederes de Hurtado y los juzgó, si no delictivos, al menos de un pésimo gusto y de una indelicadeza a toda prueba.

Llegados a Londres, Restrepo y Montoya arreglaron la deuda pendiente con los banqueros Herring Graham & Powels, ofreciéndoles pagar el 80% de los bonos que estos tenían en su poder y, conectados ya por Hurtado, con la firma A. B. Goldschmidt & Co. Ltd. de Londres, montaron la carta en la cual se ufanaron de su valentía y de su honradez al tener que sacar de su casa a un señor que se atrevió a proponerles la entrega de 50.000 libras, para que negociaran con él. La comisión debió parecerles a los señores Restrepo y Montoya un poco baja, dada la cuantía del préstamo que se negociaba. El 24 de abril de 1824, cerraron el trato con la firma antes mencionada, por un présta-

mo de 4.750.000 libras esterlinas, las cuales se despresaron así: 6% de intereses anuales adelantados; 15% de descuento inicial; 2% de comisión para los negociadores; y el 1%, para ellos, a fin de cubrir sus gastos de viaje de alojamiento. De este préstamo se dijo que lo que había quedado de él, más o menos 3.000.000 de libras esterlinas, la mitad se había dedicado a compras para que la campaña del Perú no quedara huérfana de ayudas oficiales. Posteriormente, la casa Goldsmichdt quebró y Colombia perdió en esa quiebra más de medio millón de libras esterlinas.

Así las cosas, yo continuaba siendo el culpable de la situación. Yo y mis ideas imposibles de realizar. Yo y mis ilusiones. Yo y mis compromisos internacionales, que consistían en darle libertad al Perú y en crear la República de Bolivia. Yo y mis chifladuras vinieron a ser los inmediatos y directos responsables de la mala situación económica de la Gran Colombia.

La Gran Colombia se vino al suelo por no tener con qué pagarles a los soldados y a los oficiales su sueldo. Amén de los intereses personales, que luego los analizaremos uno tras otro, quiero, sencillamente, dar fe de la conjura que contra mí se estaba fomentando bajo cuerda, cazurramente, para después hacerme explotar ese petardo debajo de mis propias narices y sostener que yo había sido el verdugo de la economía colombiana.

El Perú estaba en la más absoluta anarquía cuando yo llegué. Los ejércitos españoles ocupaban toda la serranía del país y esa serranía ofrecía el inmenso poderío geográfico de los Andes, desplegado allí con todas sus galas. Las cordilleras acordonaban de parte a parte la zona oriental. Majestuosas y gigantes se erguían como silenciosas pirámides de roca y arcilla, desafiando los tiempos. En sus cúspides, la ciudad sagrada de los incas, Cuzco, rondaba las estrellas y abonaba el firmamento con sus piedras milenarias. San Martín, al declarar la libertad del Perú, hizo lo que yo había hecho, cuando de la nada, en el Congreso de Angostura, declaré el nacimiento de una República que estaba solamente en mi imaginación. San Martín tenía todo el derecho de echar cañas y de soltar mentiras, como esta de la libertad del Perú.

Sucre, mi enviado plenipotenciario, estaba congelado por las intrigas de las fuerzas parlamentarias y gobiernistas que se querían apoderar del país. Atenazado por estas intrigas, Sucre estaba al margen de la situación. Se vio precisado a salir de este Estado, cuando el general Canterac se revolvió sobre Lima. Sucre, entonces, abandonó la ciudad y se retiró con su ejército al Fuerte del Callao.

En Lima, la cercanía de los españoles aumentó la falacia de los políticos. Depusieron a Riva Agüero y nombraron a Sucre como comandante general. Los muy ladinos se cobijaron bajo las alas del general colombiano. Torre Tagle, marqués y traidor de tiempo completo, fue elegido presidente. Riva Agüero no quiso entregar el poder y así, cuando yo pisé esta tierra peruana, encontré la situación anormal de dos presidentes disputándose la legitimidad.

La desmoralización de este Gobierno de pacotilla no tenía principio ni fin. Corrompidos hasta los tuétanos, los empleados oficiales negociaban públicamente las gangas de sus actos de gobierno. Sin una punta de conciencia nacional, se vendían los privilegios como se venden los tapetes en un mercado persa. Personajes de la talla de un Bernardo Monteagudo, de un general Santacruz, indígena elevado a caudillo, de un intrigante como Riva Agüero y de un traidor como Torre Tagle, me esperaban a las puertas de la ciudad, para darme las llaves de la misma y quedar confiados de que, con esta medida, el saneamiento moral y la podredumbre administrativa serían corregidos por mí, por artes de alquimia o de improvisación.

Reinaba un estado de legítima defensa de todos contra todos. Ninguno de estos notables se entendía entre sí. Se odiaban de muerte. Sus aspiraciones consistían en hacer desaparecer uno por uno a sus adversarios. Los Borgias formaban una familia ejemplar frente a estos patricios peruanos. Era la misma oligarquía de Santa Fe o de Caracas o de Quito, pero más violenta, más descarada en sus aspiraciones, más decidida a conquistar el poder que las otras.

Estudiando la situación, la encontré explicable. Don José de San Martín había decretado la libertad, sin preguntarle a nadie cuál era el

camino para conseguirla. En sus andanzas de figuración, avanzó desde Chile y la Argentina, para terminar en estos riscos sin tocarle fondo y sin saber su calado. Creyó que anticipándoseme el Perú lo coronaría de gloria. Y no contó con el pueblo, ni con los elementos hábiles para la guerra. Se conectó directamente con los notables, con los ricos y les preguntó su parecer y obró en consecuencia. El pueblo los desheredados de la fortuna no estuvieron jamás con los libertadores. Estuvieron al lado de los españoles en una forma mucho más notoria que en Venezuela, que en la Nueva Granada o que en el Ecuador. Los ejércitos de Canterac estaban prácticamente formados por los descendientes de los antiguos incas. Estos, como los pastusos colombianos, seguían creyendo en la resurrección de los cuerpos y en su taita el Rey de España. Nada los podía convencer de lo contrario.

Los peruanos, con su presidente Torre Tagle, me recibieron en triunfo. Me ofrecieron las maravillas del universo. Aceptaron mi dictadura y desde el primer instante en que comencé a trabajar para ellos ya ellos estaban trabajando en contra mía. Por supuesto que ese cambio de vida me gustó. Me atrajo y me sedujo. En Lima duré varios años gozando, como en ninguna otra parte había gozado, de un justo descanso y de una natural expansión. Lima, con su hermosura complicada y extraña, fue la sirena que cantó en mis oídos las más atractivas confesiones. Sus hombres y sus mujeres vieron en mí al redentor, al héroe y al santo. Y me sirvieron mientras estuve entre sus callejuelas y bajo sus techos. Me sentí, tengo que reconocerlo, halagado en su serio. Lima era el centro de las divisiones peruanas. En el sur, estaba la guerra con el español. En el norte, estaba la guerra con sus propios elementos.

Por unos pocos días de descanso, me recuperé y comencé mis movimientos. Mis ataques nerviosos le dan salida a mi gran capacidad de trabajo. Lo que restaba del ejército peruano lo reuní, solicité ayuda a Chile, un empréstito a Inglaterra y una cooperación más estrecha con el almirante Güise. Halagué, complací, sacudí la vanidosa pretensión de sus hombres importantes y pensé que, con estas medidas, mi camino estaba allanado y la solución se encontraba frente a mí. Estaba equivocado. Mis halagos y mis carantoñas no consiguieron nada

distinto a que se me siguiera observando con recelo. Quise pasarle las manos por el cogote a Riva Agüero y me encontré con un erizo y con un perjuro. Riva Agüero, después de que me había llamado para que lo salvara y salvara el Perú, se negó a hablar conmigo, me tachó de traidor, de tirano, de usurpador. La razón de estas actitudes de Riva Agüero es fácil de entender, estaba en negociaciones con los españoles. El almirante Güise, comandante de la flota peruana, tenía sus inclinaciones hacia Riva Agüero y temí ofenderlo y perder así esa ayuda. El general Santacruz, molondro y precavido, empantanó a sus hombres en acciones locales y de poca monta, y luego los dejó que desertaran. La única colaboración con la que en verdad podía contar era con Sucre y con sus hombres. Pero esos contingentes no me bastaban. De ahí mi grito clamoroso a Bogotá, pidiendo 6.000 hombres y sus respectivos arreos.

El gesto santanderino hizo su aparición. Y eso no fue lo peor, lo peor consistió en el gran despligue publicitario que se le hizo a las pocas dádivas que se me entregaban, aumentando sus cantidades y sus calidades. Se estaba formando una conciencia al respecto. La conciencia de que Bolívar recibía y despilfarraba, recibía y votaba, recibía y dilapidaba.

Riva Agüero me puso en un compromiso serio. Santacruz estaba fuera de concurso. Yo no contaba con él. Sucre me dio largas y, sin resistirseme, no quiso intervenir contra Riva Agüero. Yo estaba colocado en la tierra de nadie. Si Riva Agüero se unía a los españoles y Sucre se mantenía a la expectativa, mi derrota era segura. Tomé la determinación de un relámpago y, sin deponer a Sucre, asumí las funciones de comandante general. Marché contra Riva Agüero. Utilicé los servicios de un renegado. El renegado era el coronel La Fuente. La Fuente se dejó convencer por mi persona y además por la verdad sobre la traición de Riva Agüero. Aun así, conspiró contra él y fue apresado y enviado a Europa en un buque correo. Riva Agüero ya había dejado de ser mi problema. Con esta maniobra, rápida y envolvente, me salvé de quedar convertido en un emparedado viviente y, además, salí de un personaje incómodo y pretencioso que me estaba enturbiando el agua.

Argentina y Chile, que habían aceptado ayudarme en esta empresa, se lavaron las manos, se retiraron del patio, sin escándalo, sin ruido, quedamente, con los pasos afelpados de un felino que de pronto se convierte en roedor. Quedé solo. A mi lado, la Gran Colombia se afanaba entre el deber y mis visiones.

"Le escribo esta carta en medio de los Andes, respirando el aire pestilente llamado el soroche, sobre la nieve y rodeado de llamas. Seguramente la carta quedará congelada si el cóndor no se la lleva y la calienta con el sol". Éstas eran mis súplicas adornadas de la hipérbole y del fuego que me azotaba por dentro. Estos eran mis ruegos a Santander, para que él depusiera su frialdad de hielo y volviera los ojos y observara como me consumía la angustia y la desesperación. Cartas que cruzaron los Andes a lomo de mula; cartas que llegaron a la sabana de Bogotá, con mi letra nerviosa y concluyente, buscando un apoyo, un alivio a mis quimeras y una abierta y franca y comprensiva acogida a mi sueño. Cartas del amigo al amigo, que no tenían más defensa que el calor de mis emociones y el fervoroso grito de mi voz, prendido a un firmamento inconcluso, como el firmamento peruano. Letras y frases escritas con fiebre y con escalofrío. Parágrafos de luz y de sombra, garrapateados con prisa sobre una mesa coja, escritos en un lugar sombrío y alumbrados por un candil de llama balbuciente y precaria, como mi salud. Cartas y más cartas que me salían de las entrañas de mis enfermedades, salpicadas por el dolor de verme recluido a un lecho de inválido.

Mi energía estaba en entredicho. No sabía por dónde comenzar a recomponer las grietas y las rajaduras que cada día se aparecían a mi alrededor. Sucre oficiaba de paño de lágrimas. Pero Sucre tampoco podía hacer nada. Manuela me había llegado meses atrás y me atosigaba con sus celos y con su insistencia amorosa. Las mujeres carecen del sentido de las proporciones. No se contentan con nada, exigen, piden, reclaman, se amurallan detrás de sus lágrimas y queman, roen y consumen los ímpetus del varón con una serie de escenas y de algarabías interminables. Manuela, junto a mí me reprochaba mis infidelidades. Sucre me escribía a diario y me pintaba la desolación del país. El país me pedía milagros y se arrodillaba a mis pies con la repugnante melo-

sidad de un perro sarnoso. Mis ejércitos dispersos y sin comandantes se agrupaban en pequeños destacamentos. Mi salud, quebrantada por este trajín infernal de tragar leguas y leguas, de atravesar cordilleras y pantanos, de multiplicarme como un espíritu maldito por todas partes, me repicaba a mañana y tarde como una campana sin badajo.

Me sentí morir o, mejor, la muerte se me acaballó en el pecho, se me metió en las ingles, en la cabeza, hirsuta y maloliente, y me pringó los labios del sabor de la amargura y me dobló en dos, como un junco viejo y desgastado. Y en el puerto de Pativilca, a 50 kilómetros al norte de Lima, me desplomé como un fardo, sin alientos, sin pulso, sin deseos de vivir. Y aún más, sin ningún apetito por volver a ver a esa mujer adorable y complicada, que tras de llamarse Manuela me estaba asfixiando.

En Pativilca, Lázaro el resucitado, me reemplazó en mi oficio. Mis males estaban por dentro y por fuera. La mente y el cuerpo forman una unidad indestructible y vigorosa que solamente tiene utilidad cuando se mantiene en forma. Mente y cuerpo se me declararon en huelga, renunciaron a seguir viviendo conmigo. La fiebre, la disentería, el esfuerzo sobrehumano que yo había restregado en esos meses, la tensión permanente, la voracidad de mis ambiciones, en fin, una verdadera montaña de complicaciones se me vino encima y me aplastó.

Pativilca fue el resultado de 44 años de vivir en pie, roto por dentro, amable por fuera, impiadosamente flagelado por la angustia, la desesperanza, la ternura insatisfecha, el amor imposible, la ambición sin límites, el fracaso constante, el padecer, la impotencia momentánea, el deseo sexual atravesado en mi cintura, la palabra atorada en mis labios, la furia empujada hasta el exilio, el ciempiés del odio bordeando mis tejidos, el asco de verme pegajoso de mutilaciones y de entregas, la rabia de contemplarme flaco, débil, pequeño, enfermo, remoto, atrapado entre los poderes del alma y las insuficiencias del cuerpo, maloliente, histrión y profeta, enviado y envidioso, castigado por esta carne mortal y arrepentida de haberlo dado todo sin recibir nada, mutilado por mis nervios y a la vez impedido de ser el verdugo de ellos, sucio, dando explicaciones, mintiendo, hablando para que me

admiraran y me escucharan, redactando proclamas, discursos, cartas de amor y de política, dándole la razón al cretino, al mediocre, al torticero, al embaucador, poniéndome de rodillas en los tédeums en las catedrales, en mis intrigas y en mis confesiones. Pativilca fue el resultado de odiar a mi madre, de odiar y de amar a mi padre, de excluir a mis hermanos de mis afectos, de mirar a la mujer como un trozo de hueso y piel, de propiciar las pendencias y amansar los apetitos ajenos y los propios, de tambalearme de emoción junto a un paisaje y de tener que obligar a mis ojos a guardar compostura, de vivir hablando de la guerra y esperar utilizar la paz para rendirme, de cabecear de sueño y de mirar la vigilia agarrada a mis párpados en espera del alba, de afanarme por nada y sofrenarme por todo, de calmar mi sed recogiendo unas gotas para saciar la sed del vecino, de construir mis sueños con alas de mariposas y de ver como sus colores y sus líneas se esfumaban y se perdían, de azotarme las sienes con laureles y con espinas, de ocupar un sitio en el mundo para tener que entregarlo a los que viven de la limosna, de la porquería, de la baba.

Pativilca fue el resultado de tener en mis venas la herencia de la tuberculosis, de llevarla igual que un oso, con sus colmillos afilados dentro de mí, de maldecir en las madrugadas sin que nadie me oyera, de quejarme a solas porque mis quejidos despiertan en los demás la posibilidad de mi muerte, de poblar mis cejas y mis pestañas de imágenes bíblicas, de contar hasta cien para que el animal que hay en mí se aquiete y se disminuya, de dármelas de sabio y de noble y de culto y de gran señor cuando una oleada de rencor me mueve a ser ignorante y déspota, malhablado, peón y blasfemo.

Pativilca fue el resultado de recorrer veinte, cincuenta, mil veces los caminos de una tierra de pequeños hombres, para tratar de darles la gloria y ver como se reían al recibir esta moneda de doble cara. Pativilca fue el resultado de no comer, de beber aguas infectadas, de acostarme con la camisa empantanada de sudor y de frío, de decirles bellas a las feas y de tener que acostarme con una mujer que no me gustaba, para evitar que hablara con tristeza de mi impotencia. Pativilca fue el resultado de acorralar las palabras ante una hoja de papel para convencer a los tontos de que las ideas son acciones tempestuosas si se les respeta.

Pativilca fue el resultado de acomodar la cabeza en una hamaca y encontrar que los pies están fríos y la frente afiebrada. Pativilca fue el resultado de no asustarme de nada y de estremecerme de todo, de apedazar mi boca con nombres propios, cuando la he podido emplear cantándome a mi mismo. Pativilca fue el resultado de cubrirme de celos los vellos de la piel cuando sentía la envidia tropezar en mis axilas, de aplastar una mosca con el tacón a cambio de quebrarle la espina dorsal a mi enemigo, de reírme estruendosamente para evitar que las lágrimas se me notaran en el rostro, de morder las cobijas como una fiera a fin de calmar mis contorsiones y mis penurias.

Pativilca fue el aviso de mi espíritu anunciándome que ya no estaba dispuesto a soportar mi cuerpo, que había demasiadas cosas que lo atormentaban, que lo desmadejaban para seguir haciéndose el valiente, sin tener motivo. Sin embargo, fue en Pativilca donde reuní las migajas de mi carne y las usé en orden y les di aliento y fuerza, para que siguieran conmigo un poco de tiempo más. Tres semanas de fiebre, de renunciación, de demencia, de locura, de pavidez, me hicieron más fuerte que los fuertes, más duro que los duros, más peleador que los bravos del Apure. Tres semanas donde tuve las visiones y las contorsiones de los arcángeles y de los demonios. Tres semanas en las que no supe quién era yo, qué estaba haciendo en esa casumba destruida, donde me encontraba.

Tres semanas en las que pedí auxilio y di órdenes y traté a mis subalternos con el desprecio y con la fiereza de los moribundos. Al final de ellas, un tedio, sin espacio suficiente para contenerlo, se me hizo presente. Volví a las andadas con mis renuncias esta vez sí sinceras, puras, dominadas por el pánico de desaparecer de la faz de esta tierra sin haber probado el pan de los mortales. Imposibilitado como estaba para moverme, suplí esa deficiencia manteniendo ocupados a mis escribientes todas las noches. Les dictaba cartas, les obligaba a no levantar sus cabezas, les imprimía un ritmo de trabajo que yo mismo me asombraba de su resistencia. Quería que los demás me vieran así, estremecido de fiebre y de cólera, pero deseoso de estar en los detalles, en las minuncias, en los sucederes.

Santander fue el centro de mis descargas nerviosas. Envidiaba a ese hombre tranquilo, frío, lejano, componedor, práctico, violento unas veces y turbio otras, abanicado por la soberbia, pero contenido por el qué dirán y rodeado por una rosca de servidores y amigos. Envidiaba a ese hombre, filósofo sin serlo, guerrero sin vocación, gobernante por casualidad, amable por conveniencia. Lo admiraba, lo amaba, la odiaba y volvía a escribirle, para recibir de él cartas con la rúbrica y el lenguaje de una ama de llaves.

"Ésta fue mi Pativilca. La de los demás es bien conocida. Yo entiendo mi vida como una representación constante. Una representación que a veces es drama otras comedia y las más de las veces, tragicomedia. Mi enfermedad era real. Real a los ojos del mundo y real a mi propia costa, así pues, los motivos interiores que me llevaron a ella sólo para mí tenían la suficiente fuerza. Yo era el actor, yo era el autor, yo era el director, yo era el público, por lo tanto, me veía en la obligación de controlar mis desesperaciones y mis angustias para evitar que los demás me vieran como un loco o un hombre perdido. Mi Pativilca se quedó bajo mi cuidado. El Pativilca de los espectadores debía entrar en acción y en conmoción, a fin de mover a la compasión a los miles de ojos y de oídos que estaban pendientes de mis actuaciones. Toda compasión engendra un principio de admiración. Se admira el poder del aguante, se admira el poder de la resistencia. Y con este filo de la complacencia ajena conquistamos el beneplácito y la aquiescencia general.

El Pativilca histriónico es el más conocido y el mejor explotado. Monté la escena del hombre moribundo y, a la vez, la del hombre superior, que busca ante todo resistir, levantarse, avanzar, vencer la casumba donde viví, en estas playas dejadas de las manos de Dios, se prestó admirablemente para este cuadro de pobreza, de desamparo, de desolación. Los visitantes afluían a esta casa como hormigas. Mi enfermedad, que se prolongó dos meses, fue revisada, palmo a palmo, por la curiosidad, por la emoción, por el interés, de mis amigos, de mis conocidos, de mis enemigos, de mis desconocidos. La gente quería verme derrotado física y moralmente y hacía la jornada hasta mi casa casi con el único objeto de poder saborear a sus anchas la miel de su rencor.

A todos los que me visitaron les di motivo para que salieran con la cabeza a dos manos diciendo: "¿Cómo hará este hombre para vivir? ¿Cómo hará para soportar lo insoportable? ¿Cómo hará para sufrir con paciencia y con resignación esta gigantesca tarea que el destino le ha impuesto? Estas preguntas se les salían a flor de labios, cuando conversaban conmigo y me di la satisfacción de contestárselas, con mi actitud, con mi furiosa capacidad de organización.

El hombre debe vivir sus propios dramas. Debe vivirlos sin esperar de ellos fuerza o consuelo. Debe vivirlos con sed, con hambre, con apetito desordenado para agotarlos antes de que lo agoten a él.

Mi drama era un aguafuerte. Mi drama era un cuadro de frenética y de retorcida lucha contra las corrientes negativas que siempre me han rodeado. Mi drama era yo, Simón Bolívar, porque si yo no hubiera sido el que soy y el que fui mi drama carecería de interés, de honestidad, de locura.

Dos meses duré representando mi propia muerte y mi propia resurrección. Dos meses duré convidando a todos los que llegaban para que presenciaran la disolución de un cuerpo y de un alma. Dos meses duré pegado a mi conciencia y a mis costillas para que la una no me traicionara y las otras no se mostraran demasiado. Dos meses y la traición rondando mi casa por todas las esquinas. Sentado contra la pared de la casumba, flaco, febricitante, débil, nada mejor podía parecer mi figura que la de un muerto, sostenido por una pasión o por una constelación de pasiones. Ese soy yo.

Mientras tanto, Torre Tagle entregaba a Lima. Mientras tanto, los españoles recobraban los terrenos perdidos. Mientras tanto, Santander me negaba fuerzas y equipos. Mientras tanto, el Perú andaba a la greña con su misma sombra. Mientras tanto, se agotaba todo género de recursos humanos y divinos. Mientras tanto, yo estaba pendiente de saber por carta, o como fuera, lo que pasaba y lo que no pasaba en el resto del mundo. El mar frente a mis ojos y los Andes a mis espaldas, y en mi corazón y en mis venas una sangre lenta, pesada, cohibida,

enferma, me circulaba como un líquido destinado a dejar de correr en cualquier momento.

Una pequeña alegría soltó sus velas en esos días. Alegría fugaz, pero al fin alegría. Supe que mi maestro, el viejo Simón Rodríguez, estaba de vuelta por estas tierras y me lancé en peticiones a Santander para que lo atendiera, para que lo auxiliara, para que le diera posada, ropa y dinero, y lo obligara a venirse corriendo a verme, aquí en Pativilca y pudiera gozar de la mirada de esos ojos, entre complacientes y burlones, de Rodríguez. Y pudiera, también, aceptar la calidez de su voz y la calidez de su ternura. Necesitaba de alguien, fuera de este ejército de perdidos y de pedigüeños, que me rodeara, que me admirara de verdad. Sólo él, el viejo loco, el trashumante, el gitano, el anormal, el descuerdado de Rodríguez, podía entender mi ascenso, mi descenso, mi furiosa miseria, que, a medida que se acentuaba más, me daba cierto placer íntimo. El, sólo él, podía entenderme y auxiliarme con sus sarcasmos, con sus morisquetas mentales, con su cinismo ambulante, con su fervorosa e impúdica indiferencia.

El viejo loco de mi Simón fue ayudado, no tanto como yo hubiera querido, pero se le dio una nueva oportunidad. Qué grato es morir, como tengo que morir yo, sabiendo que ese único ser auténtico que he conocido también debe vivir y morir auténticamente. Rodríguez implantó, en este medio de fetichistas que es la América, un método de educación y de cultura que solamente podrá ser valorado en el futuro. Fundó, según sus aspiraciones, en Bolivia, unas escuelas públicas en las que dejó atónitos a los padres y a los hijos que en ellas trataron de desasnarse. Y los dejó atónitos, porque procuró enseñarles a usar la cabeza, a bañarse, a mirar el mundo que los rodeaba sin supercherías y sin fanatismo. Fracasó, como era apenas natural. Posiblemente, si hay una vida, después de esta, Simón Rodríguez se encontrará conmigo allá. Y platicaremos como dos seres, igualmente destruidos por la incomprensión y la pequeñez de los habitantes de este planeta que se llama Tierra.

Transacción, transacción, ese era el grito, esa era la consigna. Chile, Argentina, Sucre, Riva Agüero, mis edecanes, mis soldados, mis secretarios, todos, todos, querían transar. "Arreglemos el asunto con Espa-

ña", decían. "Arreglémoslos y repartámonos las ganancias y todos tan tranquilos". Qué buena aspiración. Qué desinteresada. Renuncie, mi general Bolívar, a la dictadura, mire que ésta sólo le trae pesares y malquerencias y malentendidos. Renuncie, mi general, que las cosas se solucionan dándoles a todos contentillo. Dejemos que los españoles se tomen de nuevo el Perú, Chile, Argentina, y aquí no ha pasado nada. Regrese usted, mi general, a Colombia y reciba las salutaciones, los discursos, los honores, los laureles de ese pueblo que tanto lo ama".

"Regrese usted, y verá como se mejora de todos sus males. Deje a los peruanos que se las entiendan solos. Deje a los quiteños que hagan lo mismo. Deje a los pastusos que recobren sus procesiones y sus camándulas. Y véngase a Bogotá a disfrutar de sus triunfos".

Las sirenas que me recomendaban estos desplantes abundaban en mi mesa y fuera de ella. Si les hubiera seguido sus consejos, ¿América existiría? Qué absurdos y qué ridículos son los hombres, cuando se colocan al pie de la moral, de las solemnidades, de la respetabilidad, del honor, y consiguen que todas estas potencias del espíritu sean descomedidamente tratadas por los zafios, por los vividores, por los alcahuetes que medran en estos países de rastrojos y de comadrejas.

Me salvé de caer en el pozo de los incautos. Me salvó mi odio a la anarquía, me salvó mi propio destino. Fuera, Torre Tagle, fuera, Riva Agüero; fuera, el Almirante Güise; fuera, Berindoaga; fuera, los traidores a mi sino; fuera de mi presencia, condenados, muertos, sepultados, en todo caso lejos de mí.

Comencé a ascender la nueva pendiente. Nadie estaba de mi parte. Permanecía íngrimo, pero a la vez, violento y deseoso de culminar mi tarea. Crueldad, energía, valor, eso era lo que necesitaba y eso fue lo que me abrió las puertas de la historia. Crueldad para dar la orden de fusilar a todos los desertores, crueldad para tomarlos por el cuello y ponerlos contra el paredón, crueldad para que al grito de fuego sus cuerpos y sus almas inútiles pasaran a mejor vida. Crueldad, energía, para disponer de todos los tesoros ocultos y sin oficio que se guardaban en las iglesias. Crueldad, energía, para asaltar con pólvora o con el

filo de mi espada el nido de alacranes que era el Perú. Y crueldad para decirles en el único idioma que ellos entendían que éstas eran las medidas necesarias para hacer una patria.

Ésta fue mi crueldad y ésta fue mi energía. Ésta fue la levadura del odio peruano que se levantó contra mí. Sin ellas, no hubiera podido conseguir los 8.000 soldados que conseguí y los 1.500 guerrilleros que se les enfrentaron a los españoles. Sin ellas, no hubiera roto en mil pedazos la animosidad de los naturales del Perú, que se contentaban con dejarse expoliar de los ricos para vivir de oraciones y de plegarias el resto de sus vidas. Sin ellas, el Perú hubiera seguido siendo un mar de piedra y de granito, colocado en la cima de los Andes y organizado por los mangoneadores, por los caciques, por los privilegiados. He aquí el fruto de mis defectos. He aquí mi carne abierta para que la corten, la compongan, la recompongan, la desmenucen, la conviertan, para mal de las generaciones venideras, en un gordo y grasoso tocino adobado por los académicos y por los críticos.

Junín y Ayacucho fueron mi obra. Sucre, Córdoba y los demás soldados y oficiales que participaron en esas batallas fueron mi hechura, salieron de mis manos, salieron de mi voluntad y cumplieron porque tenían que cumplir con mis planes, con mis deseos, con mis propósitos. Yo puse el material para que ellos se hicieran. Yo coloqué desde el clavo de las herraduras en las bestias, hasta los cordones de las alpargatas de los soldados. Yo me metí a lo hondo y le di a mi ejército una forma definida. Yo le comuniqué al recluta mi fuerza; al teniente, mi valor; al capitán, mi decisión y al general, mi genio.

Junín y Ayacucho se plantaron frente a los acontecimientos con el poderío de las cosas preparadas, pensadas y organizadas hasta su más íntimo detalle, para que pudieran convertirse en realidades. A Junín y Ayacucho las formé como criaturas para la victoria sin que mi pulso se fugara hacia otras actividades. Palmo a palmo, jeme a jeme, gota a gota, sudor con sudor, furia con furia, grito con grito, así las hice y así las presenté al mundo. Las idas, las venidas, las marchas, las contramarchas de mi ejército, fueron revisadas, supervigiladas por mí, desde aquí desde este cerebro, desde esta cabeza ardiente, dentro de las concavi-

dades de mi cráneo. Junín y Ayacucho salieron hechas y derechas, empeñadas en ser mis hijas y mis nietas y mis descendientes. Es natural, que necesitara instrumentos. Es natural, que necesitara brazos y piernas y hombros y pechos, para cargar los fusiles y las mochilas y las municiones y las banderas; y es apenas natural que usara, gozara y abusara de esos instrumentos.

Y estos instrumentos, que tenían que ser hombres, se encabritaron contra mí. Y a cada nueva distinción que les hacía se sublevaban. Sin ir muy lejos, Sucre se creyó ofendido porque lo distraje para que atendiera los cuarteles de los enfermos, de los convalecientes, de los desamparados. Continué siendo su maestro y tuve que decirle que la gloria no consiste en ser grande sino en ser útil y así lo pude convencer de que mi intención al usarlo no era otra que la de aprovechar sus grandes calidades personales. Junín y Ayacucho fueron panes de mi horno y espero que así queden para la posteridad. Cuando me llegaron las noticias de estas victorias, me volví loco de júbilo, bailé, canté, grité, palmateé a mis acompañantes y me solté los crespos, como suelo hacerlo cuando algo preparado por mí me sale a satisfacción. Y, además, sentí celos de Sucre, fueron celos grandes, magníficos, fuertes, celos de macho, celos de virilidad transferida, celos de padre complacido. El imperio español dejó de existir gracias a un mestizo, a un mulato, a una mezcla de sangres y de todos, a un contubernio del bien y del mal. Gracias a mí, a Simón de los Simones. Basura quien sostenga lo contrario.

José Antonio Sucre y José María Córdoba fueron el binomio ideal para la ejecución de mis planes. Ambos habían sido hechura mía. A Sucre, desde que lo conocí, intuí en él su genio como estratega, su inmensa capacidad de absorsión para los problemas inherentes a las armas, su absoluta buena fe para conmigo y para con los demás, su inteligencia superior, disminuida por un carácter blando, bondadoso, sumiso, si se quiere, pero altivo en cuanto se refería a sus capacidades. A Sucre, de una sensibilidad aterradora, tuve que tratarlo con una delicadeza única. Cualquier cosa lo ofendía: una mirada de mi parte, un poco ceñuda, una palabra imprudente de mi boca, una carta con tres frases duras, una silaba salida de mis labios, erizaban a Sucre. Y con esa

hermosa y suave naturaleza con que fue dotado, se erguía sobre sus talones y reaccionaba como una llama tierna.

Córdoba fue su complemento en esa campaña del Perú. Y tenía que serlo, porque las condiciones de ese mozo me sobresaltaban y me preocupaban. Tenía tantas cualidades y tan sobresalientes que era innegable su descollamiento, en medio de mis generales, la gran mayoría de ellos de una mediocridad aplastante. Córdoba sobresalía por cuartas, por metros. Hermoso de pies a cabeza, completaba su hermosura con una vanidad de muchacha de 20 años. Vanidad que no le quedaba mal, porque, como toda vanidad, se emparentaba con el orgullo. Violento, cruel hasta el exceso, no reparaba en obstáculos ni en vallas. Arrasaba cuanta persona o inconveniente se le pusiera por delante y la arrasaba con ese imperioso don de mando que poseía. Sucre fue su maestro, lo supo llevar y le correspondió con una gran lealtad. Córdoba, inmaduro en cuestiones políticas, se dejaba convencer con facilidad. Bastaba que lo alabaran para que se entregara íntegro. Tímido y soberbio, se replegaba en la violencia para evitar que le conocieran sus debilidades. Generoso y amplio en sus maneras, se achicaba cuando alguien pretendía tomarle la delantera, se achicaba para saltar luego como un puma, elástico y ágil, por encima de su contrincante. Su desmesurada pretensión le impedía ser generoso con sus subalternos y adolecía de esa conocida epidemia del grito a destiempo, de la orden estentórea, de la llamada de atención burda, brusca. Su excesiva juventud le permitía darse esa clase de lujos, pero desperdiciaba las oportunidades por tratar de romperse la cabeza contra los muros de cemento de los imposibles.

A Córdoba lo estimé inmensamente. Le di mi confianza. Le di la mano para que subiera, como se lo merecía. Le tendí mi afecto y se enroscó demasiado en él, aspirando a ser el único poseedor de mis simpatías. Algo en él no acababa de gustarme, no sé todavía a ciencia cierta qué era. Hoy, encuentro que esa repelencia que yo le tenía se debía a un repliegue en la personalidad de Córdoba, repliegue oscuro e indeciso en lo que se refería a sus relaciones con las mujeres. A Córdoba, los hombres lo rechazaban de plano. La envidia en ellos no se

podía disimular por las grandes cualidades de Córdoba. Sus contemporáneos veían en él al rival, al adversario. Con esa natural pequeñez humana, se alejaban de su sombra y procuraban disminuir sus méritos. Las mujeres, al contrario, lo acosaban, lo cercaban, lo desbordaban, lo rodeaban melosamente, atraídas por la fuerza de su carácter y la hermosura de su semblante. Él les daba la espalda. Nunca supe de una aventura amorosa de Córdoba. Aventura amorosa, llamo yo, la culminación sexual entre un hombre y una mujer. Culminación que debe llegar a la entrega total del uno para el otro. Córdoba era seco, frío y miedoso con las mujeres. Alguna vez, alguien me comentó de una novia antioqueña que se quedó esperándolo. Eso me desagradaba en Córdoba, me daba la sensación de que él estaba desaprovechando los dones con que fue dotado. Y es un crimen de lesa majestad un sacrilegio, que un hombre atractivo o una mujer bella no gocen en vida de esos talentos con que la Providencia los dotó. Ahorrar hermosura y belleza es tanto como enterrar los tesoros o las obras de arte. Nadie las aprovecha y se pierde esa corriente magnífica de la estética sin beneficio de ninguna especie. Córdoba, para mí, era un tímido sexual o un invertido. Alguna de estas dos facetas tenía que dominarlo.

La capitulación firmada por Sucre con Canterac, general de las fuerzas españolas, no fue de mi agrado. Los excesos son defectuosos. El exceso de severidad es crueldad y el exceso de ternura es bobería. Sucre se excedió en su generosidad. Se adelantó más allá de los cánones de la guerra. No se puede ser militar y santo, así como tampoco se puede ser asceta y diplomático. Los puntos de equilibrio de la vida son tan sutiles que cualquier variación en ellos hace trastabillar el objetivo ambicionado. Esos gestos de Sucre me ponían los pelos de punta. Y él lo sabía y se gozaba haciéndolos. A Sucre le sobraban todas las cualidades pero le faltaba garra. Era blando, tenía un corazón de paloma y una inteligencia de águila. Sucre no ha debido exigir una capitulación, sino una entrega. La guerra se hace para ganarla. La guerra no se hace para establecer un plan de igualdad con el enemigo.

Junín y Ayacucho completaron momentáneamente mi ciclo vital. El Perú estaba libertado. Y con el Perú, la América mestiza.

Capítulo XII

El imperio de los incas estaba entre mis manos. Un raro estado de sopor, mezcla de alegría y de tristeza, me invadió en esos días posteriores a mi triunfo. Lo achaqué al ambiente, al paisaje, al soroche, al misterioso almizcle de la puna peruana, que irradiaba en mis venas la fosforescente semisombra de su historia, de su tradición, de sus leyendas. Estar en un sitio es participar de todas sus complicaciones, es recibir su influencia, es someterse a la repercusión de sus problemas. Yo había llegado al Perú y su tierra, sus cielos, sus rocas, sus desfiladeros, estaban horadando las oquedades de mi sangre. No podía sustraerme de sus maleficios o de sus beneficios.

Estas cordilleras, estos desfiladeros, no son iguales a tantos otros conocidos por mí. Tienen vida propia, vida independiente. Poseen el arrojo de los siglos y a la vez la prudencia de la eternidad. Esta puna peruana le dio a la piedra ondina forma y cavidad suficiente para que en su cuenco se efectuara la transformación de la cantera en ciudad. Wari, Pukar, Tihahuanaco, revelan en sus ruinas la complejidad de sus designios. Alfareros y astrólogos, los incas les ofrecieron utilidad racional al hombre y a la sociedad. El imperio de Tahuantisuyo, que así se apellidó el imperio incaico, constituyó un verdadero reino. La unidad y la síntesis reemplazaron con creces el desorden y la horda. La disciplina para el cuerpo y para el espíritu formó en los hijos del sol la estructura del Brahaman y del Espartano. La ley en manos del amauta o sacerdote se propagaba y se cumplía, al tiempo que la razón, manejada con éxito desde los poderes centrales del Estado, constituía una comunidad puesta al servicio de un mundo propio. El bienestar explotado

como ciencia creaba un clima de interés colectivo que, al abrirse paso en la conciencia del individuo, lo obligaba a reconocer los méritos sociales casi como méritos personales. La tierra como factor visible unía al Estado con el grupo y a éste con el Estado. Dividida en tres partes: la parte del sol o religiosa, la parte del inca o del Estado y la parte del Ayllu, o de la comunidad, funcionaba en engranaje perfecto, en virtud de que la porción comunal era la que merecía más atención, mayor discernimiento y mejor distribución.

No había castas. Una filosofía práctica y fácil buscaba la correlación orgánica de las partes con el todo. El sacerdote, el artesano, el intelectual y el guerrero cumplían con el deber social de agrupar sus valores en bien de la colectividad. El sacerdote servía a la vez de representante de sus dioses, de labrador, de soldado, de artesano y de campesino.

Un sentido plástico dominaba al inca en todos sus aspectos. En la kaskua o danza, lo dotaba de perfiles inéditos. Imprimía al ritmo y a la mímica puras y limpias figuras. E identificaba a la montaña y al sol con las parejas para poder anillarlas con firmeza. Como el movimiento en el inca era un grito obligado, la melodía se anunciaba en el sonido de la flauta o del capador, hincándole el diente al tema musical monótono y sin complicaciones. En la arquitectura, sonora y voluminosa, la roca tuvo siempre un empleo fijo, en la estatuaria, en el arte de labrar las gemas, en la realidad matemática de sus dibujos.

La piedra y la plástica se le convirtieron en los elementos de su destino y de su síntesis. La primera fue más bien un objetivo que una función. Necesitaba emplearla, utilizarla, rodearse de lo inmutable para actuar con independencia en cada una de sus actividades.

El inca fue el resultado de la fusión entre el aimara y el quechua, así pudo adivinar el mundo con un linaje de siglos a su espalda. Intuitivo por naturaleza, puso en orden la idea del comunismo vital. Organizó con la metafísica de lo proteico el simple alfabeto de lo elemental y le buscó su perfección dentro de una órbita maleable por el mito.

Cuzco, como capital de este imperio, se desarrollo obedeciendo a un plan justo y siempre nuevo impuesto por el inca Pacha-Cutec. Sus distritos urbanos guardaban proporción con las partes en que se dividía el reino; al disponer su planificación no se hacía otra cosa que propender por el engrandecimiento de la nación partiendo del centro. Con Huaina-Capac y sus descendientes Atahualpa y Huascas, Tahuantisuyo se partió en dos y, al hacerlo, la dinastía de los incas entró en franca descomposición.

Para mí, el mundo no significa estar en él sino participar de todos sus aspectos. Y la historia enseña, predica y complace los gustos y los placeres diversos. Pero, ante todo, la historia educa y de su enseñanzas se saca el producido de que el hombre es un ser con afanes de superación y de gloria. Mi enfermedad persistente, mi ambición y mi destino me habían llevado por el camino difícil de las interpretaciones y de las creaciones. Ese es mi signo y a ese signo tengo que serle fiel.

Vivir para mí es una intoxicación permanente de las fuerzas que me rodean y en esos instantes estaba rodeado por la grandeza impresionante del imperio incaico. Grandeza que a otros deja sin afanes, sin preocupaciones, pero que a mí me estaba impregnando de la savia invisible de esa raza monstruosamente grande para su época y monstruosamente pequeña para la nuestra, porque la desconocemos. Hay un viento formidable que la naturaleza arroja sobre los seres con sensibilidad y a ese viento hay que recogerlo, apañarlo antes de que se nos escape y una vez encerrado en nuestras manos debemos sacar de él las luces, los colores y los rayos que le dan su poderío y su robustez.

Los peruanos son complicados y falaces porque una raza extraña les decapitó, sin consideraciones, su forma primaria de vivir y de morir. El pueblo se ha tornado apático por la razón potísima de que, durante 400 años, el blanco, el español, le impuso otra forma de vida y otros sistemas de muerte y, además, se tomó el poder y, con él entre los puños, se dedicó a manejar a ese pueblo como quien maneja a un rebaño de ovejas. El peruano es realista por afinidad a sus principios elementales. El español tuvo el cuidado de mantenerlo así para aprovecharlo. De su mundo, donde las castas no existían, se le trasladó a

otro, donde las castas existen en forma predominante y disolvente. El blanco se encerró en sus apellidos y allí se hizo fuerte y allí marcó con el hierro las espaldas de sus siervos. Yo creo en el pueblo peruano, pero no creo en sus gobernantes ni en sus privilegiados. Estos son el resultado de la suciedad, de la carencia de éticas y de estética, que ha luchado siempre por sobrevivir.

Con los triunfos de Junín y de Ayacucho me metí de rondón al mundo de los soñadores. Y me zampé a ese mundo, porque se me venía encima. Mis sueños han sido realidad y serán hechos cumplidos. Mis sueños son monedas de oro, pero tendrán la desgracia de ser traficadas por los comerciantes del poder. Mis sueños tienen la ventaja de que se asientan en la tierra y la usan y la utilizan para sus cosechas y sus producidos. Mis sueños, si se le puede llamar sueños a lo que he hecho, van a formar en el futuro la caravana más grandiosa de las realizaciones humanas.

Dentro de mí permanecía intacta mi capacidad de pensar, sin que las victorias ni las derrotas me empañaran esa facultad. Tan clara estaba mi mente que volví a citar para una asamblea nacional el día 10 de febrero, a fin de entregar la dictadura que tanto había dado que hacer en la lengua de los amargados y de los impotentes. En esa asamblea general, hice énfasis en la urgencia de que la ley reemplazara a la dictadura. Yo sabía que las olas tempestuosas se dominan con aceite y con grasa. Yo sabía que al manifestar en mi discurso que, desde ese instante, el Perú no tenía dictador, la reacción contraria me envolvería con sus contradicciones.

A mí no es que no me crean cuando renuncio al poder, es que me siguen necesitando y se inventan la disculpa de que todas mis renuncias son el fruto de mi soberbia. Hago la paz y la guerra y la derrota y el triunfo y lo entrego, a sabiendas de que me aceptarían mi retiro si tuvieran con quien reemplazarme. Por ahora, los constituyentes, en esa asamblea nacional, se contentaron con invadirme a base de meloserías. Se mandaron acuñar medallas en mi honor. Me ofrecieron un millón de pesos que los rechacé, para donárselos a Caracas. Se me presentaron proyectos de estatuas y de monumentos en mi honor, en fin, se

me rodeó con la melaza de un pueblo que tiene la capacidad de transformar su azúcar, unas veces en simpatías y otras en rechazos. Ese era el pueblo peruano.

Seguí siendo presidente y seguí siendo dictador. Rara combinación ésta, pero efectiva. Comprendí que estaba llegando a mi final. A un final sin retorno. A un final amargo. Y mi vieja idea de la Federación de Países Suramericanos se apareció de nuevo en mi pensamiento. Había que quitar fronteras en vez de crearlas. Buscar medios para aglutinar identidades y nacionalidades. La Nueva Granada, Venezuela y Ecuador estaban más o menos ligadas por la Gran Colombia. El Perú tenía sus propias delimitaciones, pero faltaba darle nombre y apellido a esa inmensa extensión de tierra y de montaña que era conocida como el Alto Perú. Mis ratos de ocio los dediqué a darle forma a esa preocupación. Mientras tanto, la obra de carpintería que faltaba la dejé en manos de Sucre y fue así como, lentamente, las fuerzas dispersas del gran ejército español se me fueron entregando una por una, con sus banderas y con sus pendones. Cuzco recibió a Sucre y le dejó en sus manos el antiguo estandarte de Pizarro y el manto real de Atahualpa. Las ciudades de la Paz y de Potosí fueron ocupadas por las fuerzas patriotas.

Las gestiones de Sucre me dieron lugar para darle de nuevo mis públicas congratulaciones. El, siguiendo mis instrucciones, proclamó la independencia del Alto Perú, pero se excedió, citando a una asamblea general. La independencia estaba bien, lo que no estaba bien era que se me anticipara a la formación de un cuerpo constituyente. Esta parte no había entrado en nuestras conversaciones. Sucre se me apresuró a ofrecer y a entregar lo que yo todavía no había decidido cómo organizar. Le llamé la atención para frenarlo. Con ser él quien era no estaba para darme cátedra. Carta va y carta viene y Sucre se me somete y acepta mi tirón de orejas.

Me instalé en Lima a cuerpo de rey. Tenía pleno derecho para hacerlo. Nombré mi gabinete: La Mar, Sánchez Carrión y el coronel Heres. Les fijé un programa y comencé a vivir, por primera vez, de acuerdo con mis apetencias. Tenía urgente necesidad del descanso. Mi

vida había transcurrido entre el sacrificio y la negación. Yo me exigía la más estricta severidad en mi conducta y la más absoluta disciplina en mis actos. Los demás continuaban pidiéndome que redoblara esos sacrificios y esa disciplina. El mundo necesita más de los mártires que de los héroes. Los héroes le son incómodos, no los pueden complacer por mucho tiempo. Los mártires, en cambio, son fáciles de satisfacer porque se contentan con elevar su categoría a la categoría de los santos y a los santos se les prenden velas, se les reza y se les busca cuando se les necesita. En Lima me dejé llevar por los placeres. Yo ya sabía que mi salud estaba cada día en peores condiciones. No me hacía ilusiones sobre ella. Mi fin estaba cercano. Esto no me impresionaba. Me afanaba, eso sí, que la muerte me sorprendiera dándole golpes inútiles al yunque de mi destino, sin conseguir siquiera unas pocas centellas de ese hierro.

Pero antes tuve que sofrenarme. Interesado como estaba, en darle a esa región del Alto Perú una Constitución que llevara mi firma, necesitaba empaparme del ambiente singular que rodeaba a toda esta América india. Para ello, nada mejor que recorrer en paz de Dios y de los hombres todos sus caminos y pueblos. Cuidadosamente, preparé mi marcha. Llamé a Manuela que se encontraba en el Ecuador dedicada a hacer pendejadas y política. Ella pensaba que metiéndose en los asuntos que sólo a mí me tocaban, mi amor por ella se crecía. La dejaba proceder así porque su temperamento, algo hombruno, ofrecía esas aristas vidriosas de los caracteres absorbentes. Manuela se trepaba en los acontecimientos con esa irreflexión infantil y graciosa que la caracterizó. Los cabalgaba como solía hacer con los potros bravos, a punta de espuela y de látigo. Su ardor y su sangre le mandaban hacer estas tonterías y su ardor y su sangre me encantaban. En el Ecuador, oficiales, soldados y civiles estaban hasta el gañote de sus intromisiones, pero se la aguantaban porque no les quedaba más remedio. Manuela seguía solapeando los menores incidentes y haciendo espumas con las críticas que me formulaban. Más que defenderme, lo que ella procuraba era congraciarse conmigo. Es muy posible que, en su intimidad, sostuviera este diálogo consigo misma: "Manuela, Bolívar no me escribe, ni siquiera pregunta por mí ni se interesa por nada de lo que hago o digo, ¿será que no me quiere?".

Su otro yo: "Escandalízalo, presiónalo, húrgalo y verás cómo vuelve a contemplarte, con esa admiración boba que tienen los hombres para con las mujeres que hacen estruendo de su lealtad y de su amor".

Manuela: "Si ya lo he hecho en repetidas ocasiones. Si he llegado hasta vestirme, de hombre y he salido en compañía de mis negras, Jonatás y Natán, al mercado a repartir látigo y empujones a los enemigos de Simón".

Su otro yo: "Insiste en ello. El orgullo de Simón es tan grande que supera al de cualquier ser humano. Ahora, nada te dice, porque quiere asegurarse de tu fidelidad y de tu amor".

Manuela: "Mañana mismo aterro a estos solapados quiteños y los sorprendo a las 12 en punto. A esa hora, cuando las campanas de la catedral estén doblando a misa. Y los hago rabiar y los hago morderse la lengua, con las carreras de mi caballo sobre las piedras de la plaza principal".

Llamé a Manuela y amorosamente la puse junto a mí. Quería verla gozar con mis triunfos. Quería ver como esa cara hermosa se transformaba de júbilo al oír, en las procesiones, en los tédeums, en los bailes populares, que mi nombre, transformado en plegaria, subía al cielo, para agradecerle a Dios mi presencia en esta tierra:

De ti viene todo
lo bueno, señor.
Nos diste a Bolívar,
gloria a ti, Señor.

Manuela sabía entenderme y gozaba con ello. La recibí con la exaltación de mi amor y de mis sentidos. Además, le di un empleo: archivera de mi correspondencia. Nadie podía utilizar una carta o abrir un documento dirigido a mí sin el permiso de ella.

Instalé mi gabinete y el 10 de abril de 1825 partí de Lima hacia el Potosi. La mente tiene la ventaja de que puede estar a mil leguas de

distancia del cuerpo. Y de que, mientras uno conversa o bebe o duerme o se divierte, la mente, en una extraordinaria proeza de desdoblamiento, compone y recompone sueños. Esto quiere decir que, mientras mi yo físico estaba ordenando, ajustando y programando la ausencia en el Gobierno, mi yo mental seguía masticando la idea de mi anhelada Constitución Boliviana. El viaje alrededor del Bajo y del Alto Perú me iba a servir de mucho. Así conocería de cerca a esas razas y a esos pueblos. Algo me quedaba suelto, un hilo no empataba lo suficiente para enhebrarlo en la aguja de mis pensamientos. Ese hilo era éste: la civilización incaica difería mucho de la civilización chibcha. En la civilización chibcha, un trípode de cosas elementales nos la da a conocer: la sal, las esmeraldas y las mariposas. El oro escasamente barniza sus leyendas. Las teorías de cómo y de dónde vinieron esos aborígenes se sucede sin muchos fundamentos de realidad. La leyenda vierte sus aguas sobre esta raza opaca y si no le da enjundia la fortalece y la decora.

Bochica evangeliza y legisla tras sus barbas de nube antes que el fraile cimarrón. Universal e incógnito, desaparece humanizando la superstición y la hechicería. Sin embargo, un orden civil, primario pero eficaz, operaba en esas tierras. El zipa, el zaque y el cacique formaban los tres pilares esenciales de su autoridad. La organización religiosa funcionaba aparte con el mohán a la cabeza. Existía, pues, piso firme en la distribución de los poderes, índice de una conciencia civilizadora.

La política y la administración no se mezclaban con el orden de la mística o de la fe. Un ritmo ético controlaba las leyes con verdadero afán de superación. La moral tenía la preeminencia del mandato y la equidad y el derecho se aplicaban con verdadero acierto. Es evidente que ni la perfección ni la exactitud cabían en sus organismos; una astrología nigromántica reemplazaba las matemáticas puras de los incas. También es cierto que, ni en la escultura, ni en la arquitectura, los chibchas dieron muestras de mucho saber. Su máxima obra, el templo del sol, en Sogamoso, de carrizos y de bahareque, fue devorada por el fuego.

Pero, con todo y esto, hay algo buido y silencioso que raspa los bordes del juicio cuando éste se enfila sobre ese pueblo. Un concepto

muy personal del uso y del abuso de la cortedad y de la timidez le da a esas gentes el don de la insularidad y del egoísmo.

¿Qué tienen que ver, se preguntarán muchos de mis amigos y todos mis enemigos, las culturas incas y chibchas con la Constitución Boliviana? Esta pregunta bailará un zapateado en los labios de los eternos inconformes. ¿A cuento de qué se mete Bolívar a darnos una síntesis de esas civilizaciones, para desembocar en su Constitución? Otra pregunta que hará época y levantará ampollas.

Me anticipo a contestar ambas inquietudes. La América, mi América, no tiene nada propio. Todos sus vestidos físicos y mentales son prestados y a más de ser prestados son extraños a su ser. Las Leyes de Indias se hicieron en España para una raza y para unos pueblos ajenos a los principios que imperaban en ese entonces en España. Luego, esas leyes no dejaron huellas ni vestigios populares, porque fueron adaptadas a la fuerza. Para legislar hay que conocer las raíces de los pueblos que van a ser sometidos a la norma. Y yo ando en esa búsqueda, persigo el fantasma de la tradición y de la leyenda para que me ilumine y me oriente en la faena que me propongo. Pretendo llegar hasta el fondo del espíritu americano para darle vías de comunicación espirituales a este Continente. Y así, voy a tomar de muchas partes las ideas que presento en la Constitución Boliviana.

Yo no he sido un conquistador, sino un libertador, es decir, un liberador. Por lo tanto, mis ambiciones se tienen que traducir en algo tangible y real que capte las necesidades de estos pueblos y las ponga en disposición de ser solucionadas. En la historia de estas tierras, no encontré el suficiente apoyo para tomar de la misma puntos de referencia que me facilitaran el regreso a sus viejas leyes. Entonces, necesité recurrir a los más antiguos cánones de la humanidad. Cánones que también estaban contemplados en las culturas incaicas y chibchas. Cánones que reflejaban la inmensa virtud de la autoridad, contemplada en todos sus perfiles. Sin ella, sin la autoridad divinamente establecida estos países en formación tendrán necesariamente que degenerar en unos cacicazgos familiares y la tranquilidad ciudadana estará pendiente del mayor o del menor grado de entendimiento de

los jefes de estos clanes. Dándole paso a una estructura legal, poderosa, se podría pensar en el porvenir de estas tierras con menos preocupación. Seguí pues, trabajando en mi Constitución, mientras recorría pueblos y veredas.

Siempre me han impresionado más las demostraciones del amor que las demostraciones del odio. Me considero un hombre difícil y por lo tanto espero que los demás se sumen al coro de mis detractores. Cuando, en mi vida, los pueblos o las personas se acercan a mi cariño, me retraigo un poco porque, quizás, veo en ello el peligro de la farsa o de la jugada, pero, cuando me doy cuenta de que esos impulsos son sinceros, me conmuevo hasta las lágrimas y mi conmoción se crece al sentirme sujeto y objeto de requiebros y de miramientos. Esta situación se me presentó en mi gira triunfal por el Alto y Bajo Perú. Caminos, chozas, plazas, campos, ciudades, hombres, mujeres, niños, ancianos, civiles y militares se me entregaron con la más cariñosa expresión de sus gestos y de sus vidas. En muchas partes, este tipo de recibimiento estaba preparado de antemano por mis validos o por mis amigas. Les reproché su conducta, pero en la mayoría de los casos vi, con el aplomo que el tiempo me ha dejado entre mis sienes, que el pueblo es de una sencillez maravillosa y que esa misma sencillez es aprovechada para utilizarlo, para despojarlo, para arruinarlo.

En Arequipa, los regalos que me hicieron me turbaron el ánimo. Me chocan las dádivas. En ellas se esconde el estiércol de la compra y venta del ser humano. Cuando son naturales y pequeñas se agradecen, pero cuando superan la capacidad de quien las da se deben repudiar. En Arequipa, decía, me esperaba un hermoso corcel enjaezado con estribos de oro, gualdrapa de oro, bridas de oro. Mirando la pobreza de las gentes que me rodeaban, me sentí sucio. Sus caras y su cuerpo, escuálidos y hambrientos, me hablaban de la miseria de sus vidas y yo, muy sonriente, daba las gracias por estas ofrendas. Todos, en determinado instante, somos inmorales y puercos.

El mejor y más valioso de todos los presentes fue el que me ofreció el cura de Pucará. Un indiecito, barbilampiño y chiquito, con semblante de cobre y ojos oblicuos, vestido con un remedo de sotana que

escasamente le llegaba a los tobillos y dejada ver unos alpargates limpios pero usados, cubriéndoles los pies. El nombre del curita se me olvidó. Eso es lo terrible de la memoria que sólo se fija en los defectos ignorando las causas. Se me gravó, eso sí, su sonrisa despercudida y la manera quieta y prudente como pronunciaba las palabras. He visto a muy pocas personas que tengan el don que tenía, ese sacerdote para decir y unir las sílabas sin apresuramientos. Cuando se dispuso a hablar y saco de su raída sotana un papel, yo también me dispuse a escuchar la ramplonería escrita en miles y miles de discursos que he tenido que soportar a lo largo de mi carrera. El curita estrajo una sola hoja de papel, eso me consoló. La desdobló sin prisa y en menos de cinco minutos me dijo cosas que nadie en treinta horas hubiera podido decir mejor. Terminó con una frase que no se me olvidará jamás: "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crecen las sombras cuando el sol declina".

El curita terminó y silenciosamente, modestamente, talvez, orgullosamente, se esfumó y ni durante las fiestas ni en los besamanos de mis aduladores, se volvió a presentar. Hoy, lo recuerdo con más cariño que a nadie. Lo recuerdo y lo admiro y esté donde esté, en esta o en la otra vida, desde el fondo de mi corazón lo saludo con respeto.

Al entrar a la ciudad de Cuzco, mi asombro se desbordó. Me faltaban ojos para ver y manos para tocar los prodigios que me cercaban. La piedra se me alzó prepotente y sólida con la imponencia de las cosas eternas y detrás de la piedra surgieron los últimos vestigios de esas razas vencidas, musitando una plegaria en su idioma, plegaria que al serme traducida me dejó un grato sabor de azúcar en la boca. Ellos, los indiecitos, no hablaban de mis triunfos ni de mis proezas ni de mis batallas ni de mis conquistas ni de mi recorrido en ancas de la gloria. Ellos se contentaron con bendecir mis manos, con nombrarlas con los mejores nombres, con tocar mis dedos y mis coyunturas para exaltarlas al más alto nivel de la elocuencia. Mis manos se me hicieron importantes desde ese mismo día. Las miré con curiosidad y me dije si era posible que fueran excelsas y dignas de tanta alabanza, que fueran divinas y protectoras, que fueran sacras y magníficas como sus cantos las

mencionaban. Y las vi sucias de polvo y arrugadas y cansadas y sentí el miedo que tiene que sentir todo mortal al darse de bruces con esa carne blanca, morena o mestiza que se le va diluyendo, hasta llegar un momento en que se convierte en polvo. Los blancos dañaron la recepción entregándome una corona que estuvo a punto de darme un infarto. En ella había demasiadas joyas, demasiado oro, demasiado peso, demasiado artificio. Me apresuré a colocársela a Sucre sobre su cabeza y me alivié la tensión que me suscitó ese armatroste de belleza.

Mi preocupación se tendió por otros campos. De un plumazo abolí las injustas cargas, pechos y gabelas que caían sobre la población indígena. Anulé los servicios domésticos gratuitos. Declaré vigentes las leyes que favorecían la entrega de terrenos para ellos. Señalé pensiones para los augustos descendientes de Manco Capac. Tomé bajo mi protección y mi cuidado al último de los incas, al señor Pumacagua. Dicté las disposiciones indispensables para mantener con cuidadosa vigilancia los monumentos y las ruinas de Cuzco y del Altiplano y dejé libres a esas tribus del recatón del cacique o de la sandalia del cura, para que pudieran regresar a sus antiguos ritos, a sus viejas danzas, a sus fiestas y a sus alegrías, a fin de que su espíritu sobreviviera más allá de esta vida, para darles a sus almas el placer de encontrarse nuevamente con sus antepasados. En la ciudad de La Paz, me faltó la respiración y me sentí enfermo. El frío y la llovizna me atacaron los puntos débiles de mi cuerpo. Y como tenía que soportar las atenciones, me guardé mis dolores y los embutí dentro de mi pecho y allí los dejé, sin que nadie se viera aludido por ellos. Más coronas, más medallas y más exclamaciones de júbilo. Mi vanidad y mi soberbia estaban entretenidas. Saraos, banquetes y mujeres hermosas y lo peor del caso es que a estas mujeres hermosas no podía ni conquistarlas ni gozarlas, por la premura del tiempo. La belleza en la mujer a mí me excita. Ver un cuello terso, una cabeza graciosa, una nuca bien formada, unos ojos tibios y unas manos finas me hacen sentir un descanso inusitado. En la contemplación de la belleza, en mí, puede o no puede haber algo de sexo, lo que en verdad para mí existe es la satisfacción estética de la línea y la frescura de la carne nueva, de los senos duros y de los hombros cálidos.

De La Paz pasé a recibir en el Potosí a la delegación argentina que había venido especialmente a rendirme los honores y los tributos del triunfo. El argentino, por raza y por educación, no pertenece a la gran familia americana. Sus rasgos físicos y mentales son europeos. Procede, como piensa que es, con pretensión y orgullo. Se da el tono que tiene para salir en público, tono entre tímido y ampuloso. Departí con ellos, tan fríamente como ellos departieron conmigo. Estaban cumpliendo apenas un deber diplomático y los deberes se diferencian de los placeres, en que tienen que ser hechos, campanudamente, sin alma. En el Potosí, me afeité. Luego de muchos años de andar por este mundo con bigote y patillas me las rape. El cuento oído no tiene misterio. El cuento vivido sí lo tiene.

Personalmente, nunca me he afeitado. Me han afeitado siempre mis servidores y siento un gran placer con esta ceremonia. Es el único instante del día en que nadie me habla ni me cuenta chismes ni me alaba ni me pordiosea. Es una ceremonia donde se combinan el rito y mi silencio. Me enjabonan con gran suavidad y me van pasando la navaja por los extremos de mis carrillos, para que el bigote me quede como me gusta, con las puntas hacia abajo, formando una especie de labio velludo. El soldado o el ayuda de cámara que efectúa estos menesteres lo escojo yo por su pulcritud, por su aseo personal, por su limpieza de vestido. Odio los hombres sucios. Odio los hombres dejados, casposos. Odio los malos olores y odio a quien se me acerque revestido de sudor o de polvo. En la guerra he vivido con los elementos que forman parte sustancial de ella, como son la porquería, la suciedad, el mal olor, los malos alimentos, pero el convivir con algo o con alguien no significa que tenga que aceptársela radicalmente. Se convive con muchas situaciones, se convive con muchas personas, personas que nos repugnan, que sentimos repulsión hacia ellas, pero esta convivencia es fruto de la necesidad o de la debilidad o de la conveniencia. Pero aceptar a conciencia estos horrores es imposible.

El día en que me quité el bigote, mi ayuda de camara amaneció enfermo y no quise que nadie lo reemplazara. Hacía rato, hacía mucho tiempo, que no me miraba al espejo y en el Potosí me dieron ganas de contemplar mi cara. Comencé la ceremonia con cierta pereza. Afilé la

navaja, me enjaboné el rostro y me puse frente al espejo. La imagen que uno tiene de su cuerpo, de sus miembros, de sus facciones, no corresponde a la realidad. Es equivocada. El hombre y la mujer nacen y mueren sin conocerse. Es decir, que nacen y mueren para afuera, no viven para sí. Su cuerpo, el único instrumento que la Providencia les ha dado para transitar en el tiempo y en el espacio, lo desconocen. De niños, el músculo y la vitalidad inherente de esa edad los pone en un limbo biológico en donde ni se preocupan por su piel ni les interesan sus huesos. De jóvenes, todavía ese ímpetu de la primera infancia los llena por completo. De hombres plenos y de mujeres completas, la vanidad y el despilfarro los halaga tanto que prefieren cubrir de joyas y de sedas su carne antes de contemplarla. Y de viejos, atrapados en un mundo de soledad, de desengaño y de dolor, se aterran y se amedrentan, cuando tienen que darles frente a ese manojo de nervios, de tendones, de cabellos pálidos y temblorosos, que cada día les brindan más sufrimientos y menos alegrías.

Eso mismo me pasó a mí. Hacía mucho tiempo que yo, Simón, no me miraba a la cara. Y fue tal mi sorpresa, al verme, que creí que no era yo ese ser macilento que estaba colocado frente a mí. Instintivamente, volví a mirar hacia atrás como si a mis espaldas una criatura agotada por los quebrantos estuviera espiándome. Me recobré de mi estúpida reacción y con serenidad detallé mis gastados perfiles hasta saciarme en su atribulado fenecimiento. Yo soy un hombre feo. Y mi fealdad se escapa cuello abajo hasta mis cortas piernas. Esa falta de compensación biológica me ha causado serias lesiones a mi vanidad y he tratado de compensarla con mis movimientos ágiles, para que la agitación de mi ser componga en algo su falta de belleza.

Al cabo del rato, estaba satisfecho de volverme a encontrar y quise mejorar mi cara. Para ello, pensé que rapandome el bigote, que ya estaba canando, mi rostro adquiría una dimensión desconocida y hasta cierto punto atrayente. Así fue. Cuando salí de mi cuarto de baño, vestido, limpio y oliendo a mi perfume preferido, el agua de colonia, mis edecanes se quedaron pasmados y sorprendidos. Les notaba en la cara que no sabían si felicitarme o compadecerme. En mis ojos también se debía notar la necesidad de que alguien me halagara. Así fue. Al

poco rato, todos mis acompañantes resolvieron alabar la frescura de mi nueva apariencia.

Del Potosí pasé a La Plata. Pueblo de luz clarísima y de clima admirable. La casa en la cual me alojé me ofrecía todas las garantías del descanso. Apartada del resto de la población, contaba con un jardín espeso y oloroso a tierra fresca. Allí mandé poner mi hamaca y me tumbaba en ella de la mañana a la noche. Este placer de gozar la hamaca, como sólo yo lo he gozado, resume para mí toda la vida humana. La hamaca es blanda y dura según se la sepa utilizar. Es suave y tediosa, es fácil de dejar y difícil de alcanzar es un vaivén sin reposo que invita al impulso, al dinamismo, al sobresalto, al amor, a la pereza. La hamaca, para mí es la cuna que nunca tuve y por eso me aferré a ella para conseguir en sus movimientos la ternura del primer lecho. Además, existe en ella la concavidad del vientre materno y la dureza del pecho paterno. Es una mezcla de sexo y de angustia sostenida en el aire. En La Plata, comencé a dictar el primer esbozo de la Constitución Boliviana.

Qué días tan completos los que tuve en ese pueblo. La madrugada me despertaba sin dolores ni quebrantos. Las pocas horas de sueño que necesito se cumplían con el fervor de una oración. Mi organismo estaba reposado y me contestaba con la rapidez de sus primeros años. Mi mente reaccionaba lo mismo. Sedado por dentro y por fuera, lleno de vida, rodeado de mis mejores amigos y complacido por mis éxitos, la mañana y la tarde y parte de la noche se refundían en un sólo cuerpo para darme el placer de disfrutarlos. Conversaba, dictaba, amaba, comía, me hamaqueaba y soltaba hacia afuera esta fecunda y prolija capacidad de decir cosas que asombran y que me llenan de una dulce vanidad. Aquí, poco a poco, fui organizando esta Constitución. Con cuidadoso desvelo, con esa casi ridícula pretensión que tienen los artistas de mirar y remirar su obra, se fue haciendo entre mis dedos la tan criticada y para mí tan importante concepción.

Los deberes me llamaban y resolví volver a la palestra. Encargué a Sucre del mando supremo y convoqué para el 25 de mayo de 1826 el Congreso Boliviano. Así sí me gusta hacer y redondear mis objetivos.

Así sí, manufacturados por mi voluntad, sin que ninguna otra interferencia los apresure o los madure biches. Ese era el momento de reunir el Congreso. Tendrían de muchas cosas para ocuparse. Cuando Sucre lo citó, me pareció prematura su citación, razón por la cual Sucre tuvo que soportar mi genio y mi mal genio.

En enero partí de La Plata rumbo a Misque y a Cochabamba. Las atenciones se repitieron. En Arica, me embarqué en el vapor colombiano El Chimborazo y a los pocos días reposaba en la Quinta de La Magdalena, luego de cumplir un itinerario agobiante pero prolífico en obras y en hechos. Parte de mi misión estaba cumplida, pero me faltaba la más ardua, la más necesaria, la más petulante para los demás: la de vivir de acuerdo con los dictados de mis sentidos.

Esta misión nadie me la había encomendado. Nadie se asomó a mi puerta para decirme: "Simón, vive, goza, no repares en los minutos ni en los segundos, ocúpalos en saturarte de vida, para que la vida te pueda responder con la muerte". Así lo hice. Los meses que siguieron no los puedo olvidar, se me han quedado tatuados con tinta china en el reverso de mis huesos. Y allí se quedarán, hasta que mis huesos sean polen y polvo.

Lima es una ciudad de contrastes. Levantada sobre el valle del Huatica, hoy Rimac, erigió sus primeras construcciones aprovechando las bases de los templos y de las fortalezas de Huadca, metrópoli indígena, que colmó de sugerencias y de obeliscos la imaginería incaica. Su clima es una verdadera bendición, ni frío ni caliente, se expresa en un aire tibio y pasmado que le da esa atmósfera de primavera permanente. El indio se azoró ante la ternura de su ambiente y con apresuramiento y descuido la llenó de fortines y de campamentos guerreros, para contrarrestar su tranquilidad. A él no le atraían las curvas de la pasividad, vivía en un estado de alerta que no le permitía darle a su vida la longitud de las comarcas estables. Huadca fue una ciudad secundaria donde el todopoderoso inca apenas se fijaba en ella para equilibrar sus impuestos y mantener dentro del círculo de sus murallas la guarnición suficiente para sofocar las rebeliones de sus súbditos. El soberano le restó importancia a esa ciudad y hecho como estaba para

respirar el frío de los Andes, se clausuró en Cuzco y en el Altiplano para demandar desde esas alturas la divinidad de sus designios y la severidad de sus mandatos. Huadca, cuando llegó Pizarro, tenía el semblante descompuesto de un guerrero sin uso. Pizarro, con esa mentalidad urbanística de todos los conquistadores, la limpió del mugre, la aseó, la adornó con las plazuelas, con los rincones, con las espadañas y los hastiales de sus templos y de sus capillas, adornos que decoraron el valle del Rimac hasta el exceso.

Surgió el encomendero y con él la necesidad de darle a su familia ya su estamento, sitios y lugares propicios para el descanso y la molicie. Las grandes mansiones se insinuaron sobre el cielo despejado del valle. Los carpinteros y los tallistas españoles se apresuraron a darle a la madera el canto de lo desconocido y sugerente y al hierro, aplicado con el tino sabroso de los forjadores hispanos, se le colmó de volutas y de requiebros, para que las ventanas y los altillos aseguraran a los enamorados la inviolabilidad de las doncellas y la hermosura del marco que las contenía.

Se borró de sus trazos la mano de sus antepasados y, mantenida por el deseo de reemplazar las lejanas villas españolas, se idealizó su figura y se llamó a rebato a sus habitantes para que le rindieran culto a la arquitectura de la Madre Patria, buscando en el alero, en la techumbre, en los artesonados, en los nichos de las iglesias, en los altares de su catedral, en los zaguanes pródigos y en los patios lentos, el recuerdo de la mujer perdida para muchos y reemplazada para pocos.

Lima en América se diferencia de las pocas ciudades que como Popayán, Tunja y Cartagena asumieron la versatilidad de sus trazos, acomplejadas por la unción religiosa y mística. Lima no se aferra a esos conceptos, tiene templos y capillas y, en esos recintos, la exquisitez de la orfebrería da vueltas y tumbos buscando una salida propia, pero hasta allí llega, en su respeto por el sayal, el crucifijo y la cogulla en el resto de su cuerpo. Lima es una ciudad mundana, alegre, despreocupada, dispuesta a darle a la pupila la razón de ser de la claridad que la monta como un garañón encelado. Lima es España, ciertamente, pero más reformada, más caótica, más universal, menos pequeña en sus

detalles y, además, Lima se rompe su cara contra la sinceridad de un paisaje único y extraño.

La Quinta de La Magdalena, mi alojamiento por muchos meses, es una mezcla difícil de definir, de novedad arquitectónica y de antigüedad ambiental. Grandes estancias custodian patios y rincones de ensueño. El agua corre sin piedad por donde quiera, más parece que quien la construyó tuviera en las venas la sangre árabe requerida para que ese elemento maravilloso, el agua, no se perdiera bajo tierra sino que aflorara cantando y coloreando de murmullos y de gárgaras la mañana y la noche.

Flores y árboles se incrustan en el ambiente con la simplicidad de los elementos que permanecen sin que nadie se atreva a tocarlos. Flores y árboles por todas partes. Troncos de encinas añosas y retorcidas le dan a su jardín de entrada un cielo de hojas y de sombras difícil de repetir y aun de enunciar. Los techos de sus estancias, altos y artesonados, permiten que el aire, cuando hace calor, circule refrescando y levantando vientos en las mejillas y en los encajes de las mujeres. Al fondo de esa quinta, un inmenso patio, aislado, remolón, despojado de adornos, se coloca al pairo de cualquier mirada curiosa y me permitió hacer de él mi retiro, mi lugar predilecto. Lo primero que hice, al tomar posesión de esa quinta, fue llenar los corredores y los sitios más indicados de hamacas. En el patio, armé un kiosko, lo teché con paja y colgué una gran hamaca donde me contoneaba horas y horas como una matrona bíblica y embarazada.

Dictador del Perú y presidente de la Gran Colombia. Dos títulos, dos responsabilidades, dos coronas, dos cetros y una sola persona: Simón Bolívar. Me consideré con todo el derecho de sorber hasta sus últimas gotas el licor del poder. Los placeres en los hombres se dividen y se subdividen hasta el infinito. Nadie goza igual a otro. El placer es uno intransferible, relativo y variable. La gran mayoría de los seres humanos se niegan el placer como una forma de autocastigo. Unos pocos más, liberados de esos conceptos, se asoman al placer con miedo y temerosos de caer en él, piden perdón antes de consumirlo. Esos desgraciados se anulan y anulan a sus sentidos. Pervierten lo mejor que

tienen, la carne y él espíritu, su espontaneidad. La mancillan, la martirizan y la dejan exhausta y adolorida, apenas dispuesta a soportar las lágrimas del arrepentimiento. Una pequeña minoría sabe que el placer no tiene parcela ni cuartos ni cajones ni tabiques que los separen. Saben que el placer es uno cuando se insinúa en el poder, en la riqueza, en el sexo, en la avaricia, en la santidad. Saben que cada uno de estos títulos, y así pueden ser miles, tienen los mismos principios y las mismas reglas. El avaro o el santo gozan, se extasían cuando se sienten cumpliendo con su deber. El ambicioso de riquezas o el sexual se vivifican al descubrir las variantes de sus inclinaciones y de sus tendencias.

Yo he tenido dos grandes placeres y he molido y los he remolido hasta la saciedad. El poder y el amor. Ambos, cual más cual menos, han sido infieles conmigo. Yo nunca les he dejado de ser fiel. Ambos me han conturbado, me han desvelado, me han empecinado y quizás, por qué no decirlo, me han puesto sobre el fuego mi propio destino para hacer de él, a veces, una pantomima, otras, una careta y las más, un ser atormentado y maldito, que se ha desgarrado sus pulmones queriendo encontrar aires limpios y buenos para ellos. Es menester que mi sinceridad, en estos aspectos, rompa la monotonía del relato. Y rompa, además, las invenciones y los infundios que me van a levantar, a este respecto, una vez que yo desaparezca de este mundo.

Ídolo, dios, monstruo, fiera, bestia, santo, estatua, las mil y mil imágenes de lo que yo no fui van a recorrer sin fatiga estas cordilleras y estas cimas, por donde viajé, por donde padecí, por donde amé y clamé, distorsionando mi auténtico ser y perturbando la imagen que puedan tener de mí las generaciones por venir. Me preocupa ese suceder ineluctable. Ineluctable, porque el mundo no se contenta con la verdad, sino que la desfigura, para tratar de hermosearla cuando lo que está haciendo, con ese remiendo, es despojar lo natural y sustantivo de todo ser humano, para vestirlo con lo artificial y lo hechizo. Mi vida, pienso yo, se va a convertir en meros documentos o en novelas rosa o en falsas interpretaciones dadas por esos entes mezquinos que creen que la bondad o la maldad con que me puedan adornar me benefician y hasta me hermosean.

Hijos de mala madre los que así procedan, malparidos los que pretendan darle, a estos temblores humanos y divinos que padecen mis venas la quietud y la mansedumbre de los pazguatos y de los aparecidos. Me gustaría dedicarles todo mi repertorio de groserías. Y aclaro que la sociedad llama groserías aquellas explosiones verbales indispensables, que les comprimen el gas que en todo corazón y en toda víscera de macho o de mujer se acumula diariamente.

Yo no soy un hombre común, soy una síntesis, soy un espécimen que no se produce sino cada mil años, soy un contubernio de sangres adoloridas y reprimidas por la esclavitud y el despojo. Yo no soy blanco ni negro ni mulato ni rubio ni moreno ni ojiazul ni ojinegro, soy un volcán de lava y de sueños, que tuvo la oportunidad de hacer explosión cuando a otros se les ha negado esa gracia. Soy un Cristo y un Pilatos. Soy un Judas y un místico. Soy un bandolero y un héroe. Soy un caminante y un perezoso. Soy un viajero de muchas lunas y un ermitaño de muchas hambres. Soy un niño sin ser un hombre. Soy un pobre sin ser un rico. Soy un vano sin ser un vil. Soy un guerrillero y un santón que se puso la túnica de los predestinados para que la humanidad volviera a creer que Dios existe. Ese soy yo. Y espero que así me vean los millones de ojos que esperan mi resurrección, cada vez que en estas patrias libertadas por mí surjan las depredaciones y los delitos de unos pocos. Y mi resurrección debe ser, tiene que ser, para que la confianza retorne a los hogares de los humildes, de los desposeídos, de los atormentados por la rabia de los poderosos. Bolívar no fue un hombre, fue un cataclismo, destruido por los colmillos de la infamia, de la miseria, de la mediocridad.

La Quinta de La Magdalena no fue, como muchos dicen, mi perdición. Fue mi Monte de los Olivos. En ella bebí hasta las heces la dulce amargura de mis sentidos. Las flaquezas del héroe llaman los prudentes a mi vida en este sitio. Y los prudentes y los impotentes, que son una misma fauna, se solazan con la palabra y la sueltan con esa piedad mentirosa que poseen los que se masturban el alma. ¿A qué pueden llamar ellos, que nunca han conocido ni las flaquezas ni las grandezas del ser humano, perdición? ¿Será que en la Quinta de La

Magdalena soñé demasiado? Soñar no es dormir, soñar es hacer, soñar es construir, soñar es revolucionar, soñar es engendrar ideas o criaturas. ¿A eso, a ese estado anímico que me acompañó allí, lo llamarán flaqueza? Talvez le darán el nombre de flaquezas al lujo con que viví rodeado, a los tapices, a las sedas, a los licores finos, a los perfumes, a las mujeres hermosas. A eso, quizás, le den el nombre de las flaquezas de Bolívar. Los malos historiadores y los malos políticos fueron los encargados de crearme una falsa imagen, una imagen repugnante y diabólica, para que las beatas, los maricones y los incapaces, que son los que forman la opinión pública de estos pueblos, se desgarraran las vestiduras, levantaran la piedra del escándalo y me crucificaran en ella, para que mis flaquezas fueran mi potro de tormento y, a la vez, la voz de alerta que anunciará las llamas del infierno para aquellos que me amaban, me respetaban y me entendían tal cual soy.

La Quinta de La Magdalena y mi permanencia en Lima no fue, como se ha creído, la antesala de mi decadencia. Fue la afirmación de mi prestigio. Allí y sólo allí supe que mis esfuerzos y trabajos durante más de 40 años no habían sido en vano. Franca o engañosamente, el pueblo peruano premió mis desvelos y me entregó lo que me negaron Venezuela, Nueva Granada, Ecuador y Bolivia. En tanto que en el Perú se aglomeraba una verdadera romería ante las puertas de mi casa, para verme, para tocarme, para admirarme, en mi propia tierra, en Venezuela, existía también una verdadera romería de gentes empeñadas en demeritarme, en aprovechar mi ausencia y mis enfermedades para reemplazarme en el gobierno por los serviles, por los infatuados, por los desagradecidos.

Manuela presidió mis actividades, con la aceptación de la sociedad limeña, del clero, de los altos mandos militares y del pueblo. No podía ser distinto. Tenía que ser así. Mi amante fue, a la vez, mi esposa y me dio la fidelidad, la ternura y la pasión que posiblemente una mujer con mi apellido también me hubiera dado. Manuela me soportó y tuvo el cuidado y la inteligencia de ser celosa cuando su dignidad estaba en juego y de ser prudente cuando mis ansias de nuevas aventuras me acuciaban. Ella no vivía bajo mi mismo techo. Se presentaba a La

Magdalena cuando yo la requería y cuando las circunstancias así lo indicaban. El contacto continuo con mis amores o con mis desamores me repugna. Pienso que si hasta los metales se agrietan, se debilitan con el roce cotidiano, también se agrietan y se debilitan los amores y los odios cuando se ponen frente a frente sin más finalidad que la de permanecer juntos.

Mi vida transcurrió en la Quinta pausadamente, pausadamente y de acuerdo con mis deseos. Nada de estrafalarias orgías ni de báquicos convites ni de fiestas colectivas dedicadas al placer y al sexo. Esas ridiculeces no estaban conmigo. Soy un solitario y un individualista, serio y maduro, que se brinda y se maneja solo, sin necesidad de convidar a sus amigos para que participen en sus normalidades o en sus anormalidades. Mi vida en esta Quinta tuvo la milagrosa quietud de lo inesperado y de lo sorpresivo. Mis aventuras galantes se sucedieron con frecuencia. Las mujeres me asediaban y yo, además, las buscaba. Cada mujer que fue mía se llevó enredada en su alma una parte de mi alma. Y conocí o a un héroe, cansado pero viril, fatigado pero hombre congestionado de penas y de males, amable y tierno como el mejor de los amantes.

Dicen que mis excesos en Lima precipitaron mis enfermedades. Nada más estúpido. Primero, porque los únicos excesos míos pudieron ser los del amor, y de amor nadie se enferma ni se muere ni se cansa. El amor es vario y difícil, por lo tanto, sólo lo pueden manejar con maestría los que tienen una vida interior honda y sin linderos. Segundo, porque yo estaba al tanto de qué era un tuberculoso incurable. Hijo de padre y madre y de antepasados tuberculosos. Esta enfermedad me venía desde mis raíces y, por lo tanto, todas mis agonías físicas, además de las hereditarias, me llegaban por la falta de alimento a tiempo, por la carencia de cuidados, por andar a caballo veinte mil leguas y por muchas otras cosas más.

Mi trashumancia a lomos de caballos y de mulas bastaría y sobraría para que cualquier ser humano se avejentara, se destruyera, igual a como estaba yo de viejo y de destruido.

Mi célebre hechizamiento limeño no se presentó en mi espíritu. No creo en hechizos ni en amuletos ni en fetiches de buena o de mala suerte, creo y creeré en mí, luego sobraban los encantos de las limeñas y las genuflexiones de los limeños, para que yo hubiera quedado idiotizado por ese ambiente. La verdad se encuentra en contemplar las situaciones como fueron, sin recortarlas con tijeras, sin empañarlas con vapores de agua tibia o de agua caliente. La verdad era que yo estaba amañado, complacido, satisfecho y quise prolongar esa complacencia y esa satisfacción más allá de mis posibilidades y pretendía alargar esas horas felices para reparar en mi interior los daños causados por las fatigas y las decepciones.

Sabía lo que me esperaba una vez que abandonara a Lima. Lo sabía y, además, tenía la certeza de que nada podría hacer para contrarrestar mis aflicciones venideras y que cualquier intento por cambiar mi rumbo y mi destino hubiera fallado en un ciento por ciento.

Bien hubiera podido adelantar mi viaje a Bogotá para anticipar también mi martirio. Los roedores de mi gloria estaban en plena acción. Claro está que me bombardeaban con cartas proféticas, sobre el caos que se avecinaba y sobre la urgencia de que yo parara con mis manos las trampas que por debajo de cuerda hurdían los ingratos. ¿Cambiar mi reino de La Magdalena por una atmósfera sórdida, calenturienta y rabiosa, a sabiendas de que alguna mañana lo tendría que hacer? ¿Para qué me anticipaba? ¿Para qué me las daba de mago o de taumaturgo, cuando los carriles de mi existencia y los cimientos de mi obra estaban predestinados a desaparecer? Necesitaba reponerme, necesitaba descansar y no había mejor sitio que La Magdalena. Ya vendría, como vino, el desenlace y la caída del telón.

Las noticias de los últimos españoles y de las últimas guarniciones extranjeras que se resistían me llegaban de tarde en tarde y encendían mis ánimos guerreros. Esas noticias eran un estímulo y un incentivo. Olañeta y Rodil se fueron entregando. Mi Constitución Boliviana fue adoptada en julio de 1826 por unanimidad. Ya que hablo de ella, quisiera dar una visión muy rápida de lo que es, de lo que representa para

la América de las verdades y de las realidades que puede generar: legislar es actuar sobre lo que tenemos. Actuar sobre la tierra que pisamos. Actuar sobre los habitantes que pueblan este territorio y actuar sobre las circunstancias sociales, políticas y económicas que imperan en ella. Eso el legislar y así lo entiendo yo.

Mi pensamiento político ha sido inalterable. Varias esferas lo han caracterizado: Republicanismo, Nacionalismo, Unidad del Estado, eficacia del poder ejecutivo, respeto y acatamiento a las corrientes culturales y religiosas. Esas esferas han sostenido mis conceptos públicos. En algunos períodos de mi vida, se combinaron sin alterarse, sin sufrir modificaciones sustantivas. Mi Constitución Boliviana resumió todos esos pensamientos dispersos en discursos, en cartas, en manifiestos, en proclamas.

Creo que con esta Constitución modifiqué el concepto de todas las constituciones vigentes y lo modifiqué superándolo mucho. El estruendo, la tremenda crítica a los principios libérrimos, allí consignados, radicó en un solo artículo. En el artículo en que se menciona que el presidente debe ser vitalicio y que, además, nombra su sucesor.

Juzgué concluida esta etapa de mi vida. Nada más me quedaba por hacer en estos lugares. El Perú tenía su independencia; Bolivia, su constitución y yo, mis recuerdos. El 3 de septiembre me embarqué rumbo a Guayaquil y clausuré definitivamente un pasado.

Capítulo XIII

Vuelvo a ser de nuevo el trotamundos. Para eso me bastan un asno, una mula, un caballo y mi culo de hierro. Vuelvo a ser de nuevo el gitano, el vendedor de milagros, el adivinador de futuros. Con mis dichas y con mis desdichas me trepo por los Andes para encontrarme, a boca de jarro, con el ejército de malquerientes que me espera en Colombia. A mis espaldas se quedan las hiperbólicas retóricas del poeta Olmedo, que me quiso traer y llevar en la más exultante parodia y que casi me convierte en un personaje de comedia. A mis espaldas se quedan las conspiraciones de los peruanos, cansados de darme coba y de solicitarme favores. A mis espaldas se queda un pedazo de mi vida, un pedazo sin sangre, sin lágrimas, sin contusiones, quizás el mejor de todos. Frente a mí me espera un pelotón de fusilamiento en Venezuela, con Páez a la cabeza; en la Nueva Granada, con Santander como jefe y en el Ecuador, con Flórez de Comandante.

Mi corona y el cetro de Simón I andan dando vueltas y asustando a muchos. A mí me tienen sin cuidado esas magnificencias. Yo he sido más que un rey, más que un rmperador, con la gran diferencia, sobre todos los reyes y sobre todos los emperadores, que tomé la ley como mi protectora y mi diosa. Mi pensamiento, a ese respecto, lo he consignado en páginas anteriores y sigo sosteniéndolo. Títulos me han sobrado, honores se me han entregado a porrillo, coronas unas las tengo archivadas y otras las tengo puestas en las sienes de mis amigos, cetros, con mi espada me basta y me sobra. Entonces, ¿a qué confundir mi ambición, que no la he negado nunca, con el deseo de coronarme emperador de América? Tumbé al Rey de España y ¿voy a tener la pretensión de reemplazarlo con una corte de pacotilla y unos nobles

de relumbrón? Presumo que mis contemporáneos me han entendido mal y me han interpretado peor. Mis cartas y mis mensajes sobre la situación argentina y brasileña los han despistado. Se anticiparon a ofrecerme lo que todavía no había libertado. Me pusieron el anzuelo y esperaban que picara como un pez hambriento. He servido y serviré a la América entera, sin que mis servicios signifiquen mayor encumbramiento del que ya he tenido. Mis proyectos sobre la Argentina, Paraguay y Brasil son apenas proyectos como lo fueron aquellos de irme al Norte, a La Habana, a Puerto Rico, a las Filipinas.

Me ha disgustado esta insistente comparación de mi genio con el genio de Bonaparte. Yo jamás he tratado de igualar sus hazañas, porque las mías han sido mucho más positivas que las de él. Existe, pues, una torcida y malévola inclinación del presentarme ante el mundo como un sátrapa, como un conquistador, como un depredador. Mi tarea ha sido la de la libertad.

La patraña hurdida por mis amigos y por mis enemigos tuvo el objeto de anticipar mi caída. Yo vi venir el ardid y lo dejé que se madurara lo suficiente para cortarlo de tajo. Y, sin mi permiso, el ardid creció, se multiplicó, y corrió como un ciempiés, y se pasó de boca en boca, dándoles a los que lo escuchaban la seguridad de que yo estaba en el ajo y patrocinaba la idea. Mentira, la situación era muy clara y vamos a contarla.

Páez, durante mi permanencia en el sur, se enfrentaba con una situación muy difícil. Los veteranos patriotas y los veteranos españoles, al quedar cesantes y sin oficio, formaron unos cuerpos mercenarios que tornaron invivible la nación. Una guerra de guerrillas, sin lugar fijo ni mérito alguno, asolaba los campos y las ciudades venezolanas manteniéndolas en estado de alerta y de intranquilidad.

Demagogos, líderes populares, jefes de vereda, surgieron como abejorros por todas partes y cundieron el motín y la asonada. Páez, incómodo con la situación y más incómodo aún con las ataduras legales que le imponía el régimen de la Gran Colombia, se reunió con un grupo de oficiales y me escribió una carta en la que me decía abierta-

mente que yo debía ser el Bonaparte de la América del Sur. Sin alzarle la voz, le hice una serie de reflexiones y le di unos cuantos consejos políticos. Francia y Colombia, le decía, no son iguales. Bonaparte, César o Itúrbide no son Bolívar. El trono en estas tierras borraría de un plumazo mi obra. El plan es impropio de usted y de mi persona. Con esta carta quise sellar definitivamente la boca del cotarro de los aduladores y de las suposiciones, pero como alrededor de los reyes, de los presidentes, se forma un enjambre de medradores, de pelecheros y de bandidos de casaca, ese enjambre no se dio descanso, soliviantó y mantuvo en vilo la idea de mi corona.

Los vividores a mi costa le torcieron el cuello al ganso del capitolio y soltaron el ganso vivo, pero desplumado. "Decían ellos: Bolívar sostiene que no quiere ser emperador ni rey, está muy bien, pero en cambio sugiere que se puede llamar a un príncipe extranjero para que se corone como tal, con su venia". ¡Vaya tamaño desacierto! ¡Vaya desconocimiento total de mi persona! ¡Vaya injuria más grande a mi carácter! Si yo rechacé la corona, el cetro y el título de rey, ¿iba a ser tan pelotas y tan pendejo de dejarla poner sobre la cabeza de un paparote de otra nacionalidad? Era tan burda la patraña que se caía por su propio peso.

Mi contestación a todas estas habladurías estaba y está sobre la mesa de las discusiones: la Constitución Boliviana. En ella, sí me encontrarán mis amigos y mis enemigos. Y también en ella, yo continuaba siendo fiel a mis principios y a mis obras.

Mi Constitución la había dejado implantada en el Perú. Ahora quedaba para ser discutida en la Gran Colombia. Mi intención, al regresar a Bogota, no era otra que la de sacar adelante esta idea. Si Bolivia y el Perú la aceptaron, ¿por qué no podían hacer lo mismo las demás naciones libertadas por mi espada? Hoy me convenzo de mi error, de mi equivocación. Traté de imponer ideas nuevas a unos hombres sin ideas. Ese fue mi fracaso. Todos mis amigos y todos mis enemigos decían poseer ideas para la salvación parcial de sus propios países. Santander, en la Nueva Granada, se consideraba el ungido del Señor, el profeta de la democracia y del republicanismo; Flórez, en el Ecuador, mani-

festaba lo mismo y Páez, en Venezuela, tenía entre el bolsillo de su guerrera la fórmula mágica para que Venezuela se salvara del caos y de la destrucción.

Nada de esto era cierto. Ni Páez ni Santander ni Flórez tenían ideas claras, ni sobre la Gran Colombia ni sobre la Federación Andina. Ellos no querían la una y evitaban la otra. Ambas ideas eran para ellos lesivas en el goce de sus poderes y se me enfrentaron, alegando republicanismo y democracia, cuando en el fondo estaban asustados y miedosos de que mi presencia los dejara sin oficio y sin beneficio. La destrucción de la Federación Andina y de la Gran Colombia no se debió a otra cosa que al roce de los intereses personales y políticos de cada uno de estos hombres. Nada más ni nada menos. Diferencias ideológicas o de procedimiento para manejar los gobiernos de estos países no existían, al contrario, la mentalidad de estos generales era exactamente igual a la mía. Tan autoritario era Santander como Páez, como Flórez y como yo. Luego, sus alegatos no contaban con otro piso diferente que el de verse desalojados a un segundo plano.

Si la Constitución de Cúcuta hubiera sido reemplazada por la Constitución Boliviana ni Santander ni Páez ni Flórez hubieran tenido qué hacer en el panorama americano. Su vanidad y su ambición no podían soportar esta perspectiva, porque durante los años de mi ausencia en el sur tuvieron la ocasión de saborear los atractivos del poder.

Mis planes eran de largo alcance y ellos lo sabían o lo presumían. Si la América entera aceptaba mi Constitución yo quedaba de protector. Este título sí me atraía. Pero para que esto sucediera, yo tenía que presentar ante el mundo un grupo de naciones integradas a fin de que se nos mirara y se nos tratara de igual a igual. De ahí mi interés de reunir la Liga de las Naciones de la América del Sur.

Hasta el momento, mis hazañas estaban siendo examinadas y sopesadas por Europa. La cautela era la consigna de todas las naciones del viejo continente. Inglaterra veía en estos países un mercado abierto para sus industrias y para su comercio. En un principio, Inglaterra apoyó a la Santa Alianza con la esperanza de que los países libertados por

mí se decidieran a entrar en el grupo de las monarquías constitucionales o no constitucionales. Inglaterra aumentó su cautela cuando se dio cuenta de que esto no sucedería mientras yo viviera. España y Portugal estaban en la cresta de la ola revolucionaria. Sin embargo, la Santa Alianza patrocinaba, con Francia a la cabeza, la intervención armada sobre la América del Sur para hacerla entrar en la órbita de las monarquías. Monroe, presidente de los Estados Unidos, desarmó las ambiciones de todos estos señores y lanzó su manifiesto de América para los americanos, pero para los americanos del norte hay que entenderlo bien.

Yo creía en la sinceridad de Inglaterra y durante toda mi vida no hice otra cosa que alabar su civilización política. En parte estaba equivocado y en parte no. Inglaterra reconoció la soberanía de la Gran Colombia, gracias a mi actitud diplomática con ella. Canning, el primer ministro inglés, se apartó de la política de la Santa Alianza y se dio el lujo de autonombrarse Padre Putativo del Nuevo Mundo (América), para restablecer el equilibrio perdido en el Viejo Mundo (Europa).

Pocos días antes de la Batalla de Ayacucho, yo ya había cruzado unas cartas, con los gobiernos de México, Argentina, Chile y Centroamérica, para invitarlos a formar una asociación de intereses comunes. Sugerí que esa reunión pudiera llevarse a efecto en Panamá. Extendí la invitación a los Estados Unidos de América del Norte y propuse, con un tanto de ingenuidad, que esa Federación se pusiera bajo la protección de Inglaterra. Estados Unidos e Inglaterra congelaron su interés en la idea. Era apenas lógico, porque afectaba sus bases económicas y su comercio internacional. Los demás países comenzaron a bailar en la cuerda floja. Chile, Brasil y Argentina se excusaron. A las ideas grandes se le tienen miedos grandes.

Ese Congreso nació muerto. Los delegados fueron llegando sin ganas y con retardos. Perú llegó de primero. Seis meses después arribaron los colombianos. Más tarde, los representantes de México y de Centroamérica. Una reunión de esta envergadura no podía comenzar con la indiferencia con que comenzó. Sus deliberaciones fueron mus-

tias, sin vida, sin ánimo. Mi idea de la confederación fracasó y este fracaso entusiasmó a mis enemigos tanto como me deprimió a mí. Y fue tanta mi depresión que tuve que disfrazarla para la posteridad, en una carta, a un amigo, en la que decía que yo sabía de antemano que la Liga Americana no tendría eco continental.

Mentiras mías. Pura vanidad ofendida de mi parte. He recurrido siempre a estos trucos para que mi soberbia no se mortifique y mis congojas no se utilicen para disminuir mi gloria. Es casi una fórmula de autodefenderme contra la malevolencia ajena. Fórmula que me ha dado resultados magníficos. Con ella, desarmo a los demás confesando mis culpas. Pero, por dentro, me queda ese ardor, ese gran vacío de mis frustraciones.

Me refugié, entonces, en la idea de la Federación de Los Andes y mi sorpresa fue grande al encontrar partidarios de esa idea. Partidarios que luego me chantajearon con mis propias armas. Me dijeron: "Corónese usted primero y luego sí pensamos en la Federación". Me negué sistemáticamente y preferí cambiar la orientación de la misma Federación por una simple Unión de Los Andes, previa la aprobación de mi Constitución y previa la aceptación de tener a Sucre como mi vicepresidente.

Existe en mí una urgencia de trascender. Una angustiosa y ardiente necesidad de darle a mis actos un más allá. No me puedo contentar con lo que he logrado, me parece que lo conseguido por mí hasta el momento carece de sustancia, de fuste y una corriente invisible me impele a encontrar el camino de la verdadera inmortalidad. Ser inmortal es permanecer fijado en el tiempo absoluto por unos garfios inclementes. Es casi como si después de muerto pudiera uno presentarse desnudo y puro frente al mundo. Desde mi salida de Lima se me habían intensificado estos afanes. Y su crecimiento aumentaba a medida que los años han corrido hasta llegar al sitio donde me encuentro en la actualidad, en San Pedro Alejandrino. Mi fuerza se había invertido. Cada segundo, mi cuerpo se ha venido debilitando, pero como compensación extraordinaria una aureola de ímpetus ascendentes me ha mostrado con más claridad los planos de mi inmortalidad.

Estos proyectos, que he comentado, tienen que hacer tránsito con el paso de los siglos y América, mi América, podrá sentarse frente a las grandes potencias con la misma seguridad que ellas se acomodarán a su lado. Este continente es nuevo y esta raza es vieja, por lo tanto, su equilibrio está hecho, falta sólo un soplo y una verdadera comunidad de intereses. Mi lucha en estos aspectos, como todas mis luchas, nunca me ha pesado.

Yo soy apenas un anunciador de lo que vendrá y por eso me equivoco con tanta frecuencia. Alguien, y le tengo más fe al hombre que a los principios, alguien, repito, recogerá mis palabras y pondrá mi bandera de pizarrón inmenso, para escribir en él con letras de molde mis ideas y mis pretensiones.

Mientras tanto, la Gran Colombia seguía destruyéndose entre las manos de mis amigos y de mis enemigos. Como una gran capa tejida con amor y con desvelo, esta hija de mis entrañas se estaría gironeando por el centro, por los lados, por el cuello y por los pliegues. Responsables: todos y ninguno. Y cuando digo todos me incluyo. Entre Caracas y Bogotá no existían lazos comunes. Así como no existían entre Santander y Páez. Dos temperamentos y dos tipos humanos diametralmente opuestos, nada les era común, ni sus odios ni sus amores. Lo que odiaba el uno, el otro lo admiraba y viceversa. Páez, con el correr de los años y el uso del poder, se fue robusteciendo por fuera y por dentro. Hasta su misma figura cambió de línea. Ya no era ese mozo, fino y enjuto de los años de guerrillero, ahora su torso se había ensanchado y con él sus ambiciones. Su brazo y su cuello sufrieron iguales transformaciones. Anchos y nervudos, más parecían los miembros de un semental que los de un llanero. Santander, al contrario, en lugar de ancharse se aflojó, se le aflojaron los músculos de la cara y del cuerpo y una rara tendencia hacia una obesidad prematura se insinuaba en su figura.

Ni Páez estaba satisfecho de ser mi representante en Venezuela, ni Santander lo estaba con ser vicepresidente. Él aspiraba a más.

Los motivos y las razones no tardaron en aparecer. Sórdidos, sinuosos, felinos. La gota de agua que desbordó la vasija se corporizó

en un antiguo veterano de las guerras patrias, el coronel Leonardo Infante. El incidente es demasiado conocido para entrar en detalles. Infante era negro y amargado y envilecido por el alcohol y las prostitutas, pero había sido un soldado de coraje y de pantalones. Ignorante, como lo fueron en su gran mayoría los soldados y los oficiales de mis ejércitos, se refugió en sus vicios porque la paz no le daba espacio a mis guerreros para otros menesteres. En este enredo, aparecieron faldas y miseria. El negro, que se había constituido en un fierabrás de barrio, en un momento de malos tragos, le dio muerte a un oficial colombiano. El proceso, la investigación judicial, el juicio en general, se enturbió. La picaresca bogotana mordió los bordes del expediente con sus incisivos de ratón y melló los cuadernos, las declaraciones y los hombres que participaron en este pequeño baile de brujas. Dada la categoría del coronel Infante, el proceso subió a la Corte Suprema de Justicia, la cual falló, faltándole un voto para su unanimidad. Este voto era el de Miguel Peña, venezolano y caldo de cultivo para las insinuaciones, las sugerencias y las profecías. Santander se dejó llevar de la ternilla de la nariz por un grupo de sus admiradores, grupo que estaba hastiado con los soldados venezolanos que, sin oficio y sin ley, pululaban por las calles bogotanas, metiendo el miedo en los ánimos pazguatos. Ni Santander ni su camarilla se habían atrevido a poner mano fuerte en estos desmanes, temerosos de sancionar a mis compatriotas y dejaban y dejaron avanzar la pesadilla, sin decidirse a nada. Asumieron con su actitud las avanzadillas de una disidencia silenciosa que recurría a los artículos de prensa, en cambio de sancionar o de castigar con firmeza a los delincuentes. La sentencia de muerte para Infante necesitaba de la firrma de Peña, pues de lo contrario quedaba en suspenso. Peña nunca fue de mi agrado. Lo soporté y, aún más, le di alas y le tendí mi mano, esperando que con mi conducta él fuera lo suficientemente noble para que reaccionara agradecido. El pollo me salió gallo y gallo torticero. Después de muchas pilatunas e indelicadezas, gracias a su talento, vino a quedar de Magistrado de la Corte Suprema y de recomendado mío. Esas son las incongruencias de mi carácter, que yo mismo no las he podido entender. Las épocas de revolución son las menos indicadas para escoger a las personas o a las situaciones. A las unas y a las otras se les recibe con beneficio de inventario.

Infante fue ejecutado. Peña regresó a Venezuela y se convirtió en el consejero íntimo de Páez. Las fricciones se agudizaron, los malos entendidos se pusieron a la orden del día. Y el choque de dos temperamentos tan opuestos, como el de Santander y el de Páez, se puso en acción y se agrió más cuando el Congreso llamó a Páez a rendir cuentas, por haberse excedido en sus atribuciones, al sofocar un alzamiento en un pueblo llamado Petare.

Hasta este segundo, la Gran Colombia tuvo esperanzas de vida, de ahí en adelante agonizó poco a poco. Frente a la situación que se le planteaba, Páez tuvo que negarse y Santander tuvo que insistir en continuar citándolo. Ambos estaban dentro de sus deberes. Si Páez aceptaba presentarse ante el Congreso, el rompimiento de la Gran Colombia se hubiera demorado unos meses, pero de todas maneras se hubiera presentado. La cuerda estaba tensa y se rompió. La tierra de la división estaba propicia para la cosecha. La semilla comenzaba a dar sus frutos y nada había, pues, de extraño que el ambiente caldeado explotara con la complacencia de granadinos y de venezolanos. La víctima era yo. Y contra esta víctima se dirigían todas las causas, todos los motivos, todos los malos entendidos, todas las diferencias de caracteres, en fin, ese cúmulo de ácidos y de agrieras contenidas e irreversibles.

Venezuela, con Páez a la cabeza, se declaró en abierta rebeldía contra los mandatos del Congreso colombiano. Para Páez, la salida fue fácil y recursiva. Para los venezolanos, la oportunidad la juzgaron excelente. Eso de tener a un intendente, cualquiera que fuera, que controlara y fisgoneara nombramientos, decretos y demás actos de Gobierno, no lo podían aguantar. Páez, al igual que Santander, estaba amañado en el mando y no lo quería soltar de buenas a primeras. Yo pienso que en lo único en que coincidían estos dos generales era en esta reflexión: "Bolívar está ausente, libertando países, como él dice, de todas maneras acumulando gloria y prestigio. Nosotros somos sus testaferros, sus hombres de paja, sus comisionados para mantenerle caliente su sillón presidencial. Bolívar se nos viene con una constitución en la que aparece como presidente vitalicio, lo conocemos lo suficiente para saber de su capacidad de autocracia. Si nos deja de vicepresidentes, uno sólo de nosotros puede serlo, el otro será embajador o inten-

dente o quién sabe qué cargo de segunda categoría pase a ocupar. No te halamos la cuerda y para no demostrarle a Bolívar que esto es lo que nos afana y nos preocupa vamos a aprovechar estas pequeñas circunstancias y abrir la brecha del todo". Los dos, seguramente sin conversarse, estaban de acuerdo sobre estos puntos y así precedieron.

Cuando inicié mi marcha hacia Bogotá, ya presumía el final de esta comedia. Al llegar a Guayaquil se me presentó un acta pidiéndoseme que asumiera la Dictadura. Nada tuve que ver con esta propuesta, pero se me atribuyó la paterniad de la misma. Frente a las calumnias nos quedan tres recursos: aceptarlas, rechazarlas o seguir adelante. Esto hice. Seguir adelante, no sin antes reprender a mis amigos que como todos ellos tenían la inoportunidad de complicarme la vida a cada instante. Yo ya sabía lo que tenía que hacer y lo hice.

Comenzaron a circular los rumores sobre mi decrepitud, sobre mis enfermedades, sobre mi cansancio y en esto tuve mucho de culpa, por la maña de exagerar mis dolencias para ablandar los ánimos y los terrenos que pienso pisar. Mi enfermedad seguía progresando y no me atormentaba por eso. La veía como una consecuencia lógica de mi herencia y de mi vida. Pero, en cuanto a los que se referían a mi decrepitud, estaban completamente equivocados.

Decrepitud significa decadencia física acompañada de decadencia mental. Mi decadencia física la superaba y seguía haciendo los mismos trabajos, las mismas jornadas y sometiéndome al mismo régimen de disciplina y de constancia. Claro está que me encontraba desgastado y enfermo, pero de ahí a que mi enfermedad me afectara hasta tal punto para atontarme o hacerme trastabillar ante los problemas, era otra cosa.

Mi plan estaba formado. Dictadura o nada. ¿Qué iba a hacer con la dictadura? Tratar de salvar la Gran Colombia, fuera como fuera: buscar el arreglo entre Santander y Páez. Si esto me fállaba, y esperaba que así sucediera, aliarme con el más fuerte que parecía ser Páez y dominar al más débil que era Santander. Y, por último, imponer mi voluntad recurriendo a una legislación de emergencia que me permitiera arreglar las diferencias, taponar las endijas y asegurar mi poder.

Eso de que el hombre propone y Dios dispone es muy cierto. Con mi plan entre el bolsillo, continué mi camino hacia la capital, no sin antes dar muestras de mis pretensiones. Y muestras fehacientes, para que no quedara lugar a dudas. Ascendí a los militares amigos, reconocí las pensiones a las viudas de los soldados muertos y acepté los homenajes que se me ofrecieron en mi marcha triunfal. Esto lo hice a manera de prevención contra Santander, Páez y Flórez. Este último entró en la colada y, si no me hizo frente, se mantuvo a la expectativa en espera de dar su zarpazo oportunamente. Los pueblos se volcaron por donde yo pasaba. Mi prestigio seguía intacto. Mis enemigos sostenían lo contrario y yo estaba dispuesto a demostrarles que no era así.

Mi correspondencia con Santander se resintió. Dejé de ser el espontáneo, el sincero y pasé a ocupar mi sitio. Nada de confianzas. Nada de intimidades. Santander me ofendió al decirme en una de sus cartas que no me inmiscuyera en política. Es decir, que lo dejara a él manejar asunto tan delicado. Qué ironía. Qué irrespeto. Qué gallada tan zafia de su parte. Él se me volvía mi maestro, mi profesor en ciencias políticas, mi conductor. Así es el mundo. Lo paré en seco y le contesté con brusquedad, con altanería, como se merecía su actitud. Critiqué en público y en privado su gobierno o, mejor, su desgobierno. Santander no era infalible y sus equivocaciones se acumulaban una tras otra. En Quito, en Pasto, en Popayán, el pueblo me alzó en andas, me endiosó, me asustó con sus zalamerías. Llamé a Manuela, que estaba en Lima, y le ordené que se viniera para Bogotá.

Entré a Bogotá con las mismas aprehensiones que me acompañan siempre que he llegado a pisar sus umbrales. La ciudad estaba de fiesta y por todas partes lucía banderas y flores. No se veía más que un letrero colocado en todas las esquinas. Ese letrero decía: "Viva la Constitución". A las puertas de la ciudad, un joven coronel de apellido Ortega, mandado por los acuciosos santanderistas, me quiso poner contra la pared, hablándome de la ley, sacrosanta e intocable. Lo dejé con la palabra en la boca y sin más me dirigí al Palacio de Gobierno. Soy un hipersensible y por demás está el decir que sentía sobre mi cabeza el aceite hirviendo de la oposición. Ésta ya no se insinuaba, se presentaba abierta, aullante, desesperada.

Santander me entregó el mando. Su discurso fue seco, repelente. El mío, lo mismo. La pelea estaba casada. Santander se rodeaba de una juventud legalista y petulante que fue su cortejo fúnebre. Yo no tenía más remedio que echar mano de mis pocos amigos, venezolanos y extranjeros. Comenzó mi aislamiento forzado. Con los granadinos yo no podía contar y, al no poder contar con ellos, los rechacé. La Gran Colombia se desbarataba y la quise salvar dándole la Federación Andina. Trueque que tampoco me aceptaron. En los pocos meses que permanecí en Bogotá, busqué solucionar una serie de problemas candentes. El mal gobierno de Santander saltaba a la vista. Él dejó hacer y dejó hacer para que yo encontrara el caos y, al encontrar el caos, volviera a recurrir a su persona para que me lo resolviera o a sus amigos, a sus subalternos. Emprendí mi viaje a Venezuela. Mi pensamiento seguía siendo el mismo de meses antes: aplacar a estos generales rebotados, darles coba, pasarles la mano, desarmarlos, para luego ver con cuál de ellos me quedaba.

Mis fuerzas, mis fuerzas, cuando hablo de mis fuerzas, una sonrisa se me asoma sin quererlo. ¿Cuáles fuerzas? ¿Qué me quedaba de mi antiguo vigor? Nada, unas piltrafas de energía que se me acurrucaban en la mente, temerosas, talvez, de que las descubriera y las usara. Mis fuerzas, qué contrasentido y qué prueba odiosa a la que me sometía. Muerto o vivo: a caballo. Muerto o vivo: a recorrer caminos, a comerme las distancias, a sufrir a la intemperie. Maldito destino.

En Venezuela, Páez estaba enfurruñado. Me tuve que enfurruñar más para que me atendiera. Me dio y le di explicaciones. Me dio y le di satisfacciones. Nada más quedaba por hacer, nada más, porque al recorrer Venezuela pude darme cuenta de la fuerza que tenía Páez en todas partes. Sus amigos estaban en los puestos de comando, sus enemigos no existían. El pueblo, con esa fragilidad de memoria que posee, se había olvidado de mi persona y había entronizado a Páez. Si hubiera estirado demasiado la cuerda, con que lo quería atar, esta cuerda se me hubiera roto y me hubiera quedado con los cabos en la mano. Jugué a la diplomacia, al arreglo, al aquí no ha pasado nada, y jugué así porque encontré en mi propia tierra a otro amo, a otro patrón.

Páez no podía ver a Santander y todo el tiempo me estuvo hablando de la afrenta que se le había hecho al citarlo al Congreso. Unas veces, le daba la razón y otras le rechazaba sus quejas. Y en este tejemaneje, me fui de bruces en mis alabanzas a Páez. Me pasé de castaño a oscuro. Y sin quererlo hacer, le puse un pedestal frente a mis ojos. Exageré su importancia. Lo hice inmortal. Lo trepé, lo subí, lo rellené de virtudes y me fue imposible retirar mis palabras y mis obsequiosidades, más tarde. El mal estaba hecho. Yo mismo, con mis propias manos, lo separé del control de la Presidencia de la Gran Colombia. Es decir, yo mismo quemé las naves. A nadie puedo hacer responsable de esta actitud. Y a nadie lo hago.

Prometí reformas en la Constitución. Prometí enmiendas. Prometí, lo que no iba a cumplir y me enredé en mis propias promesas. El gusano de la desesperación estaba entre mis venas. Nada podía detenerlo. Me escamaba y me consumía. Pagué por esa falsa reconciliación con Páez un precio demasiado alto, demasiado elevado.

En los dos meses que duré en Caracas me asaltaron mi niñez y mi juventud y me asaltaron para dejarme sin ánimos. Enfermedad, angustia, dolor, me envolvieron con sus telas de araña y me cargaron con las pesadas cadenas de la impotencia. Cadenas que no podía dejarlas ver y que me las escondía entre las ropas, entre mi ceño fruncido, entre mis labios torturados. Allí tenían que quedarse. Allí tenían que esperar el resultado final de mi aventura.

Regresé a Bogotá. En Páez ya no dejé a un amigo, dejé a un émulo. A un émulo fuerte y crecido por mis alabanzas. A un émulo que ya no me volvería dejar entrar a Venezuela. Las puertas de mi tierra natal las cerré para mí. Todo lo vi claro, limpio, sin nubes. Y me sobrepuse y tramé en mi viaje una nueva alianza con Santander. Vanos intentos. Y vanas presunciones. Santander estaba en el grado más alto de su rencor. Y su espíritu, cositero y mañoso, no podía quedarse mano sobre mano. Estaba trabajando sobre mi tumba. Él y los suyos me rodearon y me cercaron como las llamas rodean y cercan a un viejo tronco, con el afán de quemarlo, de reducirlo a pavesas, a escombros. Él y los suyos estaban rabiosos de ver mi comportamiento con Páez y no les

faltaba razón. Pero yo no podía reconocérsela. Él y los suyos me esperaban para hacerme frente y me lo hicieron.

Y yo también se los hice. El desgreño administrativo, la miseria general, la desconfianza pública hacia el Gobierno, el irrespeto a los funcionarios se había terminado. Esto lo di a conocer públicamente. Mi destino era morir de pie y estaba listo a cumplirlo. Esta manifestación sirvió para que los santanderistas se unieran más en torno a su jefe y se unieron como los dedos de una mano alrededor de su palma. Y se unieron, me acosaron, me incitaron y me prepararon un atentado contra mi persona que no se pudo llevar a efecto. Mi ruptura con Santander fue cada día más honda. Una nueva llamarada incrementó el incendio. En el Perú, con mi salida, las cosas se tornaron imposibles. Las tropas venezolanas fueron atacadas. Un coronel Bustamante apresó a los oficiales de mis batallones. Santander se puso alegre, vivaracho, descompuesto con la desmembración de la Gran Colombia. Su venganza estaba al alcance de sus dedos y sus dedos, largos y afilados, dedos de leguleyo y de ambicioso, movieron las cuerdas de la opinión con esa habilidad inmarcesible que tenía para soplar, para manipular, sin que nadie le notara el esfuerzo. Y Santander manipuló, sopló, con fuerza, con dedicación, con sevicia. Sopló sobre los rescoldos, sopló sobre mis heridas, sopló sobre mis cicatrices y las abrió.

Mi retorno apresurado de Caracas puso a Santander sobre su odio igual que un perro de cacería cuando olfatea el rastro de su presa. Santander y los suyos azotaron los vientos con la cantinela de que mi regreso era una reconquista armada. Ya, yo no era el Libertador, era el sátrapa, el dictador, el odioso personaje que se aparecía sobre estas sabanas para comerse a lengüetazos la honra, la vida y los bienes de los honestos ciudadanos. Los pasquines y los folletines se armaron a mi costa y no hubo lenguaje más atrevido y cínico que el que emplearon los santanderistas para denigrarme, para apabullarme, para desprestigiarme.

El año de 1827 se rompió contra mis costillas. En una quieta y asombrosamente bella casa, situada fuera de la ciudad de Bogotá, me instalé. Conmigo se reunió Manuela. Los cerros de Monserrate y

Guadalupe vigilaban mis insomnios y mis amarguras. El monte, garrulo y elemental, se corría sobre los corredores de la mansión dándole un algo de agreste, de locuaz. Sus estancias, amplias y abiertas, embaldosadas y frías, asaltaban debajo de mis plantas la semilla de que yo hubiera querido sembrarlas: mi sosiego. Sus jardines aparecían a lo lejos como senderos ofrecidos con cariño a mi soledad. Esta Quinta me entró por los ojos y se me salió por los poros, castigada por mis sueños y mis pesares. En ella, claudiqué sin que nadie lo hubiera sabido. En ella me soporté a mí mismo. En ella aprendí a conocer más y mejor mi propia naturaleza y la supe más díscola y agresiva que los mil demonios que me rondaban las sienes. En su mirador, pequeño cuarto esterado y precoz, me sumí en unos letargos imposibles de definir y más imposibles aun de volver a vivir. La sabana de Bogotá se me ofrecía a lo lejos como una costra de hielo. La miraba por las tardes y la entendía por las noches, cuando las luciérnagas atormentaban la oscuridad como si fueran las espinas de mi alma convertidas en luz.

Allí, Manuela me vio y me dio su honrada pasión. Allí, Manuela supo que tenía entre los brazos a un pobre hombre, desvencijado y temeroso, que en cada nuevo amanecer se apretujaba entre su seno, esperando encontrar en él las caricias de una madre que nunca tuvo. Allí, Manuela supo que el héroe es una amalgama de suspiros y de nervios y de gritos nocturnos y de inquietudes diurnas, imposibles de controlar. Cada veinticuatro horas me destruía por dentro. Y, en mis pulmones, la tisis ya estaba cumpliendo su objetivo. Por fuera, Simón era una lámpara, traslucida y asfixiada por los vapores de mil monstruos y de mil diablos.

Mi agonía comenzó en la Quinta de Bogotá. Y es tan larga que todavía no ha terminado. Mi agonía estuvo a la cabecera de mi cama, sentada, sonriendo, esperando, haciendo muecas y señas, como un ser grotesco y malo, que se solaza con los desgarrones y los alaridos de terror de una criatura como yo. Hice amistad con mi agonía, le pedí un plazo, corto, estrecho, apenas lo suficiente para poder escapar de este cuerpo débil y enfermizo en la primera oportunidad. Y mi agonía me dio ese plazo sin fijarme la fecha de mi muerte. Me lo dio y me lo fue prolongando lentamente. Eso era algo.

En la iglesia de Santo Domingo retomé el poder y convoqué a una asamblea general. Volví a ser el presidente, de un fantasma, fantasma que se llamaba la Gran Colombia y me tomé el trabajo de tratar de sostenerme en esa presidencia. Proclamas y más proclamas. Continuaba con mi oficio de pergeñador de sueños. No lo abandonaría sino hasta cuando ya no pudiera sostener una pluma entre mis manos. El ejército aún me seguía. Y yo estaba seguro de que mi suerte una vez más volvería a favorecerme.

Las elecciones de convencionistas se efectuaron sin que yo las ganara. Mal podía lograr esta victoria electorera cuando tenía frente a la oposición a un malabarista de esos triques, de esas escaramuzas, como Santander. Las menudencias caseras las tenía que adobar con los problemas del Perú, del Ecuador, de Venezuela, de Bolivia, que crecian y crecían infatigablemente, borrones y más borrones. Escupitazos, violencias, grosería. La gallina de los huevos de oro de la política reemplazaba al águila de la guerra magna. Y allí estaba yo, en la mitad de esos remolinos, ahogándome, desgarrándome, ensuciándome. Acepté que se reuniera la Convención en Ocaña y me situé en Bucaramanga, para darme el placer de escuchar a lo lejos el cacareo de las aves domésticas. El cacareo de los santanderistas contra mis ideas de unidad, de autoridad y de orden. La palabrería, el discurso vano, los entretenimientos de los castrados frente a la soberbia de los hechos.

Las sesiones de esa Convencion se sucedieron como mandadas a hacer previamente. La lengua en ella se tornó ácida y aparejó las hieles. Los pensadores se fatigaron de tanta verborrea y resolvieron asumir la apostura romántica y soñadora. Se sudaba tinta. Se aliviaban los calores con los aires que levantaban los tribunos. La Patria se desmoronaba cada día más y en torno a sus ruinas se agrupaban los politicastros y los filósofos del liberalismo. Entre cuatro paredes, mal lavadas, la Gran Colombia se evaporó y con ella se evaporaron los sueños de Simón. En las afueras de esa Convención, el mundo seguía su rutina diaria. De los cuatro puntos cardinales de mi América se escuchaban los desbordamientos, los alzamientos, las rebeldías. En la Costa, un mulato, de cojones probados, Padilla se muestra impresionado por su fama y por su importancia y resuelve con un alarido rechazar a mi persona. Padilla,

santanderista hasta donde más, se suma a los restos del batallón de su amo y se hace castigar por mis propias manos.

La Convención de Ocaña fue una farsa. Yo lo sabía. Una farsa donde nada diferente al predominio de Santander o al predominio de Bolívar se discutía. Ocaña fue el enfrentamiento de dos temperamentos iguales y autoritarios, ambos convulsionados por el poder y por la gloria, ambos desesperados por conseguir el triunfo. En esa Convención, nada de fondo se discutió. Se utilizaron, eso sí, cuantas armas bajas e innobles, pequeñas y rastreras, se pudieron utilizar. Tanto Santander como yo sabíamos que nuestra derrota o nuestro éxito se estaba jugando allí. Hicimos emplear a nuestros amigos a fondo. Él tenía mejores elementos humanos a su servicio, más preparados, más leales, más empapados de la mística republicana y mejor adiestrados en la lucha política. Yo, en cambio, no tuve buenos capitanes.

Mis adversarios iniciaron el ataque. Yo devolví el contraataque donde la crítica y mi desengaño se hicieron patentes. Ellos se aferraron a los principios, a los dogmas, yo me sostenía en la realidad de un Estado fuerte. Se planteó de nuevo el federalismo, la división del territorio colombiano en departamento independiente. Absurda medida. Un gobierno no puede ser eficiente si no tiene la unidad como aliada. Los vituperios y los insultos sonaron bajo los techos de la iglesia que les servía de cobijo a esos legisladores marrulleros como disparos. Desde Bucaramanga, los alcanzaba a percibir. No niego que me impresionaron, que me afectaron, que continuaron amargándome. Las dificultades se acumularon y las equivocaciones también. Se exigió mi muerte. Yo me anticipé a marchar sobre Bogotá para declarar mi dictadura. Me rodee de los que me aseguraron lealtad. Algunos me cumplieron esa promesa. Otros ni siquiera se acordaron de ella. En mi decreto orgánico me di amplios poderes. Y fallé cuando debía aplicarlos.

Algo dentro de mí ya no funcionaba bien. Mis ideas y mis actos comenzaron a enredarse. Titubeaba, preguntaba, inquiría y este pendulear me condenó a ser un Dictador de medio pelo. Un Dictador sin temple. Tengo que reconocerlo. Así sucedio. Así pasó. El segundo atentado contra mi persona se llevó a cabo, pero fracasó. Y aquí co-

mienzan a descubrirse mis mataduras intelectuales y físicas. Aquí se encrespan mi debilidad, mi complacencia, mi dejar hacer a los demás y mi atolondramiento. De los participantes físicos o materiales de este atentado, cayeron los menudos, los idealistas; se salvaron los verdaderos criminales, las manos ocultas, los delincuentes intelectuales. De tanta bambolla que se hizo en los tribunales, reunidos para el caso, nada se sacó en limpio, al contrario, la situación se complicó porque me la dejé complicar.

Santander nos confundió a todos los libertadores. Él ya no era un libertador. Era un político. Un político de cuerpo entero. Un político audaz. Un político que tuvo el valor de atentar contra mi persona y lo dejé con vida. Todo esto lo vine a comprender más tarde, cuando ya nada se podía hacer, cuando lo único que quedaba era decretar su destierro. Y el destierro lo endiosó, lo engrandeció, le quitó los pies del barro que pisaba para colocárselos en una urna sacrosanta. Lo demás que vino fue inútil, inoperante, sin valor.

La dictadura la usé sin respaldo de mi alma. Fui un cobarde. Fui un necio y no pido disculpas, me desnudo ante las generaciones que vendrán. Me desnudo, con mi arrepentimiento, a destiempo.

Debía renunciar al poder y lo hice. Yo mismo me encargué de buscarme el reemplazo. Llamé al señor Caicedo. Un débil más.

El paréntesis que abrí con mi campaña en el sur, para mí, carece de valor. Los intentos de recomponer lo que ya estaba cuarteado y roto me dan rabia y además vergüenza. Tuve fe en Sucre y Sucre no entendió su labor histórica. Era demasiado bueno para ello. Se dejó guiar por su carácter manso y por los hombres que estaban carcomiendo su lado de arcángel. Hice desfilar a mi cuerpo, enfermo y atormentado, por los sitios de mis antiguos triunfos y lo hice desfilar para nada, para que se burlaran de él, para que lo atropellaran en secreto y en público, para que se mofaran de mi persona.

Córdoba, por mera vanidad, se lanzó a la rebeldía. Y yo, por malos consejos, lo dejé ir de mi lado. Sucre continuó reservándose, mime-

tizándose, continuó acariciando sus plumones de santo, en esta tierra de demonios y así se quedó: traspasado por las balas de sus amigos, de aquellos, que la víspera le fingían veneración y respeto. Los grandes fuimos engañados por los pequeños. Estos atacaron todo el tiempo. Nosotros nos contentamos con defendernos.

Cuando llamé a Caicedo, contra el querer de los pocos amigos que me quedaban, una mezcla de alivio y de terror me corrió por el cuerpo. Era tal el asco, la repulsión, la antipatía física que le tenía al poder, que continué siendo sincero en la entrega de mis honores y de mi bastón de mando. "Basta, basta...", me decía a mí mismo. El alma tiene un instante de reflexión y de afán para salir fuera de las talanqueras que le fijan sus deberes. Y mi alma estaba en esa situación. Yo mismo ya no podía soportarla. Yo mismo me odiaba, me rechazaba.

He relatado con cierta amplitud aquellos hechos que considero de valor en mi vida. Estos episodios, los últimos, no me mueven a darles ni tiempo ni espacio. Me arden entre las manos, me arden en la boca, me son odiosos. Quisiera pasar por encima de ellos, en volandas. Es tan grande mi decepción que, si no fuera porque en verdad sucedieron, los olvidaría.

Los ultrajes de la plebe a mi salida de Bogotá, me acabaron de enfermar. "Longaniza, longaniza". Esta palabra me la gritaban los gamines y yo sonreía por fuera, pero por dentro me consumía en una brasa de estupor y de odio.

Mi llegada a la costa, sin un centavo, mendigando ayuda, haciéndome el fuerte, poniéndole cuidado a las noticias para que mis acompañantes no se desengañaran de este enfermo, amargado y débil, ha sido una verdadera comedia.

Que si Urdaneta, por simple carambola, se tomó el poder, que si Caicedo se dejó manosear, que si Mosquera, en fin, que si tantos de mis amigos me vieron escribir cartas y hacer comentarios para mantenerme vivo estos meses que me quedan, es algo que nadie sabe comprender. Viajes miserias, algunas fiebres, enfermedades y este medio

de tranquilidad que estoy respirando en esta finca de San Pedro Alejandrino me han devuelto un poco el reposo, la calma. Mañana, siempre me digo mañana... Y me pregunto a la vez: ¿llegará ese mañana? Ojalá que nunca llegue. Ojalá que no me vea obligado a continuar haciendo los sacrificios a que ya estoy acostumbrado.

La tarde me dice que el día está declinando. Me levanto de mi taburete y recojo un pequeño palo, largo y recto, como un látigo. Con él entre mis dedos me vuelvo a recostar en mi silla. Y me agacho. Y el célebre dolor se me sube cuello arriba. A pesar de él, escribo en la arena la palabra "Héroe". Y le agrego la palabra "maldito". Tacho el *maldito* y me quedo mirando al *héroe*. ¡Qué hermosa expresión! Qué cantidad de cosas suscita. Qué conmoción interna la que me domina cuando la leo. Mi mano tiembla, mi pulso se altera, mi corazón palpita con más fuerza. Por Dios, qué atractivo tienen aquellas cosas que no podemos alcanzar. Cómo brilla la luz en la distancia... Qué cansancio... qué frío. Que frío el que me rodea. Quiero levantarme. Quiero gritar, pero no me sale la voz... Quiero tantas cosas. Quiero irme a mi alcoba. Quiero... pero estoy sólo. Es mejor que vengan a recogerme cuando noten mi ausencia. Cuando noten mi ausencia. Qué gracioso. Mi ausencia ya nadie la puede notar. Soy un ajusticiado por la maldición. Qué frío... Por Dios, qué frío... Si al menos esta única camisa que tengo me cubriera mejor. Si a su abrigo pudiera amodorrarme. Si mis sueños, los pocos que me quedan, los pudiera ahuecar en mis manos, los soltaría como si fueran gavilanes.

Visite el blog del autor para más información de su obra, o solicitar otro de sus libros disponibles:

http://mariohpericoramirez.blogspot.com/

Comentarios enviarlos al correo electronico:
mariohperico@gmail.com

"Yo no soy un hombre común, soy una síntesis, soy un espécimen que no se produce sino cada mil años, soy un contubernio de sangres adoloridas y reprimidas por la esclavitud y el despojo. Yo no soy blanco ni negro ni mulato ni rubio ni moreno ni ojiazul ni ojinegro, soy un volcán de lava y de sueños, que tuvo la oportunidad de hacer explosión cuando a otros se les ha negado esa gracia. Soy un Cristo y un Pilatos. Soy un Judas y un místico. Soy un bandolero y un héroe. Soy un caminante y un perezoso. Soy un viajero de muchas lunas y un ermitaño de muchas hambres. Soy un niño sin ser un hombre. Soy un pobre sin ser un rico. Soy un vano sin ser un vil. Soy un guerrillero y un santón que se puso la túnica de los predestinados para que la humanidad volviera a creer que Dios existe. Ese soy yo. Y espero que así me vean los millones de ojos que esperan mi resurrección, cada vez que en estas patrias libertadas por mí surjan las depredaciones y los delitos de unos pocos. Y mi resurrección debe ser, tiene que ser, para que la confianza retorne a los hogares de los humildes, de los desposeídos, de los atormentados por la rabia de los poderosos. Bolívar no fue un hombre, fue un cataclismo, destruido por los colmillos de la infamia, de la miseria, de la mediocridad".

(El hombre crucificado)

Códice
EDITORIAL

